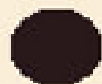
Walter M. Miller Jr.

CÁNTICO POR LEIBOWITZ

Premio Hugo 1961



NOVA
CIENCIA FICCION

Después de la hecatombe nuclear el Venerable Leibowitz, muerto seiscientos años antes, va a ser canonizado. De la antigua civilización no quedan otros vestigios que los conservados por la Orden Albertiana, cuyos monjes consumen sus vidas en la interminable tarea de iluminar e interpretar las obras del Venerable para reconstruir sobre ellas el mundo tal como fue.

Son muchos los misterios que perduran. Por ejemplo, el documento que reza: «Libra de pastrami, lata de kraut, traer a casa para Emma». Es un enigma. Pero los monjes saben que la luz se hará algún día y que, con ella, la antigua cultura retornará.

¿Ridículo? ¿Grotesco?

Bien, si nuestro civilizado y orgulloso mundo sucumbe un día ante una catástrofe de proporciones millones de veces superiores a las del hundimiento del mundo clásico, ¿qué ocurrirá? ¿Qué quedará de nuestra civilización? ¿Cómo y por quién serán conservados, interpretados y aprovechados los vestigios tecnológicos que heredarán los hombres del mañana?

Esta historia de un futuro pavorosamente probable es la que explora Walter M. Miller, Jr., en su famoso *CÁNTICO POR LEIBOWITZ*. Una novela airada, sarcástica y al propio tiempo piadosa, elocuente y terrorífica, que figura entre las grandes creaciones que han arrancado a la ciencia-ficción de su encasillamiento como género menor para llevarla a la vanguardia de la literatura moderna.



Walter M. Miller, Jr.

Cántico por Leibowitz

Leibowitz - 1

ePub r1.6
Titivillus 03.03.2019

Título original: *A Canticle for Leibowitz*
Walter M. Miller, Jr., 1960
Traducción: Irene Peypoch & Pedro Jorge Romero
Presentación: Miquel Barceló
Ilustración de portada: Óscar Chichoni

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0




Una dedicatoria es sólo
rascar donde escuece.
Para ANNE, entonces,
en cuyo seno reposa RACHEL,
inspiradora de poesía,
que guía mi torpe canto
y ríe entre líneas.
Con bendiciones, muchacha.

W.

AGRADECIMIENTOS

A quienes con su ayuda, en diversos aspectos, contribuyeron a que fuera posible este libro, el autor expresa su aprecio y gratitud; especial y explícitamente a los siguientes: mister y *mistress* W. M. Miller, Sr., Messrs. Don Congdon, Anthony Boucher y Alan Williams, al doctor Marshal Taxay, al reverendo Alvin Burggraff, C. S. P., a san Francisco y a santa Clara, y a Mary, por razones conocidas por cada uno de ellos.

W.

PRESENTACIÓN

CÁNTICO POR LEIBOWITZ *es una de las novelas legendarias de la ciencia ficción. Sobre ella se han escrito infinidad de comentarios y alabanzas. Está formada por tres novelas cortas cuya publicación se inició en 1955 en las páginas del* Magazine of Fantasy and Science Fiction. *Trata el tema ya clásico de un mundo devastado tras la Tercera Guerra Mundial y su hecatombe nuclear, pero visto esta vez desde la óptica de un creyente católico. La obra defiende en cierta forma el papel de la institución eclesiástica católica, a la que Miller atribuye, en una Edad Media futura, el mismo papel de transcripción y conservación del patrimonio cultural que tuvo en el pasado*.

El primer relato (Fiat homo) *se inicia seiscientos años después de la Tercera Guerra Mundial. El hermano Francis descubre un viejo manuscrito del fundador de su orden, I. E. Leibowitz. Es una muestra de los pocos restos que han sobrevivido a la Era de la Simplificación que arrasó la cultura quemando los libros. En el segundo relato* (Fiat lux) *han pasado de nuevo seiscientos años, ha llegado el nuevo renacimiento y la Orden de San Leibowitz se enfrenta al resurgir de la ciencia con sus riesgos y sus potencialidades. En el tercer relato* (Fiat voluntas tua), *tras otros seiscientos años, la humanidad vuelve a estar en disposición de fabricar*

armas nucleares y otra vez la guerra total y exterminadora se convierte en una amenaza posible.

Pero no hay forma humana de que una sinopsis pueda hacer justicia al contenido de esta novela que tan brillantemente defiende la tesis de una historia cíclica y el continuado papel en ella de la Iglesia católica. Según palabras de Neil Barron en su voluminosa Anatomy of Wonder: A Critical Guide to Science Fiction:

> Ningún comentario breve puede hacer justicia a su excelencia. Muchos la consideran la mejor novela de ciencia ficción del período moderno.

Desde hace ya unos años se viene anunciando que Miller está escribiendo una continuación de CÁNTICO POR LEIBOWITZ; *pero parece que no acaba de concluirla. Por esta razón me he decidido a publicar la presente obra en NOVA ciencia ficción, tan sólo un par de meses después de la aparición de otra novela que también presenta la religión como una baza importante para reconstruir la civilización destruida por la barbarie de la guerra. Se trata de* LA GENTE DEL MARGEN, *de Orson Scott Card (NOVA ciencia ficción, número 45), la cual, lógicamente, utiliza la religión mormona como eje de dicha reconstrucción, en este caso más centrada en los aspectos humanos y emotivos que en los históricos y teológicos que ocupan a Miller. Por una de esas curiosas casualidades, Miller hace que el hermano Francis, tan fundamental para la santificación del beato Leibowitz, proceda precisamente del mismo Utah que sirve a Card para reconstruir la civilización en clave mormona.*

De hecho hay otros muchos autores en la ciencia ficción que no ocultan ni su filiación religiosa ni tampoco la militancia propagandística. Y, hasta hoy, la mayoría de esos autores han sido, como Miller, católicos. Un ejemplo clásico

es C. S. Lewis con la Trilogía del planeta silencioso, *y otro mucho más reciente es Gene Wolfe con su serie del* Libro del Nuevo Sol, *cuyo protagonista, Severian, inicia su camino como aprendiz de torturador hasta convertirse finalmente en un personaje construido a imagen de Cristo, capaz de sufrir y morir para salvar a los demás*.

Otros autores de ciencia ficción han tratado los temas religiosos con mayor distanciamiento y menor ímpetu proselitista. Hay posiciones agnósticas, como la de James Blish, y otras más sociológicas, a menudo considerando las instituciones religiosas como organizaciones que administran un determinado tipo de poder. Pienso ahora en ¡HÁGASE LA OSCURIDAD! *(1943), de Fritz Leiber; en* SIXTH COLUMN *(1941), de Robert A. Heinlein, o en algún capítulo en la trilogía inicial de la* FUNDACIÓN, *de Isaac Asimov. En todos esos casos, ya clásicos en la historia de la ciencia ficción, se nos describe la instrumentalización de las creencias religiosas como forma de dominación y, en definitiva, de poder en manos de los gerifaltes religiosos*.

Por ello, libros como el de Card o el presente de Miller pueden interesar incluso a agnósticos y ateos, pues describen no tanto las creencias religiosas y su organización institucional como elemento de poder, sino más bien la forma en que dichas creencias son vividas por quienes las siguen de buena fe. De hecho, hay constantes referencias teológicas en CÁNTICO POR LEIBOWITZ *e incluso cierta voluntad satírica que muchos críticos han detectado. Pero lo fundamental es esa continua referencia a la religión, evidente en esa figura del Judío Errante (véase capítulo 16) o en la figura de la mutante señora Grales, cuya búsqueda del bautismo para su segunda cabeza se ha asociado a la búsqueda del Grial (Graal). Y todo ello sin olvidar las disquisiciones sobre la responsabilidad del científico (Fiat lux), la eutanasia, el dolor y el mal (Fiat voluntas tua) y*

tantas otras alusiones que han hecho las delicias de muchos críticos y aún más lectores.

No quisiera finalizar esta presentación sin mencionar la utilización culterana de CÁNTICO POR LEIBOWITZ *realizada por los críticos, quienes han llegado a decir, según cita Brian W. Aldiss, que «es tan buena que no puede ser ciencia ficción». Las citas están extraídas del libro de Robert Scholes y Eric S. Rabin* LA CIENCIA FICCIÓN. HISTORIA, CIENCIA, PERSPECTIVA *(Taurus, 1982) y pueden dar el tono con que la crítica culta ha saludado esta novela de Miller. La primera cita podría ser ésta*:

> Los encabezamientos en latín («Hágase la luz», «Hágase el hombre», «Hágase tu voluntad») no sólo nos llevan desde un esperanzado Génesis a un resignado Apocalipsis, sino que añaden a la idea de lo cíclico la de que los mitos más antiguos de la humanidad, como la Biblia, pueden en realidad encerrar las perennes verdades que caracterizan al universo en que nacemos y contra el que luchamos vanamente yendo en pos de la riqueza, del poder y de la ciencia incluso. A este nivel más profundo, este «cántico», esta canción religiosa de alabanza, explora el carácter de las luchas épicas del hombre e investiga las posibles fuentes tanto de su autodestrucción como de su grandeza.

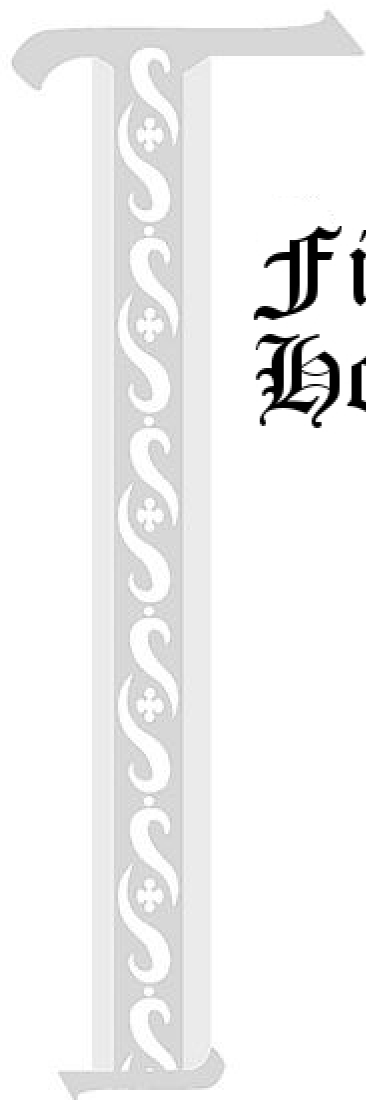
Y, para finalizar, una cita más de los mismos autores que, como muchos otros, reivindican también para esta novela de Miller la imagen de una ciencia ficción teñida de «humanismo» como la de Bradbury, Sturgeon o Simak:

> Mientras autores como C. S. Lewis han escenificado el antagonismo entre ciencia y

> religión, Miller ha escrito una erudita novela amablemente irónica en la que ciencia y religión se amalgaman en un humanismo moderno. Así, en verdad, una ciencia ficción es un cántico, un cántico de alabanza.

Como información final, conviene decir aquí que la traducción de I. Peypoch, realizada en 1969, ha sido amorosamente revisada por Pedro Jorge Romero. Con ello se han corregido algunos errores graves y se han restituido términos como «buitres» o «niutatstes», por ejemplo, que incomprensiblemente se habían sustituido por «gallinazos» o «compañeros», vaya usted a saber por qué…

MIQUEL BARCELÓ



Fiat Homo

1

El hermano Francis Gerard, de Utah, tal vez no hubiera descubierto los sagrados documentos de no haber sido por el peregrino de los lomos ceñidos que apareció durante el ayuno cuaresmal del joven novicio en el desierto.

El hermano Francis nunca antes había visto a un peregrino con los lomos ceñidos, pero se convenció de que se trataba de un ser real tan pronto como se hubo recobrado del escalofrío que recorrió su cuerpo ante la aparición del peregrino en el lejano horizonte; parecido a una iota serpenteante y negra en la trémula neblina del calor. Sin piernas, pero sosteniendo una cabeza pequeña, la iota se materializó a través del espejo de la neblina en la maltratada carretera; pareció deslizarse, más que caminar, hasta llegar a distinguirse, y obligó a que el hermano Francis se aferrase al crucifijo de su rosario y murmurase un par de avemarías. La iota semejaba una diminuta aparición engendrada por los demonios del calor que torturaban la tierra al mediodía, cuando toda criatura capaz de moverse en el desierto (a excepción de los buitres y algunos monjes eremitas como Francis) se quedaba quieta en su madriguera o detrás de una roca, protegiéndose de la ferocidad del sol. Sólo algo monstruoso, preternatural o con el ingenio atrofiado caminaría voluntariamente por la carretera al mediodía.

El hermano Francis añadió una apresurada plegaria a san Raúl el Ciclópeo, patrono de los deformes, para protegerse

de sus infelices protegidos. (¿Quién no sabía que en aquellos días había monstruos en la tierra? ¿Que lo que nacía vivo, por la ley de la Iglesia y de la naturaleza, estaba condenado a vivir y que, de ser posible, quienes lo habían engendrado tenían que ayudarlo a desarrollarse? La ley, aunque no siempre obedecida, lo era con la suficiente frecuencia como para mantener una extendida multitud de monstruos adultos, los cuales escogían a menudo las más remotas de las tierras desiertas para sus vagabundeos y rondas nocturnas cerca de los viajeros de la pradera). Pero finalmente la iota emergió al aire claro retorciéndose entre nubes de vapor y allí se reveló como un lejano peregrino. El hermano Francis soltó el crucifijo con un tenue amén.

El peregrino era un viejo zanquilargo que se apoyaba en un báculo; llevaba un sombrero de paja, una barba hirsuta y un odre que se balanceaba colgado del hombro. Masticaba y escupía con demasiado placer para ser un espectro y aparentaba ser muy frágil y estar derrengado para poder practicar con éxito el ogrismo o el bandolerismo. A pesar de todo, Francis se apartó silenciosamente del campo de visión del peregrino y se acurrucó detrás de un montón de piedras sin labrar, desde donde podía mirar sin ser visto. En el desierto, los encuentros con extraños, aunque raros, eran ocasión de mutua sospecha y se subrayaban con preparaciones iniciales por ambas partes por si se daba el caso de un incidente, que tanto podría resultar cordial como bélico.

En muy pocas ocasiones, no más de dos o tres veces al año, algún seglar o extraño recorría el viejo camino que pasaba ante la abadía, a pesar de que el oasis que permitía la existencia de ésta habría hecho del monasterio una posada natural para los caminantes; pero se daba la circunstancia de que, dadas las costumbres de la época para viajar, aquella carretera no venía de ninguna parte y no

conducía a ningún sitio. Tal vez en épocas pretéritas había formado parte de la ruta más corta entre el lago Great Salt y el viejo El Paso; al sur de la abadía cruzaba otra cinta similar de piedra fragmentada, que se extendía de este a oeste. El cruce estaba erosionado por el tiempo; el hombre no había tenido últimamente nada que ver con ello.

El peregrino estaba ya al alcance de la voz, pero el novicio permaneció oculto detrás del montón de piedras. El hombre llevaba los lomos verdaderamente ceñidos por un pedazo de sucia arpillera; su única vestimenta, además del sombrero y las sandalias. Avanzaba obstinada y penosamente con una cojera mecánica ayudando su pierna tullida con el báculo. Sus pasos rítmicos eran los del hombre que ha hecho un largo recorrido y tiene un largo camino que cubrir. Pero al penetrar en la zona de las viejas ruinas, interrumpió su marcha y se detuvo para orientarse.

Francis se encogió aún más.

No habla ninguna sombra entre el racimo de montículos donde antiguamente se asentó un grupo de edificios; sin embargo, algunas de las piedras más grandes podían proporcionar sensaciones refrescantes a partes selectas de la anatomía de los viajeros acostumbrados a vivir en el desierto, entre los que el peregrino pronto demostró que se contaba. Buscó brevemente una roca del tamaño deseado. Aprobadoramente, el hermano Francis vio que no se aferraba a la piedra y la arrancaba de modo imprudente, sino que, al contrario, se quedaba a cierta distancia de la misma y, con el báculo como palanca y una pequeña piedra como puntal, la levantó hasta que la inevitable criatura reptante salió embistiendo de frente. Fríamente, el viajero mató con su báculo a la serpiente y de un golpe apartó el cuerpo todavía palpitante. Después de haber despachado a la ocupante del agradable hueco de debajo de la piedra, el peregrino se posesionó del refrescante techo del hueco por el método

usual de dar vuelta a la piedra. Hecho esto, levantó la parte de atrás de su taparrabo y apoyó su marchito trasero contra la relativamente fresca parte interior de la piedra; se quitó las sandalias con un solo movimiento y presionó las plantas de sus pies contra lo que había sido el suelo arenoso del hueco refrigerante. Así acomodado, movió los dedos de los pies, sonrió haciendo evidente que carecía de dientes y empezó a canturrear una tonada. Pronto estuvo cantando, con verdadero sentimiento, un curioso canto en una lengua desconocida para el novicio. Cansado de su posición, el hermano Francis se removió inquieto.

El peregrino, mientras cantaba, sacó un panecillo y un trozo de queso; interrumpió su canto y se levantó para murmurar suavemente en la lengua de la región, con una especie de deje nasal:

—Bendito seas, *Adonái Elohim*, Rey de Todos, que hiciste que el sustento saliese de la tierra.

Terminada la oración, se sentó de nuevo y empezó a comer.

Realmente el caminante venía de lejos, pensó el hermano Francis, el cual no sabía de ningún reino vecino gobernado por un monarca con un nombre tan poco familiar y con tales extrañas pretensiones. Aventuró que el viejo hacía una peregrinación de penitencia —quizás a la capilla de la abadía, aunque no fuese de modo oficial una capilla ni el santo fuese aún oficialmente un santo—. Al novicio no se le ocurría otra explicación de la presencia de un viejo caminante en este camino que no iba a ningún sitio.

El peregrino se tomaba su tiempo en comer el pan y el queso; y a medida que la ansiedad del novicio se desvanecía, su incomodidad aumentaba. La regla del silencio para los días de la vigilia de cuaresma no le permitía conversar voluntariamente con el viejo; pero debido a que se le había prohibido abandonar los alrededores de la ermita

antes del final de la cuaresma, estaba seguro de que si salía de su escondite antes de que el hombre se marchase éste lo vería u oiría.

Aunque ligeramente vacilante, el hermano Francis se aclaró ruidosamente la garganta y se levantó.

El pan y el queso del peregrino volaron por el aire. El viejo agarró su báculo y se levantó de un salto.

—¡Trata de acercarte y verás!

Agitó amenazadoramente su báculo hacia la figura encapuchada que se había alzado detrás del montón de piedras. El hermano Francis observó que el grueso final del bastón estaba armado con una punta de hierro. El novicio se inclinó cortésmente tres veces, pero el peregrino ignoró aquella cortesía.

—¡Quédate donde estás! —chilló—. No te acerques, mutante. No tengo nada de lo que buscas... a menos que sea el queso, y éste puedes quedártelo. Si lo que quieres es carne, soy sólo cartílagos, pero lucharé para conservarlos. ¡Atrás! ¡Atrás!

—Espera... —El novicio hizo una pausa. Cuando las circunstancias exigían la palabra, la caridad y hasta la natural cortesía, podían tener prioridad sobre la regla cuaresmal del silencio; pero hacerlo por su propio impulso lo ponía siempre ligeramente nervioso—. No soy ningún mutante, buen hombre —prosiguió con términos educados. Echó hacia atrás la capucha para mostrar su corte de pelo monástico y le enseñó las cuentas de su rosario—. ¿Comprende su significado?

Durante unos segundos el viejo permaneció al acecho, en actitud beligerante, mientras estudiaba la adolescente cara del novicio cubierta de granos. Su error había sido natural. Las criaturas monstruosas que merodeaban por los límites del desierto llevaban a menudo capuchas, máscaras o hábitos holgados para ocultar sus deformidades. Había

algunos cuyas imperfecciones no se limitaban a las del cuerpo, y eran quienes a veces buscaban en los viajeros una fuente segura de carne de venado.

Después de su breve escrutinio, el peregrino se enderezó.

—Ah… uno de *ellos*. —Se apoyó en su báculo y lo miró ceñudo—. ¿Es la abadía de Leibowitz lo que se ve allí? —preguntó señalando en dirección al sur, hacia el distante grupo de edificios.

El hermano Francis se inclinó educadamente hacia el suelo y asintió.

—¿Qué haces aquí en las ruinas?

El novicio cogió un pedazo de piedra caliza. Que el viajero supiese leer era estadísticamente improbable, pero decidió probar suerte. Ya que los dialectos vulgares empleados por el populacho no tenían ni alfabeto ni ortografía, escribió en latín: «Penitencia, Soledad y Silencio» sobre una gran piedra plana y las repitió debajo en inglés antiguo. Esperaba, a pesar de su no declarado deseo de tener alguien con quien hablar, que el viejo comprendería y le dejaría en su solitaria vigilia de cuaresma.

El peregrino sonrió burlonamente ante la inscripción. Su risa pareció una mueca fatalista más que otra cosa.

—¡Vaya, escribiendo aún cosas periclitadas! —dijo, aunque sin condescender a admitir que había comprendido la inscripción.

Dejó su báculo a un lado, se sentó de nuevo en la roca, recogió su pan y su queso de la arena y empezó a limpiarlos.

Francis se humedeció los labios ansiosamente, pero apartó la mirada. Desde el Miércoles de Ceniza sólo había comido frutos de cactos y un puñado de maíz tostado. Las reglas del ayuno y la abstinencia eran muy rígidas en las vigilias vocacionales.

Viendo su turbación, el peregrino partió en dos su pan y su queso y le ofreció una parte al hermano Francis.

A pesar de la deshidratación producida por el insuficiente abastecimiento de agua, la boca del novicio se llenó de saliva. Sus ojos se negaron a apartarse de la mano que le tendía la comida. El universo se contrajo y en su exacto centro geométrico flotó el arenoso bocado de pan oscuro y queso claro. Un demonio dirigió los músculos de su pierna izquierda, los cuales hicieron que su pie avanzase. Después, el demonio se posesionó de su pierna derecha para que colocase el otro pie más adelante que el izquierdo, arreglándoselas, además, para que sus pectorales derechos y bíceps balanceasen su brazo hasta que su mano tocó la mano del peregrino. Sus dedos sintieron la comida y hasta parecieron saborearla. Un estremecimiento involuntario recorrió su cuerpo medio muerto de hambre. Cerró los ojos y vio al padre abad mirándole y blandiendo un látigo. Cada vez que el novicio trataba de imaginar la santísima Trinidad, el rostro de Dios Padre se confundía con la cara del abad, cuyo estado normal, le parecía a Francis, era el del enojo. Detrás del abad ardía furiosamente una fogata, y en medio de las llamas, los ojos del bendito mártir Leibowitz miraban, en la agonía de la muerte, cómo su ayunante protegido era descubierto en el acto de aceptar queso.

El novicio se estremeció de nuevo.

—*Apage Satanas*! —susurró, echándose hacia atrás y dejando caer la comida. Sin previo aviso, roció al viejo con agua bendita de un pequeño frasco que sacó de su escondite en la manga. Por un momento, el peregrino se había confundido con el demonio, en la mente ligeramente afiebrada del novicio.

El ataque por sorpresa a las Fuerzas de la Oscuridad y la Tentación no produjo resultados sobrenaturales inmediatos; pero el resultado natural pareció surgir *ex opere operato*. El peregrino-Belcebú no desapareció en una explosión de humo sulfuroso, pero emitió sonidos gorgoteantes, se volvió

de un color rojo subido y se abalanzó hacia Francis con un grito aterrador. El novicio se alejó velozmente enredándose con su hábito mientras trataba de escapar de los golpes del báculo con punta de hierro que blandía el peregrino, y si logró escaparse fue porque el viejo había olvidado sus sandalias. La carga renqueante del anciano se convirtió en una serie de piruetas. De pronto sintió las piedras abrasadoras bajo sus plantas desnudas. Se detuvo preocupado. Cuando el hermano Francis miró por encima de su hombro, obtuvo la clara impresión de que la retirada del peregrino a su refugio de frescor iba acompañada de la proeza de avanzar saltando sobre la punta de un gran dedo gordo.

Avergonzado del olor a queso que impregnaba sus dedos y arrepintiéndose de su exorcismo irracional, el novicio se retiró cabizbajo para seguir con sus autoimpuestas ocupaciones entre las viejas ruinas, mientras el peregrino se refrescaba los pies y satisfacía su cólera lanzando alguna piedra ocasional contra el joven cada vez que éste aparecía a su vista, entre los montones de pedruscos. Cuando su brazo se hubo cansado, lanzó más amenazas que piedras, y tan pronto Francis dejó de escabullirse, se limitó a gruñir sobre su pan y queso.

El novicio iba de un lado para el otro por entre las ruinas, tambaleándose ocasionalmente hacia algún punto focal de su trabajo, con una piedra del tamaño de su propio pecho cerrada en un penoso abrazo. El peregrino le observaba seleccionar una piedra, estimar sus dimensiones en palmos, rechazarla y seleccionar cuidadosamente otra, liberarla con dificultad de entre el montón de rocas; levantarla y llevársela a trompicones.

Después de unos pasos, Francis dejó caer la piedra y, sentándose de pronto, apoyó la cabeza sobre las rodillas en un aparente esfuerzo para evitar desmayarse. Respiró

profundamente durante un rato y se levantó de nuevo dispuesto a llevarse la piedra haciéndola rodar, lado sobre lado, hacia su destino. Continuó con esta actividad mientras el peregrino, ya sin el aspecto feroz, empezaba a bostezar.

El sol lanzó sus llameantes maldiciones del mediodía sobre la tierra calcinada, soltando su anatema contra todas las cosas húmedas. A pesar del calor, Francis siguió trabajando.

Cuando el viajero hubo terminado con su arenoso pan y queso rociándolos con algunos sorbos de su odre, se calzó las sandalias, se levantó con un gruñido y avanzó cojeando entre las ruinas hacia donde trabajaba el novicio. Al ver acercarse al viejo, el hermano Francis echó a correr hasta alejarse a una distancia prudencial. Burlonamente, el peregrino agitó, en su dirección, su garrote con punta de hierro; pero al parecer estaba más interesado en la obra de albañilería del muchacho que ansioso de venganza. Se detuvo para examinar la madriguera del novicio.

Allí, cerca del borde este de las ruinas, el hermano Francis había cavado una trinchera poco profunda, empleando un bastón como azadón y las manos como pala. El primer día de cuaresma la había cubierto con abrojos y la ocupaba durante la noche como refugio contra los lobos del desierto. Pero a medida que los días de su ayuno aumentaban en número, su presencia acrecentaba su rastro en la vecindad, de tal modo que los lobunos merodeadores nocturnos parecían sentirse excesivamente atraídos por el área de las ruinas e incluso se acercaban a su techo de abrojos cuando el fuego se había consumido.

Francis, al principio, trató de desanimar sus husmeos nocturnos aumentando el grosor de la capa de abrojos y rodeando su trinchera de un anillo de piedras apretadamente colocadas en un surco. Pero la noche anterior, algo, aullando, había saltado sobre su montón de

abrojos mientras él temblaba debajo. Debido a ello, determinó fortificar la madriguera, y, con el primer anillo de piedras como base, había empezado a inclinarse una pared. Al crecer, el muro empezó a inclinarse hacia el interior, pero ya que el cerco formaba casi un óvalo, las piedras de cada nueva capa quedaban presionadas por sus vecinas, que evitaban así su caída. El hermano Francis esperaba ahora que, con una cierta habilidad y una selección cuidadosa de piedras falcadas y apisonadas con barro, sería capaz de construir una cúpula. Y un simple arco de abrojos, que en cierto modo desafiaba la gravedad, se sostenía sobre la madriguera como un distintivo de su ambición. El hermano Francis se revolvió como un cachorro cuando el peregrino golpeó, con curiosidad, aquel arco con su báculo.

Preocupado por su morada, el novicio se acercó durante la inspección del peregrino. El hombre contestó a sus quejidos con un molinete de su garrote y un grito horripilante. El hermano Francis se enredó con el borde de su hábito y se sentó. El viejo se echó a reír socarronamente.

—Vas a necesitar una piedra de extraña forma para que se adapte a este agujero —dijo, y golpeó con su báculo los lados del espacio vacío en la capa más alta de piedras.

El muchacho asintió y apartó la mirada. Continuaba sentado en la arena, y, por medio del silencio y la mirada baja, esperaba hacerle comprender al viejo que no era libre de conversar ni aceptar voluntariamente una presencia ajena en su lugar solitario de cuaresma. Empezó a escribir en la arena con un palo: *Et ne nos inducas in*…

—Aún no me he ofrecido para cambiar estas piedras en panes, ¿verdad? —dijo con enojo el viejo peregrino.

El hermano Francis levantó vivamente la mirada. ¡Así que el viejo sabía leer y conocía, además, las Escrituras! Y aún más; su observación implicaba que comprendía tanto el empleo impulsivo del agua bendita por parte del novicio,

como la razón de su presencia en el lugar. Convencido ahora de que el peregrino lo enredaba, bajó de nuevo la mirada y esperó.

—¿Conque hay que dejarte solo? Bien, entonces será mejor que siga mi camino. Dime, ¿dejarán tus hermanos en la abadía que un viejo repose un poco a su amparo?

El hermano Francis asintió.

—También le darán comida y agua —añadió suavemente en señal de caridad.

El peregrino esbozó una sonrisa.

—Por lo que acabas de decir, antes de irme te buscaré una piedra que se adapte a este agujero. Queda con Dios.

«Pero no tiene…», la protesta murió antes de ser pronunciada. El hermano Francis miró cómo se alejaba lentamente renqueando. El peregrino deambuló de un lado para otro entre los túmulos de piedra. Se detenía de vez en cuando para inspeccionar una roca o para remover otra con su báculo. El novicio se dijo que con seguridad su búsqueda no daría frutos, pues la suya era la repetición de una búsqueda que él mismo había estado haciendo desde media mañana. Había decidido por fin que sería más fácil quitar y volver a construir una parte de la hilera más alta, que encontrar una piedra angular que se pareciese a la forma de reloj de arena del agujero. Seguramente, al peregrino se le acabaría pronto la paciencia y seguiría su camino.

Mientras tanto, el hermano Francis descansó y rezó por recobrar aquel aislamiento interior que el propósito de su vigilia le exigía buscar: su espíritu, como un limpio pergamino, en el que las palabras de una llamada pudiesen ser escritas en su soledad… si aquella otra inconmensurable soledad que era Dios tendía su mano para tocar su propia y deleznable soledad humana y señalar allí su vocación. El libro de oraciones que el prior Cheroki le había prestado el domingo anterior le servía de guía en sus meditaciones.

Tenía varios siglos de antigüedad y se llamaba *Libellus Leibowitz*, aunque sólo una incierta tradición atribuía su paternidad al propio beato.

«*Parum equidem te diligebam, Domine, juventute mea; quare doleo nimis*… Muy poco, Señor, te amé en mi juventud; por eso me aflijo excesivamente en mi vejez. En vano me alejé de Ti en aquellos días…».

—¡Eh! ¡Aquí! —le llegó un grito desde detrás de los montones de ruina.

El hermano Francis levantó brevemente la mirada, pero no distinguió al peregrino. Su atención volvió a centrarse en la página.

«Repugnans tibi, ausus sum quaerere quidquid doctius mihi fide, certius spe, aut dulcius caritate visum esset. Quis itaque stultior me…».

—¡Eh! ¡Muchacho! —le llegó de nuevo el grito—. Te he encontrado una piedra, una que probablemente encajará.

Esta vez, cuando el hermano Francis levantó la mirada, pudo ver el báculo del peregrino agitándose desde detrás de la cima de un montón de piedras. Suspirando volvió a su lectura.

«O inscrutabilis Scrutator animarum, cui patet omne cor, si me vocaveras, olim a te fugeram. Si autem nunc velis vocare me indignum…».

E, irritadamente, desde detrás del cúmulo de piedras, dijo el peregrino:

—Está bien, haz lo que te parezca. Marcaré la roca y clavaré un palo a su lado. Puedes usarla o no, como prefieras.

—Gracias —musitó el novicio, pero dudó que el viejo peregrino le hubiese oído. Siguió afanándose con el texto:

«Libera me, Domine, ab vitiis meis, ut solius tuae voluntatis mihi cupidus sim, et vocationis…».

—¡Ya está! —gritó el peregrino—. Marcada y señalada. Y que encuentres pronto la voz, muchacho... ¡*Olla allay*!

Tan pronto como el último grito se desvaneció y murió, el hermano Francis pudo ver al peregrino enfilar trabajosamente la senda que conducía a la abadía. Susurró una rápida bendición en su beneficio y una oración por la seguridad del caminante.

Recobrado su aislamiento, el hermano Francis llevó el libro a la madriguera y reemprendió su azarosa obra de piedra sin tan siquiera tomarse el trabajo de investigar el descubrimiento del peregrino. Mientras su cuerpo hambriento forcejeaba y se tambaleaba bajo el peso de las rocas, su mente repetía automáticamente la oración para la certidumbre de su vocación:

—*Libera me, Domine, ab vitiis meis*... Libérame, Señor, de mis vicios, para que en mi corazón sólo tenga cabida tu voluntad y tenga conciencia de tu llamada si ésta llega... *ut solius tuae voluntatis mihi cupidus sim, et vocationis tuae conscius si digneris me vocare. Amen*.

»Libérame, Señor, de mis vicios, para que en mi corazón...

Un rebaño celeste de cúmulos, en su camino para conceder húmedas bendiciones sobre las montañas, después de haber decepcionado cruelmente al requemado desierto, empezó a ocultar el sol y a arrastrar oscuras manchas sombrías a través de la tierra ardiente, ofreciendo intermitentes aunque agradables refugios contra la cruel luz del sol. Cuando una sombra veloz se deslizaba sobre las ruinas, el novicio trabajaba rápidamente hasta que la sombra desaparecía; entonces descansaba hasta que la siguiente bola de lana ocultaba de nuevo el sol.

Fue accidentalmente como el hermano Francis descubrió, por fin, la piedra del peregrino. Al vagar de un lado para otro, tropezó con el palo que el viejo había clavado en el suelo como señal, y se encontró de manos y rodillas en tierra, observando unos signos escritos hacía poco sobre una antigua piedra:



Habían sido tan cuidadosamente dibujados, que el hermano Francis supuso de inmediato que se trataba de símbolos, pero después de varios minutos de meditación sobre ellos, se levantó todavía aturdido. ¿Marcas de brujería, tal vez? Pero no; el viejo había dicho «Queda con Dios», y un brujo no diría tal cosa. El novicio liberó la piedra del montón de ruinas y la hizo rodar. Al hacerlo, el túmulo retumbó ligeramente en su interior y una pequeña piedra rebotó pendiente abajo. Francis esquivó de un salto un posible alud, pero la perturbación había sido momentánea. Sin embargo, en el lugar donde la piedra del peregrino había estado clavada aparecía ahora un pequeño agujero negro.

Los agujeros, por lo general, estaban habitados.

Pero aquél parecía haber estado tan apretadamente sellado por la piedra del peregrino, que ni tan siquiera una mosca podía haber penetrado en él antes de que Francis la retirase. De todas maneras, buscó un palo y lo agitó cautelosamente en el agujero sin encontrar resistencia. Cuando lo soltó, el palo resbaló por la abertura y desapareció como engullido por una cavidad subterránea mayor. Esperó nervioso, pero nada salió.

De nuevo se arrodilló y olisqueó con precaución el agujero. Al no descubrir ningún olor animal ni un asomo de

azufre, dejó caer un pedazo de grava en su interior y se inclinó a escuchar. La grava rebotó, primero, a unos centímetros de la abertura y después siguió haciéndolo hacia abajo golpeando algo metálico al pasar, para detenerse finalmente a bastante profundidad. El eco le sugirió una cavidad subterránea del tamaño de una habitación.

El hermano Francis se levantó vacilante y miró a su alrededor. No había nadie, como de costumbre, fuera de su compañero, el buitre, el cual, meciéndose en lo alto, lo observaba con tal interés que otros buitres habían abandonado de momento sus territorios, cerca de la línea del horizonte, para acercarse a investigar.

El novicio dio una vuelta alrededor del montón de piedras, pero no encontró señales de un segundo agujero. Trepó a un túmulo vecino y estudió el camino. El peregrino había desaparecido hacía rato. Nada se movía por la antigua carretera; pero a poco más de un kilómetro hacia el este, tuvo la fugaz visión del hermano Alfred cruzando por una loma baja en busca de leña, cerca de su propia ermita cuaresmal. El hermano Alfred era sordo como una tapia. No había nadie más a la vista. A Francis no se le ocurrió ninguna razón para gritar en busca de ayuda, pero estimar por adelantado el resultado probable del grito, si se presentaba tal eventualidad, le parecía un acto de prudencia. Después de un cuidadoso escrutinio del terreno, bajó del túmulo. El aliento necesario para gritar sería mejor emplearlo en correr.

Pensó en volver a colocar la piedra del peregrino para tapar el agujero, pero las rocas vecinas se habían movido ligeramente y aquélla ya no se adaptaba a su lugar de origen en el rompecabezas. Además, el hueco en la hilera más alta de su pared protectora permanecía sin llenar y el peregrino tenía razón; la forma y el tamaño de la piedra

sugerían una probable adaptación. Después de sólo breves recelos, la levantó y, tambaleándose, marchó a su madriguera.

La piedra se deslizó perfectamente en su lugar. Probó la nueva falca con un golpe y la hilera se sostuvo, aunque la sacudida produjo un resquebrajamiento menor un poco más lejos. Los signos del peregrino, aunque medio borrados por el manoseo de la piedra, estaban aún lo suficientemente claros para ser copiados. El hermano Francis los reprodujo cuidadosamente en otra piedra empleando un palo quemado como lápiz. Cuando el prior Cheroki efectuase su recorrido sabatino por las ermitas, tal vez podría decirle si los signos tenían algún significado, fuese de gracia o de maldición. Temer a las cábalas paganas estaba prohibido, pero el novicio sentía curiosidad por saber cuando menos qué signo colgaría sobre su rústico dormitorio, en vista del peso de la obra de albañilería en la que éste estaba escrito.

Sus labores continuaron durante el calor de la tarde, pero no pudo dejar de pensar en el agujero… el interesante y a la vez temible agujero, y el modo en que la pequeña piedra había resonado causando débiles ecos en algún punto bajo tierra. Sabía que las ruinas que lo rodeaban eran muy antiguas y también sabía, por la tradición, que habían sido gradualmente erosionadas hasta formar aquellos anómalos montones de piedra, por generaciones de monjes y ocasionales extraños; hombres que buscaban una carga de piedra o pedazos oxidados de hierro, que se encontraban rompiendo los grandes pedazos de columnas y losas para extraer las antiguas tiras de aquel metal misteriosamente plantado en las rocas por hombres de una época casi olvidada por el mundo. Esta erosión humana había poco menos que destruido el parecido a edificios que la tradición otorgaba a las ruinas en un período anterior, si bien el actual constructor de obras de la abadía se enorgullecía de su

habilidad en presentir y señalar los restos de un plano de pavimento aquí y allá. Y había todavía metal escondido, que alguien encontraría si se entretenía en romper la piedra lo suficiente como para hallarlo. La propia abadía había sido construida con ese material.

Que varios siglos de trabajadores de la piedra hubiesen dejado aún algo de interés por descubrir en las ruinas era considerado por Francis como una fantasía poco probable. Y lo que era más importante: nunca había oído que nadie mencionase edificios con basamento o sótanos. El maestro de obras, recordó finalmente, había sido bastante contundente al decir que las edificaciones de aquel lugar habían tenido el aspecto de construcciones apresuradas, carecían de cimientos profundos y reposaban sobre losas de superficie plana.

Con su refugio casi terminado, el hermano Francis se aventuró a volver al agujero y se quedó mirándolo incapaz de sustraerse a la convicción del morador del desierto, que si hay un lugar donde ocultarse del sol, algo se oculta ya en él. Aunque el agujero estuviese ahora deshabitado, algo se deslizaría en él antes del amanecer del día siguiente. Por otra parte, si algo ya vivía en el hoyo, Francis consideró más seguro conocerlo durante el día que de noche. Por los alrededores no parecía haber más huellas que las suyas, las del peregrino y las de los lobos.

Decidiéndose rápidamente, empezó a limpiar de piedras y arena el agujero. Pasada media hora, éste no era mayor, pero su convicción de que daba a una cavidad subterránea se había convertido en certidumbre. Dos pequeños guijarros, medio enterrados y pegados a la abertura, estaban evidentemente unidos por la fuerza de un exceso de masa agolpándose en la boca de un pozo; parecían estar atascados en un cuello de botella. Cuando movió uno de ellos hacia la derecha, su vecino rodó hacia la izquierda

hasta que ya no fue posible el movimiento. El efecto inverso se produjo cuando lo arrastró en dirección opuesta; sin embargo, siguió removiendo el amasijo de piedras.

De pronto, su palanca se le escapó de las manos y le dio un golpe de refilón a un lado de la cabeza para desaparecer en un súbito hundimiento. El golpe seco le hizo tambalear. Una piedra salió disparada del desprendimiento, le acertó en la mitad de la espalda y le hizo caer sin aliento, resbaló sin saber si se deslizaba en el agujero hasta el instante en que su estómago dio contra el suelo y lo acarició. El ruido del alud fue ensordecedor, pero breve.

Cegado por el polvo, Francis se quedó tendido jadeando en busca de aire y preguntándose si se atrevería a moverse, de tan agudo que era el dolor en su espalda. Habiendo recobrado ligeramente el aliento, se las ingenió para meter una mano dentro de su hábito y tantear el lugar entre sus hombros, donde presumía tener algunos huesos rotos. El lugar parecía áspero y le escocía. Sacó sus dedos húmedos y rojos. Se movió, pero gruñó y de nuevo se quedó quieto.

Se produjo un suave aleteo. El hermano Francis levantó la cabeza a tiempo para ver al buitre preparándose para posarse sobre un montón de piedras a unos metros de distancia. De inmediato, el pájaro, volando, se alejó de nuevo, pero Francis tuvo la sensación de que lo había mirado con una especie de interés maternal, como una gallina preocupada. Giró rápidamente sobre sí mismo. Una negra hueste volátil de ellos se había reunido y volaba en círculos a una altura desacostumbrada, baja, apenas evitando los túmulos. Cuando él se movió se alejaron hacia lo alto. Ignorando de pronto la posibilidad de vértebras astilladas o de una costilla rota, el novicio se levantó tembloroso. Desengañada, la horda negra tomó de nuevo altura en sus invisibles ascensores de aire caliente y se dispersó hacia sus remotas vigilancias aéreas. Oscuras

alternativas para el Paráclito, cuya llegada esperaba, los pájaros parecían a veces ansiosos por descender en lugar del Espíritu Santo; su momentáneo interés le había hecho perder la calma, y rápidamente, después de algunos gestos de prueba, comprobó que la piedra sólo le había producido magulladuras y rasguños.

La columna de polvo que se había levantado en el lugar del hundimiento se deslizaba llevada por la brisa. Supuso que alguien le vería desde las atalayas de la abadía y vendría a investigar. A sus pies, una abertura cuadrada bostezaba en la tierra: un lado del túmulo había caído en el hueco. Un tramo de escalera bajaba, pero sólo los escalones superiores permanecían al descubierto, después del alud que se había detenido durante seis siglos a medio caer, esperando la presencia del hermano Francis para completar su rugiente descenso.

En una pared de la escalera, aunque medio enterrado, aparecía un letrero legible. Tratando de recordar su modesto dominio del inglés prediluviano, deletreó defectuosamente las palabras:

> REFUGIO SUPERVIVENCIA FALLOUT[1].
>
> Máximo Ocupantes: 15
>
> Limitación de provisiones para un solo ocupante: 180 días. Dividir por el número actual de ocupantes. Inmediatamente después de entrar en el refugio comprobar que la primera compuerta quede perfectamente cerrada y sellada, y que las defensas contra intrusos estén electrificadas para repeler la posible entrada de personas contaminadas. Las luces exteriores de aviso deben quedar encendidas…

El resto quedaba oculto, pero una palabra fue suficiente para Francis. Jamás había visto un Fallout, y esperaba no llegar a verlo nunca. No había perdurado ninguna descripción consistente del monstruo, pero Francis conocía la leyenda. Hizo la señal de la cruz y se alejó del agujero. Contaba la tradición que el propio beato Leibowitz había encontrado un Fallout, que se había posesionado de él durante meses antes de que el exorcismo que acompañó a su bautismo expulsase al demonio.

El hermano Francis se imaginaba al Fallout como mitad salamandra, dado que, según la historia, había nacido en el Diluvio de Fuego, y mitad íncubo, que desfloraba vírgenes mientras dormían. ¿No había monstruos en el mundo llamados todavía «hijos del Fallout»? Que el demonio era capaz de infligir todos los infortunios que descendieron sobre Job era un hecho seguro, si no un artículo de fe.

El novicio estudió con angustia aquel signo. Su significado era lo suficientemente claro. ¡Había, inconscientemente, penetrado en la morada (rogó por que estuviese desocupada) de no sólo uno, sino quince de los terribles seres! Rebuscó su frasco de agua bendita.

2

A spiritu fornicationis,
Domine, libera nos.
De los rayos y la tempestad,
líbranos, Señor.

Del azote del terremoto,
líbranos, Señor.
De la peste, el hambre y la guerra,
líbranos, Señor.

De la tierra asolada,
líbranos, Señor.
De la lluvia de cobalto,
líbranos, Señor.
De la lluvia de estroncio,
líbranos, Señor.
De la caída del cesio,
líbranos, Señor.

De la maldición del Fallout,
líbranos, Señor.
De procrear monstruos,
líbranos, Señor.
De la maldición de los deformes,
líbranos, Señor.
A morte perpetua,

Domine, libera nos.

Peccatores, te rogamus,
audi nos.
Que nos otorgues tu clemencia,
te imploramos, escúchanos
Que nos perdones,
te imploramos, escúchanos.
Que no impongas la penitencia,
te rogamus, audi nos.

Fragmentos de tales versículos de la letanía de los santos susurraba el hermano Francis en cada jadeo, mientras se inclinaba precavidamente sobre el pozo de la escalera del antiguo Refugio Fallout, armado como estaba sólo con agua bendita y una antorcha improvisada encendida con las ascuas cubiertas del fuego de la noche anterior. Había esperado más de una hora por si alguien de la abadía acudía a investigar el penacho de polvo. Nadie lo había hecho.

Abandonar su vigilia vocacional, aunque fuese brevemente, a menos que se tratase de seria enfermedad o se le ordenase regresar a la abadía, se consideraría como una renuncia *ipso facto* a su aceptación de una verdadera vocación por la vida de monje, según la Orden Albertiana de Leibowitz. El hermano Francis habría preferido la muerte. Se enfrentaba, por lo tanto, a la alternativa de investigar el temible agujero antes de la puesta del sol o pasar la noche en su madriguera sin saber qué podía ocultarse en el refugio y si podía despertar de nuevo para arrastrarse por la oscuridad. Como riesgo nocturno, los lobos hacían ya suficiente ruido, y ellos eran simples criaturas de carne y hueso. A las de sustancia menos sólida, prefería encontrarlas a la luz del día. Sin embargo, para su completa tranquilidad,

caía poca luz en la cavidad a sus pies, pues el sol se estaba poniendo en el oeste.

Los escombros caídos en el refugio formaban un montículo, cuya cima alcanzaba casi el principio de la escalera, quedando sólo un estrecho paso entre las piedras y el techo. Entró con los pies por delante y se vio forzado a continuar así debido a la inclinación del declive. Así, enfrentándose a lo desconocido, de espaldas, buscaba a tientas dónde poner los pies entre las piedras sueltas, y poco a poco empezó a descender. De vez en cuando, al perder intensidad su antorcha, se detenía e inclinaba la llama para que el fuego prendiese más en la madera. Durante aquellas pausas, trataba de apreciar el peligro que le acechaba y permanecía a sus pies. Había poco que ver. Estaba en una habitación subterránea de la que por lo menos un tercio de un volumen estaba lleno con los escombros que habían caído por el hueco de la escalera. La cascada de piedras había cubierto el suelo, destrozando varios muebles que habían quedado a la vista y quizás enterrando otros. Vio armarios metálicos, aplastados por las rocas que se asomaban entre las ruinas. En el rincón más alejado de la habitación había una puerta metálica, que se abría hacia fuera y había quedado obstruida por el alud. En la puerta, y todavía descifrables, a pesar de la pintura desconchada, estaban inscritas las palabras:

COMPUERTA INTERIOR
CERCO SELLADO

Era evidente que la habitación a la cual descendía era sólo una antecámara. Pero hubiese lo que hubiera detrás de aquella «compuerta interior», estaba sellado con varias toneladas de piedra contra la puerta. Su cerco estaba ciertamente «sellado», a menos que tuviese otra salida.

Al llegar al pie del declive y después de asegurarse de que la antecámara no contenía ninguna amenaza evidente, el novicio fue cautelosamente a investigar de más cerca, y con su antorcha, la puerta metálica. Impreso bajo las palabras de «compuerta interior», había un pequeño letrero mohoso:

> AVISO: Esta compuerta no debe ser sellada antes de que todo el personal haya sido admitido o antes de que todos los pasos para los procedimientos de seguridad prescritos por el Manual Técnico CDBu-83A hayan sido cumplidos. Cuando la compuerta esté sellada, el aire en el interior del refugio será acondicionado a 2.0 p. s. i. sobre el nivel barométrico ambiental para minimizar la difusión interior. Una vez sellada, la compuerta se abrirá automáticamente por el sistema servomonitor cuando, pero no antes, prevalezca cualquiera de las condiciones siguientes: 1) cuando las radiaciones exteriores bajen a menor nivel del de peligro; 2) cuando falle el sistema de depuración del aire o del agua; 3) cuando se termine la provisión de comida; 4) cuando falle la fuente interna de energía. Para posteriores instrucciones, véase el CD-Bu-83A.

El hermano Francis se sintió ligeramente confuso ante el aviso pero intentó estudiarlo sin tocar la puerta. Los milagrosos artefactos de los antiguos no debían de ser manejados con descuido, como lo atestiguaba el último suspiro de muchos de los husmeadores del pasado.

El hermano Francis comprobó que los escombros que permanecieron en la antecámara durante siglos eran más ásperos y oscuros que los que habían estado expuestos al

sol del desierto y al viento arenoso antes del hundimiento que acababa de ocurrir. Con una simple mirada a las piedras, podía decirse que la compuerta interior estaba bloqueada no por el actual deslizamiento, sino por otro más antiguo que la propia abadía. Si el cerco sellado del Refugio Fallout contenía un Fallout, el demonio no había abierto la compuerta interior desde los tiempos del Diluvio de Fuego, antes de la Simplificación. Y si permanecía sellado detrás de la puerta de hierro durante tantos siglos, existía poco fundamento, se dijo Francis, para temer que se lanzase violentamente a través de la compuerta antes del sábado santo.

La luz de su antorcha era tenue. Encontró una pata de silla astillada, la encendió con la llama que se desvanecía y después empezó a reunir pedazos de muebles destrozados para encender un buen fuego. Mientras lo hacía, reflexionaba sobre el significado de aquel signo antiguo. «Refugio Supervivencia Fallout».

Como el mismo hermano Francis admitía de entrada, sus conocimientos del inglés prediluviano distaban de ser completos. El modo que tenían los nombres de modificar a veces otros nombres en aquella lengua había sido siempre uno de sus puntos débiles.

En latín, como en la mayoría de los dialectos sencillos de la región, una construcción como *servus puer* quería decir más o menos lo mismo que *puer servus* y hasta en inglés «joven esclavo» quería decir «esclavo joven», pero aquí terminaba la similitud. Por fin había aprendido que *gato de casa* no era lo mismo que *casa de gato*, y que el dativo de propósito o de posesión, como el *mihi amicus*, estaba en cierto modo expresado por *comida perruna* o *caja musical* hasta sin declinación. Pero ¿qué ocurría con una triple aposición como «Refugio Supervivencia Fallout»? El hermano Francis meneó la cabeza. El aviso sobre la puerta

mencionaba comida, agua y aire, y, sin embargo, no podían ser necesidades para los demonios del infierno. A veces el novicio encontraba el prediluvio todavía más sorprendente que la Angeología Intermedia o el Cálculo Teológico de san Leslie.

Encendió la fogata cerca del montón de escombros, desde donde podía iluminar, incluso, los rincones más oscuros de la antecámara. Entonces intentó explorar lo que quedaba al descubierto. Las ruinas, a ras de tierra, habían sido reducidas a una confusión arqueológica por generaciones de rapiñadores, pero la única mano que se había posado sobre aquellos restos subterráneos era la del desastre impersonal. El lugar parecía habitado por presencias de otra era. Un cráneo que descansaba entre las rocas conservaba todavía un diente de oro en su mueca, como clara prueba de que el refugio nunca había recibido la visita de los vagabundos. Cuando la llama bailaba alta, el incisivo relumbraba.

Más de una vez el hermano Francis había encontrado en el desierto, cerca de algún arroyo reseco, un pequeño montón de huesos humanos, roídos y calcinándose al sol. No era especialmente melindroso y no se sorprendía de tales cosas. Debido a ello no se inmutó cuando descubrió el cráneo en el rincón de la antecámara, aunque el brillo del oro en su mueca atraía su mirada mientras estudiaba las puertas, cerradas o atascadas, de los enmohecidos armarios y tiraba de los cajones, también atascados, de un destrozado escritorio metálico. El escritorio podía resultar un descubrimiento inapreciable si contenía documentos o algún pequeño libro que hubiese sobrevivido a las furiosas fogatas de la Era de la Simplificación. Mientras intentaba abrir los cajones, el fuego disminuyó en intensidad y le pareció que el cráneo empezaba a relucir por sí mismo. Tal fenómeno no le era desconocido, pero en la tenebrosa cripta, el hermano

Francis lo consideró realmente sobrecogedor. Reunió más madera para el fuego, volvió a remover y tirar de los cajones del escritorio y trató de ignorar la parpadeante mueca de la calavera. Aunque todavía un poco circunspecto en cuanto a los ocultos Fallouts, Francis se había recobrado lo suficiente de su miedo inicial para darse cuenta de que el refugio, sobre todo el escritorio y los armarios, podían muy bien estar rebosantes de ricas reliquias de una época que el mundo, en su mayor parte, deliberadamente había decidido olvidar.

La providencia había otorgado sus bendiciones al lugar. Encontrar un rastro del pasado, liberado tanto de las fogatas como de los saqueadores, era en estos días un golpe de buena suerte. De todas maneras, siempre implicaba un riesgo. Se sabía que excavadores monásticos, interesados en los tesoros antiguos, salieron de un agujero de la tierra llevando triunfantes un extraño artefacto cilíndrico y que —mientras lo limpiaban o trataban de establecer su utilidad— tocaron un botón por otro o dieron vuelta erróneamente a un tornillo poniéndole con ello fin al problema, sin ningún beneficio para el clero.

Tan sólo ochenta años atrás, el venerable Boedellus había escrito, con evidente deleite, a su padre abad que la pequeña expedición que dirigía había descubierto los restos de, según sus palabras, «el lugar de una pista de lanzamiento intercontinental, completada con varios fascinantes tanques subterráneos de almacenamiento». Nadie en la abadía supo nunca lo que el venerable Boedellus quiso decir con «pista de lanzamiento intercontinental»; pero el padre abad que en aquella época gobernaba decretó severamente que los anticuarios monásticos debían, a partir de aquel momento y bajo pena de excomunión, evitar tales «pistas». La carta del abad fue lo último que se supo del venerable Boedellus, de su grupo, su «pista de lanzamiento» y del pequeño pueblo que había

crecido sobre esa pista. Gracias a algunos pastores que variaron el curso de un riachuelo dirigiéndolo hacia el cráter para almacenar agua para sus rebaños en tiempos de sequía, un interesante lago adornaba ahora el paisaje donde el pueblo estuvo en otro tiempo. Un viajero procedente de esa dirección, hacía unos diez años, informó que en el lago había excelente pesca, pero que los pastores de los alrededores miraban a los peces como las almas de los pueblerinos y arqueólogos difuntos y se negaban a pescar allí debido a Bodollos, el barbo gigante que se ocultaba en las profundidades.

«… *Ni deberá iniciarse ninguna otra excavación que no tenga como motivo principal el aumento de la Memorabilia*», había añadido el decreto del padre abad, lo cual quería decir que el hermano Francis debía limitar el registro del refugio a la búsqueda de libros y papeles, sin meterse con artefactos interesantes.

Mientras el hermano Francis intentaba, con afán, abrir los cajones del escritorio, el diente cubierto de oro no dejaba de centellear y relucir en su rincón. Los cajones se negaron a moverse. Le dio al escritorio un golpe final y se volvió impaciente hacia el cráneo.

—¿No podrías sonreír hacia otro lado?

La mueca permaneció inmutable. El despojo con diente de oro reposaba con la cabeza apoyada entre una roca y una mohosa caja metálica. Abandonando el escritorio, el novicio se abrió paso entre los escombros para inspeccionar desde más cerca los restos mortales. Era obvio que la persona había muerto en ese mismo lugar, abatida por torrentes de piedras, y medio enterrada por los escombros. Sólo el cráneo y los huesos de una pierna quedaron al descubierto. El fémur estaba roto, la nuca destrozada.

El hermano Francis musitó una oración por el difunto. Después, muy suavemente, levantó el cráneo de su lugar de

reposo y le dio vuelta de modo que mirase a la pared. Fue entonces cuando descubrió la caja oxidada.

Tenía la forma de un maletín y estaba evidentemente dedicada a transportar alguna cosa. Podía haber servido para gran número de menesteres, pero había quedado muy maltrecha por las piedras arrojadas. Con sumo cuidado la separó de los escombros y la acercó al fuego. La cerradura parecía estar rota, pero la tapa se había atascado con la herrumbre. Al agitarla, la caja resonó. No era el lugar idóneo para buscar papeles o libros, pero —también era evidente— estaba destinada a ser abierta y cerrada y podía contener algún papel interesante para la Memorabilia. De todas maneras, recordando el destino del hermano Boedellus y otros, la roció con agua bendita antes de intentar abrirla y manejó la antigua reliquia tan reverentemente como le fue posible, mientras golpeaba sus oxidados goznes con una piedra.

Por fin los goznes cedieron y la tapa cayó. Pequeñas piezas metálicas saltaron de las cubetas y se desperdigaron entre las piedras, algunas de ellas perdiéndose de modo irreparable entre las hendiduras. Pero en el fondo de la caja, en el espacio debajo de las cubetas, pudo ver… ¡papeles! Después de una rápida oración de gracias, reunió tantas piezas metálicas como le fue posible y, tras colocar la tapa, empezó a trepar por el montón de escombros hacia la escalera y el pequeño pozo de cielo, con la caja fuertemente apretada bajo un brazo.

Al salir de la oscuridad del refugio, el sol le deslumbró; pero no prestó atención al hecho de que se hundía peligrosamente por el oeste, sino que enseguida empezó a buscar una piedra plana en la que poder extender el contenido de la caja y examinarlo sin peligro de perder algo en la arena.

Minutos más tarde, sentado sobre una losa rota, empezó a sacar los artilugios de metal y vidrio que llenaban las cubetas. La mayoría eran pequeñas cosas tubulares con un bigote de alambre en cada extremo del tubo. Ya las conocía. El diminuto museo de la abadía contenía algunas de diversas formas, tamaños y colores. Una vez había visto a un hechicero de los paganos de la colina usarlas como «collar de ceremonia». La gente de la colina las consideraba como «parte del cuerpo del dios» —de la legendaria *Machina Analytica*, aclamada como el más sabio de sus dioses—. Decían que tragándose una de ellas, un hechicero podía adquirir la «infalibilidad». De aquel modo, lo que ciertamente adquirían era autoridad ante su propia gente, a no ser que tragasen una de la especie venenosa. Los artefactos similares que tenían en el museo también estaban conectados entre sí, no en forma de collar, sino como un complejo y muy desordenado amasijo, en el fondo de una pequeña caja metálica, expuesta con el título: «Chasis de radio: Uso incierto».

En su cara interna, la tapa de la caja tenía pegada una nota; la cola se había secado; la tinta, desvanecido, y el papel estaba tan oscurecido por las manchas de herrumbre, que aunque la caligrafía hubiese sido buena, resultaba difícil de leer; pero aquello estaba apresuradamente garrapateado. Lo estudió, con muchas interrupciones, mientras vaciaba las cubetas. Parecía ser inglés de alguna especie, pero pasó más de media hora antes de poder descifrar la mayor parte del mensaje:

> CARL:
> Dentro de veinte minutos debo abordar el avión para [indescifrable]. Por el amor de Dios, haz que Em se quede ahí hasta saber si estamos en guerra. ¡Por favor, trata de meterla en la lista de suplentes

para el refugio! No puedo conseguirle asiento en el avión. No le digas por qué la envío con esta caja de herramientas; pero trata de que se quede ahí hasta que sepamos [indescifrable] lo peor, uno de los de la lista no se presenta.

P. D. He sellado la cerradura y he puesto ALTO SECRETO en la tapa para evitar que Em la abra. Es la primera caja de herramientas que he encontrado. Guárdala en mi armario o donde quieras.

I. E. L.

De momento, la nota le pareció incoherente, pues estaba demasiado excitado para concentrarse en un punto más que en otro. Después de esbozar una sonrisa despreciativa por los garabatos, empezó la tarea de quitar las cubetas para estudiar los papeles que había en el fondo de la caja. Estaba montada sobre un sistema articulado oscilatorio, evidentemente diseñado para que las cubetas se deslizasen en forma escalonada, pero los pernos se habían oxidado y Francis tuvo que arrancarlos con una pequeña herramienta de acero encontrada en uno de los compartimientos. Cuando el hermano Francis sacó la última cubeta, tocó los documentos con reverencia. Sólo había un puñado de papeles y, sin embargo, se trataba de un tesoro, por haber escapado a las llamas furiosas de la Simplificación, en las que hasta las escrituras sagradas se habían retorcido, ennegrecido y convertido en humo, mientras turbas ignorantes aullaban y vitoreaban ebrias de triunfo. Manipulaba los papeles tal como debe hacerse con las cosas sagradas; los defendía del viento con su hábito, pues todos estaban quebradizos y resecos por el tiempo. Había una hoja de bocetos mal acabados y diagramas, algunas notas

escritas a mano, dos enormes papeles doblados y un pequeño libro titulado *Memo*.

Primero examinó las notas apresuradamente escritas. Estaban garrapateadas por la misma mano que había escrito la nota pegada a la tapa y la letra no era menos abominable. «*Libra de pastrami. Lata de kraut, traer a casa para Emma*», decía una de las notas. Otra recordaba: «*No olvidar recoger formulario 1040, Impuesto Tío Sam*». Una tercera era sólo una columna de números con un total subrayado del que una segunda cantidad era restada y, finalmente, sacado un porcentaje, seguido de la palabra «¡maldición!». El hermano Francis comprobó las cantidades, y si bien no encontró ningún error en la aritmética del torpe calígrafo, no supo deducir lo que las cantidades significaban.

Tomó el *Memo* con especial reverencia, pues su título le sugería la Memorabilia. Antes de abrirlo se persignó y musitó la bendición de los textos. Pero el librito lo desilusionó. Esperaba hallar algún tema impreso, pero sólo encontró una lista de nombres, escrita a mano, sitios, números y fechas. Estas últimas fluctuaban entre el final de la quinta década y el principio de la sexta del siglo XX. ¡De nuevo quedaba confirmado! El contenido del refugio procedía del crepúsculo de la Edad del Esclarecimiento. Un descubrimiento realmente importante.

De los grandes papeles doblados, uno estaba enrollado apretadamente y empezó a partirse cuando trató de extenderlo; pudo sacar en claro las palabras «FORMULARIO DE CIRCUITO», pero nada más. Lo guardó de nuevo en la caja para un posterior trabajo de restauración y se dedicó al segundo documento doblado: sus dobleces estaban tan quebradizos, que únicamente se atrevió a inspeccionar una pequeña parte del mismo, separando ligeramente los pliegues y mirando entre ellos.

Parecía ser un diagrama, pero… ¡era de líneas blancas en papel oscuro!

Sintió de nuevo estremecerse ante el descubrimiento. ¡Era, sin lugar a dudas, una heliografía! Y en la abadía no quedaba ni una sola de ellas, sino únicamente algunas copias hechas a tinta de algunos originales que, con el tiempo, se habían desteñido al verse expuestos a la luz. Era la primera vez que Francis veía un original, pero había visto las suficientes reproducciones hechas a mano para reconocer que se trataba de una heliografía. Y ésta, aunque manchada y descolorida, podía leerse todavía después de varios siglos, debido a la total oscuridad y poca humedad del refugio. Al observar la otra cara del documento, sintió un breve arranque de furia. ¿Qué idiota había profanado aquel documento inestimable? Alguien había dibujado de modo inconsciente, figuras geométricas y máscaras infantiles por todo el dorso. ¡Qué vándalo sin seso!

Después de un momento de reflexión, la furia desapareció. En el momento de los hechos, aquellas copias eran, probablemente, tan comunes como la hierba, y el propietario de la caja posiblemente fuera el culpable. La ocultó del sol con su propia sombra mientras trataba de desdoblarla un poco más. En el extremo superior de la derecha había un rectángulo impreso con varios títulos en simples mayúsculas, de fechas, «números de patente», números de referencia y nombres. Sus ojos siguieron la lista hasta dar con «DISEÑO DEL CIRCUITO: *Leibowitz, I. E.*».

Cerró con fuerza los ojos y meneó la cabeza hasta que le pareció que resonaba. Después miró de nuevo. Allí estaba claramente:

«DISEÑO DEL CIRCUITO: Leibowitz, I. E.».

Dobló de nuevo el papel. Entre los dibujos infantiles y las figuras geométricas, claramente marcada con tinta roja, estaba la forma:

EJEMPLAR PARA:

☐ Superv ....
☐ Plant ....
☑ Dis I. E. Leibowitz
☐ Impr ....
☐ Ejército ....

El nombre estaba escrito con clara letra femenina, no en el apresurado garrapateo de las demás notas. Miró de nuevo las iniciales del escrito pegado en la caja: I. E. L., y de nuevo «diseño del circuito...». Las mismas siglas aparecían en todos los papeles.

Se había discutido, aunque en el terreno de las conjeturas, si al beatificado fundador de la Orden, de ser por fin canonizado, se le honraría como san Isaac o san Eduardo. Algunos se inclinaban por san Leibowitz como el modo correcto, puesto que el beato, hasta el presente, había sido mencionado por su apellido.

—*Beate Leibowitz, ora pro me*! —musitó el hermano Francis.

Sus manos temblaban con tal violencia, que amenazaban con destruir los frágiles documentos.

Había descubierto reliquias del santo.

Claro que Nueva Roma todavía no había proclamado la santidad de Leibowitz, pero el hermano Francis estaba tan convencido de ello, que se atrevió a añadir:

Sancte Leibowitz, ora pro me!

El hermano Francis no perdió el tiempo en inútiles disquisiciones lógicas para saltar a su inmediata conclusión: el propio cielo acababa de otorgarle la prueba de su vocación. Desde su punto de vista había encontrado lo que buscaba en el desierto. Estaba llamado a profesar como monje de la orden.

Olvidando el severo aviso de su abad en contra de esperar que una vocación llegase de cualquier forma milagrosa o espectacular, el novicio se arrodilló en la arena para dar las gracias y ofrecer varias decenas de rosarios a la intención del viejo peregrino que le había indicado la roca que conducía al refugio. «Que encuentres pronto la voz, muchacho», le había dicho el caminante. No fue sino hasta aquel momento que al novicio se le ocurrió pensar que quizá quiso decir Voz con mayúscula.

Ut solius tuae voluntatis mihi cupidus sim, et vocationis, tuae conscius, si digneris me vocare…

El abad estaría en su derecho si pensaba que la «voz» hablaba la lengua de las circunstancias y no la de la causa y efecto, y lo mismo ocurría con el Promotor Fidei si pensaba que «Leibowitz» era quizás un nombre común y corriente antes del Diluvio de Fuego, y que I. E. podía tanto significar «Ichabod Ebenezer» como «Isaac Edward». Para Francis sólo existía uno.

Tres campanadas de la abadía distante resonaron a través del desierto, una pausa y después las tres notas fueron seguidas de otras nueve.

—*Angelus Domini nuntiavit Mariae* —respondió el novicio respetuosamente, levantando la cabeza sorprendido al ver que el sol se había convertido en una gorda elipse escarlata, que ya tocaba el horizonte occidental. La barrera de roca alrededor de su cubil no estaba terminada.

En cuanto terminó el ángelus, guardó apresuradamente los papeles en la vieja caja oxidada. Una llamada del cielo no comportaba necesariamente el carisma de sojuzgar a las bestias salvajes ni de ser amistoso con los lobos hambrientos.

Cuando el ocaso se hubo desvanecido y aparecieron las estrellas, su refugio temporal quedó lo más fortificado posible, aunque faltaba saber si era a prueba de lobos. Pronto lo averiguaría, pues había ya oído algunos aullidos hacia el oeste. Avivó de nuevo su fogata, pero más allá del círculo iluminado por el fuego no había luz suficiente para permitir el acopio de su recolección diaria de los frutos de cactos púrpura, su única fuente de alimento, menos los domingos, cuando unos puñados de maíz tostado eran enviados de la abadía después de que un sacerdote había hecho sus rondas con el Santo Sacramento. La letra de la regla para la vigilia vocacional de cuaresma no era tan rígida como su aplicación práctica. Tal como la aplicaban, la regla se limitaba a simple letra muerta.

Aquella noche, sin embargo, la mordedura del hambre era menos penosa para Francis que su propia impaciencia ante la necesidad de correr a la abadía y anunciar la nueva de su descubrimiento. Hacerlo representaría renunciar a su vocación más pronto de lo que le había llegado.

Tenía que permanecer allí durante toda la cuaresma: con vocación o sin ella debía continuar su vigilia como si nada extraordinario hubiese ocurrido.

Soñadoramente, desde cerca de la fogata, miró hacia la oscuridad en dirección al Refugio Supervivencia Fallout y trató de imaginarse una alta basílica levantada en aquel punto. La fantasía era agradable, pero era difícil presumir que alguien escogiese aquel remoto espacio del desierto como centro de una futura diócesis. Si la basílica no era posible, entonces una pequeña iglesia. La iglesia de San Leibowitz del Desierto, rodeada de un jardín y un muro, con una capilla del santo atrayendo riadas de peregrinos, ceñidos los lomos, procedentes del norte. El «padre» Francis de Utah conduciendo a los peregrinos a dar una vuelta por las ruinas, aun a través de la Compuerta Dos hasta los esplendores del «Cerco Sellado», detrás del cual, las catacumbas del Diluvio de Fuego estaban... estaban..., bueno, después les ofrecería una misa en el altar de piedra, que encerraba la reliquia del santo que daba nombre a la iglesia... ¿un poco de arpillera?, ¿fibras de la soga del verdugo?, ¿recortes de uña del fondo de la caja oxidada? ¿Quizás el «Formulario del Circuito»? Pero la fantasía languideció. Las oportunidades para que el hermano Francis se convirtiese en sacerdote eran pocas... ya que al no tratarse de una orden misionera, los hermanos de Leibowitz sólo necesitaban unos cuantos sacerdotes para la propia abadía y algunas pequeñas comunidades de monjes en otras localidades. Además, el «santo» era todavía oficialmente un beato y no se le santificaría a menos que obrase algunos milagros más importantes y sólidos para apoyar su beatificación, la cual no era una proclamación infalible, como lo sería la canonización, aunque permitía a los monjes de la Orden de Leibowitz venerar formalmente a su fundador y patrono fuera de la misa y el oficio.

Las proporciones de la fantasmagórica iglesia fueron disminuyendo junto con el tamaño de la capilla lateral; la riada de peregrinos se redujo hasta formar un riachuelo. Nueva Roma estaba ocupada en otros asuntos, tales como la petición para una definición formal en el asunto de los dones preternaturales de la Santísima Virgen: los dominicos sostenían que la Inmaculada Concepción implicaba no sólo que la gracia moraba en ella, sino también que la Bendita Madre había tenido los poderes preternaturales, que eran los de Eva antes de la caída, y algunos teólogos de otras órdenes, incluso admitiendo que éstas eran conjeturas piadosas, negaban que el caso fuese necesario y aducían que una «criatura» podía ser «originalmente inocente», aunque sin ser dotada de dones preternaturales; los dominicos se inclinaban ante esto, pero afirmaban que la creencia había ido siempre implícita en otro dogma —tal como la asunción (inmortalidad preternatural) y la preservación del pecado actual (con implicación de integridad preternatural) y aún otros ejemplos—. Mientras trataba de zanjar esta disputa, Nueva Roma había dejado, según parecía, el caso de la canonización de Leibowitz cubriéndose de polvo en un archivo.

Contentándose con una pequeña capilla en honor del beato y alguna peregrinación casual, el novicio se adormeció. Cuando despertó, el fuego se había reducido a brasas relucientes. Algo parecía estar mal. ¿Estaba solo? Miró parpadeando la oscuridad que lo rodeaba.

Desde un poco más lejos de la cama de ascuas rojizas, el oscuro lobo parpadeó a su vez.

El novicio dio un grito y corrió en busca de un refugio.

El chillido, se dijo cuando se tendió temblando en su cubil de piedras y abrojos, había sido sólo una ruptura involuntaria de la regla del silencio. Se tendió, aferrado a la caja de metal, rezando para que los días de cuaresma

pasasen pronto, mientras unas patas peludas rastreaban su cercado.

3

Y entonces, padre, casi me apoderé del pan y el queso.

—Pero ¿lo hiciste?

—No.

—Entonces no hay pecado de hecho.

—Pero lo deseé tanto, que casi le encontré sabor.

—¿Voluntariamente? ¿Gozaste deliberadamente con tu fantasía?

—No.

—¿Trataste de deshacerte de ella?

—Sí.

—Por lo tanto, tampoco hubo glotonería de pensamiento. ¿Por qué lo confiesas?

—Porque después perdí la calma y lo rocié con agua bendita.

—¿Hiciste qué? ¿*Por qué*?

El padre Cheroki, con su estola, miró al penitente que se arrodillaba de perfil ante él, bajo la abrasadora luz del sol en pleno desierto; no dejaba de preguntarse cómo era posible que un joven como aquél —no demasiado inteligente por lo que hasta el momento había podido deducir— se las arreglaba para encontrar ocasiones, o casi, de pecado, a pesar de estar completamente aislado en la yerma extensión, lejos de cualquier distracción o aparente fuente de tentación. Los motivos de desasosiego que un muchacho podía encontrar en aquel sitio debían ser pocos, armado como iba con sólo un rosario, un trozo de pedernal, un

cortaplumas y un libro de oraciones. Por lo menos así le parecía al padre Cheroki. Pero esta confesión le tomaba demasiado tiempo y deseaba que el muchacho terminase con ella. Su artritis le molestaba de nuevo, pero debido a la presencia del Santo Sacramento en el altar portátil que llevaba consigo en sus rondas, el sacerdote prefería quedarse de pie o arrodillarse junto al penitente. Había encendido un cirio ante la pequeña urna que contenía la eucaristía, pero la llama era invisible a la luz del sol o la brisa la había apagado.

—Pero el exorcismo está permitido en estos días sin autorización superior. ¿Qué es lo que confiesas? ¿Haberte enfadado?

—También.

—¿Con quién te enfadaste? ¿Con el viejo o contigo mismo por haber aceptado la comida?

—No… no estoy seguro.

—Pues decídete —se impacientó el padre Cheroki—. O te acusas o no te acusas.

—Me acuso.

—¿De qué? —suspiró Cheroki.

—De abusar de un sacramento en un arranque de ira.

—¿Abusar? ¿No tenías ningún motivo racional para sospechar de influencia diabólica? ¿Tan sólo te enfureciste y le rociaste con ella? ¿Como echándole tinta en los ojos?

Captando el sarcasmo del prior, el novicio se removió y dudó. La confesión era siempre difícil para el hermano Francis. Nunca podía encontrar las palabras correctas para sus malas acciones, y al tratar de recordar sus propios motivos, se confundía sin remedio. Ni el padre le ayudaba al tomar como base el «o-lo-hiciste-o-no-lo-hiciste», aunque, evidentemente, o bien lo había hecho o bien no.

—Creo que por un momento perdí los estribos —dijo finalmente.

Cheroki abrió la boca con la evidente intención de seguir con el tema, pero lo pensó mejor.

—Ya veo. ¿Qué más?

—Pensamientos glotones —dijo Francis, después de un momento.

El prior suspiró.

—Creí que ya habíamos terminado con ello, ¿o te refieres a otro momento?

—Ayer. Fue ese lagarto, padre, tenía rayas azules y amarillas y unas ancas tan magníficas, gruesas como el pulgar y regordetas. Me puse a pensar que debían de tener el mismo sabor que el pollo, bien asadas y crujientes por fuera, y…

—Está bien —le interrumpió el sacerdote. Sólo una sombra de revulsión cruzó su vieja cara. Después de todo, el muchacho pasaba muchas horas al sol—. ¿Te complaciste en esos pensamientos? ¿No trataste de librarte de la tentación?

Francis enrojeció.

—Traté… de apresarlo, pero se escapó.

—Así que no fue sólo de pensamiento sino también de hecho. ¿Sólo esta vez?

—Pues… sí, sólo esta vez.

—Bien, de pensamiento y obra, deseando comer carne durante la vigilia. Por favor, trata de ser lo más específico que puedas al respecto. Creí que habías examinado a fondo tu conciencia. ¿Hay más?

—Bastante.

El prior dio un respingo. Tenía aún que visitar varias ermitas, sería una cabalgada larga y calurosa y le dolían las rodillas.

—Por favor, sigue con ello lo más aprisa que puedas —suspiró.

—Impureza, una vez.

—¿Pensamiento, palabra u obra?

—Pues estaba ese súcubo y ella…

—¿Súcubo? Ah…, nocturno. ¿Dormías?

—Sí, pero…

—Entonces, ¿por qué lo confiesas?

—Por lo que sucedió después.

—¿Después de qué? ¿Cuando despertaste?

—Sí, seguí pensando en ella, volví a imaginar todo, de nuevo.

—Muy bien, pensamiento concupiscente deliberadamente alimentado. ¿Lo sientes? Bien, ¿qué más?

Aquello era lo usual que oía una vez tras otra, postulante tras postulante, novicio tras novicio, y le parecía al padre Cheroki que lo menos que el hermano Francis podía haber hecho era numerar sus acusaciones *una, dos, tres*, de un modo claro y ordenado, sin todos esos circunloquios y sugerencias, pero al muchacho parecía dificultársele todo lo que pensaba decir. El sacerdote esperó.

—Creo que me ha llegado la vocación, padre, pero…

Francis se humedeció los resecos labios y miró un insecto que se había posado sobre una roca.

—¿Lo ha hecho? —La voz de Cheroki fue apagada.

—Me parece que sí, pero ¿pequé, padre, si cuando lo encontré consideré la letra con desprecio?

Cheroki parpadeó. ¿Letra? ¿Vocación? De qué se trataba…, estudió unos segundos la expresión seria del novicio y después frunció el ceño.

—¿Habéis estado tú y el hermano Alfred intercambiando ciertas notas? —preguntó, severo.

—¡Oh, no, padre!

—Entonces, ¿de qué letra hablas?

—De la del bendito Leibowitz.

Cheroki se quedó pensativo. ¿Había o no en la abadía alguna colección de documentos antiguos, algún manuscrito escrito personalmente por el fundador de la orden? ¿Alguna

copia original, quizá? Después de un momento de reflexión, decidió afirmativamente: quedaban algunos papeles cuidadosamente guardados bajo llave.

—¿Te refieres a algo ocurrido en la abadía? ¿Antes de venir?

—No, padre, sucedió ahí —señaló hacia la izquierda—. Tres túmulos más allá, cerca del cactos alto.

—¿Dices que es algo que tiene que ver con tu vocación?

—Sí, pero…

—*Claro* que —dijo secamente Cheroki— no es posible que intentes decirme que *has recibido*, del bendito Leibowitz, muerto, fíjate bien, desde hace por lo menos seiscientos años, una invitación escrita para que profeses tus solemnes votos y que no te ha gustado su letra. Discúlpame, pero ésta es la impresión que me has dado.

—Pero es que se trata de algo así, padre.

Cheroki empezó a farfullar, y, alarmado, el hermano Francis extrajo un pedazo de papel de la manga y se lo tendió al sacerdote. Estaba reseco por los años y manchado. La tinta estaba desvanecida.

—«*Una libra de pastrami* —pronunció el padre Cheroki, pasando velozmente sobre las palabras poco familiares—, *una lata de kraut, traer a casa para Emma*». —Se quedó mirando fijamente al hermano Francis durante unos segundos—. ¿Quién ha escrito esto?

Francis se lo dijo.

Cheroki se quedó pensativo.

—No es posible, mientras estés en estas condiciones, que hagas una buena confesión, y no estaría bien que yo te absolviese sin que tu mente esté centrada. —Al ver respingar a Francis el sacerdote le tocó un hombro con un gesto tranquilizador—. No te preocupes, hijo, hablaremos de ello cuando estés mejor. Entonces escucharé tu confesión. Por el momento… —Miró nervioso la urna que contenía la

eucaristía—. Quiero que reúnas tus cosas y regreses de inmediato a la abadía.

—Pero, padre, yo…

—Te lo ordeno —dijo apagadamente el sacerdote—, vuelve de inmediato a la abadía.

—Sí… sí, padre.

—Por ahora no pienso absolverte, pero puedes hacer un buen acto de contrición y ofrecer dos decenas de tu rosario como penitencia. ¿Quieres mi bendición?

El novicio asintió, intentando reprimir las lágrimas. El sacerdote lo bendijo, hizo una genuflexión ante el Sacramento y colgó de nuevo la vasija de oro en la cadena que pendía de su cuello. Después de guardarse el cirio en un bolsillo, dobló el altar y lo ató en su sitio detrás de la silla de montar. Le hizo a Francis una seria inclinación, montó y se alejó en su mula para completar la ronda de las ermitas de vigilia. Francis se dejó caer sobre la arena caliente y lloró.

Todo habría sido más fácil si hubiese podido llevar el sacerdote a la cripta para mostrarle la antigua habitación, vaciar el contenido de la caja, o si le hubiese mostrado la señal que el peregrino hizo en la piedra; pero el prior llevaba la eucaristía y resultaba imposible inducirlo a bajar a gatas a un sótano lleno de escombros o a entretenerse con el contenido de la vieja caja y enzarzarse en disquisiciones arqueológicas. Sabía que no debía pedirlo. La visita de Cheroki era necesariamente solemne, en tanto la urna que llevaba contuviese aunque fuese una sola hostia. De no ser así y estar vacía, habría sido posible discutirlo. El novicio no podía culpar al padre por haber sacado la conclusión de que había perdido la cabeza. Estaba en verdad un poco mareado por el sol y había balbuceado bastante. Más de un novicio había regresado con el entendimiento huero después de una vigilia vocacional.

Nada podía hacer sino obedecer la orden de regreso.

Fue al refugio y lo miró de nuevo para asegurarse de que realmente estaba allí. Después fue a buscar la caja; cuando lo tuvo todo guardado y estaba a punto de marcharse, un penacho de polvo apareció en el oeste, anunciando la llegada del proveedor de abastecimientos con agua y maíz de la abadía. El hermano Francis decidió esperar su ración de alimento antes de emprender su largo viaje al hogar.

Tres borricos y un monje aparecieron encabezando la columna de polvo. El primer borrico avanzaba penosamente bajo el peso del hermano Fingo. A pesar de su capucha, Francis reconoció al ayudante de cocina por sus hombros cargados y por las largas espinillas peludas que colgaban a cada lado del asno de tal modo que sus sandalias casi tocaban el suelo. Los animales que le seguían iban cargados con pequeñas bolsas de maíz y odres de agua.

—¡Gorrinos, gorrinos, gorrinos! —gritó Fingo, haciendo trompa con las manos y lanzando su llamada a los cerdos, desde las ruinas, como si no hubiese visto a Francis, que le esperaba cerca del sendero—. ¡Gorrinos, gorrinos, gorrinos! ¡Ah, aquí estás, Francis! Te había confundido con un montón de huesos. Tendremos que engordarte para los lobos. Aquí está, sírvete los desperdicios del domingo. ¿Cómo va el negocio de las ermitas? ¿Crees que obtendrás algo de ello? Si no te importa, sólo un odre y una bolsa de maíz. Y cuídate de las patas traseras de *Malicia*, está en celo y se siente algo traviesa… ha coceado a Alfred. ¡Crac! En medio de la rótula. ¡Ten cuidado!

El hermano Fingo echó hacia atrás su capucha y rió socarronamente, mientras el novicio y *Malicia* tomaban posiciones. A no dudar, Fingo era el hombre más feo de la Tierra, y cuando reía, la enorme distribución de encías rosadas y grandes dientes de variados colores añadía muy poco a su encanto. Era un mutante, pero casi no podía considerársele un monstruo. La suya era una herencia

bastante común en el país de Minnesota, del que era oriundo: producía la calva y una distribución muy desigual de la melanina, por lo que el larguirucho pellejo del monje era una mezcla abigarrada de manchas de hígado de buey y chocolate sobre fondo albino. Sin embargo, su perpetuo buen humor compensaba de tal modo su aspecto que, después de unos minutos, uno dejaba de notarlo, y después de un largo contacto, las manchas del hermano Fingo parecían tan normales como las de un *pony* pintojo. Lo que habría resultado horrible de haber sido él un hombre malhumorado llegaba a ser, al ir acompañado por aquella exuberante alegría, casi tan decorativo como el maquillaje de un payaso.

La asignación de Fingo en la cocina era de castigo y probablemente temporal. Era tallista de oficio y normalmente trabajaba en el taller de carpintería. Pero un incidente de orgullo relacionado con una estatuilla del bendito Leibowitz, que se le había permitido tallar, promovió que el abad ordenase su transferencia a la cocina hasta que diese alguna señal de mayor humildad. Mientras tanto, la estatua del beato esperaba a medio esculpir en el taller de carpintería.

La sonrisa de Fingo empezó a desvanecerse cuando notó el aspecto de Francis, que descargaba el grano y el agua de la retozona burra.

—Pareces un perro apaleado, muchacho —le dijo al penitente—. ¿Qué te pasa? ¿Está de nuevo el padre Cheroki en uno de sus malos momentos?

El hermano Francis movió la cabeza.

—No, que yo sepa.

—¿Entonces qué te pasa, estás enfermo?

—Me ha ordenado que regrese a la abadía.

—¿Qué…?

Fingo hizo pasar una peluda extremidad por encima de su montura y se dejó caer unos centímetros hasta el suelo. Se inclinó sobre el hermano Francis, le puso una carnosa mano sobre el hombro y le observó la cara.

—¿De qué se trata? ¿Ictericia?

—No. Cree que estoy…

Francis se tocó una sien y se encogió de hombros.

Fingo se echó a reír.

—Bueno, eso es verdad, pero todos lo sabemos. ¿Por qué te envía de regreso?

Francis miró la caja que tenía a sus pies.

—Encontré algunas cosas que pertenecieron al bendito Leibowitz. Empecé a decírselo, pero no me creyó, no me dejó que se lo explicase, él…

—¿Encontraste qué?

Fingo sonrió incrédulo y, después de dejarse caer de rodillas, abrió la caja, mientras el novicio le observaba nervioso. El monje agitó los cilindros bigotudos con un dedo y silbó suavemente.

—Son encantamientos de los paganos de la colina, ¿verdad? Esto es antiguo, Francis, verdaderamente antiguo. —Miró la nota de la tapa—. ¿Qué son esos garabatos? —preguntó de soslayo al infeliz novicio.

—Inglés prediluviano.

—Nunca lo he estudiado, sólo sé lo que cantamos en el coro.

—Lo escribió el propio beato.

—¿Esto? —Los ojos de Fingo fueron del hermano Francis a la nota. Meneó súbitamente la cabeza, colocó la tapa en su lugar y se levantó. Su sonrisa era ahora forzada—. Quizás el padre tiene razón, será mejor que regreses y el hermano farmacéutico te haga algún preparado de hongos. Debes de tener fiebre, hermano.

Francis se encogió de hombros.

—Quizá.

—¿Dónde encontraste esto?

El novicio se lo indicó.

—Unos túmulos más allá. Quité unas piedras, encontré un hueco y después un sótano. Puede ir a comprobarlo.

Fingo agitó la cabeza.

—Tengo un largo camino por delante.

Francis asió la caja y emprendió la marcha hacia la abadía mientras Fingo volvía a su asno. Después de unos pasos, el novicio se detuvo y gritó:

—Hermano Pecas ¿puede otorgarme unos minutos?

—Quizá —contestó Fingo—, ¿para qué?

—Vaya allí y mire por el agujero.

—¿Por qué?

—Para que pueda decir al padre Cheroki que está realmente allí.

Fingo se detuvo con una pierna a medio cruzar sobre el asno.

—Ya —dijo desmontando—, de acuerdo. Si no está allí, te lo diré a ti.

Francis esperó un momento mientras el desgarbado Fingo se perdía de vista entre los túmulos; después dio la vuelta para seguir penosamente la larga senda polvorienta que conducía a la abadía, masticando maíz y bebiendo algunos sorbos del odre. De vez en cuando miraba hacia atrás. Fingo permaneció oculto mucho más de dos minutos. El hermano Francis había dejado de mirar a su espalda cuando oyó un distante bramido procedente de las ruinas que había dejado atrás. Se volvió y pudo ver la lejana figura del tallista de pie en la cima de uno de los túmulos. Agitaba los brazos y asentía vigorosamente. Francis le hizo, a su vez, una seña y siguió cansadamente su camino.

Dos semanas de casi inanición habían cobrado su tributo, y después de cuatro o cinco kilómetros empezó a

tambalearse. Cuando estaba a sólo un par de la abadía, se desmayó junto a la cuneta. Avanzada la tarde, Cheroki, de vuelta de sus rondas, lo encontró allí tendido. Desmontó rápidamente y humedeció la cara del joven hasta que gradualmente recuperó el sentido. El sacerdote había dado con los mulos de abastecimiento en su camino de vuelta y escuchado el relato de Fingo confirmando el hallazgo de Francis. Aunque no estaba dispuesto a aceptar que el novicio hubiese encontrado algo de importancia real, el sacerdote lamentó su anterior impaciencia con el muchacho. Vio la caja, cuyo contenido estaba desperdigado a su alrededor, y le dio una breve ojeada a la nota pegada a la tapa. Francis se sentó mareado y confuso al borde de la carretera, y Cheroki decidió considerar los anteriores balbuceos del novicio como resultado de una imaginación romántica más que como locura o delirio. No había visitado la cripta ni examinado de cerca el contenido de la caja; pero era evidente, por lo menos, que el muchacho había malinterpretado sucesos reales más que confesado alucinaciones.

—Tan pronto volvamos, podrás terminar tu confesión… —le dijo suavemente al novicio, ayudándolo a subir detrás de la silla de la mula—. Creo que si no insistes en mensajes personales de los santos, podré absolverte, ¿verdad?

El hermano Francis estaba, de momento, demasiado débil para poder insistir en nada.

4

—Hizo lo correcto —gruñó finalmente el abad.

El padre Cheroki se había sentado nervioso en el borde de la silla mientras el abad se paseaba lentamente por su estudio durante por lo menos cinco minutos, con su amplia cara campesina que denotaba honda preocupación. Ninguno de los dos había pronunciado ni una sola palabra desde que Cheroki entrase en la habitación en respuesta a la llamada de su superior, y el primero saltó ligeramente cuando el abad Arkos gruñó finalmente aquellas palabras.

—Hizo lo correcto —repitió el abad, deteniéndose en el centro de la habitación y mirando de soslayo a su prior, que por fin empezó a relajarse.

Era cerca de medianoche y Arkos se preparaba para retirarse y dormir un par de horas antes de la misa de maitines y laudes. Aún mojado y despeinado, después de una reciente zambullida en la tina del baño, le recordaba a Cheroki un hombre oso, sólo a medias convertido en hombre. Llevaba una túnica de piel de coyote y la única muestra de su condición era la cruz pectoral, que, posada sobre la piel negra de su pecho, brillaba con la luz de las velas cada vez que se volvía hacia la mesa. El cabello húmedo le colgaba sobre la frente, y, con su corta barba hirsuta y la piel del coyote, en aquel momento no parecía un clérigo sino un caudillo militar rebosante de un limitado espíritu batallador después de un asalto reciente. El padre

Cheroki, procedente de la baronía de Denver, tendía a reaccionar formalmente ante las capacidades oficiales de los hombres y a hablar cortésmente ante la insignia del poder, aunque sin permitirse ver al hombre que la usaba, siguiendo en esto las costumbres de la corte en todas las épocas. Así el padre Cheroki había mantenido siempre una relación formalmente cordial con el anillo y la cruz pectoral y con el poder de su padre abad, pero se permitía ver lo menos posible a Arkos, el hombre. En las presentes circunstancias era difícil, pues el reverendo padre abad acababa de salir del baño y se paseaba descalzo por su despacho. Según parecía, acababa de arreglarse un callo, se había hecho un corte demasiado profundo y uno de sus gruesos dedos estaba cubierto de sangre. Cheroki trató de no mirarlo, pero se sintió muy incómodo.

—¿Sabe de qué estoy hablando? —gruñó Arkos, impaciente.

Cheroki dudó.

—¿Le importaría, padre abad, ser un poco más explícito por si se trata de algo de lo que me haya enterado por confesión?

—¿Eh? ¡Vaya, no sé lo que digo! Olvidé que lo supo usted a través de una confesión. Bien, haga que él se lo diga de nuevo y así podrá hablar de ello… supongo. El cielo sabe que en la abadía no se habla de otra cosa. No, no vaya ahora, yo hablaré de momento y usted no me contestará nada que forme parte del secreto de confesión. ¿Ha visto todo esto?

El abad señaló una mesa sobre la que estaba colocado el contenido de la caja del hermano Francis para ser examinado.

Cheroki asintió lentamente.

—Cuando se desmayó la dejó caer al suelo. Yo la recogí, pero no lo examiné detenidamente.

—¿Sabe lo que dice que es?

El padre Cheroki miró hacia otro lado como si no hubiese oído la pregunta.

—Está bien, está bien —gruñó el abad—, no se preocupe por lo que él dice que es, y decida lo que usted piensa que puede ser.

Cheroki se inclinó sobre el escritorio y estudió cuidadosamente los papeles uno a uno mientras el abad pensaba y aparentemente hablaba con el sacerdote, pero medio para sí:

—¡Es imposible! Hizo usted bien enviándolo a casa antes de que descubriese algo más. Pero claro está que esto no es lo peor. Lo peor es lo que murmura del viejo. Está tomando demasiado empuje. No sé de nada que pueda perjudicar más el caso que una oleada de «milagros» poco convincentes. ¡Unos cuantos incidentes reales, nada más! Antes de la canonización debe quedar establecido que la intercesión del beato ha dado lugar a lo milagroso, ¡pero esto puede ser demasiado! Mire el caso del beato Chang, beatificado hace dos siglos, pero nunca canonizado. Y todo porque su orden se mostró demasiado ansiosa, justamente por eso. Cada vez que alguien paseaba un resfriado, el beato producía una cura milagrosa. Apariciones en los sótanos, evocaciones en el campanario, parecía más una colección de cuentos de fantasmas que actos milagrosos. Quizás un par de incidentes fueron realmente válidos, pero cuando hay hojarasca, ¿qué ocurre?

El padre Cheroki levantó la mirada. Sus nudillos habían palidecido en el borde del escritorio y su cara estaba tensa. Parecía no haber escuchado.

—¿Decía usted, padre abad?

—Pues que aquí puede ocurrir lo mismo, esto es lo que digo —contestó el abad, empezando de nuevo su paseo de un lado para otro—. El año pasado fue el hermano Noyon y

su milagrosa soga del verdugo; el año anterior, al hermano Smirnov se le curó milagrosamente la gota… ¿Cómo? Pues tocando una probable reliquia de nuestro beato Leibowitz, dicen los jóvenes patanes. Y ahora este Francis encuentra un peregrino que usa como *kilt* la mismísima túnica de arpillera que fue empleada como capucha del bendito Leibowitz antes de colgarlo. ¿Y qué usa en vez de cinturón? Una soga. ¿Qué soga? Pues la misma… —Hizo una pausa y miró a Cheroki—. Puedo decir por su mirada sorprendida que no sabía usted nada de esto. ¿No? Está bien, no lo puede decir. No, no, Francis no lo dijo, todo lo que explicó fue que… —El abad Arkos trató de darle una tonalidad de ligero falsete a su voz normalmente profunda—. Todo lo que el hermano Francis dijo fue: «Encontré a un viejo y pensé que era un peregrino que se dirigía a la abadía, pues ése era el camino que llevaba. Se vestía con un viejo saco de arpillera atado a la cintura con un pedazo de soga. Hizo una señal en la piedra y la señal era así».

Arkos se sacó un pedazo de pergamino de un bolsillo de su túnica y lo desplegó frente a la cara de Cheroki a la luz de una vela. Aun tratando con poco éxito de imitar la voz de Francis, añadió:

—Y no supe lo que quería decir, ¿lo sabe usted?

Cheroki miró los símbolos y denegó con un gesto.

—No se lo pregunto —gruñó Arkos, con su voz normal—. Esto fue lo que dijo Francis. Yo tampoco lo supe.

—¿Lo sabe ahora?

—Lo sé, alguien más lo estudió. Ésta es la lamedh y ésta es la sadhe, son letras hebreas.

—*¿Sadhe, lamedh?*

—No, de derecha a izquierda, *lamedh, sadhe*. Una ele y un sonido ts. Si tuviese vocales, podría ser luts, lots, lets, lats, lits o algo parecido. Si tuviese alguna consonante entre estas dos, podría ser algo parecido a Llll… adivine quién.

—Leibo… ¡Oh, no!

—¡Oh, sí! Al hermano Francis no se le ocurrió; lo pensó alguien más. Al hermano Francis no se le ocurrió tampoco lo de la capucha de arpillera y la soga del verdugo, uno de sus camaradas lo hizo. Así que, ¿qué ocurre ahora? Esta noche todo el noviciado zumba con la pequeña y dulce historia de que Francis se encontró en el desierto con el propio beato, quien condujo a nuestro muchacho al sitio donde estaba todo esto y le dijo que había encontrado su vocación.

Una mueca perpleja cruzó la cara de Cheroki.

—¿El hermano Francis ha dicho eso?

—¡Nooo! —rugió Arkos—. ¿No me ha escuchado? Francis no ha dicho nada de esto. ¡Ojalá lo hubiese hecho, entonces tendría al bribón! Pero lo cuenta de un modo simple y hasta estúpido, diría yo, y deja que los demás saquen sus conclusiones. Todavía no he hablado con él. He enviado al director de la Memorabilia a escuchar su historia.

—Será mejor que hable con Francis —murmuró Cheroki.

—¡Hágalo! Cuando entró, todavía dudaba si debía asarlo vivo o no. Por haberlo hecho volver, quiero decir. Si lo hubiese dejado en el desierto no tendríamos esa fantástica historia corriendo por aquí. Pero por otra parte, de haberse quedado allí, vaya a saber lo que habría podido sacar del sótano. Creo que al hacerlo regresar hizo lo correcto.

Cheroki, que no había tomado esa decisión por tal razón, decidió que el silencio era la política más apropiada.

—Vaya a verle —gruñó el abad—, y después envíemelo.

Eran casi las nueve de la mañana de un luminoso lunes cuando el hermano Francis llamó tímidamente al despacho del abad. Una provechosa noche de descanso en el duro jergón de paja de su vieja celda familiar y un poco de desayuno no tan familiar no habían, quizás, hecho maravillas en el estómago hambriento ni aclarado totalmente la niebla que el sol había metido en su cerebro; pero aquellos lujos relativos le habían dado, por lo menos, la suficiente claridad de criterio para saber que tenía motivos para estar asustado. De hecho, estaba aterrorizado, y su primer golpe a la puerta del abad pasó desapercibido. Ni siquiera él pudo oírlo. Después de varios minutos reunió la valentía suficiente para llamar de nuevo.

—*Benedicamus Domino.*

—*Deo gratias*? —preguntó Francis.

—¡Entra, muchacho, entra! —exclamó una voz afable que, después de unos segundos de duda, reconoció con extrañeza como la de su soberano abad—. Dale la vuelta al pestillo, hijo —dijo la misma voz amistosa, después de que Francis se hubo quedado paralizado durante unos segundos con los nudillos todavía en posición de llamada.

—Sí…

Francis casi no tocó el pestillo, pero la condenada puerta se abrió, a pesar de haber esperado que estuviese pesadamente cerrada.

—¿El padre abad me ha mandado llamar? —musitó el novicio.

El abad Arkos se humedeció los labios y asintió lentamente.

—Sí, el padre abad te ha mandado llamar. Entra y cierra la puerta.

El hermano Francis obedeció y permaneció tembloroso en el centro de la habitación. El abad jugueteaba con algunas de las cosas con bigote de alambre que había en la vieja caja de herramientas.

—Aunque tal vez sería mejor decir —prosiguió el abad Arkos— que quizá sea el reverendo padre abad quien ha sido llamado por ti. Ahora que te has visto de tal modo favorecido por la Providencia y eres tan famoso, ¿no te parece? —sonrió con dulzura.

—¿Je, je? —El hermano Francis rió inquisitivamente—. Oh, no, reverendo padre.

—¿No niegas que has ganado fama en una noche? ¿Que la Providencia te ha elegido para descubrir esto? —Señaló con un amplio gesto las reliquias que había sobre la mesa—. ¿Esta caja de basuras como la llamó acertadamente su antiguo propietario?

El novicio balbuceó desamparadamente y se esforzó en formar una sonrisa.

—Tienes diecisiete años y eres claramente idiota, ¿verdad?

—No hay duda de ello, reverendo padre.

—¿Qué excusas propones por creerte llamado a la religión?

—Ninguna, *magister meus*.

—¿Ah? ¿Es así? Entonces, ¿piensas que no tienes vocación para pertenecer a la orden?

—¡La tengo! —exclamó el novicio.

—Pero ¿no encuentras motivo?

—Ninguno.

—Pequeño cretino, te pido una razón. Ya que no das ninguna, supongo que estás preparado para negar que el otro día encontraste a alguien en el desierto; tropezaste con esto, con esta caja de basuras sin ayuda de nadie y que lo

que he oído comentar a los demás es únicamente un delirio producido por la fiebre.

—¡Oh, no, dom Arkos!

—¿No, qué?

—No puedo negar lo que vi con mis propios ojos, reverendo padre.

—¿Así que encontraste un ángel… o fue un santo? ¿Él te mostró dónde tenías que mirar?

—Nunca he dicho que fuese…

—Y ésta es tu excusa para creer que tu vocación es verdadera, ¿no es así? Que aquella… aquella llamémosla criatura te habló de encontrar una voz y marcó una roca con sus iniciales y te dijo que era lo que buscabas, y cuando miraste debajo… allí estaba esto, ¿verdad?

—Sí, dom Arkos.

—¿Qué opinas de tu propia execrable vanidad?

—Mi execrable vanidad es imperdonable, reverendo maestro.

—El creerte lo suficientemente importante para ser imperdonable es una vanidad todavía mayor —rugió el soberano de la abadía.

—Reverendo padre, soy en verdad un gusano.

—Muy bien, tienes que negar únicamente la parte del peregrino. Nadie más lo vio, ¿sabes? Tengo entendido que vino en esta dirección y hasta dijo que se detendría aquí. Que te preguntó acerca de la abadía. ¿No es así? En caso de haber existido, ¿cómo desapareció? Nadie pasó por aquí. El hermano que en aquel momento estaba de guardia en la atalaya no lo vio. ¿Estás dispuesto a aceptar ahora que lo imaginaste?

—De no haber existido las dos marcas en aquella roca, quizás hubiese…

El abad cerró los ojos y suspiró profundamente.

—Las señales están aquí… borrosas —admitió—. Pudiste hacerlas tú.

—No, reverendo padre.

—¿Admitirás que imaginaste a la vieja criatura?

—No, reverendo padre.

—Muy bien, ¿sabes lo que te espera ahora?

—Sí, reverendo padre.

—Entonces, prepárate a recibirlo.

Temblando, el novicio se arrebujó el hábito hasta la cintura y se inclinó sobre el escritorio. El abad sacó una dura regla de nogal de un cajón, la probó en su palma y después le dio un fuerte golpe a Francis cruzándole las nalgas con ella.

—*Deo gratias*! —respondió sumisamente el novicio, conteniendo ligeramente el aliento.

—¿Piensas cambiar de idea, hijo mío?

—Reverendo padre, no puedo negar…

¡Plaf!

—Deo gratias!

¡Plaf!

—Deo gratias!

Por diez veces fue repetida esa simple pero dolorosa letanía, con el hermano Francis resollando sus gracias al cielo por cada punzante lección sobre la virtud de la humildad, como se esperaba de él. El abad se detuvo después del décimo golpe. El hermano Francis estaba de puntillas y se balanceaba ligeramente. Las lágrimas se abrían paso entre sus apretados párpados.

—Mi querido hermano Francis —dijo el abad Arkos—, ¿estás seguro de que viste al viejo?

—Seguro —murmuró, endureciéndose en espera de nuevos golpes.

El abad Arkos miró clínicamente al joven, después dio la vuelta a su mesa y se sentó con un gruñido. Se quedó un

rato contemplando abstraídamente el pedazo de pergamino con las letras.

—¿Quién supones que pudo ser? —murmuró el abad, con voz ausente.

El hermano Francis abrió los ojos llenos de lágrimas.

—Me has convencido, muchacho, peor para ti.

Francis no contestó, pero rogó silenciosamente porque la necesidad de convencer a su soberano de su veracidad no se presentase muy a menudo. En respuesta a un gesto irritado del abad, se bajó el hábito.

—Puedes sentarte —dijo el abad, con acento casual y hasta cordial.

Francis fue hacia la silla indicada, pero al intentar sentarse dio un respingo y se enderezó.

—Si le es igual, reverendo padre abad…

—Está bien, quédate de pie. De todas maneras no te entretendré mucho. Tienes que marcharte a terminar tu vigilia. —Hizo una pausa al ver que la cara del novicio se iluminaba ligeramente—. Oh, no, no lo harás —exclamó—, no volverás al mismo sitio. El hermano Alfred y tú intercambiaréis ermitas y no te acercarás para nada a esas ruinas. Y aún más, te prohíbo que hables del asunto con nadie, excepto con tu confesor y conmigo. De todas maneras, el cielo sabe que el mal ya está hecho. ¿Sabes lo que has empezado?

El hermano Francis movió la cabeza.

—Ayer, por ser domingo, reverendo padre, no tuvimos que observar silencio, y en el recreo contesté algunas de las preguntas de los muchachos. Pensé…

—Pues tus muchachos han imaginado una encantadora solución, querido hijo. ¿Sabes que a quien encontraste allí fue al mismísimo beato Leibowitz?

Francis quedó sorprendido y después meneó nuevamente la cabeza.

—No, reverendo padre, estoy seguro de que no puede ser. El beato mártir no haría una cosa así.

—¿Qué es lo que no haría?

—No perseguiría a alguien tratando de pegarle con un palo que tenía la punta de hierro.

El abad se secó la boca para ocultar una sonrisa involuntaria. Trató de parecer pensativo.

—No sé nada de esto. ¿Eres tú ese alguien a quien perseguía? Comprendo, es lo que suponía. ¿Contaste esto a los demás novicios? ¿Sí, eh? Pues mira, ellos no excluyeron la posibilidad de que fuese el beato. Dudo que haya mucha gente a quien el beato persiguiese con su palo, pero… —Se calló, incapaz de contener la risa que la expresión en la cara del novicio le producía—. Está bien, hijo, pero ¿quién supones que pudo ser?

—Pensé que era un peregrino que recorría el camino para visitar nuestra capilla, reverendo padre.

—Todavía no es una capilla y no debes llamarla así. Pero de todas maneras no pensaba visitarla o, por lo menos, no lo hizo. No pasó ante nuestra puerta, a menos, claro está, que el vigía durmiera. Y el novicio que estaba de guardia niega haberse dormido aunque admite que aquel día se sentía amodorrado. Así que, ¿qué es lo que sugieres?

—Si el reverendo padre abad me perdona, yo mismo he estado de guardia algunas veces.

—¿Y…?

—Bueno, en un día brillante en el que lo único que se mueve son los buitres, después de unas horas se empieza a mirarlos.

—Conque sí, ¿eh? ¿Cuándo se supone que hay que mirar el camino?

—Y si se mira demasiado hacia el cielo, llega un momento en que se pierde la lucidez… no se puede decir que dormido, pero sí algo así como abstraído.

—¿Y esto es lo que haces cuando estás de guardia? —gruñó el abad.

—No necesariamente. Quiero decir que no, reverendo padre, de haberme ocurrido no lo sabría, no lo creo. El hermano Je… quiero decir que un hermano a quien sustituí un día estaba así. Ni siquiera se había dado cuenta de que había llegado la hora del cambio de guardia. Estaba sentado en la torre mirando el cielo con la boca abierta. Como ausente.

—Sí, y la primera vez que tú te amodorres de este modo, llegará una horda pagana de guerreros de Utah, matará a algunos jardineros, cortará el sistema de irrigación, estropeará nuestras cosechas y llenará el pozo de piedras, antes de que tengamos tiempo de defendernos. ¿Por qué pones esa cara tan…? Ah, lo había olvidado, tú procedes de Utah, ¿verdad? Pero no te preocupes, puede que después de todo tengas razón acerca del vigía, quizá no vio al viejo. ¿Estás seguro de que se trataba de un viejo común y corriente y nada más? ¿No era un ángel o un beato?

La mirada del novicio se detuvo pensativamente en el techo y después se posó rápidamente en la cara de su superior.

—¿Los ángeles y los santos tienen sombra?

—Sí, quiero decir no, quiero decir… ¡cómo voy a saberlo! Él la tenía, ¿verdad?

—Pues… era tan pequeña que casi no se le notaba.

—¿Qué?

—Era casi mediodía.

—¡Imbécil! No te estoy pidiendo que me digas lo que era. Yo lo sé muy bien, si es que lo viste. —El abad Arkos dio unos golpes sobre la mesa para dar mayor énfasis a sus palabras—. Quiero saber si tú… ¡tú!, estás seguro, más allá de toda duda, de que se trataba de un viejo común y corriente.

Aquella clase de interrogatorios desconcertaban al hermano Francis. En su propia mente no existía ningún límite preciso que separase lo natural de lo sobrenatural, sino más bien una zona crepuscular intermedia. Había cosas que eran claramente naturales y cosas que eran claramente sobrenaturales; pero entre esos dos extremos cabía una región de confusión (la suya) —lo preternatural—, donde las cosas hechas de simple tierra, aire, fuego o agua tendían a comportarse de modo perturbador como Cosas. Para el hermano Francis, esta región incluía todo lo que podía ver, pero no podía comprender. Y el hermano Francis jamás estaba seguro «más allá de toda duda», como el abad le pedía que estuviese, de comprender exactamente de qué se trataba. Así, al poner la pregunta en el tapete, el abad Arkos involuntariamente había lanzado al peregrino del novicio a la zona intermedia; a la misma perspectiva de la primera aparición del hombre como un despojo negro sin piernas que se arrastraba en medio de un lago que un espejismo de calor había creado en el camino; en la misma perspectiva que había ocupado momentáneamente cuando el mundo del novicio se redujo hasta no contener nada sino una mano ofreciéndole un poco de comida. Si alguna criatura más que humana decidía disfrazarse de humano, ¿cómo iba él a descubrir su disfraz o a suponer su presencia? Si tal criatura no desease que recayeran sospechas sobre ella, ¿no se acordaría de producir sombra, dejar huellas y comer pan y queso? ¿No masticaría hojas aromáticas, le escupiría a un lagarto y se acordaría de imitar la reacción de un mortal que ha olvidado ponerse las sandalias antes de pisar el suelo ardiente?

Francis no se decidía a estimar la inteligencia o el ingenio de los seres infernales o celestiales, o a imaginar la extensión de sus cualidades histriónicas, aunque presumía que tales criaturas eran infernal o celestialmente

inteligentes. El abad, al plantear tan claramente su pregunta, había formulado la naturaleza de la respuesta de Francis, es decir: tomar en consideración la pregunta en sí misma, a pesar de no haberlo hecho previamente.

—¿Bien, hijo?

—Reverendo padre, ¿no supone que puede haber sido…?

—No te pido que supongas. Quiero que estés completamente seguro. ¿Era o no una persona común y corriente, de carne y hueso?

La pregunta era aterradora. Y el hecho de que se viese dignificada, al proceder de labios de una persona tan exaltada como su abad, la hacía aún más aterradora, a pesar de poder ver con claridad que su superior la planteaba tan sólo porque deseaba una respuesta en particular y la deseaba ardientemente. Y si mostraba tal interés, la pregunta debía ser importante. Y si era lo suficientemente importante para un abad, entonces lo era muchísimo más para el hermano Francis, el cual no se atrevía a equivocarse.

—Creo… creo que era de carne y hueso, reverendo padre, pero no exactamente «común y corriente». En algunos aspectos era muy poco común.

—¿En qué aspectos? —preguntó el abad Arkos, secamente.

—Pues… la puntería que tenía al escupir. Y sabía leer, creo.

El abad cerró los ojos y se acarició las sienes con aparente exasperación. Qué fácil habría sido decirle sencillamente al muchacho que su peregrino era sólo algún viejo vagabundo y después ordenarle que lo considerase de ese modo. Pero al haberle permitido al muchacho saber que la pregunta era posible, restaba efectividad a la orden antes de ser pronunciada.

Hasta donde el pensamiento podía ser gobernado, sólo cabía ordenarle seguir lo que la razón afirmaba; de hacerlo

de otro modo, no obedecería. Como director prudente, el abad Arkos no daba órdenes en vano cuando sabía que era posible desobedecer y obligar no lo era. Era mejor apartar la vista que dar órdenes no efectivas. Había hecho una pregunta que ni él mismo podía contestar razonablemente, pues jamás vio al viejo, y debido a ello, tampoco tenía derecho a exigir la respuesta.

—Puedes irte —dijo finalmente sin abrir los ojos.

5

Ligeramente desconcertado por la conmoción producida en la abadía, el hermano Francis regresó al desierto aquel mismo día para completar su vigilia de cuaresma en una soledad bastante desventurada. Había esperado que se produjese cierta agitación al aparecer él con las reliquias, pero el excesivo interés que todos demostraron por el viejo vagabundo le había sorprendido. Francis únicamente mencionó al viejo por el papel que supuso, fuese por accidente o por obra de la Providencia, en su tropiezo con la cripta y sus reliquias. Por lo que a Francis se refería, el peregrino era tan sólo un ingrediente menor de un cuadro en cuyo centro estaba la reliquia de un santo. Pero los novicios, sus camaradas, pareció que se interesaban más por el peregrino que por la reliquia y hasta el abad le había llamado, no para preguntarle por la caja, sino por el viejo.

Le habían hecho un centenar de preguntas acerca del peregrino a las que sólo había podido contestar: «No me di cuenta»… «En aquel momento no miraba»… «Si lo dijo no lo recuerdo»… y algunas de las preguntas eran un poco extrañas. Debido a todo ello, empezó a interrogarse: «¿Tenía que haberme dado cuenta? ¿Fui estúpido al no vigilar lo que él hacía? ¿No presté la suficiente atención a lo que dijo? ¿Dejé de percibir algo importante por estar medio aturdido?».

Meditó sobre ello en la oscuridad mientras los lobos rondaban su nuevo campamento y llenaban la noche con

sus aullidos. Se encontró pensando en ello en momentos del día que estaban señalados como propios para la oración y los ejercicios espirituales de la vigilia vocacional, y así se lo confesó al padre Cheroki en su siguiente ronda dominical.

—No debiste dejar que la imaginación desatada de los demás te obsesionase; ya tienes suficientes problemas con la tuya propia —le dijo el confesor después de reprenderlo por descuidar sus ejercicios y oraciones—. Ellos no piensan en esas cosas basándose en lo que puede ser verdad, sino que confeccionan sus preguntas basándose en lo que puede ser sensacional si resulta ser verdad. ¡Es absurdo! Debo decirte que el reverendo padre abad ha prohibido que en el noviciado se siga hablando de este asunto. —Después de un breve silencio, añadió con poca fortuna y con un tenue rastro de duda esperanzada en el tono—: En el viejo no había nada que sugiriese lo sobrenatural, ¿verdad?

El hermano Francis también dudaba. Si hubo una sugerencia de lo sobrenatural, él no la notó. Pero de todas maneras, a juzgar por la gran cantidad de preguntas que no pudo contestar, poco había notado. La profusión de las preguntas le hacía sentir que su poca observación era en cierto modo culpable. Agradecía al peregrino el descubrimiento del refugio. Pero no interpretó enteramente los acontecimientos en función de sus propios intereses, de acuerdo con su propio anhelo por un fragmento de evidencia de que la dedicación de su vida a las labores del monasterio procedían no sólo de su deseo sino también de la gracia; facultando la voluntad, pero no obligándola a escoger correctamente. Tal vez los acontecimientos tenían un significado más amplio, que él no llegó a percibir durante su gran ensimismamiento.

¿Qué opinas de tu execrable vanidad?

«Mi execrable vanidad es como la del gato de la fábula que estudió ornitología, reverendo padre».

¿Su deseo de profesar los votos finales y perpetuos no era análogo al del gato que se convirtió en ornitólogo para poder glorificar su propia ornitofagia, devorando secretamente un *Serinus canarius*, pero nunca comiéndose un canario? Porque como el gato que era por naturaleza ornitófago, también Francis estaba, por naturaleza, dispuesto a devorar hambriento todo el conocimiento que se enseñaba en aquellos días y debido a que no había más escuelas que las monásticas, tomó primero el hábito de postulante y después el de novicio. Pero ¿sospechar que Dios, al igual que la naturaleza, lo llamaba para ser un monje profeso de la orden…?

¿Qué otra cosa podía hacer? No había modo de volver a su tierra, en Utah. De pequeño fue vendido a un hechicero que lo educó como su sirviente y acólito. Después de escapar, no podía volver si no era para enfrentarse a la espantosa «justicia» de la tribu: había robado la propiedad de un hechicero —su propia persona—, y aunque el robo era una profesión honorable entre los habitantes de Utah, ser cogido era un crimen capital, cuando la víctima del ladrón era el brujo de la tribu.

Después de sus estudios en la abadía, tampoco le interesaba caer en la relativamente primitiva vida de un pastor analfabeto.

Pero ¿qué más? El continente estaba escasamente habitado. Pensó en el mapa mural de la biblioteca de la abadía y la desperdigada distribución de las áreas marcadas con una cruz, que eran regiones, si no de civilización, por lo menos de orden civil, en las que dominaba cierta forma de soberanía legal que sobrepasaba a la tribal. El resto estaba muy poco poblado por gente de los bosques y las llanuras que, aunque en su mayoría no eran salvajes, formaban simples clanes vagamente organizados en pequeñas comunidades dispersas, que vivían de la caza, el pillaje y la

agricultura primitiva, y su índice de natalidad era escasamente suficiente —descontados los monstruos de nacimiento y los mutantes— para sostener a la población. Las principales industrias del continente, sin tener en cuenta algunas regiones costeras, eran la caza, el cultivo, la guerra y la brujería; esta última era la «industria» más prometedora para cualquier joven que desease escoger carrera y tuviese en mente como finalidad principal la máxima opulencia y prestigio.

Los conocimientos que Francis recibió en la abadía no le habían preparado para nada que tuviese un valor práctico en el mundo oscuro e ignorante de todos los días; donde la cultura no existía y un joven educado, además, no tenía valor para una comunidad, a menos que supiese cultivar la tierra, pelear, cazar o mostrase algún talento especial para el latrocinio intertribal o para el descubrimiento de aguas subterráneas o metales maleables. Aun en los dominios dispersos donde existía una forma de orden civil, el hecho de la cultura de Francis no le ayudaría en nada si debía llevar una vida independiente de la Iglesia. Era verdad que algunos pequeños barones empleaban a veces a uno o dos escribientes, pero aquellos casos eran tan raros que podían descartarse, y cuando se daban, eran desempeñados tanto por monjes como por legos de educación monástica.

La única demanda de escribientes y secretarios había sido creada por la propia Iglesia, cuyo tenue tejido jerárquico estaba tendido por todo el continente —y ocasionalmente hasta costas distantes, aunque las diócesis de ultramar eran virtualmente gobiernos autónomos sujetos en teoría a la Santa Sede, pero raramente en la práctica, pues estaban separados de Nueva Roma, más que por el cisma, por los océanos no cruzados con mucha frecuencia— y podía mantenerse unido sólo por una red de comunicaciones. La Iglesia se había convertido, casi por

coincidencia y sin querer serlo, en el único medio por el que las noticias eran transmitidas de un lugar a otro a través del continente. Si la plaga llegaba al nordeste, el sudeste pronto lo sabía como resultado de las historias contadas y vueltas a contar por los mensajeros de la Iglesia que iban y venían de Nueva Roma.

Si la infiltración nómada, en el lejano noroeste, amenazaba a una diócesis cristiana, una carta encíclica era pronto leída en púlpitos tan lejanos como los del sur y el este, previniendo de la amenaza y extendiendo las bendiciones apostólicas a los «hombres de cualquier condición que sean diestros en el manejo de las armas y que, con medios para hacer el viaje, estén piadosamente dispuestos a efectuarlo, para jurar fidelidad a nuestro querido hijo N., gobernante legítimo del lugar, por tal período de tiempo como se juzgue necesario para el mantenimiento del ejército en pie de guerra para la defensa de los cristianos del lugar contra la reunión de las hordas paganas, cuyo brutal salvajismo es demasiado conocido y quienes, para nuestro mayor dolor, torturaron, asesinaron y devoraron a los sacerdotes de Dios que Nos mismo les enviamos con la Palabra, para que pudiesen entrar como corderos en la grey del Cordero, de cuyo rebaño en la tierra Nos somos el pastor; porque mientras Nos no hemos desesperado nunca ni dejado de orar para que esas criaturas nómadas sean conducidas de la oscuridad a la Luz y vengan a Nuestro reino en paz —pues no hay que pensar que extranjeros pacíficos sean expulsados de una tierra tan amplia y vacía; y es más, serán bien venidos los que vengan en paz, aunque sean extraños a la Iglesia visible y a su divino fundador, en tanto atiendan a la ley natural que está escrita en el corazón de todos los hombres, vinculándolos al espíritu de Cristo, aunque ignoren su nombre—, es, sin embargo, conveniente, adecuado y prudente que la

cristiandad, mientras ora por la paz y la conversión de los infieles, se prepare para la defensa en el noroeste, donde debido a la reunión de las hordas, los salvajes incidentes han aumentado últimamente. Y sobre cada uno de vosotros, queridos hijos, que podéis emplear las armas y viajar al noroeste para unir vuestras fuerzas a las de los que se disponen, con todo su derecho, a defender sus tierras, hogares e iglesias, Nos extendemos y por la presente conferimos, como signo de nuestro especial afecto, la Bendición Apostólica».

Francis había pensado brevemente en ir al noroeste si fracasaba en encontrar la vocación en la orden. Pero aunque era fuerte y lo suficientemente hábil con la hoja y el arco, era muy bajo y no demasiado pesado, mientras que, según los rumores, los paganos medían tres metros. No podía asegurar que el rumor fuese verídico, pero no se le ocurría ningún motivo por el cual considerarlo falso.

Además de morir en el campo de batalla, era poco lo que se le ocurría hacer con su vida que mereciese la pena ser hecho, si no podía entrar en la orden.

La certidumbre de su vocación no había sido quebrada, sino ligeramente doblada por la azotaina que el abad le había propinado y por el pensamiento del gato que se convirtió en ornitólogo, cuando por naturaleza era llamado a ser únicamente un ornitófago. El pensamiento lo hizo lo bastante desgraciado para dejarse llevar por la tentación, y el Domingo de Ramos, cuando sólo faltaban seis días de hambre para el final de la vigilia, el padre Cheroki oyó de labios de Francis —o del encogido y requemado residuo de Francis donde el alma permanecía ligeramente enquistada— unos breves sones que constituyeron la que fue probablemente la confesión más sucinta que el novicio había hecho o el sacerdote oído:

—Dios me perdone, padre, me comí un lagarto.

El padre Cheroki, que llevaba muchos años como confesor de penitentes en vigilia, había descubierto que la costumbre, como en el caso del sepulturero de la fábula, le confería al asunto «una calidad de desembarazo», por lo que replicó con perfecta ecuanimidad y sin un parpadeo:

—¿Que en día de abstinencia y hecho con premeditación?

La semana santa resultaría menos solitaria que las primeras semanas de la cuaresma, si los ermitaños no estuvieran ya entonces más allá de toda preocupación. Parte de la liturgia de la Pasión se efectuaba extramuros de la abadía para acercarse a los penitentes en sus centros de vigilia; dos veces se les ofreció la eucaristía, y el jueves santo el propio abad hizo las rondas con Cheroki y trece monjes, para efectuar el *mandatum* en cada ermita. Las vestiduras del abad Arkos quedaban ocultas bajo una cogulla, y el león casi parecía un humilde gatito cuando se arrodillaba para lavar y besar los pies de sus súbditos penitentes con la máxima economía de gestos y el mínimo de adornos y exhibición, mientras los demás cantaban las antífonas. «*Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem...*». El Viernes Santo, la procesión de la cruz trajo un velado crucifijo y se detuvo ante cada ermita para descubrirlo lentamente ante el penitente, levantando la tela centímetro a centímetro para la adoración mientras los monjes cantaban los improperios:

«Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he afligido? Respóndeme… Te he ensalzado con gran poder y tú me has colgado del patíbulo de una cruz…».

Y después, el sábado santo.

Los mejores recogieron uno a uno a los novicios, hambrientos y delirantes. Francis pesaba tres kilos menos y estaba mucho más débil que el Miércoles de Ceniza. Cuando

lo dejaron de pie en su propia celda, se tambaleó y cayó antes de poder llegar a su camastro. Los hermanos lo tendieron en él, lo lavaron, afeitaron y cubrieron de aceite su maltratada piel, mientras Francis deliraba y hablaba de algo que se cubría con un taparrabo de arpillera al que llamaba a veces ángel y otras santo, invocaba frecuentemente el nombre de Leibowitz y trataba de disculparse.

Sus cofrades, a quienes el abad había prohibido hablar del asunto, se limitaban a cambiar miradas significativas y a asentir misteriosamente entre sí.

Los informes de lo sucedido llegaron al abad.

—Que me lo traigan —gruñó tan pronto supo que Francis podía andar.

Su voz hizo que el recadero obedeciese a toda velocidad.

—¿Niegas haber dicho estas cosas? —exclamó Arkos.

—No recuerdo haberlas dicho, reverendo padre —dijo el novicio, mirando de reojo la regla de su superior—. Quizá deliraba.

—Aceptando que entonces delirabas, ¿lo repetirías ahora?

—¿Que el peregrino era el beato? Oh, no, *magister meus*.

—Entonces, di lo contrario.

—No creo que el peregrino fuese el beato.

—¿Por qué no dices sencillamente que no lo era?

—Porque como no he visto nunca personalmente al beato Leibowitz, no podría…

—¡Basta ya! —ordenó el abad—. ¡Es demasiado! ¡Fuera de aquí, y no quiero verte ni saber de ti en mucho tiempo! Sólo una cosa más… No esperes poder profesar tus votos este año. No se te permitirá.

Para Francis fue como si le propinaran un puñetazo en el estómago.

6

El peregrino, como tema de conversación, continuó prohibido en la abadía; pero en cuanto a las reliquias y al refugio Fallout, la prohibición fue por necesidad gradualmente olvidada, menos para su descubridor, que siguió bajo la orden de no discutirlo y, de ser posible, que pensara en ello lo menos posible. De todas maneras, no podía evitar oír algunas conversaciones aquí y allá y sabía que en uno de los talleres de la abadía los monjes estudiaban los documentos, no sólo los suyos, sino otros, encontrados en el antiguo escritorio, antes que el abad diera la orden de que el refugio fuese cerrado.

¡*Cerrado*! La noticia conmovió al hermano Francis. El refugio apenas había sido registrado. Más allá de su propia aventura, nadie intentó penetrar más profundamente en los secretos del refugio, excepto abrir el escritorio que él trató de abrir, sin lograrlo, antes de descubrir la caja. ¡*Cerrado*! Sin intentar descubrir lo que podía haber detrás de la puerta llamada «compuerta dos», ni investigar el cerco sellado. Sin ni tan siquiera quitar las piedras o los huesos. ¡*Cerrado*! La investigación fue abruptamente reprimida sin causa aparente.

Entonces comenzó a correr el rumor.

Emily tenía un diente de oro. Emily tenía un diente de oro. Emily tenía un diente de oro.

Y, además, era cierto. Era una de esas trivialidades históricas que, sin saber cómo, sobreviven a hechos más

importantes, que alguien tenía que haberse preocupado de hacer constar, pero que seguían sin ser mencionadas hasta que algún historiador monástico se vería, por ejemplo, forzado a escribir: «Ni el contenido de la Memorabilia ni ninguna otra fuente arqueológica descubierta hasta el momento da el nombre del gobernante que ocupaba el Palacio Blanco durante la mitad y final de los últimos sesenta, aunque Fr. Barcus asegura, con suficientes pruebas, que su nombre era…».

Y sin embargo, en la Memorabilia estaba claramente escrito que Emily tenía un diente de oro.

No era sorprendente que el abad ordenase que la cripta fuese sellada de inmediato. Al recordar cómo había levantado el cráneo y lo había colocado cara a la pared, el hermano Francis temió, de pronto, la cólera del cielo. Emily Leibowitz desapareció de la faz de la Tierra al principio del Diluvio de Fuego, y sólo después de muchos años admitió su viudo que había muerto.

Se decía que Dios, para poder probar a la especie humana, que estaba henchida de orgullo como en tiempos de Noé, había ordenado a los hombres sabios de la época, entre los que se hallaba el beato Leibowitz, que ideasen grandes máquinas de guerra como nunca habían existido en la Tierra; armas con tal energía, que encerrasen los propios fuegos del infierno. Consintió que esos magos colocasen las armas en manos de los príncipes y les dijesen a cada uno de ellos: «Sólo porque el enemigo tiene tal instrumento, hemos ideado éste para ti, para que sepa que tú también lo tienes y no se atreva a atacarte. Piensa, mi señor, que los temiste a ellos tanto como te temen ahora a ti y que ninguno usará esta horrible cosa que hemos creado».

Pero los príncipes, haciendo caso omiso de las palabras de sus hombres sabios, se dijeron: «Si ataco lo suficientemente aprisa y en secreto, destruiré a los demás mientras duermen y no habrá nadie que me responda; la Tierra será mía».

Tal fue la locura de los príncipes, y a ella siguió el Diluvio de Fuego.

En algunas semanas —algunos decían que días— todo terminó. Las ciudades se convirtieron en un amasijo de vidrios rodeado de una vasta extensión de escombros. Las naciones desaparecieron y la tierra quedó cubierta de cuerpos de hombres y de ganado; de toda clase de bestias: junto con los pájaros del aire y todos los seres que volaban, todos los que nadaban en los ríos, se arrastraban entre la hierba o se ocultaban en madrigueras, enfermaron y murieron, cubriendo la tierra, y, pese a todo, en donde los demonios del Fallout quedaron desperdigados, durante un tiempo los cuerpos no entraron en putrefacción, a no ser los que estaban en contacto con la tierra fértil. Grandes nubes de ira se tragaron los bosques y prados, secaron los árboles y destruyeron las cosechas. Donde antes existía la vida, se extendían grandes desiertos, y en los puntos de la Tierra donde los hombres subsistían, habían enfermado todos debido al aire envenenado. Por ello, y a pesar de que algunos escaparon de la muerte, ninguno quedó intocado; y muchos, hasta en esas tierras donde las armas no habían atacado, murieron debido a la contaminación del aire.

Por todo el mundo los hombres iban de un lado para otro creándose una gran confusión de lenguas. Cundió la furia contra los príncipes y sus servidores y contra los magos que habían ideado las armas. Pasaron los años y la Tierra todavía no estaba limpia. Así constaba claramente estipulado en la Memorabilia.

De la confusión de lenguas, de la mezcla de los supervivientes de muchas naciones y del miedo, nació el odio. Y el odio dijo:

«Vamos a lapidar, destripar y quemar a quienes hicieron esto. Hagamos un holocausto con quienes idearon este crimen, junto con sus mercenarios y sus sabios; queméмoslos, que mueran junto con sus obras, sus nombres y hasta su recuerdo. Destruyámoslos a todos y enseñemos a nuestros hijos que el mundo es nuevo, que no sepan nada de los hechos antes ocurridos. Hagamos una gran simplificación y después el mundo comenzará de nuevo».

Así fue que, después del Diluvio, el Fallout, las plagas, la locura, la confusión de lenguas y la ira, comenzó la época sangrienta de la Simplificación, cuando unos supervivientes de la raza humana aniquilaron a otros supervivientes miembro a miembro, mataron gobernantes, científicos, dirigentes, técnicos, maestros y cualquier persona que los adalides de la enloquecida multitud considerasen merecedora de la muerte por haber ayudado a hacer de la Tierra lo que era. Nada era tan odioso a los ojos de esa multitud como los hombres cultos, al principio porque sirvieron a los príncipes y más tarde porque se negaron a unirse a la riada de sangre y trataron de oponerse a la chusma, a la que motejaban de «gente simple sedienta de sangre».

La chusma aceptó alegremente el nombre y gritó:

«¡Simples! ¡Sí, sí! ¡Soy simple! ¿Eres simple? ¡Construiremos una ciudad y la llamaremos “Ciudad Simple” porque para entonces todos los bastardos inteligentes que causaron esto estarán muertos! ¡Simples! ¡Vamos! ¡Esto les servirá de lección! ¿Hay alguien aquí que no sea simple? ¡Si lo hay, coged al bastardo!».

Para escapar de la ira de aquella multitud de simples, los hombres cultos que quedaban con vida huyeron a

cualquiera de los santuarios que les ofrecían asilo. La santa Iglesia los recibió, los vistió con hábitos monacales y trató de ocultarlos en tantos monasterios y conventos como habían sobrevivido y que podían ser habitados de nuevo, porque las religiones no eran muy despreciadas por la multitud a no ser que la desafiasen o aceptasen el martirio.

A veces el santuario era seguro, pero en general no resultó así. Los monasterios fueron invadidos; los archivos y libros sagrados, quemados; los refugiados, apresados y juzgados sumariamente y colgados o quemados. Al poco tiempo de iniciada, la Simplificación dejó de tener un plan o un propósito y se convirtió en un loco frenesí de crímenes en masa y destrucción, como sólo puede ocurrir cuando los últimos restos del orden social desaparecen. La locura se transmitió a los niños, acostumbrados como estaban, no sólo a olvidar, sino a odiar, y oleadas de furia se reprodujeron esporádicamente hasta la cuarta generación después del Diluvio. Entonces, la ira se dirigió, no contra los sabios, pues ya no quedaba ninguno, sino contra los que sabían leer y escribir.

Isaac Edward Leibowitz, después de buscar infructuosamente a su esposa, se refugió en los cistercienses, con quienes permaneció oculto durante los primeros años del Posdiluvio. Después de seis años, marchó de nuevo al lejano suroeste en busca de Emily o de su tumba. Allí se convenció de su muerte, porque en aquel lugar, ésta fue la triunfadora incondicional. Allí, en el desierto, hizo un juramento. Después volvió con los cistercienses, tomó su hábito y al cabo de unos años se ordenó sacerdote. Reunió algunos cofrades con él y les hizo una proposición. Después de unos años, aquella propuesta se «filtró» hasta Roma, que ya no era Roma —que ya no era una ciudad—, pues se había trasladado tres veces en menos de dos décadas, después de haber permanecido en el mismo

sitio por dos milenios. Doce años después de haber hecho su proposición, el padre Isaac Edward Leibowitz obtuvo permiso de la Santa Sede para crear una nueva comunidad de religiosos, llamada de San Alberto Magno, maestro de santo Tomás y patrón de los científicos.

Su cometido no anunciado, y al principio sólo vagamente definido, era conservar la historia humana para los tataranietos de los nietos de los simples que querían destruirla. Su primer hábito fue un trozo de arpillera y una correa, uniforme de las turbas de simples. Sus miembros eran o bien «contrabandistas de libros» o «memorizadores», según la tarea asignada. Los contrabandistas llevaban clandestinamente libros al sudoeste y los enterraban allí en barriles. Los memorizadores se aprendían de memoria volúmenes enteros de historia, escrituras sagradas, literatura y ciencia por si algún infortunado contrabandista de libros era apresado, torturado y obligado a delatar dónde estaban enterrados los barriles. Mientras tanto, otros miembros de la nueva orden encontraron una fuente a unos tres días de viaje del escondite de los libros y empezaron a construir un monasterio. El proyecto, que el pequeño remanente de cultura humana se proponía salvar del resto de los humanos que pretendían fuese destruida, se puso entonces en marcha.

Leibowitz, mientras cumplía con su turno de contrabandista, fue descubierto por un simple; se trataba de un técnico renegado a quien el monje perdonó de inmediato, a pesar de haberlo identificado no sólo como a un hombre culto, sino también como especialista en el campo de los proyectiles. Cubierto con una capucha de arpillera, fue martirizado sin dilación; fue estrangulado con una soga, sin apretarla lo suficiente para romper el cuello, y al mismo tiempo lo asaron vivo, zanjando así una disputa entre la multitud, respecto al método de ejecución.

Los memorizadores eran pocos y su memoria limitada.

Algunos de los barriles de libros fueron encontrados y quemados, al igual que varios de los contrabandistas. El propio monasterio fue atacado tres veces antes de que la locura se apaciguase.

Del vasto almacenamiento de conocimiento humano, sólo algunos barriles de libros originales y una lastimosa colección de textos copiados de memoria sobrevivieron en posesión de la orden en la época en que la locura terminó.

Ahora, después de seis siglos de oscuridad, los monjes cuidaban todavía su Memorabilia, la estudiaban, copiaban y volvían a copiar, y esperaban pacientemente. Al principio, en tiempos de Leibowitz, presumían —y casi anticipaban como probable— que la cuarta o quinta generación empezaría a querer recobrar su herencia. Pero los monjes de aquella época no contaban con la habilidad humana para generar una nueva herencia cultural en un par de generaciones si una más antigua es totalmente destruida; lo harían movidos por legisladores y profetas, genios o maníacos, a través de un Moisés, a través de un Hitler o de un ignorante, pero tiránico abuelo; una herencia cultural puede ser adquirida de la noche a la mañana, y muchas lo fueron de este modo. Pero la nueva «cultura» era una herencia de la oscuridad en la que «simple» quería decir lo mismo que «ciudadano» y lo mismo que «esclavo».

Los monjes esperaron, sin importarles que el conocimiento que habían salvado fuese inútil, que buena parte de él no fuese ya comprensible y que para ellos fuese a veces tan inescrutable como lo sería para un muchacho salvaje y analfabeto de las colinas. Este conocimiento estaba vacío de contenido, la importancia de su tema había desaparecido hacía mucho, pero, sin embargo, tenía una estructura simbólica que era peculiar en sí misma, y cuando menos esta trama simbólica podía ser observada. Estudiar el

modo en que un sistema de conocimientos estaba entrelazado era aprender por lo menos un mínimo de conocimiento, del conocimiento, hasta que algún día —algún día o algún siglo— apareciese un integrador y las cosas fuesen puestas nuevamente en su sitio.

Por lo tanto, el tiempo no tenía importancia. La Memorabilia estaba allí, se les había conferido el deber de preservarla y lo harían, aunque la oscuridad del mundo se prolongase durante diez siglos más o hasta diez mil años, porque ellos, aunque nacidos en esta era de oscuridad, eran aún los mismos contrabandistas de libros y memorizadores del beato Leibowitz. Cuando salían de su abadía, cada uno de ellos, los profesores de la orden —desde el encargado de los establos hasta el abad— llevaban como parte de su hábito un libro, generalmente un breviario, colgado de una correa.

Antes de cerrar el refugio, los documentos y las reliquias fueron sacados secretamente y reunidos uno por uno y con suma discreción por el abad. Se convirtieron en no investigables y fueron probablemente encerrados en su despacho. A efectos prácticos era como si se hubiesen desvanecido. Todo lo que desaparecía en el despacho del abad no constituía un tema apropiado para la conversación en público. Era algo que sólo se podía comentar en voz baja en los pasillos desiertos. El hermano Francis no oía nunca los comentarios, que gradualmente disminuyeron, sólo para revivir cuando, una noche en el refectorio, un mensajero de Nueva Roma conferenció, en voz baja, con el abad y una pequeña parte de su conversación llegó a las mesas vecinas. Los comentarios se mantuvieron unas semanas después de la partida del mensajero y volvieron a disminuir.

El hermano Francis Gerard, de Utah, volvió al desierto el año siguiente y ayunó en soledad. Una vez más, regresó débil y demacrado, y llamado enseguida a la presencia del abad Arkos, que quiso saber si pensaba mencionar nuevas conferencias con los seres de la corte celestial.

—Oh, no, padre abad; durante el día sólo vi buitres.

—¿Y por la noche? —preguntó Arkos, suspicaz.

—Sólo los lobos —dijo Francis. Y añadió precavidamente —: Creo.

Arkos decidió no hacer caso de la cauta coletilla y se limitó a fruncir el ceño. El hermano Francis había llegado a la conclusión que cuando el abad fruncía el ceño emanaba de él una energía radiante que viajaba por el espacio con enorme velocidad sin llegar a ser totalmente comprendida, a no ser en términos de su efecto demoledor sobre cualquier cosa que la absorbiese, y por lo general esta cosa era un postulante o un novicio. Francis captó cinco segundos de aquella energía cuando recibió la segunda pregunta.

—¿Qué me dices de lo del año pasado?

El novicio tragó saliva.

—¿El… viejo?

—El viejo.

—Sí, dom Arkos.

Tratando de eliminar toda sombra de pregunta en su tono, Arkos zumbó:

—Sólo un viejo. Nada más. Ahora estamos seguros de ello.

—Yo también creo que se trataba de un viejo.

El padre Arkos se inclinó cansadamente para asir la regla de nogal.

¡Plaf!

—Deo gratias!

¡Plaf!

—Deo…

Al ir Francis para su celda, el abad lo llamó desde la puerta.

—Por cierto, se me olvidó decirte…

—¿Sí, reverendo padre?

—Este año no hay votos —murmuró apagadamente, y se encerró en su despacho.

7

El hermano Francis pasó siete años en el noviciado, siete vigilias de cuaresma en el desierto, y se convirtió en un perfecto imitador de los aullidos de los lobos. Para divertir a sus camaradas, llamaba a la manada que rondaba la abadía, aullando desde los muros en la oscuridad. Durante el día ayudaba en la cocina, fregaba los suelos y continuaba sus estudios de los tiempos pasados.

Entonces, un día el mensajero de un seminario de Nueva Roma llegó a la abadía, montando un asno. Después de conferenciar largamente con el abad, el mensajero buscó al hermano Francis. Pareció sorprenderse al encontrar a aquel joven, ahora ya un hombre, todavía vestido de novicio y limpiando el suelo de la cocina.

—Hemos estudiado durante estos años los documentos que encontraste —dijo al novicio—, y muchos de nosotros estamos convencidos de su autenticidad.

Francis levantó la cabeza.

—No se me permite mencionar el asunto, padre —dijo.

—Oh, toma. —El mensajero sonrió y le tendió un papel con el sello del abad, en el que, escrito de su puño y letra, decía:

Ecce Inquisitor Curiae. Ausculta et obsequere. Arkos, AOL, Abbas.

—Todo va bien —se apresuró a decir al notar la súbita tensión del novicio—, no te hablo oficialmente; alguien de la corte te tomará declaración más adelante. ¿Sabes, en

realidad, que tus documentos hace mucho están en Nueva Roma? Acabo de traer de vuelta algunos.

El hermano Francis negó con un gesto. Sabía quizá menos que nadie referente a las reacciones en los altos niveles de su descubrimiento de las reliquias. Vio que el mensajero llevaba el hábito blanco de los dominicos y se preguntó con cierto malestar cuál sería la corte a la que el dominico se refería. En la región de la costa del Pacífico tenía lugar una inquisición contra el catarismo, pero no se le ocurría la relación que podía existir entre las reliquias del beato y aquella corte. *Ecce Inquisitor Curiae*, decía la nota. Quizás el abad quería decir «investigador». El fraile parecía ser un hombre de humor tranquilo y aparentemente no llevaba consigo ningún aparato de tortura.

—Esperamos que el caso de la canonización de vuestro fundador se abra pronto de nuevo —explicó el mensajero—. Vuestro abad Arkos es un hombre muy listo y prudente —rió por lo bajo—. Presentando las reliquias a otra orden para que las examinase y sellando el refugio antes de explorarlo en su totalidad… Bueno, lo comprendes, ¿verdad?

—No, padre. Suponía que consideraba el descubrimiento tan trivial que no merecía desperdiciar el tiempo con él.

El dominico se echó a reír.

—¿Trivial? No lo creo. Pero si vuestra orden presenta pruebas, reliquias, milagros y todo lo demás, la corte tiene que investigar su procedencia. Toda comunidad religiosa está ansiosa de que su fundador sea canonizado. Así que vuestro abad os dijo prudentemente: «Fuera del refugio». Sé que para muchos de vosotros ha sido una decepción, pero será mejor para la causa de vuestro fundador que el refugio sea explorado ante otros testigos.

—¿Lo abrirá usted de nuevo? —preguntó Francis, ansiosamente.

—No, no lo haré yo. Pero cuando la corte esté preparada enviará observadores. Así todo lo que se encuentre en el refugio que afecte a la causa estará a salvo, en caso de que la oposición ponga en duda su autenticidad. Como es natural, la única razón para sospechar que el contenido del refugio pueda afectar la causa es… bueno, las cosas que encontraste.

—¿Puedo preguntar por qué, padre?

—Porque una de las complicaciones que se presentaron durante la beatificación fue la primera parte de la vida del beato Leibowitz, antes de convertirse en monje y sacerdote. El abogado del lado contrario trató de inculcar la duda sobre el primer período, el del Prediluvio. Trataba de establecer que Leibowitz nunca efectuó una búsqueda cuidadosa, que quizá su esposa todavía estaba viva cuando se ordenó. Claro que no sería la primera vez que esto ocurre, a veces se han concedido dispensas, pero no viene al caso. El *advocatus diaboli* trató simplemente de inculcar la duda sobre el modo de ser de vuestro fundador, sugiriendo que había aceptado las órdenes sagradas y pronunciado sus votos antes de asegurarse del fin de su responsabilidad familiar. La oposición fracasó, pero puede que lo intente de nuevo. Y si los restos humanos que encontraste son realmente… —Se encogió de hombros y sonrió.

Francis asintió.

—Establecerían la fecha de la muerte de la esposa.

—Acaecida al principio de la guerra que casi arrasó con todo. Y en mi opinión, bueno, la nota manuscrita de la caja o bien es del beato o es una falsificación perfecta.

Francis enrojeció.

—No digo que estés complicado en una falsificación —añadió apresuradamente el dominico, al ver el rubor.

El novicio sólo había estado recordando la opinión que le había merecido la escritura.

—Dime cómo ocurrió. Me refiero a cómo diste con el sitio. Necesitaré conocer toda la historia.

—Pues empezó con los lobos…

El dominico fue tomando notas.

Unos días después de la partida del mensajero, el abad Arkos hizo llamar al hermano Francis.

—¿Piensas todavía que tu vocación está con nosotros? —dijo amablemente.

—Si el reverendo padre perdona mi execrable vanidad…

—Olvidemos, por un momento, tu execrable vanidad. ¿Lo piensas o no?

—Sí, *magister meus*.

El abad sonrió.

—Creo que ahora, hijo mío, nosotros también estamos convencidos de ello. Si estás dispuesto a comprometerte para siempre, ha llegado la hora de que pronuncies tus solemnes votos. —Hizo una ligera pausa, y, al mirar la cara del novicio, pareció decepcionado al no ver en ella ningún cambio de expresión—. ¿Qué ocurre? ¿No te alegras de ello? ¿No estás…? ¿Qué te pasa?

Aunque la cara de Francis permaneció como una máscara educadamente atenta, gradualmente fue perdiendo color. Sus rodillas se doblaron súbitamente.

Francis se había desmayado.

El novicio Francis, que quizás había batido el récord de resistencia en las vigilias del desierto, abandonó dos semanas más tarde los rangos del noviciado, y pronunciando votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia, junto con otros compromisos especiales peculiares de la comunidad, recibió las bendiciones y un zurrón en la abadía y se convirtió para siempre en un monje profeso de la Orden Albertiana de Leibowitz encadenándose con eslabones de su

propia forja a los pies de la Cruz y a la regla de la orden. Tres veces se le hizo la pregunta de ritual:

—Si Dios te llamase a ser su contrabandista de libros, ¿sufrirías la muerte antes que traicionar a tus hermanos?

Y tres veces, Francis respondió:

—Sí, padre.

—Entonces, levántate, hermano contrabandista y hermano memorizador, y recibe el beso de la hermandad. *Ecce quam bonum, et quam jucundum...*

El hermano Francis fue relevado de la cocina y asignado a una labor menos servil. Se convirtió en aprendiz de copista de un monje de edad llamado Horner. Si las cosas seguían su curso normal para él, podía razonablemente ver transcurrir toda su vida en la sala de copias y dedicar el resto de sus días a tareas tales como copiar a mano textos de álgebra y pintar sus páginas con hojas de olivo y alegres querubines ornando las tablas de logaritmos.

El hermano Horner era un anciano gentil y a Francis le agradó desde el primer momento.

—La mayoría de nosotros trabajamos mejor en las copias asignadas si además tenemos nuestro proyecto particular —le dijo Horner—. Casi todos los copistas se interesan por algún trabajo especial de la Memorabilia y les agrada pasar en ello un poco de tiempo extra. Por ejemplo, al hermano Sarl, que está allí, como su trabajo se atrasaba y cometía errores, le consentimos pasar una hora diaria en un proyecto que él mismo escogió. Cuando el trabajo se le hace tan tedioso que empieza a cometer errores al copiar, puede dejarlo un rato y trabajar en su propio proyecto. Les permitimos a todos hacer lo mismo. Si terminas el trabajo que se te asigne antes del final del día, pero sin tener tu propio proyecto, tendrás que pasar el tiempo sobrante en nuestros perennes.

—¿Perennes?

—Sí, y no me refiero a plantas. Hay una demanda perenne por parte de todo el clero de diversos libros… Misales, escrituras, breviarios, la Summa, enciclopedias y cosas así. Vendemos muchos de ellos. Así que si no tienes un proyecto preferido y terminas temprano, te pondremos en los perennes. Tienes mucho tiempo para decidirte.

—¿Qué proyecto escogió el hermano Sarl?

El anciano encargado hizo una pausa.

—Dudo que lo comprendas. Yo no. Parece haber encontrado un método para restaurar las palabras que faltan y las frases de algunos de los viejos fragmentos del texto original de la Memorabilia. Quizás el lado izquierdo de un libro a medias quemado sea legible, pero el lado derecho de cada página está quemado y faltan algunas palabras al final de cada línea; pues ha inventado un sistema matemático para encontrar las palabras que faltan. No es perfecto, pero da resultado hasta cierto punto. Ha conseguido restaurar cuatro páginas desde que comenzó con ello.

Francis miró al hermano Sarl, que era octogenario y casi ciego.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo ese trabajo? —preguntó el aprendiz.

—Unos cuarenta años —dijo el hermano Horner—. Claro que sólo ha pasado en ello unas cinco horas semanales y se necesitan muchos cálculos.

Francis asintió pensativamente.

—Si cada diez años se restaura una página, quizás en pocos siglos…

—No tanto —bramó el hermano Sarl, sin apartar la vista de su trabajo—. Cuanto más se restaura, más fácilmente se encuentra lo que falta. La página siguiente la terminaré en un par de años. Después de esto, Dios mediante, quizá…

Su voz se perdió en un susurro.

Francis había notado en varias ocasiones que el hermano Sarl solía hablar solo mientras trabajaba.

—Haz lo que gustes —dijo el hermano Horner—, una ayuda en los perennes es siempre de agradecer. De todas maneras, cuando quieras podrás tener tu proyecto particular.

La idea le vino a Francis de modo inesperado, y dijo impulsivamente:

—¿Puedo emplear mi tiempo sobrante en sacar una copia de la heliografía de Leibowitz que encontré?

El hermano Horner pareció momentáneamente sorprendido.

—No lo sé, hijo. Nuestro abad es… un poco susceptible respecto al asunto. Además, puede ser que esto no pertenezca a la Memorabilia. Ahora está en el archivo provisional.

—Pero usted sabe que se decoloran, hermano. Y ésta ha estado muy expuesta a la luz. Los dominicos la han tenido tanto tiempo en Nueva Roma…

—Bien, supongo que sería un proyecto muy breve. Si el padre Arkos no se opone, pero… —Agitó la cabeza indeciso.

—Quizá podría incluirla en un grupo —ofreció Francis rápidamente—. Las pocas reproducciones de copias heliográficas que tenemos están tan viejas, que se desmenuzan. Si yo hiciese varios duplicados… de algunas de las otras…

Horner sonrió burlonamente.

—Lo que sugieres es que incluyendo la heliografía de Leibowitz en un grupo podrás escapar mejor a las averiguaciones.

Francis enrojeció.

—Y puede que el padre Arkos no lo note si se da una vuelta por aquí, ¿no es así?

Francis se encogió.

—Está bien —dijo Horner, parpadeando ligeramente—. Puedes emplear el tiempo que te sobre en hacer duplicados de cualquiera de las copias que estén en malas condiciones. Si algo más se mezcla en el conjunto, procuraré no darme cuenta.

Antes de atreverse a tocar la heliografía de Leibowitz, el hermano Francis estuvo durante varios meses utilizando su tiempo libre en rehacer algunas de las viejas copias existentes en los archivos de la Memorabilia. Las viejas reproducciones que merecían ser conservadas debían ser renovadas cada uno o dos siglos. No sólo perdían color las copias originales, a menudo las versiones copiadas se hacían casi ilegibles después de un tiempo, debido a la poca estabilidad de las tintas empleadas. No tenía la menor idea del motivo por el que los antiguos habían empleado tinta blanca en una base oscura y no al contrario. Cuando esbozó de nuevo un diseño con carbón, invirtiendo de este modo la base, el burdo esbozo parecía más real que el blanco sobre oscuro; pero los antiguos eran inconmensurablemente más inteligentes que Francis, y si se habían tomado el trabajo de poner tinta donde generalmente el papel estaba en blanco y dejar líneas blancas donde en un dibujo normal serían negras, tendrían sus razones. Por ello copiaba los documentos de manera que se pareciesen lo más posible al original, a pesar de que la tarea de extender la tinta azul alrededor de las pequeñas letras blancas era particularmente pesada y se llevaba gran cantidad de tinta, hecho que hacía gruñir al hermano Horner.

Copió una vieja heliografía arquitectónica, después un plano de una parte de máquina cuya geometría era atractiva, pero cuyo propósito era vago. Copió de nuevo una abstracción titulada «ESTATOR WNDG 73-A 3-HP 6-P

1800-RPM 5-HP CL-A EN CAJA DE ARDILLA», que resultó ser completamente incomprensible y absolutamente incapaz de mantener prisionera una ardilla. Los antiguos eran a menudo perspicaces; quizá se necesitaba un conjunto especial de espejos para poder ver al animal. De todas maneras, la copió de nuevo trabajosamente.

Casi un año después de haber empezado su proyecto en tiempo libre y sólo después que el abad, en alguna de sus ocasionales visitas a la sala de copias, lo hubo visto por lo menos tres veces trabajando en otra heliografía (un par de veces se había detenido para echar una ojeada al trabajo de Francis), se atrevió a aventurarse entre los archivos de la Memorabilia en busca de la copia heliográfica de Leibowitz.

El documento original había sido ya sujeto a un cierto grado de restauración. Salvo el hecho de que llevaba el nombre del beato, era, de un modo decepcionante, idéntico a las otras que había copiado.

La heliografía Leibowitz era una abstracción que no movía a nada y menos que nada a la razón. La estudió hasta que pudo ver el sorprendente complejo con los ojos cerrados, pero no pudo comprenderlo. Parecía solamente una red de líneas conectando una mezcla de toda clase de cuadrículas y figuras cuyo nombre ignoraba. La mayoría de las líneas eran horizontales y verticales, y se cruzaban entre sí con un espacio en blanco o un punto; daban vuelta en ángulo recto para rodear alguna de aquellas extrañas figuras y jamás se detenían en medio de la nada, sino que siempre terminaban en alguno de aquellos signos, cuyo nombre ignoraba. Tenía tan poco sentido que si se lo miraba mucho tiempo producía un efecto adormecedor. Sin embargo, empezó a copiar cada detalle, sin olvidar una mancha oscura situada en el centro del dibujo y que pensó podía ser de sangre del beato mártir, aunque el hermano

Jeris la considerase una mancha producida por un corazón de manzana en mal estado.

El hermano Jeris, que había entrado en la sala de copia de los aprendices al mismo tiempo que Francis, parecía gozar molestándole acerca de su proyecto.

Mirando por encima del hombro de Francis, preguntó:

—Sabio hermano, ¿podrías decirme, si no es molestia, qué significa «Sistema de control transistorizado para la unidad Seis-B»?

—Se ve claramente que se trata del título del documento —dijo Francis, ligeramente molesto.

—Se ve claramente. Pero ¿qué quiere decir?

—Es el *nombre* del diagrama que tienes ante los ojos, hermano simple. ¿Qué significa Jeris?

—Estoy seguro que muy poco —dijo éste, con fingida humildad—. Por favor, perdona que sea tan obtuso. Has podido definir el nombre indicando a la criatura nombrada que es en verdad el significado del nombre. Pero si el diagrama criatura representa algo por sí mismo, ¿qué es?

—Es evidente que el «Sistema de control transistorizado de la unidad Seis-B».

Jeris se echó a reír.

—¡Está clarísimo! ¡Elocuente! Si la criatura es el nombre, el nombre es entonces la criatura. «Las cantidades iguales pueden ser sustituidas por cantidades iguales» o «el orden de una igualdad es reversible». ¿Podernos pasar al siguiente axioma? Si las «cantidades iguales a la misma cantidad pueden ser sustituidas las unas por las otras», ¿no existe entonces alguna «misma cantidad» a la que tanto el nombre como el diagrama representan? ¿O es que se trata de un sistema cerrado?

Francis enrojeció.

—Yo diría —respondió lentamente, después de una ligera pausa para acallar su enojo— que el diagrama representa un

concepto abstracto más que una cosa concreta. Quizá los antiguos tenían un método sistemático para representar una idea pura. Se ve claramente que no se trata de la representación de un objeto reconocible.

—¡Sí, sí, es claramente irreconocible! —aceptó el hermano Jeris, riendo socarronamente.

—Puede también que represente un objeto, aunque de una manera formalmente estilizada, de tal modo que se necesitaría un entrenamiento especial o…

—¿Un enfoque especial?

—En mi opinión se trata de una gran abstracción o quizá de un valor trascendental que expresa un pensamiento del beato Leibowitz.

—¡Bravo! ¿Y cuál puede ser este pensamiento?

—Pues… el «Diseño del circuito» —dijo Francis, sacando el término del conjunto de letras escritas en la parte inferior derecha.

—¿A qué disciplina pertenece este arte, hermano? ¿Cuál es el género, especie, propiedad y diferencia? ¿O se trata únicamente de un accidente?

Francis pensó que Jeris se volvía pretencioso en un sarcasmo y decidió responderle, suavemente:

—Observa esta columna de números y su título: «Numeración piezas electrónicas». Hubo antiguamente un arte o ciencia llamado electrónica, que pudo pertenecer tanto al arte como a la ciencia.

—Vaya, esto nos da el género y la especie. Ahora, y siguiendo en ello, falta la diferencia. ¿De qué trataba la electrónica?

—Esto también está escrito —dijo Francis, que había revisado la Memorabilia de arriba abajo en busca de pistas que le ayudasen a comprender un poco la heliografía, aunque sin mucho éxito—. La base principal de la electrónica era el «electrón» —explicó.

—Está realmente escrito. Me interesa, pues sé muy poco de estas cosas. Dime, por favor, ¿qué era el electrón?

—Pues existe un fragmento de una relación que lo menciona como una «torsión negativa de la nada».

—¿Cómo? ¿Podían negar la nada? ¿No la convertiría esto en un algo?

—Quizá la negación se aplica a la torsión.

—¡Ah! Entonces, tendríamos una «nada extendida». ¿Has descubierto el modo de extender la nada?

—Todavía no —admitió Francis.

—¡Continúa explicándome, hermano! Qué listos debieron ser los antiguos… sabían extender la nada. Sigue con ello y puede que descubras el modo de hacerlo. Entonces tendríamos al electrón entre nosotros, ¿no es así? ¿Qué podríamos hacer con él? ¿Ponerlo en un altar de la capilla?

—Está bien —suspiró Francis—. No lo sé. Pero tengo motivos para suponer que en un tiempo existió el electrón, aunque no sé cómo estaba construido ni para qué servía.

—¡Qué conmovedor! —dijo el iconoclasta y volvió a su trabajo.

Las burlas esporádicas del hermano Jeris entristecieron a Francis, pero no lograron disminuir su devoción al proyecto.

El exacto duplicado de cada señal, borrón o mancha resultó imposible, pero la fidelidad de su facsímil fue suficiente para engañar a la vista a una distancia de dos pasos, quedando por ello apto para ser expuesto y poder así sellar y guardar el original. Terminada la copia, el hermano Francis se sintió defraudado. El dibujo era demasiado árido, no había nada en él que sugiriese a primera vista que se trataba de una reliquia sagrada. El estilo era conciso y sin pretensiones… de acuerdo, quizá, con el propio beato, pero…

Una copia de la reliquia no era suficiente. Los santos eran gente humilde que no se glorificaban a sí mismos sino a

Dios, y era obligación de los demás el retratar la gloria interna de los santificados con signos exteriores y visibles. Aquella copia simple no era suficiente: era fríamente realista y no conmemoraba, a través de sus líneas, las santas cualidades del beato.

«*Glorificemus*», pensó Francis, mientras trabajaba en los perennes. Estaba copiando páginas de los Salmos para después reencuadernarlos. Hizo una pausa para situarse de nuevo en el texto y encontrarle sentido a las palabras, pues pasadas varias horas de copia, dejaba de leer y se limitaba a que su mano trazara las letras que sus ojos encontraban. Se apercibió de que en aquel momento copiaba la oración de David en demanda de perdón, cuarto salmo penitencial:

«*Miserere mei, Deus*… porque conozco mi iniquidad y mis pecados están siempre ante mí».

Era una plegaria humilde, pero la página que tenía ante los ojos no estaba dibujada en consonancia con ella. La M de Miserere tenía incrustaciones de oro. Un arabesco caprichoso de filamentos entretejidos dorados y violeta llenaba los márgenes y formaba nidos alrededor de las espléndidas mayúsculas del principio de cada verso. Aunque la oración era humilde, la página era magnífica. El hermano Francis copiaba únicamente el cuerpo del texto en pergamino nuevo, dejando espacio para las espléndidas mayúsculas y márgenes tan amplios como las líneas del texto. Otros artífices llenarían con un desenfreno de color su simple copia a tinta y construirían las mayúsculas ilustradas. Aprendía a pintar, pero no tenía aún la suficiente experiencia como para que le fuese confiado el trabajo de incrustaciones de oro en los perennes.

«*Glorificemus*». Pensaba de nuevo en la heliografía.

Sin hablar con nadie de su idea, el hermano Francis empezó a planearla. Buscó la más apta y mejor piel de cordero y pasó varias semanas de su tiempo libre curándola,

atesándola y aplanándola hasta formar una superficie perfecta, finalmente la blanqueó, quedando como la nieve y la guardó con sumo cuidado. Después pasó meses en los que dedicó todos sus minutos libres en repasar la Memorabilia, buscando de nuevo pistas que indicasen el significado de la heliografía de Leibowitz. No encontró nada que se pareciese a las figuras del dibujo ni nada que le ayudase a interpretar su significado; pero después de mucho tiempo, dio con un fragmento de libro que contenía una página parcialmente destruida, cuyo tema eran las heliografías. Parecía formar parte de una enciclopedia. La referencia era breve y faltaba parte del artículo, pero después de leerla varias veces, empezó a sospechar que él —y muchos copistas antes que él— habían perdido mucho tiempo y tinta. El efecto de blanco sobre negro parecía no haber sido una característica aceptable, sino más bien el resultado de las características de un cierto procedimiento barato de reproducción. El dibujo original del que se había sacado la copia heliográfica fue hecho en negro sobre blanco. Tuvo que resistir un súbito impulso de golpearse la cabeza contra el suelo de piedra. ¡Toda aquella tinta y aquel trabajo para copiar un accidente! Quizá sería mejor no mencionárselo al hermano Horner. Sería una obra de caridad no decirlo debido al estado del corazón del viejo hermano.

El saber que el color de las heliografías era una característica accidental de los antiguos dibujos le infundió nuevo ímpetu a su plan. Una copia glorificada de la heliografía de Leibowitz podía hacerse sin necesidad de incorporar la característica accidental. Con el esquema del color inverso, al principio nadie reconocería el dibujo. Ciertas formas podían ser evidentemente modificadas. No se atrevía a cambiar nada de lo que no comprendía, pero con seguridad las tablas de piezas y los informes podían ser colocados de modo simétrico alrededor del diagrama en

forma de espiral o escudos. Debido a que el significado del conjunto era oscuro en sí mismo, no intentaba alterar en lo más mínimo su forma o plano, pero puesto que su color no tenía importancia, podía igualmente ser hermoso. Para algunas de las figuras pensó utilizar el oro, pero para otras la aplicación del metal era demasiado intrincada y hasta ostentosa. Los puntos de cruce debían ser negros como el azabache, pero esto significaba que las líneas tenía que hacerlas con un color que resaltase los puntos de cruce. Aunque era preciso conservar el diseño asimétrico, no se le ocurría ninguna razón para suponer que su significado se alteraba si se empleaba como enrejado para una parra cuyas ramas, rodeando con cuidado las cuadrículas, podían ser hechas para dar la impresión de simetría o para convertir la asimetría en algo natural.

Cuando el hermano Horner pintaba una M mayúscula, y la convertía en una hermosa selva de hojas, bayas, ramas y hasta alguna serpiente astuta, no dejaba por ello de ser legible como una M. A Francis no se le ocurría nada que le hiciese presumir que con el diagrama no sucedería lo mismo.

Principalmente, la forma general con el borde en espiral, podía muy bien formar un escudo en vez del rectángulo que encerraba el dibujo en la copia. Hizo docenas de bocetos preliminares. En la parte superior del pergamino representaría a la santísima Trinidad, y en la parte baja, el escudo de armas de la Orden Albertina coronado con una imagen del beato.

Pero, por lo que él sabía, no existía ninguna imagen adecuada que representase al beato. Había algunos retratos caprichosos, pero ninguno de la época de la Simplificación. Ni tan sólo existía una representación convencional; aunque tradicionalmente se decía que Leibowitz había sido alto y

ligeramente encorvado. Quizá cuando el refugio se abriese de nuevo…

Los bosquejos preliminares del hermano Francis fueron interrumpidos una tarde al darse cuenta súbitamente de que la presencia que se inclinaba a su espalda era la de… la de…

«¡No! ¡Por favor! *Beate Leibowitz, audi me*!… ¡Piedad, Señor! Que no sea…».

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —preguntó el abad, mirando sus diseños.

—Un dibujo, reverendo padre.

—Ya lo veo, pero ¿qué representa?

—Es la heliografía de Leibowitz.

—¿La que encontraste? ¿Qué? No se le parece mucho. ¿A qué se deben los cambios?

—Va a ser…

—¡Habla más fuerte!

—¡UNA COPIA EN COLOR! —gritó involuntariamente Francis.

—¡Oh!

El abad Arkos se encogió de hombros y siguió su ronda. Unos segundos más tarde, el hermano Horner pasó junto a la mesa del aprendiz y vio con sorpresa que Francis se había desmayado.

8

Ante la sorpresa del hermano Francis, el abad Arkos ya no opuso objeción alguna a su interés por las reliquias. Desde que los dominicos aceptaron examinar el asunto, el abad se había tranquilizado, y teniendo en cuenta que la causa de la canonización de nuevo progresaba ligeramente en Nueva Roma, a veces parecía olvidar por completo que algo especial había ocurrido durante la vigilia vocacional de un tal Francis Gerard, AOL, oriundo de Utah y en la actualidad en el *scriptorium* y sala de copias. El incidente tenía ya once años. Los descabellados comentarios del noviciado referentes a la identidad del peregrino se habían extinguido hacía mucho tiempo. Los novicios de la época del hermano Francis no eran los de la actualidad. Los más nuevos de la reciente promoción de jóvenes nunca habían oído hablar del asunto.

El asunto le había costado al hermano Francis siete vigilias de cuaresma entre los lobos y nunca llegó a considerarlo como muy seguro. Cada vez que hablaba de ello, por la noche soñaba con los lobos y con Arkos. En su sueño, el abad no dejaba de echar carne a los lobos, y la carne era de Francis.

El monje vio, sin embargo, que podía seguir con su proyecto sin ser molestado, a no ser por el hermano Jeris, que seguía burlándose. Empezó a trabajar sobre la piel de cordero. Lo complicado de las espirales y la intensa delicadeza de la incrustación en oro harían que, debido a la

brevedad de su tiempo libre, la suya fuese una labor de años; pero en un oscuro mar de siglos, en los que nada parecía ir de prisa, una vida era únicamente un breve remanso aun para el hombre que la vivía. El tedio de los días iguales se sucedía con el de las estaciones repetidas; existían, asimismo, los dolores y las penas, después, hacia el fin de la extremaunción, y para terminar, un momento de vacío —o quizás era mejor decir para empezar—. Entonces la pequeña alma temblorosa, que había, bien o mal, soportado el tedio, penetraría en un lugar de luz y al presentarse ante el justo quedaría prendida por la mirada ardiente de unos ojos infinitamente compasivos. El Rey diría: «Ven», o diría: «Ve», y sólo aquel momento justificaba el tedio de los años. Habría sido difícil creer de otro modo en la era que Francis conocía.

El hermano Sarl terminó la quinta página de su restauración matemática, se desplomó inconsciente sobre su mesa y, unas horas más tarde, murió. Era igual. Sus notas estaban intactas. Quizá después de uno o dos siglos aparecería alguien, las encontraría interesantes y completaría su trabajo. Mientras tanto, se rezaron oraciones por el alma de Sarl.

Después estaba el hermano Fingo y sus tallas de madera. Había vuelto al taller de carpintería hacía un par de años, y de vez en cuando se le permitía esculpir su imagen del mártir aún a medio terminar. Como Francis, Fingo sólo tenía, espaciadamente, una hora libre para poder trabajar en su labor particular; la talla progresaba a una velocidad casi imperceptible a menos que se la mirase a intervalos de varios meses. Francis la veía demasiado a menudo para notar su crecimiento. Estaba encantado por la alegría exuberante del carácter de Fingo, y a pesar de darse cuenta de que éste había adoptado sus modales afables para

compensar su fealdad, le agradaba pasar sus minutos de descanso, cuando podía tenerlos, viéndole trabajar.

El taller de carpintería olía a una mezcla de pino, cedro, virutas de abeto y sudor. La madera era difícil de obtener en la abadía. A no ser por unas higueras y un par de chopos cercanos a la fuente, la región estaba desnuda de árboles. Era necesaria una expedición de tres días para llegar a la más cercana arboleda enana que pasaba por madera, y los leñadores faltaban a veces una semana de la abadía para volver con algunos mulos cargados de ramas para hacer clavijas, travesaños y, en algunas ocasiones, la pata de una silla. A veces arrastraban un par de troncos para reemplazar una viga rota. Con un abastecimiento tan limitado de madera, los carpinteros tenían que ser a la vez ebanistas y escultores.

A veces, mientras miraba trabajar a Fingo, Francis se sentaba en un banco en un rincón del taller y hacía bocetos, tratando de imaginar los pormenores de la talla que estaban, hasta el momento, sólo a grandes rasgos esbozados en la madera. Las vagas líneas de la cara estaban allí, pero aún cubiertas de esquirlas y con las marcas del cincel. Con sus bocetos, el hermano Francis intentaba anticiparse a las facciones antes de que emergiesen del material. Fingo miraba sus dibujos y reía. Pero a medida que el trabajo progresaba, Francis no podía escapar a la sensación de que la cara de la talla tenía una sonrisa vagamente familiar. La dibujó de aquel modo y la sensación de familiaridad aumentó. Sin embargo, no podía situarla ni recordar quién sonreía con tanta amargura.

—No está mal, de verdad, no está mal —dijo Fingo ante sus dibujos.

El copista se encogió de hombros.

—No puedo quitarme de la cabeza la idea de que lo he visto en algún sitio.

—No por aquí, hermano, no en mis días.

Francis enfermó durante el Adviento, y transcurrieron varios meses antes de poder visitar de nuevo la carpintería.

—La cara está casi terminada, Francis —dijo el escultor—. ¿Quieres verla?

—¡Le conozco! —exclamó Francis ahogadamente, observando aquellos ojos alegres —pero tristes— entrecerrados, el asomo de sonrisa amarga en la comisura de los labios… Había algo demasiado familiar.

—¿De verdad? ¿De quién se trata? —preguntó Fingo.

—Es…, pues no estoy seguro. Creo que le conozco, pero…

Fingo se echó a reír y le explicó:

—Reconoces tus propios bocetos.

Francis no estaba tan seguro, pero no acababa de situar la cara.

«Vaya, vaya», parecía decir la sonrisa amarga.

Pero el abad la encontró irritante, y aunque permitió que el trabajo fuese terminado, declaró que nunca dejaría que la figura fuese empleada, según se había previsto originalmente, como imagen para ser colocada en la iglesia, si la canonización del beato tenía lugar. Muchos años más tarde, cuando la figura estuvo terminada, Arkos hizo que se la colocase en el pasillo de la sección de huéspedes, pero al poco tiempo la hizo trasladar a su despacho como consecuencia del susto que había causado a un visitante de Nueva Roma.

Lentamente, con sumo trabajo, el hermano Francis iba convirtiendo la piel de cordero en una luminosa belleza. La noticia de su proyecto empezó a correr por la sala de copias

y los monjes se reunían a menudo alrededor de su mesa para mirar el trabajo y dar muestras de su admiración.

—Es la inspiración —dijo uno de ellos—. Hay la suficiente evidencia. Puede haber sido el beato al cual encontró allí…

—No comprendo por qué no pasas tu tiempo libre haciendo algo útil —gruñía el hermano Jeris, agotado su sarcástico ingenio por años de pacientes respuestas por parte del hermano Francis.

El escéptico había empleado su tiempo libre en hacer decorar pantallas enceradas para las lámparas de la iglesia, que atrajeron la atención del abad, el cual lo puso enseguida a cargo de los perennes. Como los libros de contabilidad pronto atestiguaron, la promoción del hermano Jeris había sido justificada.

El hermano Horner, el viejo maestro copista, enfermó. A las pocas semanas fue un hecho evidente que el amado monje estaba en su lecho de muerte. Al principio del adviento se le cantó una misa de difuntos, y los restos del devoto viejo copista volvieron a la tierra que le había visto nacer. Mientras la comunidad expresaba su dolor en oraciones, Arkos nombró silenciosamente al hermano Jeris maestro de la sala de copias.

Al día siguiente de su nombramiento, el hermano Jeris informó al hermano Francis que consideraba apropiado para él que se dejase de niñerías e hiciese trabajos de hombre. Con suma obediencia, el monje cubrió de pergamino su precioso proyecto, lo protegió con pesados tableros y lo guardó en un armario. En sus momentos libres empezó a construir pantallas enceradas. No protestó, se limitó a resignarse con la idea de que algún día el alma del hermano Jeris seguiría el mismo camino que la de Horner y empezaría aquella vida para la que este mundo no era sino una plataforma de espera. Esto podría ocurrir en una temprana edad, dado el modo que tenía de irritarse, encolerizarse y

agitarse; después, Dios mediante, le sería permitido a Francis terminar su amado documento.

Sin embargo, la Providencia tomó parte, mucho antes, en el asunto sin necesidad de llamar el alma del hermano Jeris ante su Hacedor. Durante el verano que siguió a su nombramiento de maestro, un protonotario apostólico y su comitiva de clérigos llegaron montados en mulas a la abadía, procedentes de Nueva Roma. El hombre se presentó como monseñor Malfreddo Aguerra, el postulador para el beato Leibowitz en los procedimientos de canonización. Le acompañaban diversos dominicos. Acudía para observar la reapertura del refugio y la explotación del cerco sellado, y también para investigar tantas pruebas como a la abadía le fuese posible presentar y que tuviesen relación con el caso, incluidos —ante el desaliento del abad— reportes de una supuesta aparición del beato, según decían los viajeros, ocurrida ante un tal Francis Gerard, de Utah, AOL.

El abogado del santo fue afectuosamente recibido por los monjes, aposentado en las habitaciones reservadas a los prelados visitantes y se vio pródigamente servido por seis jóvenes novicios a los cuales se indicó acatar sus menores deseos. Como pudieron ver, monseñor Aguerra era hombre muy parco; se descorcharon las mejores botellas de vino, y, ante el desconsuelo de los esforzados proveedores, Aguerra las cató educadamente, pero prefirió la leche; el hermano Montero atrapó rollizas codornices y pollos de chaparral para la mesa del huésped, pero después de preguntar los hábitos alimenticios de los pollos de chaparral («¿Alimentados con grano?», «No, monseñor, con serpientes»), pareció inclinarse más por el potaje de los monjes en el refectorio. Aunque si hubiese preguntado por los anónimos pedazos de carne del estofado, quizás habría preferido los verdaderamente suculentos pollos de chaparral.

Malfreddo Aguerra insistió en que la vida de la abadía siguiese normalmente. A pesar de ello, el abogado era entretenido todas las noches por violinistas y un grupo de payasos, al extremo que empezó a creer que «la vida como de costumbre» en la abadía era extraordinariamente animada si se la comparaba con las vidas de las comunidades monásticas.

Al tercer día de la visita de Aguerra, el abad llamó al hermano Francis. La relación entre el monje y su superior, aunque no íntima, era formalmente amistosa desde el momento en que el abad le permitió al novicio pronunciar sus votos. El hermano Francis ni siquiera tembló cuando llamó a la puerta del despacho, y preguntó:

—¿Me ha mandado llamar, reverendo padre?

—Sí —dijo Arkos, y añadió ligeramente—: Dime, ¿has pensado alguna vez en la muerte?

—Con frecuencia, padre abad.

—¿Le rezas a san José para que tu muerte no sea desdichada?

—A menudo, reverendo padre.

—Supongo, entonces, que no te agradaría ser abatido de pronto. Que alguien emplease tus tripas para hacer cuerdas de violín. Ser alimento de los cerdos. Que tus huesos fuesen encerrados en tierra no sagrada.

—No, *magister meus*.

—Lo suponía. Así que ten mucho cuidado con lo que cuentes a monseñor Aguerra.

—¿Yo?

—Tú. —Arkos se frotó la barbilla y pareció abstraerse en una idea desagradable—. Puedo verlo con demasiada claridad: la causa Leibowitz ha sido archivada, y una teja al caer abate al pobre hermano; allí, en medio de nosotros, queda tendido, pidiendo a gritos la absolución. Allí estamos, mirándole con lástima, entre nosotros hay clérigos, le vemos

exhalar su último suspiro sin ni tan siquiera impartir una última bendición sobre el muchacho. Derecho al infierno, sin bendiciones ni confesión. Bajo nuestras propias narices. Una lástima, ¿verdad?

—*Padre*… —susurró Francis.

—Oh, no me culpes a mí. Estaré demasiado ocupado intentando evitar que tus hermanos obedezcan a su impulso y te maten a palos.

—¿Cuándo?

—Esperemos que nunca. Porque vas a ser cuidadoso, ¿no es así? Vigilarás tus palabras a monseñor, pues de no ser así quizá les permita matarte a palos.

—Sí, pero…

—El postulador quiere verte inmediatamente… Por favor, frena tu imaginación y asegúrate de lo que dices. Procura, sobre todo, no pensar.

—Bien, creo que podré hacerlo.

—Fuera, hijo, fuera.

Francis llamó con miedo a la puerta de Aguerra, pero pronto descubrió que su temor no tenía razón de ser. El protonotario era un viejo suave y diplomático, que parecía interesarse amistosamente por la vida del pequeño monje.

Después de unos minutos de amenidades preliminares, tocó el delicado asunto.

—Respecto a tu encuentro con la persona que puede haber sido el beato fundador de…

—Yo nunca dije que se tratase de nuestro beato Leibo…

—Claro que no, hijo, claro que no. Tengo aquí una relación del incidente… Se basa únicamente en las historias que corren. Quiero que la leas y me digas si es o no correcta. —Hizo una pausa para sacar un rollo de su maleta y tendérselo al hermano Francis—. Esta versión se remite sólo

a los dichos de los viajeros —añadió—. Sólo tú puedes descubrir realmente lo que sucedió. Quiero que me lo repitas del modo más escrupuloso posible.

—Ciertamente, monseñor, pero lo que sucedió fue en verdad muy simple.

—Lee, lee esto y después lo discutiremos.

El tamaño del rollo daba a entender que las historias que se contaban no eran «en verdad muy simples». El hermano Francis leía cada vez más asustado. Poco después, aquel miedo se convirtió en horror.

—Estás muy pálido, hijo —dijo el postulador—. ¿Hay algo que te molesta?

—Monseñor, esto… no tiene nada que ver con lo que sucedió.

—¿No? Pues aunque indirectamente, con seguridad tú fuiste el autor de esto. ¿Cómo habría ocurrido si no? ¿No fuiste el único testigo?

El hermano Francis cerró los ojos y se mesó las sienes. Les había contado la verdad a sus camaradas novicios. Éstos habían murmurado entre sí y habían contado la historia a los viajeros. ¡Y aquél era el resultado! Con razón el abad había prohibido que se tocase el tema. ¡Ojalá nunca hubiese hablado del peregrino!

—Sólo me dirigió unas cuantas palabras. Nunca más le volví a ver. Me persiguió con un palo, me preguntó el camino a la abadía e hizo las marcas en la roca donde encontré la cripta. Después, nunca más le volví a ver.

—¿No tenía halo?

—No, monseñor.

—¿No había un coro celestial?

—¡No!

—¿Qué me dices de la alfombra de rosas que creció por donde él había pasado?

—¡No, no, nada de esto, monseñor! —dijo ahogadamente el monje.

—¿No escribió su nombre en la roca?

—Como Dios es mi juez, monseñor, sólo hizo esos dos signos y no supe lo que querían decir.

—Bien —suspiró el postulador—. Las historias de los viajeros son siempre exageradas. Pero me pregunto cómo empezó todo esto. ¿Qué te parece si ahora me cuentas lo que realmente sucedió?

El hermano Francis lo hizo brevemente. Aguerra pareció entristecerse. Después de meditar en silencio, tomó el grueso rollo, lo partió en dos y lo tiró a la papelera.

—Ahí va el milagro número siete —gruñó.

Francis se apresuró a disculparse.

El abogado le hizo callar con un gesto.

—No pienses más en ello. Ya tenemos pruebas suficientes. Hay varias curas espontáneas… varios casos de recobramiento instantáneo por intercesión del beato. Son sencillas y bien documentadas. Los casos de canonización acostumbran basarse en ellas. Claro que les falta la poesía de esta historia; pero, por tu bien, casi me alegro de que sea infundada. El abogado del diablo te habría crucificado, ¿sabes?

—Yo nunca dije nada parecido a…

—¡Lo comprendo, lo comprendo! Todo empezó con el refugio. Por cierto, hoy lo hemos abierto de nuevo.

Francis se animó.

—¿Han encontrado algo más de san Leibowitz?

—¡Beato Leibowitz, por favor! —le corrigió monseñor—. Todavía no. Hemos abierto la cámara interior. El hacerlo nos costó un tiempo endemoniado… Había en ella quince esqueletos y una serie de artefactos fascinantes. Aparentemente la mujer… era una mujer, los restos de la cual encontraste, fue admitida en la cámara exterior, pero la

interior ya estaba llena. Quizá le habría proporcionado cierto grado de protección si la pared, al caer, no hubiese causado aquel derrumbe. Los pobres tipos de dentro quedaron atrapados por las piedras que bloquearon la entrada. El cielo sabrá por qué la puerta fue ideada para abrirse hacia fuera.

—¿La mujer de la antecámara era Emily Leibowitz?

Aguerra sonrió.

—Aún no sé si podremos probarlo. Creo que lo era, sí… lo creo. Pero quizá dejo que la esperanza sobrepase a la razón. Tenemos que ver qué más descubrimos. El otro lado tiene un testigo presente. Todavía no debo sacar conclusiones.

A pesar de la desilusión que le había causado la narración de Francis de su encuentro con el peregrino, Aguerra se comportó de un modo cordial.

Pasó diez días en el lugar arqueológico antes de regresar a Nueva Roma y dejó a dos de sus asistentes para supervisar futuras excavaciones.

El día de su partida visitó al hermano Francis en su *scriptorium*.

—Me han dicho que trabajas en un documento para conmemorar las reliquias que encontraste —dijo el postulador—. Por las descripciones que me han hecho, creo que me agradaría mucho verlo.

El monje protestó diciendo que en realidad no era nada; pero fue enseguida a buscarlo, con tal ansiedad, que al desenvolver la piel de cordero le temblaban las manos.

Alegremente observó que el hermano Jeris miraba y fruncía nervioso el ceño.

Monseñor se quedó quieto unos segundos.

—¡Precioso! —exclamó finalmente—. ¡Qué glorioso color! Es soberbio, soberbio. ¡Termínalo… hermano, termínalo!

Francis miró al hermano Jeris y sonrió interrogadoramente. El maestro de la sala de copias dio media vuelta alejándose rápidamente.

Se mostraba perturbado.

Al día siguiente, Francis desenvolvió sus plumas, tintas y panes de oro, y reemprendió su labor en el diagrama en color.

9

Unos meses después de la partida de monseñor Aguerra, llegó a la abadía procedente de Nueva Roma una segunda caravana de mulas, montadas por clérigos y guardias armados para la defensa contra los bandoleros, maníacos mutantes y, según los rumores, dragones. Esta vez la expedición estaba encabezada por un monseñor con pequeños cuernos y afilados colmillos, que anunció tenía el deber de oponerse a la canonización del beato Leibowitz y había venido a investigar —y sospechaba que quizás a establecer responsabilidades— ciertos increíbles rumores histéricos que habían salido de la abadía y, lamentablemente, llegado a las puertas de Nueva Roma. Dejó establecido que no aceptaría románticas tonterías como cierto visitante anterior, sin duda, había hecho.

El abad lo recibió educadamente y le ofreció un camastro duro en una habitación orientada hacia el sur, después de disculparse por el hecho de que la celda de los huéspedes se hubiese visto recientemente expuesta a las viruelas. Monseñor fue atendido por su propia gente y comió gachas y verduras con los monjes en el refectorio; las codornices y los pollos de chaparral escaseaban mucho en aquella época, dijeron los cazadores.

Esta vez, el abad no consideró necesario prevenir a Francis contra cualquier ejercicio liberal de su imaginación. Que lo hiciese si se atrevía. Había poco peligro de que el

advocatus diaboli diese crédito inmediato aún a la verdad, sin antes darle una buena paliza y ahondar en la herida.

—Tengo entendido que eres propenso a desmayos histéricos —dijo monseñor Flaught, cuando él y el hermano Francis estuvieron solos, mirando al monje con lo que éste consideró ojos malignos—. ¿Hay algún caso de epilepsia en tu familia? ¿De locura? ¿Estructura neural mutante?

—No, excelencia.

—No soy una excelencia —espetó al sacerdote—. Bueno, ahora dirás la verdad.

Un pequeño gesto de cirujano será lo adecuado, parecía indicar su tono; sólo se necesitará una amputación menor.

—¿Estás enterado de que los documentos se pueden envejecer artificialmente?

El hermano Francis no estaba tan al corriente.

—¿Te das cuenta de que el nombre de Emily no apareció en los escritos encontrados?

—Oh, pero... —calló súbitamente, dudando.

—El nombre que apareció era Em, ¿no es así? Puede que sea un diminutivo de Emily.

—Creo que así es, monseñor.

—Pero también puede serlo de Emma, ¿verdad? ¡El nombre de Emma apareció en la caja!

Francis no dijo nada.

—¿Y bien?

—¿Cuál fue la pregunta, monseñor?

—¡Es igual! Tan sólo se me ocurrió demostrarte que la evidencia sugiere que Em era por Emma y que Emma no es el diminutivo de Emily. ¿Qué tienes que decir a esto?

—No había pensado en ello, monseñor, pero...

—Pero ¿qué?

—¿No es verdad que los matrimonios se llaman a veces con otros nombres?

—¿TRATAS DE BURLARTE DE MÍ?

—No, monseñor.

—¡Dime la verdad! ¿Cómo fue que descubriste el refugio y qué puedes decirme de esas fantásticas habladurías acerca de la aparición?

El hermano Francis trató de explicarlo. El *advocatus diaboli* lo interrumpió con periódicos bufidos y preguntas sarcásticas. Cuando terminó su narración, el abogado examinó la historia con dientes y uñas semánticos hasta que el propio monje se preguntó si había visto realmente al viejo o se había imaginado el incidente.

La técnica de examen era despiadada, pero Francis encontró la experiencia menos terrible que una entrevista con el abad. Lo más que el abogado podía hacer era arrancarle, aquella vez, los miembros uno a uno; pero saber que la operación terminaría pronto ayudaba al amputado a soportar el dolor. Sin embargo, al enfrentarse al abad, estaba siempre convencido de que un error podía ser castigado una y otra vez, pues Arkos era su superior de por vida y el perpetuo inquisidor de su alma.

Después de observar la reacción de Francis a la furiosa arremetida inicial, monseñor Flaught pareció encontrar la historia del monje demasiado sencilla para garantizarle un gran margen de ataque.

—Bien, hermano, si ésta es tu historia y te aferras a ella, no creo que tengamos que preocuparnos por ti en absoluto. Aunque sea verdad, cosa que no admito, de tan trivial es absurda. ¿Te das cuenta de ello?

—Es lo que siempre dice.

Francis, que durante años intentó quitarle al peregrino la importancia que los demás le habían atribuido.

—¡Pues ya era hora de que lo dijeses! —exclamó Flaught.

—Siempre he dicho que pensaba que probablemente no era más que un viejo.

Monseñor Flaught se cubrió los ojos con una mano y suspiró ruidosamente. Su experiencia con los testigos inseguros le dejaba sin nada qué decir.

Antes de abandonar la abadía, el *advocatus diaboli*, como el abogado del santo antes que él, se detuvo en el *scriptorium* y pidió ver la conmemoración en colores de la heliografía de Leibowitz («aquella terrible incomprensibilidad», como la llamó Flaught). Aquella vez las manos del monje no temblaron de ansiedad sino de miedo; una vez más, podía verse obligado a abandonar el proyecto. Monseñor Flaught observó en silencio la piel de cordero. Tragó saliva tres veces y, finalmente, se obligó a asentir.

—Tu imaginación es viva —admitió—. Pero esto ya lo sabíamos, ¿verdad? —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas en ello?

—Seis años, monseñor, aunque de modo intermitente.

—Comprendo. Según veo, deberás trabajar los mismos años para poderlo terminar.

Inmediatamente los cuernos de monseñor Flaught disminuyeron un par de centímetros y sus colmillos desaparecieron por completo. Aquella misma noche salió hacia Nueva Roma.

Los años transcurrieron lentamente, marcaron las caras de los jóvenes y encanecieron sus sienes. La labor perpetua del monasterio continuó, atronando todos los días al cielo con el mismo himno del Divino Oficio, proveyendo diariamente al mundo con un lento fluir de manuscritos copiados y vueltos a copiar, cediendo ocasionalmente clérigos y escribanos al episcopado, los tribunales eclesiásticos y a los pocos poderes seglares que los solicitaban. El hermano Jeris ambicionaba construir una prensa de imprimir, pero al saberlo, Arkos rechazó el plan:

no había ni el papel suficiente ni la tinta necesaria, y en un mundo satisfecho de su incultura no se necesitaban libros a buen precio. Debido a ello, la sala de copias siguió con sus botes y plumas.

Durante la Festividad de los Cinco Santos Inocentes, un mensajero del Vaticano llegó con alegres nuevas para la orden. Monseñor Flaught había retirado todas sus objeciones y hacía penitencia ante una imagen del beato Leibowitz. El caso de monseñor Aguerra había sido aprobado y el Papa había ordenado la presentación de un decreto en el que recomendaba la canonización. La fecha para la proclamación formal había sido señalada para el siguiente Año Santo y coincidiría con la llamada a Consejo General de la Iglesia con el propósito de efectuar una cuidadosa reestructuración de la doctrina referente a la limitación del *magisterium* a los hechos de fe y moral. Era una cuestión muchas veces tratada en la historia; pero en cada país parecía resurgir con nuevas formas, especialmente en aquellos períodos oscuros en que los «conocimientos del hombre» acerca del viento, las estrellas y la lluvia eran realmente la única creencia. Durante este Consejo, el fundador de la Orden Albertiana sería inscrito en el calendario de los santos.

Una temporada de regocijo en la abadía siguió a aquel anuncio. Dom Arkos, encanecido por la edad y cercano ya a la senectud, llamó al hermano Francis a su presencia y jadeando dijo:

—Su Santidad nos invita a Nueva Roma para la canonización. Prepárate a partir.

—¿Yo, reverendo padre?

—Tú solo. El hermano farmacéutico me prohíbe viajar y no estaría bien que el padre prior marchase estando yo enfermo. No me vengas ahora con desmayos —dijo plañideramente dom Arkos—. Lo más probable es que obtengas más crédito del que mereces por el hecho de que

la corte haya aceptado la fecha de la muerte de Emily Leibowitz como probada de modo definitivo. De todas maneras, Su Santidad te ha invitado. Te sugiero que le des gracias a Dios y no te atribuyas ningún mérito.

El hermano Francis se tambaleó.

—¿Su Santidad…?

—Sí. Enviaremos al Vaticano la heliografía original de Leibowitz. ¿Qué te parece si te llevas tu versión conmemorativa en colores como regalo personal al Santo Padre?

—Ah… —dijo Francis.

El abad lo reanimó, lo bendijo, lo llamó buen simple y lo envió a llenar su zurrón.

10

El viaje a Nueva Roma requería, por lo menos, tres meses y quizá más. El tiempo dependía en cierto modo de la distancia que Francis pudiese cubrir antes de que la inevitable banda de ladrones le privase de su asno. Viajaría solo y sin armas, únicamente con su zurrón y escudilla de mendicante, además de la reliquia y la copia en color. Rezó para que los ladrones ignorantes no supiesen qué hacer de esta última; porque, en realidad, entre los asaltantes del camino había a veces ladrones amables que sólo robaban lo que tenía valor para ellos y le permitían a su víctima conservar la vida, la integridad física y los efectos personales. Otros eran menos considerados.

Como medida de precaución, se puso un parche negro sobre el ojo derecho. Los montañeses eran muy supersticiosos y a veces huían sólo con la posibilidad del mal de ojo. Así armado y equipado, salió para obedecer la llamada del *Sacerdos Magnus*, aquel santísimo padre y maestro, el papa León XXI.

Cerca de dos meses después de abandonar la abadía, el monje tropezó con un ladrón en una montaña cubierta de bosques, lejos de cualquier poblado, a no ser el del Valle de los Deformes, que se hallaba a unos pocos kilómetros, detrás de un pico en el oeste y donde, como leprosos, una colonia de monstruos genéticos vivían aislados del mundo. Algunas de estas colonias estaban supervisadas por los hospitalarios de la santa Iglesia, pero el Valle de los Deformes no se

contaba entre ellas. Los mutantes que consiguieron escapar de morir en manos de las tribus de los bosques, hacía siglos que se congregaban en el lugar, y sus filas se veían continuamente aumentadas por cosas que se retorcían y arrastraban, y que acudían allí a refugiarse del mundo. Algunos de ellos eran fértiles y daban a luz, pero a menudo esas criaturas heredaban las deformidades paternas, nacían muertas o no llegaban a la madurez. De vez en cuando el carácter monstruoso tendía a retroceder, y como resultado de la unión de dos mutantes venía al mundo una criatura aparentemente normal. Sin embargo, alguna vez, los vástagos superficialmente «normales» estaban dañados por una deformidad invisible de la mente o del corazón, que les privaba de la esencia de la humanidad, aunque les prestaba su apariencia.

En la misma Iglesia algunos se atrevieron a exponer el criterio de que aquellas criaturas habían sido privadas de la mano de Dios desde la concepción, que sus almas eran como las de los animales y que por ley natural podían impunemente ser eliminadas como animales y no como hombres. Dios había castigado a las especies con la prole animal, debido a los pecados que casi habían terminado con la humanidad. Algunos, cuya creencia en el infierno nunca les había privado de las demás, no le quitaban a Dios el derecho a valerse de cualquier forma de castigo temporal, sino que consideraban que al arrogarse los hombres el derecho a juzgar cualquier criatura nacida de mujer como no poseedora de la divina imagen, usurpaban el privilegio del cielo. «Hasta el idiota que parece menos inteligente que un perro, un puerco o una cabra será, si es nacido de mujer, portador de un alma inmortal», proclamaba una y otra vez el *magisterium*. Cuando Nueva Roma hizo varias declaraciones como ésta, pronunciadas para refrenar el infanticidio, los

infortunados seres deformes fueron llamados, por algunos, los «sobrinos del Papa» o los «hijos del Papa».

—Dejemos que los que hayan nacido vivos de padres humanos sigan viviendo —había dicho el León anterior—. Dejemos que, de acuerdo con la ley natural como con la ley divina del amor, sean criados como niños y alimentados sea cual fuere su forma y comportamiento, porque es un hecho de la razón que no necesita de la revelación divina que, entre los derechos naturales del hombre, el derecho a la asistencia de los padres para poder sobrevivir se antepone a todos los demás y no puede ser modificado legítimamente por la sociedad o el Estado, excepto hasta donde los príncipes tengan el poder de ejecutar este derecho. Ni las propias bestias de la Tierra actúan de otro modo.

El ladrón que abordó al hermano Francis no era, bajo ningún concepto, uno de los monstruos, pero de su procedencia del Valle de los Deformes dieron fe dos figuras encapuchadas que se alzaron detrás de una maraña de arbustos en el declive que daba sobre el camino y que le gritaron burlonamente al monje desde su escondite, mientras le apuntaban con sus arcos tensos. Desde aquella distancia, Francis tuvo la impresión, aunque no estaba seguro, de que uno de ellos sostenía su arco con seis dedos o un pulgar extra; pero no había ninguna duda de que una de las figuras llevaba un hábito con dos capuchas, aunque no podía ver ninguna cara, ni pudo determinar si la segunda capucha contenía o no otra cabeza.

El ladrón estaba en el sendero frente a él. Era un hombre bajo, pero pesado como un toro, con una protuberancia azul y sin pelo como cabeza y una quijada como un bloque de granito. Estaba en medio del camino con las piernas abiertas y sus fuertes brazos cruzados sobre el pecho en espera de la

pequeña figura que se acercaba a horcajadas sobre el asno. El ladrón, como pudo ver Francis, estaba únicamente armado con la propia musculatura y un cuchillo, que no se tomó el trabajo de quitarse del cinto. Le hizo un gesto al monje para que avanzase. Cuando éste se detuvo a unos cincuenta metros de distancia, uno de los «hijos del Papa» lanzó una flecha que fustigó el camino justo detrás del burro, haciendo que éste saltase hacia delante.

—Baja —ordenó el ladrón.

El asno se detuvo, el hermano Francis echó hacia atrás su capucha para mostrar su ojo cubierto y levantó un dedo tembloroso para tocárselo. Poco a poco fue levantando la tela.

El ladrón levantó la cabeza y lanzó una carcajada que le pareció a Francis como salida de la garganta del mismísimo Satanás. Murmuró un exorcismo, pero el ladrón permaneció tranquilo.

—Vosotros, los encapuchados negros, usáis este truco desde hace demasiado tiempo —dijo—. Ahora, baja.

El hermano Francis sonrió, se encogió de hombros y descabalgó sin decir nada. El ladrón inspeccionó el asno, golpeándole los flancos y examinándole dientes y cascos.

—¿Comemos? ¿Comemos? —gritó una de las criaturas encapuchadas del declive.

—Esta vez no —gritó el ladrón—, demasiado huesudo.

Francis no quedó muy convencido de que hablasen del asno.

—Buenos días, señor —dijo amablemente—. Puede quedarse mi montura. Caminar me hará bien, creo. —Sonrió de nuevo y emprendió la marcha.

Una flecha se enterró en el suelo, a sus pies.

—¡Basta ya! —chilló el ladrón. Después dijo a Francis—: Ahora desnúdate y déjame ver ese rollo y ese paquete.

El hermano tomó su escudilla e hizo un gesto desvalido que sólo dio lugar a una nueva carcajada burlona del ladrón.

—Ya me habéis hecho otras veces el truco de la limosna —dijo—. El último hombre que me presentó la escudilla tenía una moneda de oro oculta en la bota. Desnúdate.

Francis, que no llevaba botas, enseñó esperanzado sus sandalias, pero el ladrón le hizo un gesto impaciente. Entonces desató su zurrón, extendió su contenido y empezó a quitarse la ropa. El ladrón la registró sin encontrar nada y se la devolvió, haciendo que suspirase agradecido, pues había temido que le dejasen desnudo en el camino.

—Ahora veamos lo que hay en el otro paquete.

—Sólo contiene documentos, señor —protestó el monje—. Sin valor para nadie a no ser su propietario.

—Ábrelo.

En silencio, el hermano Francis desató el paquete y extendió la heliografía original y la conmemoración en color. El dibujo en oro y el colorido del diseño brillaron deslumbradores con la luz que se filtraba a través del follaje. La tosca mandíbula del ladrón cayó unos centímetros.

Silbó suavemente.

—¡Qué belleza! ¡Cómo le gustaría a mi mujer poder colgarla de la pared de la cabaña!

Francis se sintió desfallecer.

—¡Oro! —les gritó el ladrón a sus cómplices en el declive.

—¿Comemos? ¿Comemos? —llegó la réplica gorgoteante y burlona.

—¡Comeremos, no tengáis miedo! —gritó el ladrón, y después le explicó a Francis—: Después de pasar un par de días aquí, esperando, tienen hambre. Los negocios van mal. Es una temporada de poco tráfico.

Francis asintió. El asaltante volvió a mostrar su admiración por la copia en color.

«Señor, si le has enviado para probarme, entonces ayúdame a morir como un hombre, que pueda quedársela únicamente sobre el cadáver de tu siervo. Bendito Leibowitz, contempla este acto y reza por mí…».

—¿De qué se trata? —preguntó el ladrón—. ¿Es un hechizo? —Estudió un rato los documentos—. Uno es el fantasma del otro. ¿Qué clase de magia es? —Observó al hermano Francis con sus suspicaces ojos grises—. ¿Cómo lo llamáis?

—Pues… «Sistema de control transistorizado para la unidad Seis-B» —espetó el monje.

El asaltante, que había estado mirando los documentos al revés, pudo sin embargo darse cuenta de que los dos diagramas tenían la base y las líneas invertidas —un efecto que parecía intrigarle tanto como la hoja dorada—. Marcó las similitudes del diseño con un índice corto y sucio, dejando una débil mancha sobre la piel de cordero iluminada. Francis contuvo las lágrimas.

—¡Por favor! —dijo el monje sin aliento—. La capa de oro es tan tenue que puede decirse que no tiene ningún valor. Sopésela, podrá ver que en total no pesa más que la de papel. No le sirve de nada. Por favor, señor, quédese mis vestidos, pero no esto. Puede quedarse el mulo y mi zurrón, lo que quiera, pero devuélvame los documentos. No significan nada para usted.

La mirada gris del ladrón quedó pensativa. Observó la agitación del monje y se frotó la barbilla.

—Voy a dejar que conserves tus vestidos, tu asno y todo lo demás, menos esto —le ofreció—. Sólo me quedaré con los hechizos.

—Por el amor de Dios, señor, entonces máteme también —se lamentó el hermano Francis.

El asaltante rió burlonamente.

—Ya veremos, dime para qué sirven.

—Para nada. Uno es un recuerdo de un hombre que murió hace mucho. Una antigüedad. El otro es sólo una copia.

—¿Para qué os sirven?

Francis cerró momentáneamente los ojos tratando de buscar el modo de explicárselo.

—¿Conoce las tribus de los bosques? ¿Cómo veneran a sus antepasados?

Los ojos grises brillaron súbitamente airados.

—Nosotros despreciamos a nuestros antepasados —gritó—. ¡Malditos sean todos los que nos dieron vida!

—¡Malditos! ¡Malditos! —repitió uno de los arqueros encapuchados desde el declive.

—¿Sabes quiénes somos? ¿De dónde venimos?

Francis asintió.

—No quise ofenderles. El antiguo a quien perteneció esta reliquia es… no es nuestro antepasado. Fue nuestro maestro de lo antiguo. Veneramos su memoria. Esto es sólo un recuerdo, nada más.

—¿Qué me dices de la copia?

—La hice yo. Por favor, señor, me costó quince años hacerla. Por favor… ¡no le quitará usted a un hombre quince años de su vida sin ningún motivo!

—¿Quince años? —El ladrón echó hacia atrás la cabeza y rió con fuerza—. ¿Pasaste quince años haciendo esto?

—Oh, pero… —Francis se quedó súbitamente silencioso. Su mirada se posó sobre el achatado índice del ladrón. El dedo indicaba la heliografía original.

—¿Esto te tomó quince años? Pero si al lado del otro es casi feo. —Se golpeó los ijares y entre risotadas siguió señalando la reliquia—. ¡Quince años! ¿Es esto lo que hacéis allí encerrados? ¿Por qué? ¿De qué sirve esta imagen oscura? ¡Quince años para hacer esto! ¡Ja, ja! ¡Es un trabajo de mujer!

El hermano lo miraba con un silencio atónito. Que el asaltante confundiese la sagrada reliquia con la copia le había sorprendido demasiado para poder replicar.

Todavía riendo, el ladrón tomó ambos documentos en sus manos y se preparó para partirlos por la mitad.

—¡Jesús, María y José! —gritó el monje cayendo de rodillas en el camino—. ¡Por el amor de Dios, señor!

El atracador tiró los papeles al suelo.

—Lucharé contigo por ellos —se ofreció deportivamente —. Éstos contra mi cuchillo.

—De acuerdo —dijo Francis impulsivamente, pensando que una lucha le daría por lo menos al cielo la oportunidad de intervenir de un modo discreto.

«Oh, Dios, que fortaleciste a Jacob para que venciese al ángel en la roca…».

Se prepararon para la lucha. El monje se persignó. El asaltante se quitó el cuchillo del cinto y lo tiró junto a los papeles. Empezaron a dar vueltas.

Tres segundos más tarde, el hermano se encontraba gruñendo tendido bajo una pequeña montaña de músculos, su espalda contra el suelo. Una piedra puntiaguda parecía taladrarle la espina dorsal.

—Je, je —rió el ladrón, y se levantó para reclamar su cuchillo y sus documentos.

Con las manos unidas como si rezase, el hermano Francis se arrastró tras él de rodillas rogando a voz en cuello:

—¡Por favor, entonces quédese sólo con una, no con las dos! ¡Por favor!

—Ahora tendrás que comprarlas —dijo socarronamente—. Las he ganado legalmente.

—No tengo nada, soy pobre.

—Está bien, si es verdad que te interesan tanto, obtendrás el oro. Dos monedas, éste es el precio del rescate.

Tráelas aquí cuando quieras. Yo esconderé tus cosas en mi choza. Si las quieres, trae el oro.

—Pero es que son importantes para otra gente, no para mí. Se las llevaba al Papa. Quizá paguen porque tiene mayor importancia, pero tiene que dejarme la otra para podérsela enseñar. No tiene ningún valor.

El ladrón rió despreciativo.

—Se diría que me besarías las botas por tenerla.

El hermano Francis se le aferró y besó sus botas con fervor. Aquello resultó ser demasiado hasta para un tipo como el ladrón. Apartó al monje con el pie, separó los dos documentos y le lanzó uno a la cara con una maldición. Subió al asno y empezó a trepar por el declive rumbo a los arbustos. Francis se apoderó del precioso documento y caminando tras el asaltante se lo agradecía profusamente y cubría de bendiciones mientras el hombre llevaba al asno hacia los encapuchados arqueros.

—¡Quince años! —bufó, y de nuevo apartó al hermano con el pie—. ¡Lárgate! —Agitó en lo alto el colorido pergamino a la luz del sol—. Recuerda, con dos monedas de oro recobrarás tu recuerdo. Y dile a tu Papa que la gané en justicia.

Francis se detuvo. Bendijo al bandido en retirada y en voz baja alabó a Dios por la existencia de ladrones tan generosos y capaces de cometer un error tan craso. Acunó amorosamente la heliografía original mientras avanzaba penosamente por el camino. El ladrón les mostraba con orgullo la hermosa conmemoración a sus compañeros mutantes de la colina.

—¡Comemos! ¡Comemos! —dijo uno de ellos dándole golpecitos al asno.

—Montamos, montamos —le corrigió el ladrón—. Comeremos más tarde.

Cuando el hermano Francis se hubo alejado, una gran tristeza le embargaba. La voz burlona resonaba todavía en sus oídos: «¡Quince años! ¿Esto es lo que hacéis allí? ¡Quince años! ¡Un trabajo de mujer! Ja, ja, ja…».

El ladrón había cometido un error, pero de todas formas quince años habían desaparecido y con ellos todo el amor y tormento que había puesto en la conmemoración.

Habiendo estado enclaustrado, Francis había perdido contacto con las costumbres del mundo exterior, de sus modales duros y actitudes bruscas. Su corazón quedó profundamente herido por la burla del ladrón. Recordó la mofa más gentil del hermano Jeris en los primeros tiempos. Quizás el hermano tenía razón.

Bajó la encapuchada cabeza y comenzó a caminar lentamente. Por lo menos quedaba la reliquia original. Por lo menos.

11

La hora había llegado. El hermano Francis, ataviado con su sencillo hábito de monje, nunca se había sentido menos importante que en el momento en que se arrodilló en la majestuosa basílica antes de comenzar la ceremonia. Los movimientos pausados, los torbellinos de vivo color, los sonidos que acompañaban a los ceremoniosos preparativos de la celebración parecían tener ya espíritu litúrgico, y hacían difícil comprender que todavía no ocurría nada importante. Obispos, monseñores, cardenales, sacerdotes y diversos funcionarios legos, en elegantes y anticuadas vestimentas, iban de un lado para otro en la gran nave; pero sus idas y venidas eran como una maquinaria ágil que nunca se detenía, tropezaba o cambiaba de idea para salir apresuradamente en otra dirección.

Un *sampetrius* entró en la basílica. Iba tan grandiosamente ataviado, que al principio Francis confundió al trabajador de la catedral con un prelado. Llevaba un escabel y lo hacía con una pompa tan sencilla que el monje, de no haber estado arrodillado, lo habría hecho al pasar el objeto frente a él. El *sampetrius* flexionó una rodilla ante el altar mayor y después fue hacia el trono papal, donde puso el nuevo escabel quitando uno que parecía tener una pata suelta; hecho esto, se fue por donde había venido. El hermano Francis se maravilló ante la estudiada elegancia de movimientos que acompañó a un acto tan trivial. Nadie tenía prisa. Nadie se entretenía o titubeaba ni se producía

ningún gesto que no contribuyese quietamente a la dignidad y avasalladora belleza de aquel antiguo lugar. Hasta las inmóviles estatuas y los cuadros parecían tomar parte en ello. Aun el susurro de la propia respiración parecía ser suavemente devuelto por el eco de los distantes ábsides.

Terribilis est locus iste: hic domus Dei est, et porta caeli; ¡terrible en verdad, la casa de Dios, puerta del cielo!

Pasado un rato vio que algunas de las estatuas tenían vida. Había una armadura cerca de la pared, a unos metros a su izquierda. Su puño de malla sostenía el mango de una brillante hacha de combate y ni tan sólo la pluma de su casco se había agitado durante el tiempo que el hermano Francis permaneció arrodillado allí. Doce armaduras idénticas se hallaban situadas a lo largo de la pared a distancias regulares. Sólo después de ver un tábano arrastrarse a través de la visera de la «estatua» que estaba a su izquierda, sospechó que la guerrera envoltura contenía un ocupante. Sus ojos no notaron ningún movimiento, pero la armadura produjo algunos chasquidos metálicos mientras dio albergue al tábano.

Aquellos eran, pues, los guardias papales, tan renombrados en las batallas caballerescas: el pequeño ejército privado del Primer Vicario de Dios.

Un capitán de la guardia pasaba majestuosamente revista a sus hombres. Por primera vez, la estatua se movió: alzó su visera en señal de saludo. El capitán se detuvo pensativamente y antes de seguir la inspección empleó su pañuelo para apartar el tábano de la frente de aquel rostro inexpresivo que permanecía inmutable en el interior del casco. La estatua bajó su visera y recobró su inmovilidad.

El decorado mayestático de la basílica se vio brevemente destruido por la entrada de una multitud de peregrinos. Estaban bien organizados y eficientemente dirigidos, pero era evidente que eran extraños al lugar. La mayoría de ellos

dio la impresión de dirigirse de puntillas a su sitio, cuidando de no hacer ningún ruido y moverse lo menos posible, a diferencia de los *sampetrii* y el clero neorromano, que se movían y hacían ruido de modo elocuente. Aquí y allá, entre los peregrinos, alguien tosía o tropezaba.

De pronto la basílica pareció militarizarse: la guardia se había puesto en posición de firme. Una nueva escolta de estatuas acorazadas entró pisando con fuerza en el propio santuario, se dejó caer sobre una rodilla e inclinó sus picas como saludo ante el altar antes de ocupar su sitio. Dos de sus miembros flanquearon el trono papal y un tercero cayó de rodillas a la derecha y allí permaneció, arrodillado y sosteniendo la espada de Pedro sobre sus palmas alzadas. El cuadro quedó de nuevo inmóvil a no ser por el temblor ocasional de los cirios del altar.

Sobre el sacro silencio, resonó un súbito clamor de trompetas.

El sonido fue aumentando de intensidad hasta que el vibrante *ta-ra ta-ra-raa* se sintió en la cara y fue doloroso para el oído. La voz de las trompetas no era musical sino estridente. Las primeras notas empezaron en un tono medio, después fueron subiendo lentamente en agudeza, intensidad y urgencia, hasta que los pelos del monje se pusieron de punta y en la basílica pareció no existir nada sino la explosión de las tubas.

Después, un silencio de muerte seguido por el canto de un tenor:

PRIMER CANTOR:	*Appropinquat agnis pastor et ovibus pascendis.*
SEGUNDO CANTOR:	*Genua nunc flectantur omnia.*

PRIMER CANTOR:	*Jussit olim Jesus Petrum pascere gregem Domini.*
SEGUNDO CANTOR:	*Ecce Petrus Pontifex Maximus.*
PRIMER CANTOR:	*Gaudeat igitur populus Christi, et gratias agat Domino.*
SEGUNDO CANTOR:	*Nam docebimur a Spiritu Sancto.*
CORO:	*Alleluia, Alleluia…*

La multitud se levantó y después se arrodilló en una lenta oleada que siguió el movimiento de la silla en la que iba sentado un frágil anciano vestido de blanco, que bendecía a la gente mientras la procesión dorada, negra, púrpura y roja, lo conducía lentamente hacia el trono. El aliento obstruía la garganta del pequeño monje de la distante abadía en un apartado desierto.

Era imposible abarcar todo cuanto ocurría. La oleada de música y movimiento era tan avasalladora, que ahogaba los propios sentidos y arrastraba la mente, aun contra su voluntad, hacia lo que pronto iba a suceder.

La ceremonia fue breve. De haber sido más larga, habría sido difícil soportar su intensidad. Un prelado —Francis vio que se trataba de Malfreddo Aguerra, el propio abogado del santo— se acercó al trono y se arrodilló. Después de un breve silencio alzó su petición en canto llano.

—Sancte pater, ab Sapientia summa petimus ut ille Beatus Leibowitz cujus miracula mirati sunt multi…

Se le pedía a León que comunicase a su pueblo por medio de una definición solemne la pía creencia de que el beato Leibowitz era en realidad un santo, merecedor de la dulia de la Iglesia como de la veneración de los fieles.

—*Gratissirna Nobis causa, fili* —cantó la voz del anciano vestido de blanco como respuesta, explicando que el deseo de su corazón era anunciar por solemne proclama que el bendito mártir estaba entre los santos, pero también que tenía que hacerlo por guía divina que coincidía con la petición de Aguerra—, *sub ducatu sancti Spiritus*. —Pidió a todos que orasen por esta guía.

De nuevo el coro atronó la basílica con la letanía de los Santos:

—Oh Dios, Padre del Cielo, ten piedad de nosotros. Oh Dios, Hijo Redentor del Mundo, ten piedad de nosotros. ¡Oh Santísima Trinidad, Dios uno y único, *miserere nobis*! Oh Dios, Espíritu Santo, ten piedad de nosotros. Santa María, ruega por nosotros. *Sancta Dei Genitrix, ora pro nobis. Sancta Virgo virginum, ora pro nobis*...

El trueno de la letanía continuó. Francis miró el cuadro del bendito Leibowitz, recién descubierto. El fresco era de enormes proporciones. Mostraba el juicio del beato ante la multitud, pero la cara no sonreía con amargura como en la obra de Fingo. Era, de todas maneras, majestuosa, y Francis se dijo que estaba en consonancia con el resto de la basílica.

—Omnes sancti Martyres, orate pro nobis...

Cuando la letanía hubo terminado, monseñor Malfreddo Aguerra hizo de nuevo su petición al Papa, pidiendo que el nombre de Isaac Edward Leibowitz fuese formalmente inscrito en el calendario de los santos. De nuevo se invocó al espíritu guía, mientras el Papa entonaba el *Veni, Creator Spiritus*.

Y por tercera vez Malfreddo Aguerra solicitó la proclamación.

—Surgat ergo Petrus ipse...

Por fin llegó. León XXI entonó la decisión de la Iglesia, obtenida bajo la guía del Espíritu Santo, en la que se proclamaba como hecho seguro que un antiguo y bastante oscuro técnico llamado Leibowitz era en realidad un santo del cielo cuya poderosa intercesión podía y tenía derecho a ser reverentemente implorada. Se señaló una festividad para una misa en su honor.

—San Leibowitz, ruega por nosotros —susurró el hermano Francis con los demás.

Después de una breve plegaria, el coro entonó un Tedeum y, tras una misa en honor del nuevo santo, todo había terminado.

Escoltado por dos *sedarii* de librea escarlata del palacio exterior, el pequeño grupo de peregrinos siguió por lo que parecía una interminable secuela de corredores y antecámaras, deteniéndose ocasionalmente ante la ornada mesa de algún nuevo funcionario que examinaba credenciales y estampaba su firma en un *licet adire* para que un *sedarius* se lo entregase al siguiente funcionario, cuyo título era progresivamente más largo y más difícil de pronunciar a medida que el grupo avanzaba. El hermano Francis temblaba.

Entre sus compañeros peregrinos, había dos obispos; un hombre vestido de armiño y oro; un jefe de clan de la gente de los bosques convertido, pero luciendo aún la túnica de piel de pantera, y como casco, la cabeza de pantera de su tótem tribal; un «simple» con traje de piel que llevaba un halcón peregrino encapuchado en la muñeca —evidentemente un regalo para el Padre Santo—; y varias mujeres que parecían ser esposas o concubinas —como se dijo Francis ante sus actos— del jefe del clan del pueblo

pantera, aunque podía tratarse de antiguas concubinas apartadas por el canon, pero no por la costumbre tribal.

Después de subir la *Scala caelestis*, los peregrinos fueron recibidos por el sombrío *cameralis gestor*, que los condujo a una pequeña antesala del enorme vestíbulo consistorial.

—El Padre Santo los recibirá aquí —les informó en voz baja un lacayo de alto rango al *sedarius* que traía las credenciales.

A Francis le dio la impresión de que los miraba desaprobadoramente. El hombre le dirigió unas palabras al *sedarius*, quien enrojeció y, a su vez, le dijo algo al jefe del clan. Éste lo miró ceñudo y se quitó su casco de afilados colmillos, dejando que se balancease sobre su hombro. Se produjo una breve conferencia acerca de las posiciones mientras su Suprema Untuosidad, el lacayo en jefe, en voz tan baja como reprobadora, colocó sus piezas de ajedrez en la habitación de acuerdo con algún protocolo secreto que únicamente los *sedarii* parecieron comprender.

El Papa no tardó en llegar. El hombrecillo del hábito blanco, rodeado de su comitiva, avanzó vivamente por la sala de audiencias. El hermano Francis experimentó un súbito conato de mareo. Recordó que dom Arkos le había amenazado con desollarlo vivo si se desmayaba durante la audiencia, e intentó reunir fuerzas para evitarlo.

El grupo de peregrinos se arrodilló. El anciano de blanco les hizo levantarse con un gesto amable. Finalmente el hermano Francis se atrevió a fijar la vista. En la basílica, el Papa había sido únicamente una radiante mancha blanca en un mar de color. Gradualmente, allí en la sala de audiencias, Francis pudo ver más de cerca que el Papa no medía tres metros como los nómadas de la historia. Para sorpresa del monje, el frágil anciano, Padre de reyes y príncipes, constructor de los puentes del mundo y Vicario de Cristo en

la Tierra, parecía ser mucho menos feroz que dom Arkos, *Abbas*.

El Papa avanzó lentamente por la hilera de peregrinos, saludando a cada uno de ellos, mientras abrazaba a uno de los obispos, hablaba con cada uno en su propio dialecto o a través de un intérprete, sonreía ante la expresión del prelado al cual encomendó la tarea de cuidar del pájaro halconero, y se dirigía al jefe del clan de la gente del bosque con un gesto peculiar de la mano y emitiendo un sonido gutural de su dialecto, que hizo que la expresión de pantera del jefe brillase con una sonrisa de deleite. El Papa vio la cabeza de pantera colgada de su hombro y se detuvo para colocársela de nuevo. El pecho del hombre de la tribu se dilató de orgullo, miró a su alrededor en la habitación, probablemente buscando a su Suprema Untuosidad, el lacayo en jefe, pero el oficial parecía haberse escabullido por la pared.

El Papa se aproximó a Francis.

Ecce Petrus Pontifex… Mira a Pedro, el gran sacerdote: el propio León XXI: «A quien Dios había nombrado príncipe de todos los países y reinos, para extirpar, derrumbar, desperdiciar, destruir, plantar y construir, para que pueda proteger a un pueblo creyente…». Sin embargo, el monje vio en el rostro de León una amable mansedumbre que indicaba que merecía el título, más encumbrado que cualquiera de los otorgados a príncipes y reyes, por el cual se le llamaba «el esclavo de los esclavos de Dios».

Francis se arrodilló rápidamente para besar el anillo del Pescador. Al levantarse, se encontró aferrando la reliquia del santo a su espalda como si el mostrarla le avergonzase. Los ojos ambarinos del Pontífice le dominaron. León habló suavemente, al modo de la curia: una afectación que parecía desagradarle, que sentía agobiante, pero que practicaba por

el bien de las costumbres al hablar con visitantes menos salvajes que el jefe pantera.

—Nuestro corazón quedó profundamente dolorido cuando nos enteramos de tu desgracia. La historia de lo sucedido llegó a nuestros oídos. Viniste aquí invitado por Nos, pero en el camino encontraste a unos ladrones. ¿Es verdad?

—Sí, Padre Santo. Pero en realidad no tiene importancia. Quiero… decir… Era importante, pero… —dijo Francis tartamudeando.

El anciano blanco esbozó una sonrisa.

—Sabemos que nos traías un regalo y que en el camino te fue robado. Que esto no te preocupe. Tu presencia es suficiente regalo para Nos. Hace tiempo esperábamos la oportunidad de poder dar personalmente la bienvenida al descubridor de los restos de Emily Leibowitz. Conocemos también cuál es vuestra labor en la abadía. Siempre hemos sentido un ferviente afecto por los hermanos de san Leibowitz. Sin vuestro trabajo, la amnesia del mundo sería total. Como la Iglesia, *Mysticum Christi Corpus*, es un cuerpo, vuestra orden le ha servido de memoria. Debemos mucho a vuestro santo patrono y fundador. Los años futuros quizá le deberán aún más. ¿Podemos saber algo más de tu viaje, querido hijo?

El hermano Francis le tendió la heliografía.

—El asaltante fue lo suficientemente amable para permitirme conservar esto, Padre Santo. Lo tomó por una copia del dibujo en color que yo traía como regalo.

—¿No le informaste de su error?

El monje se sonrojó.

—Me avergüenza admitir, Padre Santo…

—¿Entonces se trata de la reliquia original que encontraste en la cripta?

—Sí.

La sonrisa del Papa tomó una expresión amarga.

—¿El bandido pensó que tu obra era el tesoro? Ah..., hasta un ladrón puede verse atraído por el arte. Monseñor Aguerra nos habló de la belleza de tu conmemoración. Lástima que fuese robada.

—No tiene importancia, Padre Santo. Sólo lamento haber perdido quince años en ella.

—¿*Perdido*? ¿Cómo perdido? Si el ladrón no se hubiese visto engañado por la belleza de tu conmemoración podía haber robado ésta, ¿no es así?

El hermano Francis admitió la posibilidad.

León XXI tomó la antigua heliografía en sus pálidas manos y la desenrolló con sumo cuidado. Estudió el diseño en silencio y finalmente dijo:

—Dime, ¿entiendes los símbolos usados por Leibowitz? ¿Cuál es el significado de la... cosa representada?

—No lo sé, Padre Santo, mi ignorancia es completa.

El Papa se inclinó hacia él para murmurar:

—Lo mismo que la nuestra.

Contuvo una sonrisa, presionó los labios sobre la reliquia como si besase la piedra de un altar, la enrolló de nuevo y se la tendió a un asistente.

—Te agradecemos desde el fondo de nuestro corazón estos quince años, querido hijo —le dijo al hermano Francis —. Fueron pasados para la conservación del original, nunca pienses en ellos como perdidos. Ofréceselos a Dios. Quizás algún día se descubra el significado del original y tal vez resulte ser importante. —El anciano guiñó los ojos... ¿o no fue un guiño? Francis estaba casi convencido de que el Papa le había guiñado un ojo—. Te lo deberemos a ti.

El guiño o el parpadeo pareció obligar a la habitación a volver a sus dimensiones normales a los ojos del monje. Por vez primera, descubrió un agujero de polilla en el hábito papal, que estaba, además, casi deshilachado. En varios puntos el yeso del techo había caído. Pero la dignidad había

sobrepasado a la pobreza. Sólo durante unos instantes después del guiño notó Francis aquellos signos de penuria. La distracción fue momentánea.

—A través tuyo queremos enviar nuestros más cordiales saludos a todos los miembros de tu comunidad y a tu abad —decía León—. Para ellos y para ti, queremos extender nuestra bendición apostólica. Te daremos una carta anunciándola. —Hizo una pausa y guiñó o parpadeó de nuevo—. Por cierto, la carta estará salvaguardada. Pondremos en ella el *Noli molestare*, excomulgando a cualquiera que se atreva a asaltar a su portador.

Francis murmuró su agradecimiento por aquel seguro contra los asaltantes aunque no juzgó conveniente añadir que el ladrón sería incapaz de leer el aviso o comprender la penalidad.

—Haré lo posible por entregarla, Padre Santo.

De nuevo, León se inclinó para murmurar:

—A ti te daremos una muestra especial de nuestro afecto. Antes de irte habla con monseñor Aguerra. Nos habría gustado más dártelo de propia mano, pero éste no es el momento adecuado. Monseñor te lo dará en nuestro nombre. Haz con ello lo que quieras.

—Muchas gracias, Santo Padre.

—Ahora adiós, querido hijo.

El Pontífice se alejó, para seguir hablando con cada peregrino de la fila. Cuando hubo terminado: la bendición solemne. La audiencia había terminado.

Cuando el grupo de peregrinos apareció en el claustro, monseñor Aguerra asió a Francis por el brazo y le abrazó calurosamente. El postulador de la causa del santo había envejecido tanto, que el monje le reconoció con dificultad pese a estar a su lado. Pero también él había encanecido y

se le habían arrugado las comisuras de los ojos de tanto escrutar sobre la mesa de las copias. Cuando bajaban por la *Scala caelestis*, el prelado le tendió un paquete y una carta.

Francis miró la dirección de la carta y asintió. Su propio nombre estaba escrito sobre el paquete que llevaba un sello diplomático.

—¿Es para mí, monseñor?

—Un regalo personal del Padre Santo. Será mejor que no lo abras aquí. ¿Puedo hacer algo por ti antes de que abandones Nueva Roma? Te mostraré con gusto todo lo que no hayas podido ver.

El hermano se quedó pensativo un momento. Había sido un viaje exhaustivo.

—Me gustaría ver, una vez más, la basílica, monseñor —dijo finalmente.

—Muy bien, pero ¿es todo?

El hermano Francis se detuvo de nuevo. Se habían quedado rezagados del resto del grupo de peregrinos.

—Quisiera confesar —añadió suavemente.

—No hay nada más fácil —dijo Aguerra añadiendo mientras contenía una sonrisa—: Estás en la ciudad ideal para ello, ¿sabes? Aquí se te puede perdonar todo lo que te preocupe. ¿Es algo lo suficientemente terrible que merezca la atención del Papa?

Francis enrojeció y agitó la cabeza.

—¿Qué te parece el Gran Penitenciario? Si estás arrepentido, no sólo te absolverá, en el trato te dará un palo en la cabeza.

—Es que… se lo pido a usted, monseñor —tartamudeó el monje.

—¿A mí? ¿Por qué? No soy nadie importante. Aquí estás en una ciudad llena de birretes rojos y quieres confesarte con Malfreddo Aguerra.

—Es que… es que ha sido usted el abogado de nuestro patrono —explicó el monje.

—Comprendo. Escucharé tu confesión. Pero ya sabes que no puedo absolverte en nombre de tu patrono. Tendrá que ser, como de costumbre, en el de la santísima Trinidad. ¿Será suficiente?

Francis tenía poco que confesar, pero su corazón había estado mucho tiempo agitado —bajo la incitación de dom Arkos— por el temor de que su descubrimiento del refugio hubiese dificultado el caso del santo. El postulador de Leibowitz le escuchó, consoló, le dio la absolución en la basílica y después le acompañó por aquella vieja iglesia. Durante la ceremonia de canonización y la misa que le siguió, el monje había notado únicamente el majestuoso esplendor del edificio. Ahora, el viejo monseñor le mostró la desmoronada obra de albañilería, los lugares que necesitaban ser reparados y la penosa condición de algunos de los viejos frescos.

De nuevo tuvo una visión fugaz de una pobreza velada por la dignidad. En aquella época la Iglesia no era rica.

Finalmente, Francis quedó en libertad de abrir su paquete. Contenía una bolsa, y en ella había dos monedas de oro. Miró a Malfreddo Aguerra. Monseñor sonrió.

—Dijiste que el ladrón te ganó la conmemoración en un combate, ¿no es así? —preguntó Aguerra.

—Sí, monseñor.

—Bien, aunque te vieses forzado a ello, tú mismo decidiste luchar, ¿verdad? ¿Aceptaste su reto?

El monje asintió.

—Entonces no creo que sea justificar un mal acto si la compras a la vuelta. —Dio unos golpecitos en la espalda del monje y le bendijo. Era hora de partir.

El pequeño conservador de la llama del conocimiento salió a pie hacia su abadía. El viaje duraría días y semanas, pero su corazón palpitaba al acercarse al escondite del ladrón. «Haz con ello lo que gustes», había dicho el papa León refiriéndose al oro. No sólo esto, el monje tenía ahora, además de la bolsa, una respuesta a la burlona pregunta del asaltante. Pensó en los libros de la sala de audiencias, esperando allí su nuevo despertar.

El ladrón, sin embargo, no estaba emboscado en el lugar como Francis había esperado. Había huellas recientes en el sendero, pero lo cruzaban y no había rastro del hombre. El sol se filtraba a través de los árboles para cubrir el suelo con reflejos en forma de hoja. El bosque no era denso, pero ofrecía sombra. Se sentó al lado del camino para esperar.

Un búho silbó al mediodía desde la relativa oscuridad de las profundidades de algún arroyo distante. Los buitres daban vueltas en un retazo de azul sobre la copa de los árboles. Aquel día el bosque parecía pacífico. Al escuchar medio dormido el cantar de los gorriones entre unos arbustos cercanos, pensó que no le importaba que el ladrón apareciese aquel día o al siguiente. Su viaje era tan largo, que sería agradable quedarse reposando todo un día mientras le esperaba. Se sentó observando a los buitres. A veces miraba el camino que conducía a su distante hogar en el desierto. El ladrón había escogido un punto perfecto para su cubil. Desde allí se podía observar más de un kilómetro del camino en cualquier dirección y permanecer oculto en el bosque.

A lo lejos, algo se movía en el camino.

El hermano Francis protegió sus ojos del sol con las manos y estudió el movimiento distante. Había una zona soleada en el sendero, donde un fuego de arbustos había aclarado varios acres de terreno alrededor de la senda que conducía al sudoeste y que rielaba bajo un espejo de calor

en la región en la que reinaba el sol. No podía ver con claridad debido a los reflejos brillantes, pero en medio del camino se distinguía movimiento: una iota negra que se arrastraba. A veces parecía tener cabeza y a veces desaparecía totalmente en el velo producido por el calor; pero a pesar de todo pudo darse cuenta de que poco a poco se acercaba. En un momento en que el borde de una nube ocultó el sol, el débil resplandor del calor se debilitó durante unos segundos; sus ojos, cansados y miopes, llegaron a la conclusión de que la iota serpenteante era un hombre, aunque estaba demasiado lejos para poder ser reconocido. Se estremeció. Algo en la iota era demasiado familiar.

Pero no, no podía de ningún modo ser aquel viejo.

El monje hizo la señal de la cruz y empezó a pasar las cuentas de su rosario mientras sus ojos permanecían fijos en aquella cosa distante en el rielar del calor.

Mientras estuvo esperando allí la llegada del ladrón, una discusión se había suscitado más arriba en la ladera de la colina. El debate conducido por susurrantes monosílabos duró casi una hora. Ahora había terminado. Dos-Capuchas había sido vencido por Una-Capucha. Juntos, los «hijos del Papa» salieron sigilosamente por detrás de su mata de abrojos y se arrastraron colina abajo.

Avanzaron hasta llegar a unos diez metros de Francis antes que una piedra sonase. El monje estaba murmurando la tercera avemaría del cuarto misterio glorioso del rosario cuando miró a su alrededor.

La flecha le dio limpiamente entre los ojos.

—¡Comemos! ¡Comemos! ¡Comemos! —gritaron los «hijos del Papa».

En la senda, hacia el sudoeste, el viejo vagabundo se sentó en un tronco y cerró los ojos para descansarlos del sol. Se

abanicó con un maltrecho sombrero de paja y masticó sus hojas aromáticas. Hacía mucho que deambulaba. La búsqueda parecía no tener fin, pero siempre existía la promesa de encontrar lo que buscaba pasada la siguiente colina o detrás de la curva en el camino. Cuando terminó de abanicarse, se puso de nuevo el sombrero y se rascó la hirsuta barba mientras, parpadeando, miraba el paisaje. En la ladera que estaba frente a él se hallaba un pequeño bosque que no había sido quemado. Ofrecía sombra, pero sin embargo el vagabundo se quedó sentado al sol observando a los curiosos buitres. Se habían reunido y sobrevolaban el bosque a muy baja altura. Uno de los pájaros se atrevió a descender entre los árboles, pero pronto estuvo de nuevo a la vista, quedó un momento aleteando débilmente hasta que encontró una columna de aire que se elevaba, y entonces ascendió planeando. Los negros huéspedes de la carroña parecían estar gastando más energía que de costumbre en batir las alas. Generalmente se elevaban conservando sus fuerzas. Ahora barrían el aire sobre la ladera como si estuviesen impacientes por posarse en tierra.

Mientras los buitres permanecieron interesados, pero indecisos, el vagabundo hizo lo mismo. En aquellas colinas había jaguares. Detrás del pico había cosas peores que estos animales, y a veces merodeaban lejos de su hogar.

El vagabundo esperó. Finalmente los buitres descendieron entre los árboles. Esperó otros cinco minutos. Después se levantó y renqueando fue hacia la mancha del bosque, dividiendo su peso entre su pierna maltrecha y su bastón.

Al poco rato entraba en la zona boscosa. Los buitres estaban ocupados sobre los restos de un hombre. El vagabundo ahuyentó a los pájaros con su garrote e

inspeccionó los restos. Faltaban importantes partes. Una flecha le cruzaba el cráneo formando un bulto en su nuca.

El viejo miró nervioso hacia los arbustos que le rodeaban. No había nadie a la vista, pero el lugar estaba cubierto de huellas de pisadas y no era prudente quedarse.

Prudente o no, el trabajo tenía que hacerse. El viejo vagabundo encontró un punto en que la tierra era lo suficientemente blanda para cavar con las manos y el bastón. Mientras lo hacía, los furiosos buitres volaban bajo sobre las copas de los árboles. A veces se precipitaban como una flecha hacia tierra, pero inmediatamente volvían a remontarse. Durante una hora, después dos, chillaron ansiosos sobre la ladera boscosa.

Uno de los pájaros se atrevió finalmente a posarse en tierra. Recorrió indignado el montículo de tierra recién removida. Desengañado, salió de nuevo volando. La bandada de aves abandonó el lugar y subió a gran altura aprovechando las corrientes de aire mientras observaban hambrientos la tierra.

Detrás del Valle de los Deformes había un cerdo muerto. Los buitres lo observaron alegremente y descendieron en busca del festín.

Más tarde, en un desfiladero lejano, un jaguar limpió sus costillas y lo abandonó. Los buitres parecieron agradecerle el poder terminar su comida.

Llegado el momento, los buitres pusieron sus huevos y alimentaron a sus crías: una serpiente muerta y pedazos de perro salvaje.

La joven generación creció fuerte, voló alto y lejos con sus negras alas, esperando que la tierra fecunda entregase sus abundantes carroñas. A veces la comida era sólo un sapo. Una vez fue un mensajero de Nueva Roma.

Sus vuelos los llevaron hacia las llanuras del oeste. Estaban encantados con la abundancia de cosas buenas que

los nómadas dejaban abandonadas durante su viaje hacia el sur.

Llegado el momento, los buitres pusieron sus huevos y alimentaron a sus crías. La tierra los había nutrido abundantemente durante siglos.

Seguiría haciéndolo aún varios más…

Durante un tiempo, los desperdicios fueron buenos en la zona de Red River; pero entonces, de aquella carnicería se levantó una ciudad. Los buitres no sentían afición por las ciudades que se levantaban, aunque aprobaban su eventual caída. Se alejaron de Texarkana y se situaron lejos en las llanuras del oeste. Al modo de las cosas vivas, repoblaron la tierra muchas veces con los de su especie.

Era el año de Nuestro Señor de 3174.

Había rumores de guerra.



Fiat Lux

12

Marcus Apollo estuvo seguro de la inminencia de la guerra en el momento en que oyó a la tercera esposa de Hannegan decir a una sirvienta que su cortesano favorito había vuelto con la piel intacta de su misión a las tiendas del clan de Oso Loco. El hecho de que hubiese vuelto vivo del campamento nómada quería decir que una guerra se estaba preparando. Significativamente, la misión del emisario era comunicarles a las tribus de las Llanuras que los estados civilizados habían suscrito un acuerdo con el Sagrado Flagelo, referente a las tierras en litigio, y que a partir de aquel momento tomarían dura venganza contra los pueblos nómadas y grupos de bandidos que intentasen cualquier futura incursión. Pero ningún hombre que llevase tal noticia a Oso Loco podía volver con vida. Por ello, Apollo llegó a la conclusión de que el mensaje no fue entregado y que el emisario de Hannegan había ido a las Llanuras con otro propósito. Y este propósito era demasiado evidente.

Apollo se abrió paso educadamente entre el pequeño grupo de huéspedes, sus ojos agudos buscaron al hermano Claret y trataron de atraer su mirada. La elevada figura de Apollo, vestido con una casaca negra y un pequeño ribete de color en la cintura para demostrar su rango, quedaba de relieve, y contrastaba marcadamente con el caleidoscópico remolino de colores que los demás lucían en la sala de los banquetes. No tardó mucho en captar la mirada de su

clérigo, y le indicó con un gesto la mesa de los refrescos, que estaba ahora reducida a un desordenado montón de sobras, tazas grasientas y unos cuantos pichones asados, que parecían demasiado cocidos. Apollo removió el sedimento de la ponchera con el cucharón, vio una cucaracha muerta flotando entre las especias y solícitamente le tendió la primera taza al hermano Claret, que se acercaba.

—Gracias, monseñor —dijo Claret, sin ver la cucaracha—. ¿Quería usted hablarme?

—Tan pronto como termine la recepción. En mis habitaciones. Sarkal ha regresado con vida.

—Oh.

—En mi vida he oído un «oh» más lleno de presagios... ¿Deduzco, pues, que comprende sus interesantes implicaciones?

—Ciertamente, monseñor. Quiere decir que el acuerdo fue un fraude por parte de Hannegan e intenta emplearlo en contra...

—¡Chit! Después.

Los ojos de Apollo le indicaron que se acercaba alguien, y el clérigo se volvió para llenar de nuevo su taza. Su interés quedó prendido allí y no miró a la enjuta figura, vestida de moaré, que avanzaba hacia ellos desde la entrada. Apollo sonrió de modo convencional e hizo una inclinación al hombre. Su apretón de manos fue breve y visiblemente frío.

—Bien, *thon*[2] Taddeo —dijo el sacerdote—, su presencia me sorprende. Pensaba que rehuía usted estas reuniones mundanas. ¿Qué tiene de especial la presente para atraer a tan distinguido intelectual? —Y alzó las cejas con burlona perplejidad.

—Como es natural, la atracción es usted —dijo el recién llegado, rivalizando con el sarcasmo de Apollo—; éste es mi único motivo de asistencia.

—¿Yo? —simuló sorpresa, pero la aseveración era probablemente cierta.

La recepción matrimonial de una media hermana no era suficiente para mover a *thon* Taddeo a acicalarse con galas de etiqueta y abandonar los claustros del *Collegium*.

—La verdad es que le he estado buscando todo el día. Me dijeron que estaría aquí. De otro modo… —Miró la sala del banquete y resopló con irritación.

El bufido quebró la fascinación que ataba al hermano Claret a la ponchera y se volvió para inclinarse ante el *thon*.

—¿Quiere un poco de ponche, *thon* Taddeo? —preguntó, ofreciéndole una taza llena.

El intelectual la aceptó con un gesto y la vació de un trago.

—Quería preguntarle algo acerca de los documentos de Leibowitz de que hablamos —le dijo a Marcus Apollo—. Tengo una carta de un hombre llamado Kornhoer, de la abadía. Me asegura que tienen escritos de los últimos años de la civilización europeoamericana.

Si el hecho de haberle asegurado al intelectual lo mismo hacía varios meses irritó a Apollo, su expresión no lo demostró.

—Sí —dijo—. Me han dicho que son auténticos.

—Si es así, me parece muy misterioso que nadie haya oído… pero es igual. Kornhoer me menciona un cierto número de documentos y textos que dicen tener y me los describe. Si es verdad que existen, tengo que verlos.

—¡Oh!

—Sí. Si se trata de un engaño, tiene que descubrirse, y si no lo es, los datos pueden ser inapreciables.

El prelado frunció el ceño.

—Le aseguro que no hay engaño —dijo rígidamente.

—La carta contiene una invitación para visitar la abadía y estudiar los documentos. Es evidente que han oído hablar

de mí.

—No necesariamente —dijo Apollo, incapaz de resistir la oportunidad—. No se interesan mucho por quién lee sus libros, mientras laven sus manos y no deterioren su propiedad.

El intelectual enrojeció. La sugerencia de que podían existir personas cultas que nunca hubiesen oído su nombre no le agradaba.

—Pero entonces —siguió diciendo afablemente Apollo— no tiene ningún problema. Acepte su invitación, vaya a la abadía y estudie sus reliquias. Le recibirán con gusto.

El intelectual bufó irritado ante la sugerencia.

—Y viajar a través de las llanuras en un momento en que el clan Oso Loco está…

Thon Taddeo se calló abruptamente.

—¿Decía usted? —incitó Apollo.

Su rostro no evidenció haber comprendido, pero una vena empezó a latir en su sien mientras miraba expectante a *thon* Taddeo.

—Sólo que se trata de un viaje largo y peligroso y no puedo permitirme una ausencia de seis meses del *Collegium*. Quería discutir la posibilidad de enviar un grupo bien armado de la Guardia Mayor para que traiga los documentos y poder estudiarlos aquí.

Apollo se sintió sofocado y tuvo el impulso infantil de dar un puntapié a la espinilla del intelectual.

—Me temo que es imposible —dijo educadamente—. Pero en cualquier caso, el asunto queda fuera de mi jurisdicción y lamento no poder prestarle ningún servicio.

—¿Por qué no? —preguntó *thon* Taddeo—. ¿No es usted el nuncio del Vaticano en la corte de Hannegan?

—Precisamente. Represento a Nueva Roma, no a las órdenes monásticas. El gobierno de una abadía está en manos de su abad.

—Pero con un poco de presión por parte de Nueva Roma…

El impulso de darle una patada volvió con fuerza.

—Será mejor que lo discutamos después —dijo secamente monseñor Apollo—. Esta tarde en mi despacho, si así lo desea. —Se volvió a medias y miró hacia atrás interrogadoramente como diciendo: «¿Y bien?».

—Allí estaré —dijo con severidad el intelectual, y se marchó.

—¿Por qué no le dijo llanamente que no al instante? —dijo, colérico, Claret cuando una hora después estuvieron solos en las habitaciones de la Embajada—. ¿Transportar en esta época reliquias invalorables a través de un país de bandidos? No hay ni que pensar en ello, monseñor.

—Ciertamente.

—Entonces, ¿por qué…?

—Dos razones. Primero, *thon* Taddeo es pariente de Hannegan y tiene bastante influencia. Tenemos que ser corteses con César y sus parientes nos guste o no. Segundo, empezó a decir algo sobre el clan de Oso Loco y luego se paró. Creo que sabe lo que va a suceder. No voy a convertirme en un espía, pero si él facilita alguna información, nada nos impide incluirla en el informe que usted va a entregar personalmente a Nueva Roma.

—Yo. —El ayudante parecía sorprendido—. ¿A Nueva Roma…? Pero qué…

—No grite tanto —dijo el nuncio, mirando hacia la puerta—. Tengo que enviarle a Su Santidad mi parecer de la situación y hacerlo rápido. Pero se trata de la clase de cosas que uno no se atreve a dar por escrito. Si Hannegan interceptase un despacho de esta clase, usted y yo probablemente seríamos encontrados flotando boca abajo en el Red River. Si los enemigos de Hannegan interceptasen un despacho de esa clase, quizás éste encontraría

justificado el colgarnos públicamente como espías. El martirio está muy bien, pero primero tenemos algo que hacer.

—¿Debo llevar el informe verbalmente al Vaticano? —murmuró el hermano Claret, sin agradarle demasiado la idea de cruzar un país hostil.

—Tiene que hacerlo. Por si surgen sospechas en la corte, *thon* Taddeo puede, es una posibilidad, darnos una excusa para su salida repentina hacia la abadía de San Leibowitz o Nueva Roma, o a los dos sitios. En caso de que se levanten sospechas en la corte trataré de desviarlas.

—¿Y la esencia del mensaje que debo llevar, monseñor?

—Que la ambición de Hannegan de unir el continente bajo una dinastía no es un sueño tan disparatado como habíamos supuesto. Que el acuerdo del Sagrado Flagelo es probablemente un fraude por parte de Hannegan y que piensa emplearlo para conseguir que tanto el Imperio de Denver como la nación Laredana entren en conflicto con los nómadas de las Llanuras. Si las fuerzas laredanas se ven envueltas en una batalla improvisada con Oso Loco, no se necesitará mucho empuje para que el Estado de Chihuahua ataque a Laredo desde el sur. Después de todo, hay allí una vieja enemistad. Hannegan, claro está, es capaz entonces de marchar victoriosamente hacia el río Laredo. Con Laredo bajo su puño, puede vislumbrar ante sí una acometida contra Denver y la República de Mississippi, sin preocuparse por una puñalada en la espalda desde el sur.

—¿Cree que es posible que Hannegan lo haga, monseñor?

Marcus Apollo iba a contestar, pero cerró lentamente la boca. Se acercó a la ventana y miró a la ciudad bajo el sol, una ciudad desordenadamente desperdigada, construida en su mayor parte de los restos de otras épocas. Una ciudad en la que las calles no seguían un modelo establecido, pues

había crecido lentamente sobre una antigua ruina, como quizás algún día alguna otra ciudad crecería sobre las ruinas de ésta.

—No lo sé —contestó en voz baja—. En esta época en que vivimos, es difícil condenar a cualquier hombre que quiera unir este continente cruel. Aun con medios tan… Pero no, no quiero decir esto. —Suspiró pesadamente—. De cualquier manera, nuestros intereses no son los de los políticos. Ante todo, tenemos que prevenir a Nueva Roma de lo que se avecina, pues, sea lo que fuere, la Iglesia se verá afectada por ello. Y previniéndola, quizá consigamos mantenerla fuera de la disputa.

—¿Lo cree de verdad?

—Claro que no —dijo suavemente el sacerdote.

Thon Taddeo Pfardentrott llegó al despacho de Marcus Apollo a tan temprana hora del día, que aún podía ser interpretada como tarde. Sus modales habían cambiado de modo visible desde el banquete. Sonrió cordialmente y evidenciaba una nerviosa ansiedad en su modo de hablar. «Este tipo va detrás de algo que desea de tal forma que ha decidido ser incluso educado para conseguirlo», se dijo Marcus. Quizá la lista de antiguos escritos proporcionada por los monjes de la abadía de Leibowitz había impresionado al *thon* más de lo que quería admitir. El nuncio se hallaba preparado para un combate de esgrima, pero la evidente agitación del intelectual lo convertía en una víctima demasiado fácil, y Apollo contuvo su deseo de un duelo verbal.

—Esta tarde hubo una reunión de la facultad en el *Collegium* —dijo *thon* Taddeo, tan pronto se sentaron—. Hablamos de la carta del hermano Kornhoer y de la lista de los documentos.

Hizo una pausa como si dudase en abordar el tema. La grisácea luz, que a su izquierda penetraba por la ventana, hizo parecer su cara pálida e intensa. Sus grandes ojos grises buscaron al sacerdote como midiéndole y llegando a conclusiones.

—¿Deduzco que hubo escepticismo?

Los ojos grises se bajaron momentáneamente y se alzaron rápidamente.

—¿Debo ser cortés?

—No se preocupe —dijo Apollo, conteniendo una sonrisa.

—Hubo escepticismo. Aunque la palabra mejor aplicada es «incredulidad». Mi idea es que si tales papeles existen, son probablemente falsificaciones de varios siglos de antigüedad. Dudo que los monjes que actualmente habitan la abadía traten de perpetuar un engaño. Como es natural, deben creer válidos los documentos.

—Es muy amable al absolverlos —dijo Apollo, ásperamente.

—Dije que podía ser cortés. ¿Quiere que lo sea?

—No, siga usted.

El *thon* se levantó y fue a sentarse junto a la ventana. Miró hacia las nubes amarillentas en el oeste y golpeó suavemente el antepecho mientras hablaba.

—Los documentos. Más allá de lo que pensemos de ellos, la idea de que tales documentos puedan todavía existir intactos, de que haya la más remota posibilidad de su existencia, es tan *excitante*, que *debemos* investigarlos inmediatamente.

—Muy bien —dijo Apollo, un poco divertido—. Le invitaron. Pero dígame: ¿qué es lo que hay de excitante en esos documentos?

El estudioso le miró rápidamente.

—¿Está usted al tanto de mi trabajo?

El prelado dudó. Estaba enterado, pero si lo afirmaba se vería obligado a admitir, en conciencia, que el nombre de *thon* Taddeo se mencionaba junto con nombres de filósofos naturales muertos hacía mil y más años, pese a que el *thon* aún no había cumplido los treinta. El sacerdote no se sentía muy deseoso de hacer constar que aquel joven científico podía convertirse en uno de aquellos raros afloramientos de genio humano, que aparecían sólo un par de veces por siglo para revolucionar un campo entero del pensamiento de un vasto golpe… Tosió excusándose.

—Debo admitir que no he leído muchos de…

—Es igual. —Pfardentrott desechó la excusa con un gesto —. En su mayor parte es altamente abstracto y aburrido para el profano en la materia. Son teorías de esencia eléctrica. Movimiento planetario. La atracción de los cuerpos. Sólo trata estos temas. Kornhoer menciona nombres como Laplace, Maxwell y Einstein… ¿Significan algo para usted?

—No mucho. La historia los menciona como filósofos naturales, ¿verdad? Son anteriores al colapso de la última civilización. Creo que además se les nombra en una de las hagiologías paganas, ¿no es así?

El erudito asintió.

—Y esto es todo lo que se sabe de ellos o de su obra. De acuerdo con nuestros historiadores, que no merecen excesiva confianza, eran físicos. Responsables del rápido encumbramiento de la cultura europeoamericana, dicen. Los historiadores no dicen más que trivialidades sobre ellos. Ya casi los había olvidado. Pero las descripciones que hace Kornhoer de los documentos antiguos que dicen tener pueden haber sido tomadas de textos físicos de alguna especie. ¡Es imposible!

—¿Pero usted desea asegurarse?

—Tenemos que estar seguros. Ahora que ha surgido, quisiera no haber oído nunca hablar de ello.

—¿Por qué?

Thon Taddeo estaba observando algo que había en la calle y le hizo una seña al sacerdote.

—Venga aquí un momento y le mostraré el porqué.

Apollo salió de detrás de su mesa y miró hacia la enlodada calle que había al otro lado del muro que rodeaba el palacio, barracas y edificio del *Collegium*, separándolos del bullicio de la ciudad plebeya. El estudioso señalaba la figura sombría de un campesino que al oscurecer conducía un asno hacia su casa. Los pies del hombre estaban envueltos en tela de arpillera y el lodo había formado una costra tan dura a su alrededor, que parecía casi incapaz de levantarlos. Pero seguía avanzando pesadamente, movía un pie tras otro y descansaba medio segundo entre paso y paso. Parecía estar demasiado cansado como para quitarse el lodo.

—No sube al asno —declaró *thon* Taddeo—, porque esta mañana lo llevaba cargado de maíz. No se le ocurre que los sacos están ahora vacíos. Lo que es normal por la mañana también lo es por la tarde.

—¿Le conoce?

—También pasa bajo mi ventana. Todas las mañanas y también por las tardes. ¿No lo había visto nunca?

—A mil como él.

—Mire. ¿Puede usted llegar a creer que ese bruto es el descendiente por línea directa de los hombres que según parece inventaron las máquinas voladoras, que iban a la Luna, que apresaron las fuerzas de la naturaleza, construyeron máquinas que podían hablar y parecían pensar? ¿Puede usted creer que tales hombres existieron?

Apollo se quedó en silencio.

—Mírelo —insistió el erudito—. No, ahora está demasiado oscuro. No puede usted ver los brotes de la sífilis en su cuello, el modo como el puente de su nariz está

desapareciendo carcomido. Paresia. Pero para empezar, no hay duda de que se trata de un retrasado mental. Inculto, supersticioso, asesino. Maltrata a sus hijos. Por pocas monedas los mataría. Cuando sean lo suficientemente grandes para ser útiles, los venderá. Mírelo y dígame si ve en él la progenie de una civilización en un tiempo poderosa. ¿Qué ve usted?

—La imagen de Cristo —rechinó el prelado, sorprendido ante su súbita rabia—. ¿Qué esperaba que viese?

El estudioso resopló impaciente.

—La incongruencia. Hombres como éste se pueden ver a través de cualquier ventana, y hombres como los historiadores quisieran hacernos creer que una vez fueron. No puedo aceptarlo. ¿Cómo es posible que una civilización tan grande y sabia se haya destruido a sí misma de modo tan completo?

—Quizá siendo materialmente grandes y materialmente sabios, nada más —dijo Apollo.

Fue a encender un candelabro, porque la media luz se convertía rápidamente en oscuridad. Golpeó el acero y el pedernal hasta que la chispa prendió y la sopló suavemente en la mecha.

—Quizá, pero lo dudo —dijo *thon* Taddeo.

—Entonces, ¿tilda usted toda la historia de mito?

Una llama sobresalió de la chispa.

—No la tildo de nada. Pero debe ser discutida. ¿Quién escribió sus historias?

—Las órdenes monásticas, claro está. Durante los siglos de oscuridad no había nadie más que lo hiciese.

Traspasó la llama al pábilo.

—¡Ya está! Esto es. Y durante el tiempo de los antipapas, ¿cuántas órdenes cismáticas fabricaron su propia versión de las cosas, haciendo pasar sus narraciones como la labor de los antiguos? No podemos estar seguros, no podemos estar

realmente seguros. No puede negarse que hubo en este continente una civilización más avanzada que la que ahora tenemos. Para saberlo no hay más que mirar los escombros y el metal retorcido. Se puede excavar una cinta de arena depositada por el viento y encontrar sus destruidas carreteras. Pero ¿dónde está la evidencia de esa clase de máquinas que, según sus historiadores, tenían en aquel tiempo? ¿Dónde están los restos de los carros que avanzaban solos o de las máquinas voladoras?

—Convertidas en azadones y rejas de arado.

—Si existieron.

—Si lo duda, ¿por qué molestarse en estudiar los documentos de Leibowitz?

—Porque la duda no implica negación. La duda es una poderosa herramienta que debería ser aplicada a la historia.

El nuncio sonrió forzadamente.

—¿Y qué quiere que yo haga acerca de ello, sabio *thon*?

El intelectual avanzó el cuerpo ansiosamente.

—Escríbale al abad del lugar. Asegúrele que los documentos serán tratados con el mayor cuidado y serán devueltos después de ser examinados para comprobar su autenticidad y estudiar su contenido.

—Qué seguridad quiere que le dé, ¿la suya o la mía?

—La de Hannegan, la suya y la mía.

—Sólo puedo darle la suya y la de Hannegan. Yo no tengo tropas.

El erudito enrojeció.

—Dígame —añadió apresuradamente el nuncio—, ¿por qué, dejando de lado los bandidos, insiste en ver aquí los documentos en vez de ir a la abadía?

—La mejor razón que puede dar al abad es que si los documentos son auténticos, si tenemos que examinarlos en la abadía, una sola confirmación no significará mucho para los otros estudiosos seglares.

—¿Quiere decir que sus colegas pueden pensar que los monjes le han engañado?

—Pues sí, podría inferirse algo semejante. Pero también es importante pensar que si los traen aquí, pueden ser examinados por todos los miembros del *Collegium* que están calificados para dar su opinión. Y los *thons* visitantes de otros principados también podrán verlos. Pero no es posible llevar a todo el mundo al desierto durante seis meses.

—Comprendo su opinión.

—¿Enviará la petición a la abadía?

—Sí.

Thon Taddeo pareció sorprenderse.

—Pero será su petición, no la mía. Y para ser justos debo decirle que no creo que dom Paulo, el abad, diga que sí.

El *thon*, sin embargo, pareció quedar satisfecho. Cuando se hubo marchado, el nuncio llamó a su secretario.

—Mañana saldrá hacia Nueva Roma —le dijo.

—¿Vía a la abadía Leibowitz? —preguntó éste.

—A la vuelta venga por aquel camino. El informe a Nueva Roma es urgente.

—Sí, monseñor.

—En la abadía dígale a dom Paulo que Sheba espera que Salomón vaya a ella, llevando regalos. Entonces será mejor que se tape los oídos. Cuando la explosión haya terminado, vuelva; que yo pueda decirle a *thon* que no.

13

El tiempo se desliza lentamente en el desierto y hay pocos cambios que marquen su paso. Dos estaciones habían transcurrido desde que dom Paulo había negado la solicitud del otro lado de las Llanuras; pero sólo hacía unas semanas que el asunto había quedado resuelto. ¿Lo estaba realmente? Era evidente que a Texarkana no le agradaba el resultado.

Aquel anochecer, el abad paseaba alrededor de los muros de la abadía con la mandíbula hacia delante, como un viejo peñasco patilludo contra las posibles oleadas del mar de los acontecimientos. Su cabello ralo flotaba en blancos penachos en el viento del desierto, que arrollaba su hábito apretadamente sobre el cuerpo encorvado, haciéndolo parecer como un demacrado Ezequiel con una pequeña barriga curiosamente redonda. Metía sus rugosas manos entre las mangas y de vez en cuando miraba a lo lejos al otro lado del desierto hacia el pueblo de Sanly Bowitts. La luz rojiza proyectaba su sombra a través del patio, y los monjes que la veían al cruzarlo observaban perplejos al anciano. Últimamente su superior parecía estar de mal humor y sometido a extraños presentimientos. Se murmuraba que se acercaba el momento en que un nuevo abad sería nombrado como maestro de los hermanos de san Leibowitz. Se comentaba que el anciano no estaba bien, nada bien. Se decía que si el abad oía lo que decían, el murmurador debería saltar velozmente al otro lado del muro.

El abad se había enterado, pero por una vez se daba el gusto de no hacerles caso. Sabía que lo que se murmuraba era cierto.

—Léamelo de nuevo —le dijo abruptamente al monje que estaba quieto a su lado.

El monje encapuchado se acercó despacio en dirección al abad.

—¿Cuál, dómine? —preguntó.

—Ya lo sabe.

—Sí, reverendo.

El monje se rebuscó una manga. Parecía estar repleta de documentos y correspondencia; después de un momento, encontró lo que buscaba. Pegada en el rollo estaba la etiqueta:

SUB IMMUNITATE APOSTOLICA HOC
SUPPOSITUM EST QUISQUIS NUNTIUM
MOLESTARE AUDEAT IPSO FACTO
EXCOMMUNICETUR

DET: R'dissimo Domno Paulo de Pecos, AOL,

Abbati

(Monasterio de los hermanos de Leibowitz, en las afueras del pueblo de Sanly Bowitts, desierto del sudoeste, Imperio de Denver). C. I. SALUTEM DICIT: Marcus Apollo.

Papatiae Apocrisarius Texarkanae.

—De acuerdo, éste es. Léalo —dijo impaciente el abad.

«Accedite ad eum...». El monje se persignó y murmuró la acostumbrada bendición de los textos; pronunciada antes de leer o escribir, de modo casi tan meticuloso como la bendición de los alimentos. Porque la preservación de la

cultura y el estudio, a través de un negro milenio, había sido la tarea de los hermanos de Leibowitz, y aquellos pequeños rituales ayudaban a mantener la labor en su punto justo.

Terminada la bendición, mantuvo el rollo en alto contra la luz del sol para que se hiciese transparente.

«Iterum oportet apponere tibi crucem ferendam, amice».

Su voz era un débil sonsonete mientras sus ojos entresacaban las palabras del bosque de adornos superfluos. El abad se apoyó en el parapeto para escuchar, mientras miraba los buitres volando en círculos sobre la mesa de Last Resort.

> De nuevo es necesario imponerle una cruz para ser llevada, viejo amigo y pastor de los miopes ratones de biblioteca —zumbó la voz del lector—. Pero quizá la carga de la cruz tenga el sabor del triunfo. Según parece, después de todo, Sheba se reunirá con Salomón, probablemente con la idea de denunciarlo como un charlatán.
>
> La presente es para notificar que *thon* Taddeo Pfardentrott D. N. Sc. Sabio entre Sabios, Erudito entre los Eruditos, Rubio hijo Natural de cierto príncipe y regalo de Dios para una «generación que despierta», se ha decidido finalmente a visitarle, habiendo perdido toda esperanza de transportar vuestra Memorabilia a su justo reino. Llegará hacia la Festividad de la Asunción, si logra evitar los grupos de «bandidos» en el camino… Traerá sus dudas y un pequeño grupo de caballería armada, cortesía de Hannegan II, cuya corpulenta persona está aún en este momento agitándose a mi alrededor mientras escribo, gruñendo y frunciendo el ceño ante estas líneas que Su Supremacía me ha ordenado escribir, y en

las que Su Supremacía espera aclame a su primo, el *thon*, en la esperanza de que le honrará usted adecuadamente. Pero ya que el secretario de Su Supremacía está en cama con un ataque de gota, ¡trataré de ser sincero!

Primero permítame que le prevenga acerca de esa persona, *thon* Taddeo. Trátelo con su acostumbrada caridad, pero no se fíe de él. Es un estudioso brillante, pero un estudioso seglar y un cautivo político del Estado. Aquí, Hannegan es el Estado. También debo informarle que el *thon* es bastante anticlerical. Después de su embarazoso nacimiento, fue enviado a un monasterio de benedictinos y… Pero no, pregúntele al correo lo sucedido…

El monje apartó los ojos de su lectura. El abad seguía mirando los buitres sobre Last Resort.

—¿Sabe cuál ha sido su infancia, hermano? —preguntó dom Paulo.

El monje asintió.

—Siga leyendo.

La lectura continuó, pero el abad ya no escuchaba. Conocía la carta casi de memoria, pero seguía pensando que había algo que Marcus Apollo había tratado de decirle entre líneas y que él, dom Paulo, no conseguía comprender. Pero ¿qué era? El tono de la carta era levemente impertinente, pero parecía estar llena de ominosas incongruencias que probablemente fueron escritas para añadir alguna sencilla y oscura congruencia. ¡Si sólo pudiese saber cuál! ¿Qué peligro entrañaba el dejar que un erudito seglar estudiase en la abadía?

El propio *thon* Taddeo, según el correo portador de la carta, fue educado en el monasterio de los benedictinos,

donde se le había llevado de niño para evitar complicaciones a la esposa de su padre. El padre del *thon* era el tío de Hannegan, pero su madre era una sirvienta. La duquesa, esposa legítima del duque, nunca había protestado de los galanteos del duque, hasta que esta criada le dio a él el hijo que siempre deseara; en aquel momento lo lloró como injusto. Ella sólo había podido darle hijas, y ser vencida por una plebeya atrajo su ira. Envió lejos al niño, azotó y despidió a la sirvienta y retuvo de nuevo al duque absolutamente dominado. Habiendo decidido que para recuperar su honor tenía que darle un hijo, le dio tres niñas más. El duque esperó pacientemente quince años, y cuando ella murió de parto —de otra niña—, fue rápidamente a los benedictinos para reclamar al muchacho y designarlo su heredero.

Pero el joven Taddeo de Hannegan-Pfardentrott se había convertido en un muchacho amargado. Pasó de la infancia a la adolescencia viendo la ciudad y el palacio donde su primo estaba siendo preparado para el trono. Si su familia le hubiese ignorado por completo, quizás habría madurado sin sentir su vida de paria. Pero tanto su padre como la sirvienta, cuyo seno le había cobijado, acudían a visitarle con la frecuencia suficiente como para recordarle que había sido engendrado de los humanos y no de las piedras; y así se daba vagamente cuenta de que le privaban del amor al cual tenía derecho. Y entonces también el príncipe Hannegan llegó al mismo monasterio para realizar un año de estudios; gobernó y ganó a su primo bastardo en todo, excepto en agudeza mental. El joven Taddeo odió al príncipe con una furia tranquila y decidió distanciarse de él lo más posible por medio del estudio. Sin embargo, la carrera resultó una farsa; el príncipe abandonó la escuela monástica al año siguiente, tan inculto como había llegado, y no se volvió a pensar en su educación. Mientras tanto, su exiliado

primo continuó solo la carrera y ganó altos honores; pero su victoria fue vana porque a Hannegan no le importó.

Thon Taddeo llegó a despreciar a toda la corte de Texarkana pero con juvenil inconsciencia volvió voluntariamente a aquella corte para ser finalmente legitimado como el hijo de su padre, y al parecer perdonó a todos menos a la difunta duquesa, que lo había exiliado, y a los monjes, que lo habían cuidado durante su exilio.

«Quizá piensa que nuestro claustro es un lugar de prisión vil», se dijo el abad.

Tendría amargos recuerdos, otros que se confundían con sus fantasías.

Tal vez algunos que sólo eran imaginarios.

> … Semillas de controversia en el campo de la Nueva Cultura —continuó el lector—. Así que preste atención y vigile los síntomas.
>
> Pero, por otra parte, no sólo Su Supremacía, sino los dictados de la caridad y la justicia quieren que se lo recomiende como un hombre de buenas intenciones o, por lo menos, que se le considere sin malicia, como la mayoría de esos educados y caballerosos paganos (y paganos seguirán siendo, a pesar de todo). Si es usted firme y cuidadoso, amigo mío, él sabrá comportarse, pero tenga cuidado.
>
> Tiene una mente como un mosquete cargado capaz de dispararse en cualquier dirección.
>
> Confío, sin embargo, que el tener que convivir con él durante un tiempo no resulte un problema demasiado gravoso para su ingenio y hospitalidad.
>
> *Quidam mihi calix nuper expletur, Paule. Precamini ergo Deum facere me fortiorem. Metuo ut hic pereat. Spero te et fratres saepius oraturos*

esse pro tremescente Marco Apolline. Valete in Christo, amici.
Texarkanae datum est Octava Ss Petri et Pauli, Anno Domini termillesimo...

—Veamos de nuevo el sello —dijo el abad.

El monje le tendió el rollo. Dom Paulo se lo acercó a los ojos para observar las letras borrosas que habían sido impresas en el fondo del pergamino mediante un sello de madera muy poco entintado.

CON EL VISTO BUENO DE HANNEGAN 11, POR LA GRACIA DE DIOS PADRE, GOBERNANTE DE TEXARKANA, DEFENSOR DE LA FE Y VAQUERO SUPREMO DE LAS LLANURAS.

SU MARCA: X

—Quisiera saber si Su Supremacía hizo que alguien le leyese la carta más tarde —se preocupó el abad.

—¿De ser así, reverendo, cree que la carta hubiese sido enviada?

—Supongo que no; pero la ligereza bajo las narices de Hannegan, a pesar de la incultura del alcalde, no es el estilo de Marcus Apollo, a menos que tratase de decirme algo entre líneas y no se le ocurriese un modo seguro de hacerlo. Esta última parte en la que menciona cierto cáliz que teme no desaparecerá. Está claro que hay algo que le preocupa, pero ¿qué? Éste no es el estilo de Marcus, no lo es de ningún modo.

Varias semanas habían transcurrido desde la llegada de la carta; durante aquellas semanas, dom Paulo durmió mal y sufrió una recaída en sus viejos achaques gástricos. Meditó mucho sobre el pasado en busca de algo que pudiese haber

sido hecho de modo diferente para poder conjurar el futuro. «¿Qué futuro?», se preguntó. No parecía existir ninguna razón lógica para esperar problemas. La animosidad entre los monjes y los lugareños había desaparecido, ningún signo de agitación venía de las tribus de pastores del norte y el este, la imperial Denver no llevaba adelante su intento de aumentar los impuestos de las congregaciones monásticas. No se hallaban tropas en la vecindad. El oasis seguía proporcionando agua y no parecía haber ninguna amenaza de plaga entre los hombres y los animales. Aquel año, el maíz florecía bien en los campos irrigados. El mundo daba señales de progreso y el pueblo de Sanly Bowitts lograba el fantástico porcentaje de un ocho por ciento de letrados... por el que sus habitantes podían, aunque no lo hacían, dar las gracias a los monjes de la orden de Leibowitz.

Y sin embargo, tenía malos presentimientos. Alguna amenaza sin nombre estaba al acecho a la vuelta de la esquina del mundo, esperando que el sol se alzase nuevamente. Aquella sensación lo consumía y molestaba tanto como un enjambre de insectos hambrientos que zumban alrededor de la propia cara bajo el sol del desierto. Tenía la sensación de lo inminente, lo implacable, lo insensato; algo se enroscaba como un crótalo enloquecido por el sol, preparado a atacar a la menor señal.

Era un diablo con quien trataba de luchar desesperadamente, decidió el abad, pero un diablo muy evasivo. Su demonio era muy pequeño, como lo son todos; sólo le llegaba a la altura de la rodilla, pero pesaba diez toneladas y tenía la fuerza de quinientos bueyes. No lo llevaba la malicia, como imaginaba dom Paulo, no tanto como estaba empujado por un loco apremio, algo parecido al comportamiento de un perro rabioso. Clavaba los dientes, huesos y uñas en la carne tan sólo porque se había condenado a sí mismo y la maldición creaba un censurable

apetito insaciable. Y era malévolo porque había negado a Dios y la negación se había convertido en parte de su esencia o un defecto en ella. En algún punto, se dijo dom Paulo, se movía entre un mar de hombres y dejaba una estela de mutilados.

«¡Qué tonterías, viejo! —se reprendió a sí mismo—. Cuando estás cansado de vivir, los simples cambios te parecen malévolos, ¿no es así? Porque cualquier cambio estorba la paz letal del cansancio de la vida. Existe el diablo, claro que sí, pero no le carguemos con más de lo que su condenación merece. ¿Tan cansado estás de la vida, viejo fósil?».

Pero el presentimiento persistió.

—¿Cree usted que los buitres se habrán comido ya al viejo Eleazar? —dijo una voz tranquila a su espalda.

Sobresaltado, dom Paulo miró a su alrededor en la penumbra. La voz pertenecía al padre Gault, el prior y su probable sucesor. Tenía una rosa entre sus dedos y parecía lamentar haber turbado la soledad del anciano.

—¿Eleazar? ¿Se refiere a Benjamín? ¿Ha tenido noticias de él?

—Pues no, padre abad —rió, incómodo—. Pero parecía estar usted mirando hacia la meseta y me dije que quizá pensaba en el viejo judío. —Miró hacia la montaña en forma de yunque, que se recortaba contra el cielo grisáceo en el oeste—. Se ve un penacho de humo, lo que me hace suponer que sigue vivo.

—No tendríamos que suponerlo —dijo abruptamente dom Paulo—. Voy a cabalgar hasta allí para hacerle una visita.

—Habla usted como si pensase salir esta misma noche —dijo Gault, intentando contener una sonrisa.

—Dentro de un par de días.

—Es mejor que tenga cuidado. Dicen que tira piedras a los escaladores.

—Hace cinco años que no le veo —confesó el abad—. Y esto me avergüenza. Está solo. Iré.

—Si está solo, ¿por qué insiste en vivir como un eremita?

—Para escapar de la soledad… en un mundo joven.

El joven monje se echó a reír.

—Quizás eso tenga sentido para él, dómine, pero no lo llego a comprender.

—Lo hará cuando tenga mi edad o la suya.

—No espero llegar a tan viejo. Dice tener miles de años.

El abad sonrió evocadoramente.

—Y sabe usted, no puedo ponerlo en duda. Le conocí cuando sólo era un novicio, hace cincuenta años, y juraría que parecía tan viejo entonces como ahora. Debe de tener más de cien años.

—Él dice que tres mil doscientos nueve. A veces hasta más. Creo que incluso está convencido de ello. Una locura interesante.

—No estoy tan seguro de que esté loco, padre. Tan sólo tiene el juicio desviado. ¿Para qué quería verme?

—Tres pequeños problemas. Primero, ¿cómo sacamos al poeta de las habitaciones de los huéspedes reales, antes de la llegada de *thon* Taddeo? Estará aquí en unos días, y el poeta parece haber echado raíces.

—Yo me encargo del poetastro. ¿Qué más?

—Las vísperas. ¿Estará usted en la iglesia?

—No, hasta completas. Encárguese usted. ¿Qué más?

—Hay una disputa en el sótano, acerca del experimento del hermano Kornhoer.

—¿Quién y cómo?

—Pues lo absurdo del asunto es que el hermano Armbruster tiene la actitud de *vespero mundi expectando* mientras que para el hermano Kornhoer es el amanecer de los milenios. Kornhoer hace un poco de espacio para colocar una pieza de su equipo. Armbruster grita: «¡Perdición!». El

hermano Kornhoer grita: «¡Progreso!», y empiezan de nuevo las discusiones. Después vienen a mí, enfurecidos, echando pestes para que lo resuelva. Los regaño por no haberse dominado, y durante diez minutos se tratan mutuamente como corderitos o cervatillos. Seis horas después, el piso de la biblioteca tiembla por los rugidos del hermano Armbruster: «¡Perdición!». Puedo resolver los estallidos, pero parece existir un problema básico.

—Más bien una brecha en la conducta, diría yo. ¿Qué quiere que haga? ¿Excluirlos del altar?

—Todavía no, pero puede llamarles la atención.

—Está bien. Estudiaré el asunto. ¿Es todo?

—Sí, dómine. —Empezó a alejarse, pero se detuvo—. Por cierto, ¿cree usted que el artefacto del hermano Kornhoer funcionará?

—¡Espero que no! —bufó el abad.

El padre Gault pareció sorprenderse.

—Pero, entonces, ¿por qué le deja?

—Porque al principio sentía curiosidad. Pero hasta el momento su trabajo ha creado tantos problemas, que lamento haberle permitido empezar.

—¿Por qué no le detiene?

—Porque espero que quede reducido a un absurdo sin necesidad de mi intervención. Si su experiencia fracasa, lo hará justo a tiempo de la llegada de *thon* Taddeo. Ésta sería la más acertada forma de mortificación para el hermano Kornhoer para recordarle su vocación, antes de que empiece a creer que fue llamado a la vida religiosa principalmente con el propósito de construir un generador de esencias eléctricas en el sótano del monasterio.

—Pero, padre abad, tendrá que admitir que si resulta un éxito será un gran logro.

—No tengo que admitir nada —dijo secamente dom Paulo.

Cuando Gault se hubo marchado, el abad, después de un breve debate consigo mismo, decidió arreglar el problema del poetastro antes que el de «progreso —contra— perdición». La solución más sencilla para el problema del poeta era sacarlo de las habitaciones reales y, de ser posible, de la propia abadía, de su vecindad, vista, oído y pensamiento. ¡Pero no cabía esperar poder deshacerse del poetastro de un modo simple!

El abad abandonó el muro y cruzó el patio hacia el pabellón de los huéspedes. Avanzaba a tientas, pues los edificios eran como monolitos de sombra bajo las estrellas, y sólo algunas ventanas brillaban a la luz de las velas. Las de las habitaciones reales estaban oscuras, pero el poeta tenía un horario excéntrico y podía muy bien estar allí.

En el interior del edificio buscó la puerta de la derecha, la encontró y llamó. No obtuvo una respuesta inmediata, pero oyó un débil sonido, parecido a un balido, que podía proceder tanto del interior como del exterior de la habitación. Llamó de nuevo y trató de girar el pomo. La puerta se abrió.

La luz rojiza de una estufa de carbón suavizaba la oscuridad; la habitación olía a comida rancia.

—¿Poeta?

De nuevo escuchó el débil balido, pero esta vez más cerca. Se dirigió a la estufa, removió un carbón incandescente y encendió una astilla de leña. Miró a su alrededor y se estremeció ante el desorden de la habitación. Estaba vacía. Encendió una lámpara de aceite y fue a explorar el resto de las dependencias. Tendrían que ser limpiadas y fumigadas a fondo (y quizá también exorcizadas) antes de la llegada de *thon* Taddeo. Tuvo el deseo de obligar al poetastro a hacer la limpieza, pero sabía que tal posibilidad era remota.

En la segunda habitación, dom Paulo tuvo la sensación de que alguien le estaba mirando. Se detuvo y paseó lentamente la vista a su alrededor.

Un ojo lo observaba desde un vaso de agua sobre la repisa. El abad le hizo un gesto de familiaridad y siguió buscando.

En la tercera habitación encontró la cabra. Se encontraban por primera vez.

El animal estaba subido en un alto bargueño y masticaba hojas de nabo. Parecía ser la cría de una cabra montés, pero tenía una cabeza monda, que a la luz de la lámpara se veía azul. Sin duda, era un monstruo de nacimiento.

—¿Poeta? —preguntó, suavemente, mirando directamente a la cabra y aferrándose a su cruz pectoral.

—Estoy aquí —dijo una voz soñolienta desde la cuarta habitación.

Dom Paulo suspiró tranquilizado. La cabra siguió comiendo hojas. Había sido un pensamiento verdaderamente horrible.

El poeta yacía atravesado en medio de la cama con una botella de vino al alcance de la mano. Su único ojo parpadeó irritadamente ante la luz.

—Dormía —se quejó, colocándose su parche negro y alcanzando la botella.

—Entonces misma noche. Saque sus cosas al pasillo para dejar que las habitaciones se aireen. Vuelva mañana por la mañana para limpiar el lugar.

Por un momento, el poeta pareció un lirio herido, entonces se apoderó de algo que tenía debajo de las mantas. Sacó un puño y lo miró pensativamente.

—¿Quién fue el último en emplear estas habitaciones?

—Monseñor Longi. ¿Por qué?

—Me preguntaba quién trajo estas chinches.

El poeta abrió su puño, asió algo de la palma de su mano, la aplastó entre sus uñas y lo tiró.

—*Thon* Taddeo puede quedárselas. Yo no las quiero. Desde que llegué han estado comiéndome vivo. Pensaba marcharme, pero ahora que me ofrece de nuevo mi vieja celda, celebraré… despierte. Va a salir de aquí inmediatamente. Esta…

—Yo no quise…

—… Aceptar su amable hospitalidad un poco más de tiempo. Hasta que termine mi libro, claro está.

—¿Qué libro? Pero es igual. Saque sus cosas de aquí.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Bien. No creo que pudiese soportar estas chinches otra noche.

El poeta se levantó, pero se detuvo a beber un trago de vino.

—Deme el vino —ordenó el abad.

—Claro, beba usted. Fue una buena cosecha.

—Gracias, puesto que la robó usted de nuestra bodega. Resulta que es vino sacramental. ¿No ha pensado en ello?

—No ha sido consagrado todavía.

—Me sorprende que haya reparado en este detalle.

Dom Paulo se apoderó de la botella.

—De todas maneras, no la robé. Yo…

—Olvide el vino. ¿Dónde robó la cabra?

—No la robé —se quejó el poeta.

—¿Tan sólo se materializó?

—Fue un regalo, reverendísimo.

—¿De quién?

—De un querido amigo, dominísimo.

—¿Querido amigo de quién?

—Mío, señor.

—Ahora hay una paradoja. Bien, dónde lo…

—Benjamín, señor.

Un estremecimiento de sorpresa cruzó la cara de dom Paulo.

—¿Se la robó al viejo Benjamín?

El poeta dio un respingo ante la palabra.

—Por favor, robada no.

—Entonces, ¿qué?

—Benjamín insistió en que me la quedase como regalo, después que compuse un soneto en su honor.

—¡La verdad!

El poetastro tragó saliva trabajosamente.

—Se la gané con la herradura.

—Ya veo.

—¡Es verdad! El viejo miserable me dejó casi limpio y después se negó a darme crédito. Tuve que jugar mi ojo de vidrio contra la cabra. Pero lo recuperé todo.

—Saque a la cabra de la abadía.

—Pero es una especie maravillosa de cabra. Su leche tiene un aroma celestial y contiene esencias. De hecho es la responsable de la longevidad del viejo judío.

—¿Desde cuándo?

—Desde cada uno de sus cinco mil cuatrocientos ocho años.

—Creía que sólo eran tres mil doscientos. —Dom Paulo se calló desdeñosamente—. ¿Qué hacía usted en Last Resort?

—Jugaba a la herradura con el viejo Benjamín.

—Quiero decir… —El abad se contuvo—. Es igual. Salga de aquí. Y mañana devuélvale la cabra a Benjamín.

—Pero se la gané legalmente.

—No se lo discutiremos. Lleve la cabra al establo, yo mismo se la devolveré.

—¿Por qué?

—No tenemos empleo para una cabra ni lo tiene usted.

—Ja, ja —dijo el poeta, con picardía.

—¿Qué significa esto?

—Viene *thon* Taddeo. Antes de terminar tendrán necesidad de una cabra. Puede estar seguro de ello —rió con presunción disimuladamente.

El abad le dio la espalda irritado.

—Salga de aquí —añadió superfluamente, y se dirigió hacia la contienda del sótano, donde ahora reposaba la Memorabilia.

14

El sótano abovedado fue excavado durante los siglos de infiltración nómada procedente del norte, cuando la horda Bayring recorrió la mayor parte de las Llanuras y el desierto, saqueando y destruyendo todos los pueblos que encontraba a su paso. La Memorabilia, el pequeño patrimonio de la abadía conservado desde el pasado, había sido emparedada bajo las bóvedas subterráneas para proteger los escritos tanto de los nómadas como de los *soidisant* cruzados de las órdenes cismáticas, creados para luchar contra las hordas, pero convertidos a la aventura del pillaje y a la lucha de sectas. Ni los nómadas ni la Orden Militar de San Pancracio eran capaces de valorar los libros de la abadía; los nómadas los habrían destruido por el simple placer de la destrucción y los militares frailes-caballeros habrían quemado a muchos de ellos como «heréticos», de acuerdo con la teología de Vissarion, su antipapa.

Ahora, una era de oscuridad parecía concluir. Durante doce siglos, la pequeña llama del conocimiento había sido conservada latente en los monasterios; sólo entonces estaban sus mentes listas para ser avivadas. Hacía mucho tiempo, durante la última era de la razón, ciertos orgullosos pensadores declararon que el conocimiento válido era indestructible… Que las ideas eran imperecederas, y la verdad, inmortal. Pero aquello fue verdad sólo en el más sutil de los sentidos, pensó el abad, y completamente falso en la superficie. Era seguro que en el mundo existía un

propósito objetivo; el logos no moral o designio del Creador; pero aquellos propósitos eran de Dios y no del hombre, hasta que encontraron una encarnación imperfecta, un oscuro reflejo, en la mente, palabra y cultura de una determinada sociedad humana, que podía atribuirle valores a los propósitos para que fuesen válidos en un sentido humano en la cultura. Porque el hombre era un portador de cultura al igual que un portador de alma, pero su cultura no era inmortal y podía morir con una raza o una era, y entonces los reflejos humanos del propósito y las descripciones humanas de la verdad retrocedían, sin ser vistas, sólo en el logos objetivo de la naturaleza, y el inefable logos de Dios. La verdad podía ser crucificada; pero pronto quizá se produciría su resurrección.

La Memorabilia estaba llena de palabras antiguas, fórmulas antiguas, antiguos reflejos del pensamiento, separados de unas mentes muertas hacía mucho tiempo, cuando una sociedad diferente cayó en el olvido. Había poco en ella que pudiese aún ser comprendido. Algunos de los documentos eran tan incomprensibles como lo parecería el breviario a un hechicero de las tribus nómadas. Otros conservaban una cierta belleza ornamental o un método que daba la noción de significado, como un rosario le puede sugerir un collar al nómada. Los anteriores hermanos de la Orden de Leibowitz trataron de cubrir con una especie de velo de la Verónica la cara de una civilización crucificada, y éste había surgido marcado por una imagen de la faz de la antigua grandeza, pero débilmente impresa, incompleta y difícil de comprender. Los monjes la conservaron y todavía sobrevivía para que el mundo la pudiese examinar y tratase de interpretarla si así lo deseaba. La Memorabilia no podía por sí sola generar el renacimiento de una ciencia antigua o elevada civilización, porque las culturas fueron engendradas por las tribus del hombre y no por enmohecidos volúmenes;

pero los libros podían ayudar, esperaba dom Paulo; los libros indicarían caminos a seguir y harían sugerencias a una ciencia desde hacía poco en desarrollo. Ya había ocurrido antes: lo decía el venerable Boedellus en su *De Vestigiis Antecessarum Civitatum*.

«Y esta vez les haremos recordar quién ha conservado ardiendo la llama mientras el mundo dormía», pensó dom Paulo.

Se detuvo para mirar hacia atrás; por un momento le había parecido oír el atemorizado balido de la cabra del poeta.

El clamor del sótano le fue ensordeciendo a medida que bajaba la escalera subterránea hacia la fuente del alboroto. Alguien estaba clavando puntas de acero en la piedra. El olor a sudor se mezclaba con el aroma de los viejos libros. Una febril agitación de actividad poco docta llenaba la biblioteca. Los novicios pasaban apresuradamente con herramientas. Algunos formando grupos y estudiando planos. Otros cambiaban de sitio escritorios y mesas, y empujaban una maquinaria provisional, haciéndola balancear hasta su sitio. Confusión a la luz de las lámparas. El hermano Armbruster, el bibliotecario y director de la Memorabilia, lo observaba todo desde un remoto hueco entre las estanterías, con los brazos apretadamente cruzados y la cara ceñuda. Dom Paulo evitó su mirada acusadora.

El hermano Kornhoer se acercó a su superior con una persistente sonrisa de entusiasmo.

—Bien, padre abad, pronto tendremos una luz como no ha conocido nunca ningún hombre vivo.

—Estas palabras demuestran cierta vanidad, hermano —replicó dom Paulo.

—¿Vanidad, dómine? ¿Hacer buen uso de lo que hemos aprendido?

—Tenía en mente nuestra *prisa* en ponerlo en marcha a tiempo para impresionar a cierto visitante erudito. Pero es igual. Veamos esta magia de ingeniería.

Fueron hacia la máquina provisional. No le hacía pensar al abad en nada útil, a menos que se considerasen útiles las máquinas para torturar prisioneros. Un árbol, como eje, estaba conectado por medio de poleas y correas a un torniquete que llegaba a la altura de la cintura. Cuatro ruedas de carreta estaban montadas en el eje a unos centímetros las unas de las otras. Sus gruesos calces de hierro estaban acanalados y las ranuras hacían de soporte a una gran cantidad de nidos de alambre de cobre, tirado de la acuñación de monedas en la herrería local de Sanly Bowitts. Dom Paulo vio que las ruedas estaban aparentemente libres para girar a medio aire, pues sus calces no tocaban ninguna superficie. Sin embargo, bloques fijos de hierro estaban encarados a los calces, como frenos, sin llegar a tocarlos. Los bloques también estaban envueltos con innumerables vueltas de alambre. «Bobinas de inducción», las llamaba Kornhoer. Dom Paulo movió solemnemente la cabeza.

—Será la mayor mejora física de la abadía desde la instalación de la imprenta, hace cien años —aventuró Kornhoer, orgullosamente.

—¿Funcionará? —preguntó dom Paulo, dudando.

—Arriesgaría un mes de trabajo extra en ello, padre.

«Arriesgas más que eso», pensó el sacerdote, pero se contuvo.

—¿Por dónde sale la luz? —preguntó, mirando de nuevo el extraño artefacto.

El monje se echó a reír.

—Oh, tenemos para ello una lámpara especial. Lo que ve aquí es únicamente la dinamo. Produce la esencia eléctrica con la cual arde la lámpara.

Con tristeza, dom Paulo contempló el lugar que la dinamo ocupaba.

—¿Esta esencia puede ser quizás extraída de la grasa de carnero? —inquirió.

—No, no... La esencia eléctrica es, pues... ¿Quiere que se lo explique?

—Es mejor que no. La ciencia natural no es mi fuerte. Os lo dejo a vosotros, las cabezas jóvenes... —Dio un paso atrás rápidamente para evitar ser descalabrado por una madera transportada por dos presurosos carpinteros—. Dígame —dijo—, si estudiando los escritos de la era de Leibowitz puede aprender a construir este aparato, ¿por qué supone que ninguno de nuestros predecesores fue capaz de hacerlo?

El monje permaneció un momento en silencio.

—No es fácil de explicar —dijo finalmente—. En los escritos que tenemos no hay información directa del modo de construir una dinamo. Más bien podría decirse que la información queda implícita en toda una colección de escritos fragmentarios. Parcialmente implícita. Lo demás tiene que deducirse, pero para conseguirlo se necesitan algunas teorías en las que basarse. Información teórica que nuestros predecesores no tenían.

—¿Y nosotros sí?

—Pues sí. Ahora que han existido algunos hombres como... —su tono se hizo profundamente respetuoso e hizo una pausa antes de pronunciar el nombre— *thon* Taddeo.

—¿Ha sido ésta una frase completa? —preguntó el abad, bastante agriamente.

—Bueno, hasta hace poco, no muchos filósofos se habían preocupado por nuevas teorías físicas. El trabajo de *thon* Taddeo —de nuevo captó dom Paulo el tono respetuoso— nos dio los axiomas necesarios en los que basarnos. Su

trabajo sobre la «Inestabilidad de la esencias eléctricas», por ejemplo, y su «Teorema de la conservación»…

—Deberá quedar satisfecho, pues, al ver aplicado su trabajo. Pero ¿dónde está la lámpara, si se puede saber? Espero que no sea mayor que la dinamo.

—Aquí está, dómine —dijo el monje, cogiendo un pequeño objeto que había sobre la mesa.

Parecía sólo una abrazadera para sostener un par de vástagos negros y un tornillo para ajustar su separación.

—A estos carbones —explicó Kornhoer— los antiguos los llamaban «Lámpara de arco». Tenían también de otras clases, pero no tenemos material para construirlas.

—Sorprendente. ¿La luz adónde va?

—Aquí. —El monje señaló el espacio entre carbones.

—Debe ser una llama muy pequeña —dijo el abad.

—¡Oh, pero brillante! Más brillante, espero, que cien cirios.

—¡No!

—¿Lo encuentra impresionante?

—Lo encuentro absurdo. —Al notar la súbita expresión herida de Kornhoer, añadió apresuradamente—: El modo que hemos tenido de arreglárnoslas con cera de abeja y sebo de carnero.

—Me he preguntado —le confió al monje, tímidamente— si los antiguos lo empleaban en sus altares en vez de cirios.

—No —dijo el abad—. Definitivamente, no. Puedo asegurárselo. Por favor, olvide esta idea lo más pronto posible y que no vuelva a ocurrírsele.

—Sí, padre abad.

—¿Y dónde piensa colgar esto?

—Pues… —El hermano Kornhoer se detuvo a contemplar especulativamente el oscuro sótano que le rodeaba—. No lo he pensado. Supongo que podría ir sobre la mesa donde *thon* Taddeo… —(«¿Por qué se detiene así cada vez que

pronuncia su nombre?, se preguntó dom Paulo, con irritación»)— trabajará.

—Será mejor que se lo preguntemos al hermano Armbruster —decidió el abad, y notando el súbito malestar del monje—: ¿Qué ocurre? ¿Han estado usted y el hermano Armbruster…?

La cara de Kornhoer se contrajo en una mueca de excusa.

—Realmente, padre abad, no he perdido los estribos con él ni una sola vez. Hemos discutido, eso sí, pero… —Se encogió de hombros—. No quiere que nada sea modificado. No deja de hablar de brujerías y cosas así. No es fácil razonar con él. Está medio ciego debido a la necesidad de leer con tan poca luz, y, sin embargo, dice que nuestro trabajo es diabólico. No sé qué decirle.

Dom Paulo frunció ligeramente el ceño cuando cruzaron la sala hacia el hueco donde el hermano Armbruster seguía ceñudo contemplando los preparativos.

—Bien, ya puede hacer lo que quiere —le dijo el bibliotecario a Kornhoer cuando se acercaban—. ¿Cuándo empezará a construir un bibliotecario mecánico, hermano?

—Hemos encontrado algunas notas, hermano, de que hubo un tiempo en que las cosas existieron —dijo molesto el inventor—. En las descripciones de la *Machina analytica* encontrará referencias a…

—Ya basta —intervino el abad, y le dijo al bibliotecario—: *Thon* Taddeo necesitará un lugar en donde trabajar. ¿Qué sugiere usted?

Armbruster indicó el hueco de Ciencias Naturales con un gesto brusco de su pulgar.

—Que lea aquí en el facistol como todos los demás.

—¿Qué le parece si le preparamos un estudio en la sala grande, padre abad? —sugirió Kornhoer en una apresurada contrapropuesta—. Además de la mesa, necesitará un ábaco,

una pizarra y un tablero de dibujo. Podríamos separarlo formando un tabique con biombos.

—Creía que necesitaría nuestras referencias de Leibowitz y los antiguos escritos —dijo suspicaz el bibliotecario.

—Lo necesitará.

—Entonces, si lo pone en el centro, tendrá que hacer muchos viajes de aquí para allá. Los volúmenes poco comunes están encadenados y las cadenas no llegan tan lejos.

—No es problema —dijo el inventor—. Quite las cadenas. De todas maneras, parecen absurdas. Los cultos cismáticos han desaparecido o se han convertido en regionales. Hace más de cien años que no se oye hablar de la Orden Militar de San Pancracio.

Armbruster enrojeció de cólera.

—No lo haré —exclamó—. Las cadenas se quedan donde están.

—Pero ¿por qué?

—Ahora ya no existen los que quemaban libros, pero tenemos que preocuparnos por los del pueblo. Las cadenas continuarán en su sitio.

—¿Ve usted, padre?

—Tiene razón —dijo dom Paulo—. Hay demasiada agitación en el pueblo. El Consejo se ha apropiado de nuestra escuela, no lo olvide. Ahora tienen una biblioteca y quieren que nosotros llenemos sus estanterías. Y si es con obras raras, mejor. No sólo esto, el año pasado tuvimos problemas con los ladrones. El hermano Armbruster tiene razón. Los volúmenes raros permanecerán encadenados.

—Está bien —suspiró Kornhoer—. Entonces tendrá que trabajar en el nicho.

—Bien, ¿dónde colgaremos ahora su lámpara maravillosa?

Los monjes miraron hacia el cubículo. Era uno de catorce compartimientos idénticos, divididos de acuerdo a temas que daban a la sala central. Cada nicho tenía su arcada, y de un gancho de hierro empotrado en la clave de cada arco colgaba un pesado crucifijo.

—Bien, si va a trabajar en el nicho —dijo Kornhoer—, tendremos que quitar el crucifijo y colgarlo en su lugar temporalmente. No hay otro…

—¡Hereje! —le interrumpió el bibliotecario, con voz siseante—. ¡Pagano! ¡Profanador! —Armbruster alzó sus temblorosas manos hacia el cielo—. ¡Que Dios me ayude para no destrozarlo con mis propias manos! ¿Dónde se detendrá? ¡Llévenselo de aquí, fuera! —Les dio la espalda con las manos temblorosas todavía alzadas.

El propio dom Paulo se había sobresaltado ligeramente ante la sugerencia del inventor, pero ahora frunció duramente el ceño a la espalda del hábito del hermano Armbruster. Nunca espero verle simular una mansedumbre que era contraria a su naturaleza, pero la disposición quisquillosa del anciano monje era definitivamente peor.

—Hermano Armbruster, dese la vuelta, por favor… Ahora baje las manos y hable más calmadamente cuando…

—Pero, padre abad, ya ha oído lo que…

—Hermano Armbruster, traiga la escalera de mano y descuelgue el crucifijo.

El color abandonó la cara del bibliotecario. Miró sin habla a dom Paulo.

—Esto no es una iglesia —dijo el abad—. La colocación de las imágenes es opcional. Por el momento me hará el favor de bajar el crucifijo. Según parece, es el único sitio donde puede ser colocada la lámpara. Después podremos cambiarlo. Me doy cuenta de que todo este asunto ha agitado su biblioteca y quizás hasta su digestión, pero

esperemos que sea en bien del progreso. Si no lo es, entonces…

—¡Nos hace quitar a Nuestro Señor para hacerle sitio al progreso!

—¡Hermano Armbruster!

—¿Por qué no le cuelga la maldita lámpara del cuello?

La cara del abad tomó una expresión glacial.

—No voy a *forzar* su obediencia, hermano. Véame en mi despacho después de completas.

El bibliotecario se acobardó.

—Traeré la escalera, padre abad —susurró, y se fue arrastrando los pies de modo inseguro.

Dom Paulo levantó la vista hacia el Cristo del crucifijo de la arcada. «¿Te importa?», pensó, dubitativo.

Sentía un nudo en el estómago. Sabía que el nudo se cobraría más tarde su presencia. Abandonó el sótano antes de que nadie pudiese notar su malestar. No era bueno dejar que la comunidad viese el modo en que aquellas desagradables trivialidades le dominaban en esos días.

La instalación quedó terminada al día siguiente, pero durante la prueba dom Paulo permaneció en su estudio. Dos veces se había visto obligado a llamarle privadamente la atención al hermano Armbruster y después a regañarle públicamente durante el capítulo. Y sin embargo, sentía más simpatía por el punto de vista del bibliotecario que por el de Kornhoer. Se había hundido en el sillón ante su mesa, esperando noticias del sótano, sin preocuparse demasiado por el éxito o fracaso de la prueba. Tenía una mano metida en el pechero de su hábito. Se daba golpecitos en el estómago como si se tratara de calmar a un niño histérico.

De nuevo calambres internos. Parecían aparecer cada vez que lo desagradable amenazaba, y a veces desaparecían

cuando esto salía a la luz y podía luchar con ello. Pero ahora permanecían.

Se le prevenía y lo sabía. Tanto si el aviso procedía de un ángel como de un demonio o de su propia conciencia, le decía que estuviese alerta consigo mismo y con alguna realidad a la que todavía no se había enfrentado.

«¿Y ahora, qué?», se preguntó, permitiéndose un silencioso eructo y un silencioso *perdón* hacia la estatua de san Leibowitz, colocada en un nicho en forma de capilla del rincón de su estudio.

Una mosca se arrastraba por la nariz del santo, y sus ojos parecían bizquear contemplándola, como rogándole al abad que se la quitase. Al sacerdote aquella talla del siglo XXVI le gustaba cada vez más; había en su cara una curiosa sonrisa que la convertía en algo poco común, en una imagen sacramental. La sonrisa se curvaba en una de sus comisuras, las cejas estaban unidas en un fruncimiento de ligera duda, aunque tenía arrugas marcadas por la risa alrededor de los ojos. Debido a la soga del verdugo, que colgaba sobre su hombro, la expresión del santo parecía a menudo incongruente. Posiblemente aquello se debía a ligeras irregularidades en la textura de la madera, tales fallas dirigían la mano del tallista cuando éste buscaba el modo de sacar detalles más puros de los que eran posibles en aquella clase de material. Dom Paulo no estaba seguro de si la imagen había sido esculpida cultivándola como un árbol vivo antes de tallarla; a veces los pacientes maestros escultores de aquella época habían empezado con un roble o un cedro jóvenes —pasando en ello tediosos años podando, descortezando, doblando y atando ramas vivas para darles las posiciones deseadas— y habían atormentado la madera en crecimiento hasta darle forma de una dríada extraordinaria, con los brazos cruzados o extendidos, antes de cortar el árbol maduro para prepararlo y tallarlo. La

estatua así hecha resultaba excepcionalmente resistente a astillarse o romperse, ya que la mayoría de las líneas de la obra seguían la textura natural.

Dom Paulo se maravillaba a menudo de que el Leibowitz de madera hubiese resistido varios siglos a sus predecesores —maravillado, debido a la peculiar sonrisa del santo—. «Esta pequeña sonrisa te arruinará algún día», le previno a la imagen. Con seguridad los santos reían en el cielo, el salmista dijo que el propio Dios reirá para sí alegremente, pero el abad Malmeddy debió desaprobarla —Dios se apiade de su alma. Aquel solemne asno—. «Me pregunto cómo le sobreviviste. Para algunos no eres lo suficientemente santurrón. Esta sonrisa… ¿A quién conozco que sonríe de este modo? Me gusta, pero… Algún día, otro perro ceñudo se sentará en este sillón. *Cave canem*. Te sustituirá por un Leibowitz de yeso. Paciencia. Uno que no bizqueará ante las moscas. Entonces te comerán las termitas en el almacén. Para sobrevivir al lento tamizado clerical de las artes, necesitas tener una superficie que pueda gustarle a un honrado simple; y de todas maneras necesitas un corazón bajo esta superficie para agradar a un sabio con discernimiento. El tamizado es lento, pero de vez en cuando le da una vuelta a la manivela, cuando un nuevo prelado inspecciona sus cámaras episcopales y murmura: "Hay que tirar parte de esta basura". En general, el tamiz está lleno de nimiedades. Cuando éstas son eliminadas, otras ocupan su lugar. Pero lo que no se elimina es el oro, y éste dura. Si una iglesia soporta cinco siglos de mal gusto sacerdotal, el buen gusto ocasional para entonces habrá arrancado en general la mayor parte de las nimiedades transitorias, convirtiéndolo en un lugar majestuoso que atemoriza a los embellecedores en potencia».

El abad se hizo aire con un abanico hecho de plumas de buitre, pero el aire no era refrescante. El que entraba por la

ventana era abrasador como un hálito ardiente del desierto que se añadía al malestar que le causaba el demonio o ángel despiadado que se removía en su estómago. Era la clase de calor que sugiere el peligro al acecho de los crótalos enloquecidos por el sol y las tormentas de truenos que se preparan sobre las montañas, o los perros rabiosos, y humores que el calor irrita. Aquello empeoraba su calambre.

—Por favor —musitó en voz alta al santo como una oración no dicha, pidiendo un clima más fresco, un ingenio más aguzado y mayor penetración por su vaga sensación de que algo iba mal.

«Quizá sea culpa del queso —se dijo—. El de esta estación ha resultado una mezcla gomosa y poco hecha. Podría dispensármelo y hacer una dieta más digestiva».

»Pero no, ya empezamos de nuevo. Enfréntate a ello, Paulo; no es la comida del estómago la que lo produce, es la comida del cerebro. Hay algo allá arriba que no digieres».

—Pero ¿qué?

El santo de madera no le dio ninguna respuesta. Nimiedades. Tamizando broza.

A veces su mente trabajaba fragmentariamente. Cuando llegaban los calambres y el mundo pesaba sobre él era mejor dejarla trabajar de aquel modo. ¿Cuánto pesaba el mundo? «Pesa, pero no ha sido pesado. A veces sus balanzas están trucadas. Pone en la balanza la vida y el trabajo, contra la plata y el oro. Nunca se nivelarán. Pero rápido y despiadado sigue pesando. De este modo desperdicia una gran cantidad de vida y a veces un poco de oro. Y obcecado, un rey viene cabalgando a través del desierto, con una serie de balanzas trucadas, un par de dados cargados. Y sobre las banderas blasonadas, *Vexilla regis*...».

—¡No! —murmuró el abad, suprimiendo de sí la visión.

«¡Por supuesto!», pareció insistir la sonrisa de madera del santo.

Dom Paulo apartó su mirada de la imagen con un ligero estremecimiento. A veces le parecía que el santo se burlaba de él. «¿Se ríen de nosotros en el cielo? —se preguntó—. Santa Maisie de York —recuérdala, viejo— murió de un ataque de risa. Eso es diferente. Murió riéndose de sí misma. No, eso tampoco es diferente». ¡*Ulp*! De nuevo el eructo silencioso.

«Por cierto, el jueves es la Festividad de Santa Maisie. En el aleluya de su misa, el coro ríe reverentemente. *Alleluia*, ¡ja, ja! *Alleluia*, ¡jo, jo!».

—Sancta Maisie, interride pro me.

Y el rey venía a sopesar los libros del sótano con su balanza amañada. «¿Cómo amañada, Paulo? ¿Y qué te hace pensar que la Memorabilia esté completamente libre de nimiedades? Hasta el inteligente y venerable Boedellus una vez hizo constar desdeñosamente que a más de la mitad debería llamársele Inscrutabilia. Los fragmentos atesorados de una civilización muerta lo eran, ciertamente, pero ¿qué parte quedaba reducida a incoherencias embellecidas con hojas de olivo y querubines, por cuarenta generaciones de monjes ignorantes como nosotros, hijos de los siglos de oscuridad, cuyos adultos les habían confiado un mensaje incomprensible, para ser memorizado y entregado a otros adultos?

»Lo hago viajar desde Texarkana a través de un país peligroso —pensó dom Paulo—. Ahora sólo estoy preocupado porque lo que tenemos resulte de algún valor para él, esto es todo».

Pero no, aquello no era todo. Miró de nuevo al santo sonriente. Y de nuevo: *Vexilla regis inferni prodeunt*. «Primero iban los abanderados del rey del infierno», le susurró el recuerdo de aquella línea equivocada de una antigua *commedia*. Le importunaba la mente como una tonada no deseada.

El puño se apretó con fuerza. Dejó caer el abanico y respiró entre dientes. Evitó mirar de nuevo al santo. El ángel despiadado lo emboscó con una ráfaga caliente de su esencia corpórea. Se inclinó sobre la mesa. Éste había parecido como un alambre ardiente al partirse. Su aliento pesado dejó una mancha en la fina capa de polvo del desierto que había sobre el escritorio. El olor era sofocante. La habitación se hizo rojiza, manchada de mosquitos negros.

«No me atrevo a eructar, puede escaparse algo… Pero, bendito santo patrono, tengo que hacerlo. Duele. *Ergo sum*. Señor Dios, acepta esta prueba».

Eructó, le llegó un sabor salino y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

«¿Tiene que ser apurado el cáliz en este mismo momento, Señor, o puedo esperar algún tiempo? Pero la crucifixión es siempre ahora. En nuestros días, e incluso desde antes de Abraham, es siempre ahora. Aun antes de Pfardentrott, ahora. Siempre para cualquiera de cualquier modo es ser clavado en ella, colgar de ella, y si desfalleces, te matan a golpes. Así que hazlo con dignidad, viejo. Si puedes eructar con dignidad y lamentas lo suficiente haber estropeado la alfombra, podrás ir al cielo». Lo lamentó mucho.

Esperó mucho tiempo. Algunos de los mosquitos murieron y la habitación perdió su sonrojo, pero se hizo nublada y gris.

«*Bien*, Paulo, ¿vamos a tener ahora una hemorragia o nos limitaremos a hacer el tonto con ello?».

Sondeó la neblina y encontró de nuevo la cara del santo. Era una sonrisa tan pequeña… —triste, comprensiva y algo más—. ¿Riéndose del verdugo? No, riendo para el verdugo. Riéndose del *Stultus Maximus*, del propio Satanás. Era la primera vez que lo había visto con claridad. En el último cáliz, podía haber una carcajada de triunfo. *Haec commixtio*.

Se sintió súbitamente soñoliento; la cara del santo se fue apagando, pero el abad siguió sonriendo en respuesta.

El prior Gault lo encontró caído sobre la mesa poco antes de las nonas. Había sangre entre sus dientes. El joven sacerdote le buscó rápidamente el pulso. Dom Paulo se despertó inmediatamente, se enderezó en su silla y, como en sueños, pontificó imperiosamente:

—¡Le digo que es completamente ridículo! ¡Es completamente idiota! Nada puede ser más absurdo.

—¿Qué es absurdo, dómine?

El abad agitó la cabeza y parpadeó varias veces.

—¿Qué?

—Voy a llamar ahora mismo al hermano Andrew.

—¡Oh! Eso es absurdo. Venga aquí. ¿Qué quería?

—Nada, padre abad. Volveré tan pronto encuentre al hermano…

—¡Deje en paz al médico! Si ha venido a verme, debe tener algún motivo. Mi puerta estaba cerrada. Ciérrela de nuevo, siéntese y diga lo que quiere.

—La prueba tuvo éxito. Me refiero a la lámpara del hermano Kornhoer.

—Bien, cuéntemelo todo. Siéntese, empiece a hablar y dígalo todo. —Se arregló el hábito y se secó la boca con un trozo de lino.

Se sentía aún algo mareado, pero el puño de su estómago se había suavizado. Nada le importaba menos que la narración del prior, pero hizo todo lo que pudo para permanecer atento. «Es necesario que se quede aquí hasta que esté lo suficientemente despierto para pensar. No puedo dejarle ir en busca del médico —todavía no, la noticia correría: *el viejo está acabado*—. Tengo que decidir si es el momento conveniente para estar o no agotado».

15

Hongan Os era esencialmente un hombre justo y amable. Cuando vio a un grupo de sus guerreros divirtiéndose con los cautivos laredanos, se detuvo a mirar; pero cuando ataron a tres de ellos por los tobillos entre caballos y fustigaron a estos últimos en una frenética carrera, Hongan Os decidió intervenir. Ordenó que los guerreros fuesen azotados en el acto, porque Hongan Os —Oso Loco— era conocido como un jefe misericordioso. Nunca había maltratado a un caballo.

—Matar cautivos es trabajo de mujer —gruñó desdeñosamente a los flagelados culpables—. Purificaos vosotros mismos para que no llevéis la marca de la mujer y desapareced del campamento hasta la Luna Nueva, porque estáis expulsados doce días. —Y contestando sus quejidos de protesta—: Suponed que los caballos hubiesen arrastrado a uno de ellos a través del campamento. Los jefes comedores de hierba son nuestros huéspedes y se sabe que la sangre los asusta fácilmente. Especialmente la sangre de los de su propia especie. Tenedlo en cuenta.

—Pero éstos son comedores de hierba del sur —objetó un guerrero, señalando a los cautivos mutilados—. Nuestros huéspedes son comedores de hierba del este. ¿No existe un pacto entre nosotros, los hombres reales y el este para hacerles la guerra a los del sur?

—¡Si vuelves a mencionar tal cosa, se te cortará la lengua y será arrojada a los perros! —le previno Oso Loco—. Olvida

que has oído tales cosas.

—¿Los hombres de los pastos se quedarán mucho tiempo entre nosotros, oh, Hijo de los Poderosos?

—¿Quién puede saber lo que planean los granjeros? —preguntó con enojo Oso Loco—. Sus pensamientos no son como los nuestros. Dicen que algunos de sus grupos saldrán de aquí para cruzar las Tierras Secas a un lugar de sacerdotes comedores de hierba, un sitio de los que llevan hábito negro. Los otros se quedarán aquí para hablar, pero esto no es para vuestros oídos. Ahora marchaos y pasad doce días de vergüenza.

Les dio la espalda para que pudiesen escabullirse sin sentir su mirada posarse en ellos. Últimamente la disciplina decaía. Los clanes estaban inquietos. Llegó a los oídos de la gente de las Llanuras que él, Hongan Os, había abrazado, a través de un fuego pactado, a un mensajero de Texarkana y que un hechicero recortó pelo y uñas de cada uno de ellos para hacer una muñeca de buena fe como defensa contra la traición por cualquiera de las partes. Se sabía que se había formalizado un trato, y un pacto entre la gente y los comedores de hierba era considerado por las tribus como un acto vergonzoso. Oso Loco adivinaba el velado desdén de los jóvenes guerreros, pero hasta que llegase el momento adecuado no les diría nada.

El propio Oso Loco estaba dispuesto a escuchar una buena idea, aunque procediese de un perro. Las ideas de los comedores de hierba eran pocas veces buenas, pero quedó impresionado por los mensajes de su rey, en el este, el cual había comentado el valor del secreto y deplorado la jactancia vana. Si los laredanos se enteraban de que las tribus estaban siendo armadas por Hannegan, sin duda el plan fracasaría. Oso Loco había meditado sobre el particular; le repugnaba —porque ciertamente era más satisfactorio y más varonil decirle a un enemigo lo que se le iba a hacer

antes de hacerlo—. Pero sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más sensato le parecía. O bien el rey comedor de hierba era un terrible cobarde o bien era casi tan listo como un hombre; Oso Loco no lo había decidido aún, pero consideró la idea como juiciosa. El secreto era esencial, aunque durante un tiempo pareciese propio de mujeres. Si la gente de Oso Loco supiera que las armas que les llegaban eran regalos de Hannegan y no los despojos de las luchas fronterizas, entonces surgiría la posibilidad de que Laredo se enterase del plan por los cautivos apresados en estas luchas. Por ello era necesario dejar que las tribus murmurasen que era una vergüenza hablar de paz con los granjeros del este.

Pero las palabras no eran de paz. Las palabras eran buenas y prometían muchos despojos.

Unas semanas antes, el propio Oso Loco capitaneó una incursión al este y había regresado con cien caballos, cuatro docenas de rifles largos, varios barriles de pólvora negra, gran cantidad de proyectiles y un prisionero. Pero ni tan siquiera los guerreros que le acompañaron supieron que el escondrijo de armas fue colocado allí para él por los hombres de Hannegan o que el prisionero era en realidad un oficial de caballería texarkano, que en el futuro aconsejaría a Oso Loco acerca de la táctica probable de los laredanos durante la lucha que se avecinaba. El pensamiento de los comedores de hierba era imprudente, pero el pensamiento del oficial podía penetrar en el de los comedores de hierba del sur. Sin embargo, no conseguiría penetrar en el de Hongan Os.

Oso Loco estaba justificadamente orgulloso de sí mismo como negociante. Solamente se había comprometido a no dedicarse a guerrear contra Texarkana y a dejar de robar ganado en la frontera del este, pero sólo mientras Hannegan le proveyese armas y provisiones. El pacto de guerra contra Laredo fue un compromiso no mencionado del fuego, pero se adaptaba a la inclinación natural de Oso Loco y no se

necesitaba un pacto formal. La alianza con uno de sus enemigos le permitiría luchar con un adversario aislado y tal vez pudiese recobrar los pastizales que en el siglo anterior habían sido usurpados y habitados por los hombres de las granjas.

La noche había caído y el aire frío se había apoderado de las Llanuras, cuando el jefe de los clanes penetró en el campamento. Sus huéspedes del este se sentaban arrebujados en sus mantas alrededor del fuego del Consejo con tres de los ancianos, mientras el acostumbrado anillo de niños curiosos bostezaba desde las sombras y atisbaba bajo los lados de las tiendas a los extranjeros.

En total eran doce extranjeros, pero se separaban en dos grupos distintos que habían viajado juntos, aunque aparentemente no les preocupaba la mutua compañía. Era evidente que el jefe de uno de los grupos era un loco. Aunque Oso Loco no tenía nada que objetarle a la locura —de hecho sus hechiceros la consideraban como la más intensa de las aflicciones sobrenaturales—, ignoraba que del mismo modo los granjeros considerasen la locura como una virtud en su jefe. Pero éste pasaba la mitad de su tiempo cavando la tierra del cauce seco del río y la otra mitad haciendo misteriosas anotaciones en un librito. Se trataba, sin duda, de un brujo y probablemente no era de fiar.

Oso Loco se detuvo sólo el tiempo necesario para ponerse su túnica ceremonial de piel de lobo y hacer que un hechicero le pintase la marca del tótem en la frente antes de unirse al grupo ante el fuego.

—¡*Asustaos*! —gimió ceremoniosamente un viejo guerrero cuando el jefe de los clanes penetró en el círculo de luz producido por el fuego—. Asustaos porque el Poderoso camina entre sus hijos. Arrastraos, oh clanes, porque su nombre es Oso Loco, un nombre bien ganado, porque de joven venció sin armas a una osa enloquecida, y con sus

manos, desnudas verdaderamente, la estranguló en las tierras del norte.

Hongan Os ignoró los elogios y aceptó una taza de sangre de manos de la anciana que servía al fuego del Consejo. Era sangre fresca, de un buey que acababan de matar y aún estaba tibia. La vació antes de volverse y hacerles una inclinación a los orientales que observaban el breve brindis con evidente desasosiego.

—¡Ahhh! —dijo el jefe de los clanes.

—¡Ahhh! —replicaron los tres ancianos junto con uno de los comedores de hierba que se atrevió a unírseles.

Los hombres miraron al comedor de hierba con disgusto.

El loco trató de disimular el error de su compañero.

—Dígame —dijo el loco cuando el jefe se hubo sentado—. ¿A qué se debe que su gente no beba agua? ¿Se oponen a ello sus dioses?

—¿Quién puede saber lo que beben los dioses? —dijo gravemente Oso Loco—. Se dice que el agua es para el ganado y los granjeros, que la leche es para los niños y la sangre para los hombres. ¿Tendría que ser de otro modo?

El loco no se sintió ultrajado. Estudió un momento al jefe con sus perspicaces ojos grises y después se inclinó hacia uno de sus acompañantes.

—Lo de «agua para el ganado» se explica —dijo— por la perpetua sequía del lugar. Un pueblo de pastores tiene que conservar toda el agua que hay para los animales. Me preguntaba si lo reforzaban con un tabú religioso.

Su acompañante hizo una mueca y dijo en lengua texarkana:

—¡Agua! Los dioses, ¿por qué no podemos beber agua, *thon* Taddeo? ¡Puede existir una mayor conformidad! —espetó secamente—. ¡Sangre! ¡Bah! Se queda pegada en la garganta. ¿Por qué no podemos beber un sorbito de…?

—¡No hasta que nos marchemos!

—Pero, *thon*…

—No —exclamó el intelectual; después, notando que la gente de los clanes los miraban molestos, se dirigió de nuevo a Oso Loco en la lengua de las Llanuras—. Mi camarada me hablaba de la hombría y salud de su gente. Quizá se deba a su dieta.

—¡Ja! —exclamó el jefe, pero después llamó casi alegremente a la anciana—. Dale al forastero una taza de roja.

El camarada de *thon* Taddeo se estremeció, pero no hizo ningún comentario.

—Tengo, oh, jefe, una petición que hacerle a su grandeza —dijo el erudito—. Mañana continuaremos viaje hacia el oeste. Si algunos de sus guerreros pudiesen acompañar a nuestro grupo, nos sentiríamos honrados.

—¿Por qué?

Thon Taddeo hizo una pausa.

—Pues… como guías —se calló y sonrió súbitamente—. No, voy a ser totalmente honesto. Algunos de sus hombres desaprueban nuestra presencia en el lugar. Mientras su hospitalidad ha sido…

Hongan Os echó hacia atrás la cabeza y rió con un rugido.

—Tienen miedo de los clanes menores —les dijo a los ancianos—. Temen caer en una emboscada tan pronto abandonen mis tiendas. Comen hierba y le temen a la lucha.

El intelectual se sonrojó ligeramente.

—¡No tema nada, forastero! —rió el jefe de los clanes—. Hombres de verdad les acompañarán.

Thon Taddeo inclinó la cabeza con burlona gratitud.

—Díganos —dijo Oso Loco—, ¿qué van a buscar en la Tierra Seca del oeste? ¿Nuevos espacios en los que plantar campos? Les comunico que no existen. De no ser cerca de

los hoyos de agua, no crece nada que el ganado acepte como alimento.

—No buscamos nuevas tierras —contestó el visitante—. No todos somos granjeros, sabe usted. Vamos a buscar… —hizo una pausa. En el idioma de los nómadas no había modo de explicar el propósito de su viaje a la abadía de San Leibowitz— las artes de una antigua brujería.

Uno de los ancianos, un hechicero, pareció que aguzaba los oídos.

—¿Una antigua brujería en el este? No tengo noticias de que allí haya algún mago. A menos que se refiera a los del hábito oscuro.

—A ellos me refiero.

—¡Ja! ¿Y qué magia tienen que merezca la pena buscar? Sus mensajeros pueden ser capturados con tanta facilidad, que no da gusto hacerlo; aunque la verdad es que saben resistir la tortura. ¿Qué brujería puede aprenderse de ellos?

—Bueno, por mi parte estoy de acuerdo con usted —dijo *thon* Taddeo—. Pero se dice que escritos, encantamientos con un gran poder, están depositados en una de sus residencias. Si esto es cierto, es evidente que los del hábito oscuro no saben cómo emplearlos. Esperamos poder entenderlos en nuestro beneficio.

—¿Los hábitos oscuros les permitirán observar sus secretos?

Thon Taddeo sonrió.

—Creo que sí. Ya no se atreven a guardarlos más tiempo. De necesitarlos, podríamos llevárnoslos.

—Palabras valientes —se burló Oso Loco—. Es evidente que los granjeros son más valientes con los de su propia especie… aunque bastante sumisos entre los hombres verdaderos.

El intelectual, que ya había soportado demasiado los insultos del nómada decidió retirarse temprano.

Los soldados permanecieron ante el fuego del Consejo para discutir con Hongan Os la guerra que se acercaba; pero la guerra, después de todo, no era asunto de *thon* Taddeo. Menos cuando el mecenazgo de este monarca resultaba útil, como lo había sido en diversas ocasiones, las aspiraciones políticas de su ignorante primo estaban lejos de su interés en dar nueva vida al conocimiento en aquel mundo oscuro.

16

El viejo ermitaño se detuvo en el borde de la meseta y vio acercarse la nube de polvo por el desierto. El ermitaño mascaba, murmuraba palabras y reía silenciosamente al viento. Su piel pálida había sido quemada hasta tener el color del cuero envejecido por el sol, y su barba hirsuta tenía manchas amarillas en la barbilla. Llevaba sombrero de paja y un taparrabo de un tejido basto que parecía arpillera. Su única vestimenta, a no ser por las sandalias y un odre de piel de cabra.

Observó la nube de polvo hasta que cruzó el pueblo de Sanly Bowitts y enfiló de nuevo por la carretera que pasaba junto a la meseta.

—¡Ah! —resopló el ermitaño, y sus ojos empezaron a arder—. Su imperio será multiplicado y no habrá fin para su paz; él se sentará sobre *su* reino.

De pronto bajó por el arroyo como un gato con tres patas, empleando su báculo, saltando de piedra en piedra y deslizándose la mayor parte de su recorrido. El polvo levantado en su rápido descenso se alzó como un penacho en el viento y se desvaneció.

Al llegar al pie de la meseta se ocultó entre los mezquites y se sentó a esperar. Pronto oyó al jinete acercándose en un trote perezoso y empezó a arrastrarse hacia la carretera para poder atisbar entre los arbustos. El *pony* apareció en una curva, envuelto en un tenue manto de polvo. El ermitaño corrió a la carretera y alzó los brazos.

—*Olla allay*! —gritó; y al detenerse el jinete se precipitó a apoderarse de las riendas y a mirar ansiosamente al hombre que iba en la silla.

Sus ojos brillaron un momento.

—Porque un Niño ha nacido para nosotros y un Hijo nos es dado... —Pero entonces el fruncimiento ansioso se convirtió en tristeza—. ¡No es Él! —murmuró irritado hacia el cielo.

El jinete había echado hacia atrás su capucha y reía. El ermitaño lo miró parpadeando furioso por un momento. Entonces lo reconoció.

—Oh —gruñó—. ¡Tú! Creí que ya estarías muerto. ¿Qué haces por aquí?

—Te he traído de vuelta tu presente, Benjamín —dijo dom Paulo. Tiró de una correa y la cabra de la cabeza azul salió trotando de detrás del *pony*. Baló y tiró de la soga al ver el ermitaño—. Y pensé en hacerte una visita.

—Este animal pertenece al poeta —gruñó el ermitaño—. La ganó *legalmente* en un juego de azar, aunque hizo trampa miserablemente. Devuélvesela y permíteme que te aconseje que no te mezcles en timos mundanos que no son asunto tuyo. Buenos días. —Y se dio vuelta hacia el arroyo.

—Espera, Benjamín. Toma tu cabra o se la regalaré a un campesino. No pienso tenerla vagando por la abadía y balando en la iglesia.

—No es una cabra —dijo agriamente el ermitaño—. Es la bestia que vio vuestro profeta y fue hecha para ser montada por una mujer. Te sugiero que la maldigas y la lleves al desierto. Te darás cuenta, sin embargo, que tiene la pezuña partida y rumia.

Empezó de nuevo a retirarse.

La sonrisa del abad se desvaneció.

—Benjamín, ¿de verdad vas a regresar a esa colina sin ni tan siquiera decirle hola a un viejo amigo?

—Hola —gritó el viejo judío y siguió avanzando con indignación. Después de unos pasos se detuvo para mirar a su espalda—. No tienes por qué poner esa cara compungida —dijo—. Hace cinco años que no te tomas el trabajo de pasar por este camino, «viejo amigo».

—¡Conque de éso se trata! —murmuró el abad. Desmontó y fue apresuradamente tras el viejo judío—. Benjamín, yo habría venido, pero no he tenido tiempo.

El ermitaño se detuvo.

—Bien, Paulo, ya que estás aquí…

De pronto se echaron a reír y se abrazaron.

—Me alegro, viejo gruñón —dijo el ermitaño.

—¿Yo, gruñón?

—Bueno, me imagino que yo también me vuelvo maniático. Este último siglo ha sido de prueba para mí.

—Me han dicho que tiras piedras a los novicios que vienen por estos alrededores para sus vigilias de cuaresma en el desierto. ¿Es verdad? —Miró al ermitaño con burlona reprobación.

—Sólo guijarros.

—Miserable viejo.

—Vamos, vamos, Paulo. Una vez uno de ellos me confundió con un lejano pariente mío… llamado Leibowitz. Pensó que me había enviado para entregarle un mensaje… o lo pensó alguno de vuestros pícaros. No quiero que suceda de nuevo, así es que a veces les tiro guijarros. ¡Ja! No me confundirán de nuevo con ese pariente, porque dejó de ser pariente mío.

El sacerdote lo miró extrañado.

—¿Te confundió con quién? ¿Con san Leibowitz? ¡Vamos, Benjamín! Vas demasiado lejos.

Benjamín lo repitió con un sonsonete burlón:

—Me confundió con uno de mis parientes lejanos llamado Leibowitz, y por eso les tiro piedras.

Dom Paulo parecía totalmente perplejo:

—San Leibowitz murió hace doce siglos. Cómo pudo… —se calló y observó astutamente al viejo ermitaño—. Vamos, Benjamín, no empecemos de nuevo con ese cuento. No has vivido doce siglos…

—¡Tonterías! —le interrumpió el viejo judío—. No dije que hubiese sucedido hace doce siglos. Fue tan sólo hace seis siglos. Mucho tiempo después de que vuestro santo muriese; por eso fue tan ridículo. Claro que en aquellos días vuestros novicios eran más devotos y más crédulos. Creo que aquél se llamaba Francis. Pobre tipo… Lo enterré más tarde. Les dije a los de Nueva Roma dónde tenían que desenterrarlo; y de esta forma fue como recuperasteis su cuerpo.

El abad miró al anciano con la boca abierta mientras caminaban por los mezquites hacia el hoyo de agua, conduciendo al caballo y la cabra. ¿Francis? Francis. ¿Se trataba del venerable Francis Gerard de Utah? A quien una vez un peregrino había revelado el lugar de un viejo refugio en el pueblo, como decía la historia… pero aquello fue antes de que el pueblo estuviese allí. Y hacía unos seis siglos, sí, y… ¿ahora aquel vejete decía ser el peregrino? A veces se preguntaba de dónde había sacado Benjamín el suficiente conocimiento de la abadía para inventar tales cuentos. Quizá del poeta.

—Esto ocurrió durante mi anterior carrera, claro —siguió diciendo el viejo judío—, y quizá tal error fue comprensible.

—¿Anterior carrera?

—Vagabundo.

—¿Cómo esperas que crea tales absurdos?

—¡Vaya! Pues el poeta me cree.

—¡Sin duda alguna! El poeta no creerá nunca que el venerable Francis conoció a un santo. Esto sería superstición. Al poeta le agrada más creer que te vio a ti… hace seis siglos. Una explicación sencilla y natural, ¿eh?

Benjamín simuló una sonrisa. Paulo le vio bajar una resquebrajada taza de piel por el pozo, vaciarla en su odre y bajarla de nuevo en busca de más. El agua era turbia y viva, con trepidantes incertidumbres, como la corriente de la memoria del viejo judío. «¿Era incierta su memoria? ¿No jugaría con nosotros?», se dijo el sacerdote. A no ser por su delirio de ser más viejo que Matusalén, el viejo Benjamín Eleazar parecía estar en su juicio, a su amargado modo.

—¿Un trago? —ofreció el ermitaño, tendiéndole la vasija.

El abad contuvo un estremecimiento, pero la aceptó para no ofenderle; se bebió el oscuro líquido de un sorbo.

—No eres muy escrupuloso, ¿verdad? —dijo Benjamín, mirándolo críticamente—. Yo no me habría atrevido a beberla. —Le dio unos golpecitos al odre—. Es para los animales.

El abad sintió una ligera náusea.

—Has cambiado —dijo Benjamín, sin dejar de observarle—. Estás pálido como un queso y demacrado.

—He estado enfermo.

—Aún pareces estarlo. Ven a mi barraca si la subida no te hace daño.

—Estaré bien. El otro día tuve un ligero malestar y nuestro médico me dijo que descansase. ¡Bah! Si no estuviese esperando a un huésped importante, me daría igual. Pero viene y, por lo tanto, descanso. Es bastante fastidioso.

Benjamín dio la vuelta para mirarlo con una sonrisa mientras remontaba el arroyo. Meneó su cabeza grisácea.

—¿Cabalgar dieciséis kilómetros a través del desierto es descansar?

—Para mí lo es. Y tenía muchas ganas de verte, Benjamín.

—¿Qué dirán los del pueblo? —preguntó burlonamente el viejo judío—. Pensarán que nos hemos reconciliado y esto perjudicará nuestra reputación.

—¿No te parece que nuestra reputación no tiene demasiado valor en el mercado?

—Es verdad —admitió, pero añadió enigmáticamente—, por el momento.

—¿Todavía esperando, viejo judío?

—Claro que sí —exclamó el ermitaño.

El abad se fatigó al subir. Dos veces se detuvieron a descansar. Cuando llegaron a la cima de la meseta, se había mareado y se inclinaba hacia el flaco ermitaño en busca de apoyo. Un fuego sordo ardía en su pecho, previniéndole contra futuros esfuerzos, pero no había señales del furioso achuchón que había sentido otras veces.

Un rebaño de cabras mutantes de cabeza azul se dispersó al ver acercarse un extraño y corrieron todas hacia los desparramados mezquites. Cosa curiosa, la meseta parecía más verde que el desierto que la rodeaba, aunque no había ninguna fuente de humedad visible.

—Por aquí, Paulo. A mi mansión.

La cabaña del viejo judío resultó ser una sola habitación sin ventanas y con la pared de piedra, con sus rocas amontonadas, sueltas como en una cerca y con amplias rendijas a través de las cuales entraba el viento. El techo era un débil entrecruzado de palos, la mayoría de ellos retorcidos y cubiertos con un montón de abrojos, cañas y pieles de cabra. Sobre una gran piedra plana colocada encima de un pilar bajo, al lado de la puerta, había pintado un letrero en hebreo:

פח מתקנין אוהרים

El tamaño del letrero y su evidente intención de aviso hicieron sonreír al abad y preguntar:

—¿Qué dice, Benjamín? ¿Atrae aquí arriba mucho comercio?

—¿Qué quieres que diga? Tan sólo: «Se arreglan tiendas».

El sacerdote evidenció su incredulidad.

—Está bien, no me creas. Pero si no crees lo que está escrito aquí, no se puede esperar que creas lo que está escrito en el otro lado del letrero.

—¿Cara a la pared?

—Evidentemente, cara a la pared.

El pilar estaba colocado muy cerca del umbral, de modo que sólo había unos centímetros de espacio entre la roca plana y la pared de la choza. Paulo se agachó y atisbó por el estrecho espacio. Tardó un rato en distinguirlo, pero ciertamente había algo escrito en letras pequeñas en la parte de atrás de la roca:

שטע ישואל יהוה ארהיגו יהוח אהד

—¿Alguna vez le das vuelta?

—¿Darle la vuelta? ¿Crees que estoy loco? ¿En tiempos como los que corren?

—Ahí atrás, ¿qué dice?

El ermitaño emitió una serie de sonidos, negándose a contestar.

—Pero pasa, tú que no sabes leer del lado interior.

—Hay una pared en medio.

—Siempre la hubo, ¿no es así?

El sacerdote suspiró.

—Está bien, Benjamín, sé lo que se te ordenó escribir «en la entrada y sobre la puerta de tu casa». Pero sólo a ti se te ocurriría ponerlo boca abajo.

—Hacia el interior —corrigió el ermitaño—. Mientras en Israel existan tiendas para ser arregladas… pero esperemos a que hayas descansado para empezar a importunarnos mutuamente. Te traeré un poco de leche de cabra y me contarás algo acerca de ese visitante que te preocupa.

—En mi odre hay vino, si quieres un poco —dijo el abad, dejándose caer con alivio sobre un montón de pieles—, pero preferiría no hablar de *thon* Taddeo.

—Oh, ¿es ése?

—¿Has oído hablar de *thon* Taddeo? Dime, ¿cómo te las arreglas para conocerlo todo y a todo el mundo sin moverte de esta colina?

—Uno escucha, uno ve —dijo el ermitaño, enigmáticamente.

—¿Qué piensas de él?

—No le he visto, pero supongo que será doloroso. El dolor de un parto, tal vez, pero doloroso.

—¿Dolor de parto? ¿Crees realmente que vamos a tener un nuevo renacimiento como dicen algunos?

—Hum…

—Deja de sonreír tontamente, viejo judío, y dime lo que opinas. Con seguridad piensas algo. Siempre opinas. ¿Por qué es tan difícil obtener tu confianza? ¿No somos amigos?

—En ciertos aspectos, en ciertos aspectos. Pero tú y yo tenemos muchas diferencias.

—¿Qué tienen que ver nuestras diferencias con *thon* Taddeo y el renacimiento que a los dos nos gustaría ver? *Thon* Taddeo es un intelectual seglar que está al margen de nuestras diferencias.

Benjamín se encogió de hombros con elocuencia.

—Diferencia, intelectuales seglares —repitió, lanzando las palabras como si fuesen desechadas pepitas de manzana—. En diferentes épocas he sido llamado «intelectual seglar»

por cierta gente, y a veces he sido empalado, lapidado y quemado por ello.

—Pero si nunca… —El sacerdote se interrumpió, frunció el ceño profundamente. De nuevo aquella locura. Benjamín lo miraba con suspicacia, y su sonrisa había desaparecido. «*Ahora* —se dijo el abad— me mira como si yo fuese uno de *Ellos*, fuese cual fuere el caótico *Ellos* que lo condujo hasta esta soledad. ¿Empalado, lapidado y quemado? ¿O es que su “yo” quiere decir “nos” como en “yo, mi pueblo”?».

—Benjamín, soy Paulo. Torquemada ha muerto. Nací hace unos setenta años y pronto moriré. Te he amado, viejo, y cuando me miras, quisiera que vieses a Paulo de Pecos y a nadie más.

Benjamín titubeó momentáneamente. Sus ojos se humedecieron.

—A veces… olvido…

—Y a veces olvidas que Benjamín es sólo Benjamín, y no todo Israel.

—¡Nunca! —exclamó el ermitaño, con los ojos otra vez ardientes—. Durante treinta y dos siglos, yo… —se calló y cerró apretadamente la boca.

—¿Por qué? —susurró el abad, casi con temor—. ¿Por qué tomas la carga de un pueblo y su pasado sobre ti?

Los ojos del ermitaño brillaron con alarma, pero se tragó un sonido ronco y ocultó la cara entre las manos.

—Pescas en aguas oscuras.

—Perdóname.

—La carga me fue impuesta por otros. —Levantó lentamente la vista—. ¿Debo negarme a llevarla?

El sacerdote aspiró profundamente. Durante un rato, en la choza, sólo se oyó el ruido del viento. ¡Había un toque de la divinidad en aquella locura!, pensó dom Paulo. La comunidad judía era escasa y desperdigada en aquella época. Benjamín quizá sobrevivió a sus hijos o de algún

modo se convirtió en un proscrito. Un israelita tan viejo podía vagar durante años sin encontrar a los de su pueblo. Quizás en su soledad adquirió la silenciosa convicción de que era el *último*, él solo, el único. Y por ser el último, dejó de ser Benjamín para convertirse en Israel. Y sobre su corazón se asentó la historia de cinco mil años, no ya remotos, sino convertidos en la historia de propia vida. Su «yo» era lo opuesto al imperial «nos».

«Pero yo también soy miembro de una unidad —pensó dom Paulo—. Parte de una congregación y una continuidad. Los míos también han sido despreciados por el mundo. Sin embargo, para mí la distinción entre mi propio yo y la nación está clara. Para ti, viejo amigo, se ha hecho oscura. ¿Una carga que te fue impuesta por otros? ¿Y la aceptaste? ¿Cuál debe ser su peso? ¿Cuál sería su peso para mí? —Hundió los hombros y trató de enderezarse, probando su peso—. Soy un monje cristiano y un sacerdote, y soy, por consiguiente, quien debe dar cuenta a Dios de los actos y hechos de cada monje y sacerdote que ha alentado y caminado sobre la Tierra desde Cristo, así como de mis propios actos».

Se estremeció y empezó a mover la cabeza.

No, no. Aquella carga le partía la espalda. Era demasiado para cualquier hombre menos para Cristo. Ser maldito por una fe ya era suficiente carga. Soportar las maldiciones era posible, pero entonces, ¿aceptar lo ilógico que había tras las maldiciones, lo ilógico que le hacía a uno cumplir con su deber no sólo para sí, sino para cada miembro de su raza o fe, por sus acciones al mismo tiempo que las propias? ¿Aceptar también esto, como Benjamín trataba de hacer?

No, no.

No obstante, la propia fe de dom Paulo le decía que la carga estaba allí, había estado allí desde los tiempos de Adán —y la carga impuesta por un demonio que gritaba burlón, ¡*hombre*!, al hombre. ¡*Hombre*!—, llamando a cada

uno para rendir cuentas de los hechos de todos desde el principio; una carga impuesta a cada generación antes de la abertura del útero, la carga de la culpa del pecado original. Dejemos que el loco lo ponga en duda. El mismo loco aceptó con gran deleite la otra herencia —la herencia de la gloria ancestral—, la virtud, triunfo y dignidad que lo hicieron «valiente y noble por derecho de cuna» sin protestar de que él, personalmente, no hizo nada para ganar aquella herencia, de no ser el hecho de haber nacido de la especie del hombre. La protesta quedaba reservada para la carga heredada, que lo convertía en «culpable y proscrito por derecho de cuna», y se esforzaba en cerrar los oídos contra el veredicto. La carga, ciertamente, era dura. Su propia fe le decía también que la carga la había levantado Aquel cuya imagen colgaba de una cruz sobre los altares, aun cuando la huella de la carga todavía estaba allí. La huella era un yugo fácil, comparada con el peso de la maldición original. No podía decírselo al anciano, puesto que éste sabía ya que lo creía. Benjamín buscaba a otro. Y el último viejo hebreo se sentaba solo en una montaña, hacía penitencia por Israel y esperaba al Mesías, y esperaba, esperaba…

—Dios te bendiga como a un honrado loco. Hasta un loco sensato.

—¡Vaya! ¡Loco sensato! —se burló el ermitaño—. Pero siempre te has especializado en la paradoja y el misterio, ¿verdad, Paulo? Si una cosa no está en contradicción consigo misma ya no te interesa, ¿no es así? Tienes que encontrar Tríos en la Unidad, vida en la muerte, prudencia en la locura. De otro modo tendrías demasiado sentido común.

—El sentir la responsabilidad es prudencia, Benjamín. Pensar que se la puede soportar solo, es locura.

—¿No es una locura?

—Un poco, quizá. Pero una locura honesta.

—Entonces te diré un pequeño secreto. Yo he sabido siempre que no puedo llevarla, desde que Él me hizo salir de nuevo. Pero ¿estamos hablando de lo mismo?

El sacerdote se encogió de hombros.

—Tú lo llamarías la carga de ser del pueblo escogido, y yo, la carga del pecado original. En cualquier caso, la responsabilidad que implica es la misma, aunque podamos dar diferentes versiones y estar en total desacuerdo de palabras, ya que pretendemos utilizarlas para definir algo que no se puede expresar con ellas, ya que sólo tiene significado en el silencio de muerte de un corazón.

Benjamín contuvo una sonrisa.

—Bien, me alegra ver que finalmente lo admites, aun cuando todo lo que dices es que en realidad nunca has dicho nada.

—Deja de graznar, viejo réprobo.

—Pero siempre has empleado palabras tan mundanas en una astuta defensa de tu Trinidad, a pesar de que Él nunca necesitó tal defensa antes de que lo obtuvieseis de mí como Unidad, ¿eh?

El sacerdote enrojeció, pero no dijo nada.

—¡Ya está! —gritó Benjamín, balanceándose adelante y atrás—. ¡Por una vez he logrado hacerte sentir deseos de discutir! ¡Ja! Pero es igual. Yo también empleo palabras, pero tampoco estoy seguro de que Él y yo queramos decir lo mismo. Supongo que no puedo culparte; debe ser más confuso con Tres que con Uno.

—¡Viejo cactus blasfemo! Lo que yo quería era tu opinión de *thon* Taddeo y de lo que se está preparando.

—¿Por qué buscar la opinión de un pobre y viejo anacoreta?

—Porque Benjamín Eleazar *bar* Josué, si todos estos años esperando al que no viene no te han dado sabiduría, por lo menos te han hecho perspicaz.

El viejo judío cerró los ojos, alzó su cara hacia el techo y sonrió astutamente.

—Insúltame —dijo burlonamente—, injúriame, acósame, persígueme… pero ¿sabes lo que diré?

—Dirás: «¡Vaya!».

—¡No! Diré que Él ya está aquí. Una vez alcancé a verle.

—¿Qué? ¿De quién estás hablando? ¿De *thon* Taddeo?

—¡No! Por otra parte, no me importa profetizar, a menos que me digas qué es lo que realmente te preocupa, Paulo.

—Bueno, todo empezó con la lámpara del hermano Kornhoer.

—¿Lámpara? Ah, sí, el poeta la mencionó. Profetizó que no funcionaría.

—El poeta estaba equivocado, como de costumbre. Eso me dijeron. No asistí a la prueba.

—Entonces, ¿funcionó? Espléndido. ¿Y qué fue lo que comenzó con esto?

—Me preocupó. ¿Estamos al borde de algo? ¿Muy cerca de qué límite? Esencias eléctricas en el sótano. ¿Te das cuenta de cómo se han modificado las cosas en los últimos dos siglos?

Pronto, el sacerdote expuso todos sus temores, mientras el ermitaño, componedor de tiendas, escuchó pacientemente hasta que el sol empezó a filtrarse a través de las grietas de la pared oeste, dibujando brillantes dardos en el aire polvoriento.

—A partir del momento que se extinguió la última civilización, la Memorabilia ha sido nuestra obligación especial, Benjamín. Y la hemos conservado. Pero ¿cómo? Creo estar en la situación del zapatero que trata de vender zapatos en un pueblo de zapateros.

El ermitaño sonrió.

—Podrías lograrlo si fabricas un tipo de calzado especial y superior.

—Me temo que los eruditos seglares han empezado ya a pretender tal método.

—Entonces abandona el negocio de la zapatería antes de que te arruinen.

—Es una posibilidad —admitió el abad—. Sin embargo, es desagradable pensar en ello. Durante doce siglos, hemos sido una pequeña isla en un océano de oscuridad. Conservar la Memorabilia ha sido una tarea ingrata, pero sagrada, pensamos. Es únicamente nuestra labor mundana, pero hemos sido siempre contrabandistas de libros y memorizadores, y es duro pensar que el trabajo terminará pronto… pronto será innecesario. No llego a creerlo.

—¿Entonces tratas de superar a los otros «zapateros» construyendo extraños artefactos en tu sótano?

—Debo admitir que así parece…

—¿Qué harás ahora para llevarles la delantera a los seglares? ¿Construir una máquina voladora? ¿O resucitar la *Machina analytica*? ¿O quizá pasar sobre sus cabezas y apelar a la metafísica?

—Me avergüenzas, viejo judío. Ya sabes que somos monjes de Cristo ante todo; tales cosas deben hacerlas los otros.

—No estaba avergonzándote. No veo que haya nada malo en que los monjes de Cristo construyan una máquina voladora, aunque tendría mayor relación con ellos construir una máquina rezadora.

—¡Miserable! ¡Le hago un mal servicio a mi orden al compartir contigo mis confidencias!

Benjamín sonrió afectadamente.

—No siento simpatía por vosotros. Los libros que almacenasteis pueden ser venerablemente antiguos, pero

fueron escritos por criaturas del mundo y en primer lugar no tienes por qué mezclarte con ellas.

—Ah, ahora te preocupas por profetizar.

—Nada de esto. «Pronto se pondrá el sol». ¿Es esto una profecía? No, es simplemente una afirmación de fe en la estabilidad de los acontecimientos. Las criaturas del mundo también son estables… por ello digo que absorberán todo lo que pueda ofrecer, te quitarán tu trabajo y entonces te denunciarán como una ruina decrépita. Finalmente te ignorarán por completo. Es culpa tuya. El libro que te di, tenía que haberte bastado. Ahora tendrás que soportar las consecuencias de tu intromisión.

Había hablado con impertinencia, pero su predicción pareció desagradablemente cercana a los temores de dom Paulo. El semblante del sacerdote se entristeció.

—No hagas caso —dijo el ermitaño—. No me aventuraré a adivinar antes de haber visto tu artefacto o haberle echado un vistazo a ese *thon* Taddeo… que empieza, por cierto, a interesarme. Si deseas que te aconseje, espera hasta que haya examinado las interioridades de la nueva era más detalladamente.

—Pues, como nunca vienes a la abadía, no podrás ver la lámpara.

—Se debe a vuestra abominable cocina.

—Y no verás a *thon* Taddeo porque viene por la otra dirección. Si esperas a examinar las entrañas de una era cuando ésta haya nacido, será demasiado tarde para profetizar su nacimiento.

—Tonterías. Explorar las entrañas del futuro es malo para el niño. Esperaré… y entonces profetizaré que nació y que no era lo que yo esperaba.

—¡Vaya una perspectiva alegre! ¿Qué es lo que buscas?

—Alguien que una vez me gritó.

—¿Gritó?

—«¡Sígueme!».

—¡Vaya sandez!

—¡Vaya! A decir verdad, no estoy realmente convencido de que Él venga, pero se me dijo que esperase, y… —se encogió de hombros— yo espero.

Al cabo de un rato, sus ojos centelleantes se estrecharon hasta formar dos pequeñas ranuras y se inclinó hacia delante con súbita ansiedad.

—Paulo, trae a ese *thon* Taddeo hasta el pie de la meseta.

El abad retrocedió con burlón horror.

—¡Salteador de peregrinos! ¡Importunador de novicios! ¡Te enviaré al poetastro…! Que descienda sobre ti y puedas descansar para siempre. ¡Traer al *thon* a tu cubil! ¡Qué ultraje!

Benjamín se encogió de nuevo de hombros.

—Muy bien. Olvida que te lo he pedido. Pero esperemos que este *thon* esté de nuestro lado y no con los otros esta vez.

—¿Los otros, Benjamín?

—Manasés, Ciro, Nabucodonosor, Faraón, César, Hannegan II… ¿necesito seguir? Samuel nos previno en contra suya, entonces nos dio a uno. Cuando tienen a algunos hombres sabios encadenados cerca de ellos para aconsejarlos, se vuelven más peligrosos que nunca. Es éste el único consejo que te daré.

—Bien, Benjamín, ya he tenido bastante de ti para los próximos cinco años, así es que…

—Insúltame, injúriame, atorméntame…

—Ya es suficiente. Me voy, viejo. Es tarde.

—¿De veras? ¿Y cómo está preparada la panza eclesiástica para el viaje?

—¿Mi estómago…? —Dom Paulo hizo una pausa para hacer una exploración y se encontró mejor que en cualquier momento de las últimas semanas—. Hecho un asco, claro —

se quejó—. ¿Cómo querrías que estuviese después de haberte escuchado?

—Verdad… *El Shaddai* es piadoso, pero también justo.

—Buena suerte, viejo. Después que el hermano Kornhoer invente de nuevo la máquina voladora enviaré a algunos novicios a lanzar piedras contra ti.

Se abrazaron afectuosamente. El viejo judío lo acompañó hasta el borde de la meseta. Benjamín se quedó de pie envuelto en un *manto de las oraciones*, su fina tela contrastaba curiosamente con la burda arpillera de su taparrabo. El abad marchó sendero abajo, de vuelta a la abadía. Aún pudo verle parado allí en el ocaso; su delgada figura se recortaba contra la semipenumbra del cielo, mientras se inclinaba y murmuraba una oración sobre el desierto.

—*Memento, Domine, omnium famulorum tuorum* —susurró el abad como respuesta, añadiendo—: Y que por fin pueda ganar el ojo del poeta a la herradura. Amén.

17

Puedo afirmárselo: habrá guerra —dijo el mensajero de Nueva Roma—. Todas las fuerzas laredanas están reunidas en las Llanuras. Oso Loco ha levantado el campo. Hay una batalla de caballería en marcha, al estilo nómada, por todas las Llanuras. Pero el Estado de Chihuahua amenaza a Laredo por el sur. Así que Hannegan se prepara para enviar fuerzas texarkanas a Río Grande… para ayudar a «defender» la frontera. Con la plena aprobación de los laredanos, claro está.

—El rey Goraldi es un loco senil —dijo dom Paulo—. ¿No ha sido prevenido de la traición de Hannegan?

El mensajero sonrió.

—El servicio diplomático del Vaticano respeta siempre los secretos de Estado si llegamos a enterarnos de ello. De no ser así se nos acusaría de espionaje, somos siempre cuidadosos acerca…

—¿Ha sido prevenido? —preguntó de nuevo el abad.

—Claro. Goraldi le dijo al enviado papal que mentía; acusó a la Iglesia de fomentar la disención entre los aliados del Santo Flagelo, con la intención de favorecer el poder temporal del Papa. El idiota llegó a mencionarle a Hannegan el mensaje del enviado.

Dom Paulo respingó y dio un gemido.

—¿Qué hizo Hannegan?

El mensajero dudó.

—Supongo que se lo puedo decir: arrestar a monseñor Apollo. Hannegan ordenó que se incautasen de sus archivos diplomáticos. Se habla en Nueva Roma de colocar a todo el reino de Texarkana bajo interdicto. Claro que Hannegan ha incurrido *ipso facto* en la excomunión, pero esto no parece preocupar demasiado a los texarkanos. Como seguramente sabe, el ochenta por ciento de la población es culterana, y el catolicismo de las clases gobernantes ha sido siempre un disfraz.

—Así que ahora Marcus —murmuró el abad tristemente—. ¿Qué me dice de *thon* Taddeo?

—No veo claro cómo espera cruzar las Llanuras en este momento sin recibir algunas perdigonadas. Ya está claro por qué no quería venir. Pero no tengo noticias de su viaje, padre abad.

La expresión de dom Paulo era de pena.

—Si nuestra negativa a enviar el material a su universidad lo conduce a la muerte…

—Que eso no le afecte la conciencia, padre abad. Hannegan cuida de los suyos. No sé cómo, pero estoy seguro de que el *thon* llegará aquí.

—El mundo no puede permitirse el perderlo, según he oído. Bueno… pero dígame, ¿a qué se debe que le hayan enviado para que nos comunique los planes de Hannegan? Estamos en el Imperio de Denver y no veo de qué modo está amenazada esta región.

—Es que sólo le he contado el principio. Por el momento, Hannegan espera poder unir el continente. Después que Laredo quede firmemente sojuzgada, habrá roto el cerco que lo encerraba. Entonces el siguiente movimiento será Denver.

—¿Pero no lleva esto aparejadas líneas de abastecimiento a través del país nómada? Parece imposible.

—Es extremadamente difícil, y por eso el siguiente movimiento es seguro. Las Llanuras forman una barrera

geográfica natural. Si se las despoblase, Hannegan podría considerar su frontera occidental como completamente segura. Pero los nómadas han hecho necesario que todos los estados adyacentes a las Llanuras sitúen fuerzas militares permanentes alrededor del territorio nómada como medida de contención. El único modo de subyugar a las Llanuras es controlando las dos bandas fértiles, al este y al oeste.

—Pero, aunque así sea —dudó el abad—, los nómadas…

—El plan de Hannegan para ellos es diabólico. Los guerreros de Oso Loco pueden contender fácilmente con la caballería de Laredo, pero con lo que no pueden contender es con la plaga del ganado. Las tribus de las Llanuras todavía no lo saben, pero cuando Laredo esté preparado para castigar a los nómadas por sus incursiones fronterizas, los laredanos llevarán varios centenares de cabezas de ganado enfermo para que se mezclen con los rebaños nómadas. Fue idea de Hannegan. El resultado será el hambre, y entonces será fácil lograr un enfrentamiento de las distintas tribus. Como es natural no sabemos todos los detalles, pero la meta es una región nómada bajo un jefe «de paja» armado por los texarkanos, leal a Hannegan, dispuesto a barrer el oeste hasta las montañas. Si logra pasar, esta región recibirá las primeras andanadas.

—Pero…, pero ¿por qué? ¡Con seguridad, Hannegan no espera que los bárbaros formen tropas dignas de confianza o capaces de conservar un imperio una vez que hayan terminado de mutilarlo!

—No, reverendo. Pero las tropas nómadas serán desbaratadas. Denver será destruido. Entonces Hannegan podrá recoger los restos.

—¿Para qué? No podrá ser un imperio muy rico.

—No, pero seguro en todos los flancos, estará en mejor posición para atacar hacia el este o el nordeste. Claro que antes de llegar a esto, sus planes pueden fracasar. Pero

fracasen o no, esta región corre peligro de ser arrasada en un futuro no muy lejano. Durante los próximos meses precisará dar los pasos necesarios para asegurar la abadía. Tengo orden de tratar con usted el problema de poner la Memorabilia a salvo.

Dom Paulo sintió que la oscuridad empezaba a concentrarse. Después de doce siglos, una pequeña esperanza había surgido en el mundo… y entonces venía un príncipe analfabeto a imponérseles con una horda bárbara y…

Su puño se estrelló contra la mesa.

—Los hemos mantenido fuera de nuestros muros durante mil años —gruñó—, y podremos seguir manteniéndolos del mismo modo durante mil años más. Esta abadía se vio sitiada tres veces durante el flujo Bayring y una vez más durante el cisma vissarionista. Mantendremos los libros seguros. Hace bastante tiempo que lo hacemos así.

—Pero en estos días hay un nuevo riesgo, reverendo.

—¿Cuál?

—Un abundante abastecimiento de pólvora y metralla.

La Festividad de la Asunción había llegado y pasado, pero todavía no se tenían noticias del grupo de Texarkana. Misas votivas privadas para peregrinos y viajeros empezaban a ser ofrecidas por los sacerdotes de la abadía. Dom Paulo renunció a tomar su ligero desayuno y se murmuraba que lo hacía como penitencia por haber invitado al intelectual a sufrir los actuales peligros de las Llanuras. Los vigías permanecían constantemente en su puesto. El propio abad trepaba, a menudo, a los muros para atisbar hacia el este.

Poco antes de las vísperas de la Festividad de San Bernardo, un novicio informó haber visto una débil y distante nube de polvo, pero estaba oscureciendo y nadie

más había sido capaz de volver a verla. Pronto se cantaron las completas y la Salve Regina, pero no apareció nadie en los portalones.

—Quizá se tratase de una avanzadilla de exploradores —sugirió el prior Gault.

—Quizás haya sido la imaginación del hermano vigía —le contradijo dom Paulo.

—Pero si han acampado a diez o doce kilómetros camino abajo…

—Habríamos visto su fuego desde la torre. La noche es clara.

—De todas maneras, dómine, cuando se alce la Luna, podríamos enviar a un jinete.

—Oh, no. Es el mejor sistema para que le maten a uno por equivocación. Si en realidad son ellos, probablemente hayan puesto vigilancia a lo largo de todo el camino, especialmente por la noche. Podemos esperar a que amanezca.

Fue hacia el final de la mañana siguiente cuando el esperado grupo de jinetes apareció en el este. Desde arriba del muro, dom Paulo parpadeó y entornó los ojos y observó el terreno ardiente y seco, tratando de enfocar con sus ojos miopes la distancia. El polvo de los cascos de los caballos era llevado por el viento hacia el norte. El grupo se había detenido a parlamentar.

—Me parece que son veinte o treinta —se quejó el abad frotándose molesto—. ¿De verdad son tantos?

—Aproximadamente —dijo Gault.

—¿Cómo podremos encargarnos de todos?

—No creo que tengamos que cuidar a los que llevan piel de lobo, reverendo —dijo ahogadamente el joven sacerdote.

—¿Piel de lobo?

—Nómadas, reverendo.

—¡Envíe hombres a los muros! ¡Cierren portalones! ¡Coloquen las protecciones! ¡Rompan el…!

—Espere, no todos son nómadas, dómine.

—¡Oh! —dom Paulo se volvió para atisbar de nuevo.

La discusión había terminado. Los hombres hicieron señas y se dividieron en dos grupos. El mayor galopó de nuevo rumbo al este. Los jinetes restantes se quedaron mirándolos durante un rato, dieron vuelta a sus monturas y trotaron rumbo a la abadía.

—Son seis o siete… algunos van uniformados —murmuró el abad cuando estuvieron más cerca.

—El *thon* y su gente, estoy seguro.

—¿Pero con nómadas? Me alegro de no haberle permitido enviar a un jinete anoche. ¿Qué hacen con los nómadas?

—Según parece vinieron como guías —dijo oscuramente el padre Gault.

—¡Qué amistoso es el león tendiéndose junto al cordero!

Los jinetes se acercaban a la entrada. Dom Paulo tragó saliva.

—Será mejor que salgamos a darle la bienvenida, padre —suspiró.

Cuando los sacerdotes hubieron descendido del muro, los viajeros soltaban las riendas en el exterior del patio. Uno de los caballistas se separó de los demás, trotó hacia ellos, desmontó y presentó sus documentos.

—¿Dom Paulo de Pecos, abad?

El abad hizo una inclinación.

—*Tibi adsum*. Bienvenidos en nombre de san Leibowitz, *thon* Taddeo. Bienvenidos en nombre de su abadía, en nombre de cuarenta generaciones que han esperado su llegada. Siéntase como en su casa. Somos sus servidores.

Las palabras eran sinceras, las palabras habían sido guardadas durante años en espera de aquel momento.

Oyendo un monosílabo susurrado como réplica, dom Paulo levantó lentamente la cabeza.

Por un momento su mirada se enfrentó con la del estudioso. Sintió que la tibieza se desvanecía rápidamente. Aquellos ojos helados —fríos— y de un gris inquisidor, escépticos, hambrientos y orgullosos, lo estudiaron como se estudia a una curiosidad sin vida.

Paulo había rogado fervientemente porque aquel momento fuese como un puente a través de un vacío de doce siglos —rogando también que a través de él los últimos científicos martirizados le estrechasen la mano al mañana—. Ciertamente había un vacío; esto estaba claro. El abad súbitamente se dio cuenta de que él no pertenecía a esa época, que en cierto modo había sido dejado aislado en un banco de arena en el río del tiempo y que en realidad jamás existió tal puente.

—Vengan —dijo amablemente—, el hermano Visclair se encargará de sus caballos.

Cuando vio a los huéspedes instalados en sus aposentos, se retiró a la soledad de su despacho. La sonrisa de la cara del santo de madera le recordaba inexplicablemente la sonrisa afectada de Benjamín Eleazar al decir: «Los hijos del mundo también son consecuentes».

18

Ahora, al igual que en tiempos de Job», empezó el hermano lector desde el facistol del refectorio:

Cuando los hijos de Dios comparecieron ante el Señor, Satanás estaba entre ellos.
Y el Señor le dijo: «¿De dónde vienes tú, Satanás?».
Y Satanás respondió como antiguamente: «He dado la vuelta a la Tierra y la he recorrido toda».
Y entonces el Señor le dijo: «¿Has prestado atención a ese príncipe sencillo y recto, mi siervo *Nombre*, que odia el mal y ama la paz?».
Y Satanás contestó: «¿Acaso *Nombre* teme a Dios en vano? ¿No has colmado de bendiciones su tierra, otorgándole grandes bienes y haciéndole poderoso entre las naciones? Pero extiende tu mano un poco y disminuye sus bienes y deja que su enemigo se fortalezca; entonces verás cómo blasfema en tu cara».
Y el Señor le dijo a Satanás: «Mira lo que tiene y redúcele. Lo dejo a tu disposición».
Y Satanás salió de la presencia de Dios y volvió al mundo.
Ahora el príncipe *Nombre* no era como el bendito Job, porque cuando su tierra se vio afligida con problemas y su pueblo menos rico que antes,

> cuando vio que su enemigo se volvía más poderoso, empezó a temer y dejó de confiar en Dios, diciéndose para sí: «Debo atacar antes de que el enemigo me aplaste sin tocar la espada».

«Y así fue en aquellos días», dijo el hermano lector:

> Que los príncipes de la Tierra habían endurecido sus corazones contra la Ley del Señor y su orgullo no tenía fin. Y cada uno pensó para sí que era mejor que todo fuese destruido que permitir que la voluntad de otro príncipe prevaleciese sobre la suya. Porque los poderosos de la Tierra contendían entre ellos sobre todo por el poder supremo. Por medio del robo, la traición y el engaño buscaban gobernar y temían mucho la guerra y temblaban; porque el Señor Dios les había permitido a los sabios de aquella época aprender los medios con los cuales el mundo podía ser destruido, y en sus manos había sido depositada la espada del arcángel con la cual Lucifer había sido expulsado. Aquellos hombres y príncipes podían temer a Dios y humillarse ante el Altísimo. Pero no eran humildes. Y Satanás habló con cierto príncipe diciendo: «No temas emplear la espada, porque los hombres sabios te han engañado al decir que el mundo sería destruido por ella. No escuches el consejo de los débiles, porque te temen excesivamente y sirven a tus enemigos al frenar tu mano en contra de ellos. Ataca y gobernarás sobre todas las cosas».
>
> Y el príncipe prestó atención a la palabra de Satanás, hizo llamar a todos los hombres sabios de aquel reino, y les pidió que le indicasen los medios

con que el enemigo podía ser destruido sin atraer la ira sobre su propio reino. Pero la mayoría de los hombres sabios dijeron: «Señor, no es posible, porque vuestros enemigos también tienen la espada con que os hemos armado y su fiereza es como la llama del infierno y como la furia de la estrella solar en la que fue encendida».

«Entonces me fabricaréis un arma que sea siete veces más ardiente que el propio infierno», ordenó el príncipe, cuya arrogancia era ya superior a la de los faraones.

Y muchos de ellos dijeron: «No, señor, no nos pidáis esto; porque hasta el humo de un fuego como éste, si lo obtuviésemos para ti, haría perecer a muchos».

Aquella respuesta enfureció al príncipe, sospechó que le traicionaban y colocó espías entre ellos para tentarlos y desafiarlos; debido a ello los sabios se asustaron. Algunos cambiaron sus respuestas, para que su ira no fuese invocada en contra suya. Tres veces lo preguntó y tres veces contestaron: «No, señor, hasta los vuestros morirán si hacéis tal cosa». Pero uno de los magos era como judas Iscariote, y su testimonio fue falso, y habiendo traicionado a sus hermanos, les mintió a todos, aconsejando no temer al demonio del Fallout. El príncipe prestó atención a este sabio falso, cuyo nombre era Blackeneth y envió espías para acusar a varios de los magos ante el pueblo. Asustados, los menos sabios entre los magos aconsejaron al príncipe, complaciendo su capricho, diciendo: «Las armas pueden ser empleadas, pero no os excedáis de tales y tales límites o moriremos todos».

Y el príncipe asoló las ciudades de sus enemigos con el nuevo fuego, y durante tres días y tres noches sus grandes catapultas y pájaros metálicos lanzaron la ira sobre ellas. Sobre cada ciudad apareció un sol más brillante que el del cielo e inmediatamente aquella ciudad palideció y se fundió como la cera bajo la antorcha, y sus habitantes se detuvieron en las calles y su piel humeó y se convirtieron en haces lanzados sobre carbones. Y cuando la furia del sol hubo disminuido, la ciudad estaba en llamas; y un gran trueno bajó del cielo, como el gran ariete de batir PIK-A-DON, para aplastarla totalmente. Humos venenosos cayeron sobre toda la Tierra, y la Tierra brillaba en la noche con las brasas. La maldición de las brasas formó una costra en la piel e hizo que el cabello cayese y que la sangre muriese en las venas.

Y una gran peste fue por la Tierra y hasta por el cielo. Como en Sodoma y Gomorra fue la tierra y las ruinas de aquello, aun en la tierra de ese cierto príncipe, porque sus enemigos no negaron su venganza, enviando el fuego a su vez para sumergir sus ciudades como lo habían sido las de ellos. La peste de la carnicería fue excesivamente ofensiva para el Señor, quien habló al príncipe, Nombre, diciendo: «¿QUÉ OFRENDA DE FUEGO ES ESTA QUE HAS PREPARADO ANTE MI? ¿QUÉ ES ESTE SABOR QUE SE ALZA DEL LUGAR DEL HOLOCAUSTO? ¿ME HAS OFRECIDO UN HOLOCAUSTO DE CORDEROS O CABRAS, O LE HAS OFRECIDO UN BECERRO A DIOS?». Pero el príncipe no le contestó y Dios dijo: «ME HAS OFRECIDO A MIS HIJOS EN HOLOCAUSTO». Y el Señor le quitó la vida junto con la de Blackeneth, el traidor,

> y hubo pestilencia en la Tierra, y la locura se posesionó de la humanidad, que lapidó a los sabios junto a los poderosos que aún habían quedado con vida.
>
> Pero en aquel tiempo hubo un hombre cuyo nombre era Leibowitz, quien, en su juventud, como san Agustín, había amado la sabiduría del mundo más que la de Dios. Pero ahora, viendo que el gran acontecimiento, aunque bueno, no había salvado al mundo, se volvió hacia Dios en penitencia, llorando.

El abad dio unos golpes secos sobre la mesa, y el monje que estaba leyendo la antigua narración guardó inmediatamente silencio.

—¿Y ésta es la única narración que tienen de lo ocurrido? —preguntó *thon* Taddeo, sonriéndole forzadamente al abad a través del estudio.

—Hay diversas versiones. Difieren en detalles menores. Nadie está seguro de cuál fue la nación que envió el primer ataque… de todas maneras, ya no tiene importancia. El texto que el hermano lector nos ha leído fue escrito unas décadas después de la muerte de san Leibowitz… se trata probablemente de una de las primeras narraciones, hecha apenas fue posible y seguro escribir de nuevo.

»El autor era un monje joven que aún no había nacido durante la época de la destrucción; tuvo conocimiento de ella a través de los seguidores de san Leibowitz, los primeros memorizadores y contrabandistas de libros y tenía una cierta preferencia por imitar las escrituras.

»Dudo mucho que exista en algún sitio una narración completamente certera del Diluvio de Fuego. Poco después de su comienzo, fue evidentemente demasiado inmenso para que nadie lo captase en su totalidad.

—¿En qué tierra estaba este príncipe llamado *Nombre* y el hombre llamado Blackeneth?

El abad Paulo movió la cabeza.

—Ni el propio redactor de esta narración estaba seguro. Hemos reunido los suficientes datos desde que esto fue escrito para saber que incluso algunos de los gobernantes menores de aquella época poseían tales armas antes de la llegada del holocausto. La situación que describió prevalecía en más de una nación. Nombre y Blackeneth eran, probablemente, legión.

—Ya he oído leyendas semejantes. Es evidente que algo odioso tuvo lugar —declaró el *thon*, después añadió abruptamente—. ¿Cuándo podré empezar a examinar la… cómo la llaman?

—La Memorabilia.

—A eso me refería. —Suspiró y le sonrió ausente a la imagen del santo, que estaba en un rincón—. ¿Mañana será demasiado pronto?

—Si así lo desea, puede empezar de inmediato —dijo el abad—. Puede sentirse libre de hacer lo que guste.

Las bóvedas estaban escasamente provistas de velas y sólo unos pocos monjes estudiosos de hábito oscuro se movían entre los bancos. El hermano Armbruster inspeccionaba ceñudamente sus papeles en un círculo de luz, en su cubículo al pie de la escalera de piedra, y una lámpara ardía en el hueco de la teología moral, donde una figura cubierta con el hábito se inclinaba sobre un antiguo manuscrito. Era después de la prima, cuando la mayor parte de la comunidad trabajaba en sus deberes en la abadía, la cocina, la clase, el jardín, establo y la oficina, dejando la biblioteca casi vacía hasta media tarde y momento de la *lectio divina*.

Aquella mañana, sin embargo, las bóvedas estaban, en comparación, atestadas.

Había tres monjes reclinados en las sombras detrás de la nueva máquina. Tenían las manos metidas entre las mangas y observaban a un cuarto monje que estaba al pie de la escalera. El cuarto monje miraba pacientemente hacia un quinto monje que estaba en el rellano y vigilaba la entrada que conducía a la escalera.

El hermano Kornhoer había meditado sobre su aparato como un padre ansioso, pero cuando ya no pudo encontrar cables que mover o ajustes que hacer y volver a hacer, se retiró al hueco de teología natural a leer y esperar. Dirigir una serie de instrucciones de última instancia a sus ayudantes le era permitido, pero prefirió guardar silencio y si cualquier pensamiento del momento de culminación personal que se acercaba cruzó su mente mientras esperaba, la expresión del inventor monástico no dio muestra de ello. Teniendo en cuenta que el abad ni siquiera se había tomado la molestia de mirar una demostración de la máquina, el hermano Kornhoer no exteriorizó ningún signo de aguardar aplausos de ninguna parte y consiguió vencer su tendencia a mirar con aire de reproche a dom Paulo.

Un tenue siseo procedente de la escalera alertó de nuevo al sótano, aunque ya se habían producido anteriores falsas alarmas. Era evidente que nadie le había informado al ilustre *thon* que una invención maravillosa le esperaba en su inspección del sótano. Evidentemente, si alguien le habló de ella, su importancia le fue minimizada. Según parecía, el padre abad disfrutaba haciéndolos esperar. Aquéllas eran las palabras no pronunciadas que evidenciaban las miradas de los que esperaban.

Esta vez el siseo de aviso no había sido en vano. El monje que vigilaba desde lo alto de la escalera se volvió

solemnemente y le hizo una inclinación al monje que había en el siguiente rellano.

—*In principio Deus* —dijo suavemente.

El quinto monje dio la vuelta y se inclinó hacia el cuarto monje al pie de la escalera.

—*Caelum et terram creavit* —murmuró a su vez.

El cuarto monje se volvió hacia el tercero, de pie junto a la máquina.

—*Vacuus autem erat mundus* —anunció.

—*Cum tenebris in superficie profundorum* —le hizo coro el grupo.

—*Ortus est Dei Spiritus supra aquas* —gritó el hermano Kornhoer, devolviendo su libro a la estantería con un traqueteo de cadenas.

—*Gratias Creatori Spiritui* —respondió todo el equipo.

—*Dixitque Deus: «Fiat Lux»* —dijo el inventor en tono de mando.

Los vigías de las escaleras descendieron para ocupar sus puestos. Cuatro hombres gobernaron la noria. El quinto monje se inclinó sobre la dinamo. El sexto monje subió a la escalera de mano y se sentó en el travesaño más alto, con la cabeza contra la parte superior de la arcada. Se colocó una máscara de pergamino oleoso ennegrecido con humo para protegerse los ojos, después extendió las manos en busca del brazo de la lámpara y su tornillo, mientras el hermano Kornhoer le miraba nervioso desde abajo.

—*Et lux ergo facta est* —dijo cuando hubo encontrado el tornillo.

—*Lucem esse bonam Deus vidit* —le gritó el inventor al quinto monje.

El quinto monje se inclinó sobre la dinamo con una vela para una última mirada a los contactos de las escobillas.

—*Et secrevit lucem a tenebris* —dijo finalmente, siguiendo con la lección.

—*Lucem appellavit «diem»* —le hizo coro el grupo de la noria—, *et tenebras «noctes»*.

Después de lo cual afianzaron sus hombros a las palancas del torniquete.

Los ejes crujieron y gruñeron. La rueda de carro de la dinamo empezó a girar, su sordo zumbido se convirtió en un quejido y después en un plañido mientras los monjes se esforzaban y gruñían en el impulsor de la máquina. El encargado de la dinamo observaba ansiosamente mientras las escobillas se mezclaban con la velocidad y se convertían en vaivén.

—*Vespere occaso* —empezó, y después hizo una pausa para lamerse los dedos y unirlos a los contactos. Saltó una chispa.

—¡Lucifer! —gritó echándose hacia atrás. Después terminó de decir ineficazmente: *Ortus est et primo die*.

—¡CONTACTO! —dijo el hermano Kornhoer cuando dom Paulo, *thon* Taddeo y su ayudante bajaban la escalera.

El monje de la escalera golpeó el arco. Un agudo ¡spfft!, y una luz deslumbrante llenó las bóvedas con un resplandor que no se había visto en doce siglos.

El grupo se detuvo en la escalera. *Thon* Taddeo dijo ahogadamente un juramento en su lengua nativa. Dio un paso atrás. El abad, que no había sido testigo de la prueba, ni dio crédito a informes extravagantes, palideció y se detuvo sin habla en plena conversación. El ayudante quedó momentáneamente helado por el pánico y de pronto salió corriendo y gritando: «¡Fuego!».

El abad hizo el signo de la cruz.

—¡No lo sabía! —susurró.

El estudioso, después de sobreponerse a la primera impresión del destello, recorrió el sótano con la mirada, descubriendo la máquina de inducción, a los monjes esforzándose sobre la palanca. Sus ojos recorrieron los

cables enrollados, al monje de la escalera midió el significado de la dinamo de rueda de carro y al monje que estaba de pie esperando, con los ojos bajos al pie de la escalera.

—¡Increíble! —susurró.

El monje que se hallaba al pie de la escalera hizo una inclinación de reconocimiento y desprecio. El reflejo blanco azulado lanzaba sombras alargadas en la sala y la luz de las velas se convirtió en manchas opacas en la marea de luz.

—Brillante como mil antorchas —dijo el erudito sin aliento—. Debe de ser antiguo… pero ¡no! ¡Inconcebible!

Bajó por la escalera como un hombre en trance. Se detuvo al lado del hermano Kornhoer y lo miró con curiosidad durante un momento, después empezó a dar vueltas por el sótano. Sin tocar nada, lo observaba todo, se paseaba entre las máquinas, inspeccionaba la dinamo, los cables, la propia lámpara.

—No parece posible, pero…

El abad se recobró y bajó la escalera.

—¡Se le dispensa el silencio! —le susurró al hermano Kornhoer—. Hable con él, yo estoy un poco mareado.

El monje se animó.

—¿Le agrada, padre abad?

—Horrible —jadeó dom Paulo.

La expresión del inventor denotó contrariedad.

—¡Es un modo espantoso de tratar a un huésped! ¡Dejó completamente aterrorizado al ayudante del *thon*! ¡Me ha mortificado!

—Bueno, es bastante brillante.

—¡Demoníaco! Vaya a hablar con él mientras yo pienso en un modo de disculparnos.

Pero aparentemente el estudioso había hecho un juicio según sus propias observaciones, porque fue hacia ellos

vivamente. Su cara parecía contenerse y sus modales eran agitados.

—Una lámpara de electricidad —dijo—. ¡Cómo se las han arreglado para mantenerla oculta durante tantos siglos! Después de tantos años tratando de llegar a una teoría de… —se atragantó ligeramente y pareció luchar por contenerse, como si hubiese sido víctima de una monstruosa novatada —. ¿Por qué la han ocultado? Tiene alguna significación religiosa… Y qué… —Completamente confuso se detuvo. Movió la cabeza y miró a su alrededor como buscando una salida por donde escapar.

—Lo interpreta usted mal —dijo débilmente el abad, aferrándose al brazo del hermano Kornhoer—. Por el amor de Dios, hermano, ¡*explíqueselo*!

Pero no había bálsamo para suavizar una afrenta al orgullo profesional… ni entonces ni en cualquier época.

19

Después del desafortunado incidente del sótano, el abad buscó todos los medios concebibles para subsanar aquel desgraciado momento. *Thon* Taddeo no demostró ningún rencor y hasta les ofreció a sus huéspedes una disculpa por su espontáneo juicio del incidente, después que el inventor del artefacto hubo dado al estudioso detallada cuenta de su reciente diseño y fabricación. Pero la disculpa sólo logró convencer al abad de que la herida había sido profunda. Colocaba al *thon* en la situación de un montañero que ha escalado una altura «inconquistable» para encontrar las iniciales de un rival grabadas en la roca de la cima..., sin que el rival se lo hubiese dicho por adelantado. Debió de ser desastroso para él, pensó dom Paulo, debido a la forma en que se llevó el asunto.

Si el *thon* no hubiese insistido —con una firmeza nacida quizá de la vergüenza— en que su luz era de superior calidad, lo suficientemente brillante hasta para el escrutinio de los quebradizos y apolillados documentos, que resultaban indescifrables a la luz de las velas, dom Paulo habría hecho quitar inmediatamente la lámpara del sótano. Pero *thon* Taddeo insistía en que le gustaba..., pero al describir que era necesario mantener por lo menos a cuatro novicios o postulantes continuamente empleados en hacer funcionar la dinamo y ajustar el espacio del arco, pidió que la lámpara fuese quitada, pero entonces fue dom Paulo quien insistió en que permaneciese en aquel lugar.

Así fue como el estudioso empezó sus investigaciones en la abadía, con la presencia constante de los tres novicios que se afanaban sobre la noria y el cuarto novicio que tentaba al deslumbramiento arriba de la escalera para mantener la lámpara encendida y ajustada, situación que hacía al poeta versificar sin piedad sobre el demonio de la confusión y los ultrajes que se perpetraban en nombre de la penitencia o del apaciguamiento.

Durante varios días, el *thon* y su asistente estudiaron la propia biblioteca, los archivos, los informes del monasterio además de la Memorabilia… como si al determinar la validez de la ostra pudiesen establecer la posibilidad de la perla. El hermano Kornhoer descubrió al asistente del *thon* de rodillas en la entrada del refectorio, y durante un rato tuvo la impresión de que efectuaba una devoción especial ante la imagen de María, situada arriba de la puerta, pero un sonido de herramientas puso fin a la ilusión. El asistente tendió una regla de carpintero a través de la entrada y midió la depresión cóncava producida en las piedras de la entrada por siglos de sandalias monásticas.

—Buscamos formas de determinar fechas —dijo cuando Kornhoer se lo preguntó—. Éste parecía un buen lugar para establecer un modelo del grado de uso, ya que el tráfico es fácil de establecer. Tres comidas hace cada hombre por día desde que las piedras fueron colocadas.

Kornhoer no pudo evitar sentirse impresionado por su minuciosidad; la actividad lo desconcertó.

—Los informes arquitectónicos de la abadía están completos —dijo—, en ellos podrá ver con exactitud cuándo fue añadida cada ala y cada edificio. ¿Por qué no se ahorra tiempo?

El hombre se quedó mirándolo inocentemente.

—Mi maestro tiene un dicho: «Nayol no puede hablar y por lo tanto nunca miente».

—¿Nayol?

—Uno de los dioses de la naturaleza de los habitantes del Red River. Lo dice en sentido figurado, por supuesto. La evidencia objetiva es la última autoridad. Los informadores pueden mentir, pero la naturaleza es incapaz de hacerlo. —Al ver la expresión del monje, añadió apresuradamente—: No va en ello ningún insulto. Es simplemente la doctrina del *thon* de que todo debe ser explicado objetivamente.

—Una idea fascinante —murmuró Kornhoer y se inclinó para observar el boceto de una sección de la concavidad del suelo—. Pero ¡si tiene la forma que el hermano Majek llama una curva de distribución normal! Qué raro.

—No tiene nada de raro. La probabilidad de que un paso se desvíe de la línea central tendería a seguir la función normal.

Kornhoer estaba cautivado.

—Llamaré al hermano Majek —dijo.

El interés del abad por la inspección de sus huéspedes era menos esotérica.

—¿Por qué —le preguntó a Gault— hacen dibujos detallados de nuestras fortificaciones?

El prior le miró sorprendido.

—No sé nada de eso. ¿Se refiere a *thon* Taddeo?

—No, a los oficiales que vienen con él. Lo realizan de un modo bastante sistemático.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—Me lo ha dicho el poeta.

—¡El poeta! ¡Bah!

—Desgraciadamente, esta vez ha dicho la verdad. Sustrajo uno de sus diseños.

—¿Lo tiene usted?

—No, hice que lo devolviese. Pero no me gusta, presagia peligro.

—Supongo que el poeta puso precio a su informe…

—Aunque parezca extraño, no lo hizo. Desde el primer momento le ha desagradado el *thon*; y no ha dejado de murmurar para sí.

—El poeta siempre ha murmurado.

—Pero no con una disposición seria.

—¿Por qué supone que hacen los dibujos?

Paulo hizo una mueca.

—A menos que descubramos que no es así, creeremos que su interés es recóndito y profesional. Como ciudadela amurallada, la abadía ha sido un éxito. Nunca ha sido tomada por sitio o asalto y quizá por ello ha atraído su admiración profesional.

El padre Gault miró especulativamente el desierto hacia el este.

—Pensando en ello, si un ejército quisiera atacar hacia el oeste, a través de las Llanuras, probablemente tendría que establecer una guarnición en algún punto de esta región antes de avanzar rumbo a Denver. —Se quedó un momento pensativo y empezó a mostrarse alarmado—. ¡Y aquí tienen la fortaleza ideal!

—Me temo que ya han pensado en eso.

—¿Cree que los enviaron como espías?

—¡No, no! Dudo que el propio Hannegan haya oído hablar de nosotros. Pero están aquí, son oficiales y no pueden evitar mirar a su alrededor y pensar. A no dudar, Hannegan sabrá ahora dónde estamos.

—¿Qué piensa hacer?

—Todavía no lo sé.

—¿Por qué no habla de esto con *thon* Taddeo?

—Los oficiales no son sus servidores. Únicamente fueron enviados como escolta para protegerlo. ¿Qué puede hacer?

—Es pariente de Hannegan y tiene influencia.

El abad asintió.

—Voy a pensar en el modo de tratar este asunto con él. Pero primero observaremos qué es lo que ocurre.

En los días que siguieron, *thon* Taddeo completó su estudio de la ostra, y aparentemente satisfecho de comprobar que no se trataba de una almeja disfrazada, centró su atención en la perla. La tarea no era sencilla.

Gran cantidad de copias fueron escudriñadas. Las cadenas traquetearon y golpetearon cuando los libros más preciados salieron de sus estanterías. En el caso de los originales parcialmente dañados o deteriorados, parecía poco prudente creer la interpretación y vista de los copistas. Los manuscritos del tiempo de Leibowitz, que habían sido sellados en toneles herméticamente cerrados y encerrados en bóvedas especiales de almacenamiento para ser preservados indefinidamente, fueron entonces sacados a la luz.

El asistente del *thon* reunió varios kilos de notas. Después del quinto día, el ritmo de trabajo de *thon* Taddeo se aceleró y sus modales reflejaron la ansiedad de un sabueso hambriento que ha olido una caza sabrosa.

—¡Magnífico! —dudó entre el júbilo o la divertida incredulidad—. ¡Fragmentos de un físico del siglo XX! Las ecuaciones son incluso consistentes.

Kornhoer lo escudriñó sobre su hombro.

—Ya lo había visto —dijo sin aliento—. Nunca llegué a comprenderlo. ¿Se trata de algo importante?

—Todavía no estoy seguro. ¡Las matemáticas son hermosas, hermosas! Mire esto… esta expresión, observe su forma extremadamente reducida. Esta cosa bajo el signo del radical… parece el producto de dos derivadas, pero en realidad representa a todo un conjunto de derivadas.

—¿Cómo?

—Los índices se transforman en una expresión más amplia; de otro modo, no podía de ninguna manera

representar una integral de línea, como el autor dice. Es fantástico. Y vea esto, esta expresión de aspecto tan sencillo. Esta simplicidad es un engaño. Es evidente que representa, no a una, sino a todo un sistema de ecuaciones en una forma muy reducida. Me tomó un par de días darme cuenta de que el autor pensaba en las relaciones, no sólo de cantidades a cantidades, sino de sistemas completos a otros sistemas. Todavía no conozco todas las cantidades físicas involucradas, pero la sofisticación de las matemáticas es... ¡es sencillamente soberbia! ¡Si es un engaño, está inspirado! Si es auténtico, podemos tener una suerte increíble. En cualquiera de los casos, es magnífico. Tengo que ver la copia de esto más antigua que exista.

El hermano bibliotecario gruñó cuando vio que un nuevo tonel era sacado del almacén y el sello levantado. A Armbruster no le impresionaba el hecho de que el estudioso seglar, en dos días, hubiese resuelto parte de un rompecabezas que había sido considerado como un completo enigma durante una docena de siglos. Para el custodio de la Memorabilia, cada sello quitado representaba una nueva disminución en la probable vida del contenido del tonel y no hacía nada para ocultar su censura por el procedimiento. Para el hermano bibliotecario, cuya tarea en la vida era la preservación de los libros, la principal razón de su existencia era la de ser perpetuamente preservados. Su empleo era secundario y debía ser evitado si amenazaba su longevidad.

El entusiasmo de *thon* Taddeo por su tarea aumentó con el transcurso de los días y el abad se alegró al ver que el anterior escepticismo del *thon* se diluía con cada nueva lectura de algún texto fragmentario de la ciencia anterior al Diluvio de Fuego. El hombre de ciencia no había hecho afirmaciones demasiado claras acerca de la intención de sus investigaciones; quizás al principio su objeto fuera vago,

pero ahora realizaba su trabajo con la precisión vigorosa del que sigue un plan. Presintiendo el amanecer de algo, dom Paulo decidió ofrecerle al gallo una pértiga para cantar, por si el pájaro sentía el impulso de anunciar un futuro amanecer.

—La comunidad tiene interés en conocer los resultados de su trabajo —le dijo al erudito—. Nos gustaría que nos hablase de él, si no le importa discutirlo. Como es natural, todos hemos oído hablar de su labor teórica en su colegio, pero es demasiado técnico para que muchos de nosotros lo entendamos. ¿Le sería posible decirnos algo acerca de ello en… en términos generales que los no especialistas puedan entender? La comunidad me ha reprochado no haberle invitado a usted a dar una conferencia, pero pensé que primero le agradaría conocer el lugar. Claro que si prefiere no hacerlo…

La mirada del *thon* pareció afianzar compases en el cráneo del abad y medirlo por seis lados. Sonrió dubitativo.

—¿Le agradaría que explicase nuestro trabajo en el lenguaje más simple?

—Algo así, si es posible.

—De eso se trata —dijo, riendo—. El hombre no entrenado lee algún escrito sobre ciencias naturales y piensa: «¿Por qué no pueden explicar esto de un modo sencillo?». No parece darse cuenta de que lo que ha tratado de leer está escrito del modo más simple para el tema de que se trata. De hecho, una gran parte de la filosofía natural es un simple proceso de simplificación lingüística, un esfuerzo en inventar idiomas en los que media página de ecuaciones pueda expresar una idea que no podría ser expresada en menos de mil páginas de la llamada «lengua simple». ¿Me ha comprendido usted?

—Creo que sí. Entonces, ya que se expresa con tanta claridad, quizá podría decirnos el aspecto de ello. A menos

que la sugerencia sea prematura… en lo que a su trabajo con la Memorabilia se refiere.

—Pues no. Ya tenemos ahora una idea bastante clara de adónde vamos y con lo que tenemos que trabajar aquí. Claro que nos tomará aún mucho tiempo terminarlo. Las piezas tienen que encajar, y no todas pertenecen al mismo rompecabezas. Todavía no podemos predecir lo que podemos espigar de ello, pero estamos bastante seguros de lo que no podemos. Me satisface decir que es esperanzador. No tengo nada que objetar a explicar el plan general, pero…

Repitió el gesto de duda.

—¿Qué es lo que le preocupa?

El *thon* pareció ligeramente avergonzado.

—Sólo una incertidumbre acerca de mi auditorio. No quisiera ofender las creencias religiosas de nadie.

—¿Cómo podría hacerlo? ¿No es un asunto de filosofía natural? ¿De ciencia física?

—Claro que sí, pero muchas de las ideas que la gente tiene del mundo han sido adornadas con lo religioso…, bueno, lo que quiero decir es que…

—Pero si el tema es el mundo físico, ¿cómo puede ofender? Especialmente a esta comunidad. Hemos esperado durante mucho tiempo a que el mundo empezase a interesarse de nuevo en sí mismo. Y a riesgo de parecer jactancioso, puedo señalar que tenemos algunos aficionados bastante listos en ciencias naturales aquí en el mismo monasterio. Como por ejemplo el hermano Majek y el hermano Kornhoer…

—¡Kornhoer! —El *thon* alzó cautamente la vista hacia la lámpara de arco y la apartó deslumbrado—. ¡No puedo comprenderlo!

—¿La lámpara? Pero con seguridad usted…

—No, no se trata de la lámpara, ésta es bastante sencilla una vez que uno se recupera de la sorpresa de verla

funcionar. Tenía que funcionar. Lo hacía sobre el papel, asumiendo varias indeterminaciones y suponiendo algunos datos de los que no se disponía. Pero el salto limpio e impetuoso de la hipótesis vaga al modelo en funcionamiento. —El *thon* tosió nervioso—. Es al propio Kornhoer a quien no comprendo. Este aparato —extendió un dedo hacia la dinamo— es una muestra de un salto de unos veinte años de experimentos preliminares, empezando con una incomprensión de principios. Kornhoer se evitó los preliminares. ¿Cree en una intervención milagrosa? Yo no, pero aquí tiene usted un caso real. ¡Ruedas de carro! —Se echó a reír—. ¿Qué haría si tuviese un taller de máquinas? No puedo comprender que pueda permanecer encerrado en un monasterio un hombre como él.

—Quizás el hermano Kornhoer pueda explicárselo a usted —dijo dom Paulo, tratando de mantener alejado de su voz un asomo de dureza.

—Sí, bien… —Los compases visuales de *thon* Taddeo empezaron a medir de nuevo al viejo sacerdote—. Si en realidad piensa que nadie pueda sentirse ofendido por oír ideas no tradicionales, me encantará poder discutir nuestro trabajo. Pero parte de él quizás esté en desacuerdo con algunos pre… algunas opiniones establecidas.

—¡Bien! Entonces será fascinante.

Se pusieron de acuerdo en el momento y dom Paulo se sintió más tranquilo. El vacío esotérico entre los monjes cristianos y el investigador seglar de la naturaleza se vería seguramente estrechado por el libre intercambio de ideas. Kornhoer ya lo había estrechado ligeramente, ¿no era así? Más comunicación, no menos, era probablemente la mejor terapia para aliviar cualquier tensión. Y el nublado velo de la duda e indecisión desconfiada desaparecería tan pronto como el *thon* viese que sus anfitriones no eran unos irrazonables intelectuales reaccionarios como el erudito

parecía sospechar. Paulo sintió cierta vergüenza por sus anteriores recelos. «Paciencia, Señor, con un loco bien intencionado», rogó.

—Pero no puede ignorar a los oficiales y sus cuadernos de apuntes —le recordó Gault.

20

Desde el facistol del refectorio, el lector entonaba los anuncios. La luz de las velas empalidecía las caras de las legiones de hábito que permanecían sin movimiento detrás de sus banquillos y esperaban el principio de la comida de la noche. La voz del lector resonaba profundamente en el comedor de altas bóvedas, cuyo techo se perdía en las sombras tendidas como alas sobre las manchas de luz que se esparcían sobre las mesas de madera.

—El reverendo padre abad me ha ordenado anunciar que la regla de abstinencia queda dispensada en la cena de esta noche —dijo el lector—. Tendremos huéspedes, como deben haber oído, y todos los religiosos pueden tomar parte en el banquete de esta noche en honor a *thon* Taddeo y su grupo; podrán comer carne. La conversación, si se hace en voz baja, será permitida durante la comida.

Sonidos vocales contenidos, no muy diferentes de ahogadas exclamaciones de alegría, salieron de las filas de novicios. Las mesas estaban servidas. La comida todavía no había hecho su aparición, pero grandes bandejas sustituían a las usuales tazas de gachas, encendiendo los apetitos con las trazas de un festín. Los familiares jarros de leche quedaron en la despensa, y fueron reemplazados aquella noche por las mejores copas de vino. Encima de las mesas habían colocado algunas rosas.

El abad se detuvo en el pasillo esperando a que el lector terminase. Miró hacia la mesa preparada para él, el padre Gault, el huésped de honor y su grupo. En la cocina se habían equivocado de nuevo, se dijo. Habían puesto ocho platos. Los tres oficiales, el *thon* y su asistente y los dos sacerdotes hacían siete…, a menos, aunque no era probable, que el padre Gault hubiese invitado al hermano Kornhoer a que se les uniese. El lector terminó sus anuncios y dom Paulo entró en la sala.

—*Flectamus genua* —entonó el lector.

Las legiones de hábito doblaron la rodilla con precisión militar mientras el abad bendecía a su rebaño.

—*Levate.*

El grupo se levantó. Dom Paulo ocupó su lugar en la mesa y miró hacia la entrada. Gault debía acompañar a los demás. Las veces anteriores, sus comidas habían sido servidas en la casa de huéspedes en vez del refectorio para evitar sujetarlos a la austeridad de la comida frugal de los monjes.

Cuando los huéspedes entraron, los observó intentando descubrir al hermano Kornhoer, pero éste no estaba con ellos.

—¿A qué se debe el octavo plato? —le preguntó en voz baja al padre Gault cuando se sentaron.

Gault pareció sorprenderse y se encogió de hombros.

El intelectual se sentó a la derecha del abad y los demás se fueron sentando dejando desocupado el lugar que quedaba a su izquierda. Se volvió para pedirle a Kornhoer que se les uniese, pero el lector empezó a entonar el prefacio antes de que pudiese llamar la atención del monje.

—*Oremus* —contestó el abad, y el grupo se inclinó.

Durante la bendición, alguien se deslizó quietamente en el asiento que había a la izquierda del abad. Éste frunció el ceño, pero no levantó la vista durante la oración para identificar al culpable.

—*... et Spiritus Sancti, Amen.*

El abad miró con dureza a la figura de su lado.

—¡Poeta!

El lirio blanco se inclinó extravagantemente y sonrió.

—Buenas noches, caballeros, erudito *thon*, huéspedes distinguidos —dijo ampulosamente—. ¿Qué tenemos para esta noche? ¿Pescado asado y panales de miel en honor de la resurrección temporal que planea sobre nosotros? ¿O es que por fin el padre abad ha podido asar el ganso del alcalde del pueblo?

—Me gustaría asar…

—¡Ja! —dijo el poeta, y se volvió afablemente hacia el estudioso—. ¡Qué culinaria excelencia se goza en estos lugares, *thon* Taddeo! Debería unírsenos más a menudo. Supongo que en la casa de huéspedes sólo le alimentan a base de faisán asado y simple carne. ¡Una vergüenza! Aquí se alimenta uno mejor. Espero que el hermano Chef tenga esta noche su gusto acostumbrado, su llama interior, su toque encantado. Ah… —El poeta se frotó las manos y sonrió afectando apetito—. Quizá tengamos su inspirado «Falso tocino con maíz a lo fraile Juan», ¿eh?

—Parece interesante —dijo el maestro—. ¿Qué es?

—Armadillo grasiento con maíz tostado, hervido con leche de burra. La comida acostumbrada de los domingos.

—¡Poeta! —exclamó el abad, después le dijo al *thon*—: Le ruego disculpe su presencia; no ha sido invitado.

El erudito observó divertido al poeta.

—Mi señor, Hannegan, también mantiene a varios bufones en la corte —le dijo a Paulo—. Estoy familiarizado con esta clase de gente. No tiene que disculparse por él.

El poeta se levantó de un salto de su banquillo y se inclinó profundamente ante el *thon*.

—¡Permítame en vez de ello que pida disculpas por el abad, señor! —exclamó con sentimiento.

Durante un momento mantuvo la inclinación. Esperaron a que terminase con sus tonterías. En vez de ello se encogió de hombros súbitamente, se sentó y alanceó una humeante ave que un postulante había depositado en un plato frente a él. Le arrancó una pata y mordió con gusto. Lo miraron extrañados.

—Supongo que tiene razón al no aceptar mis excusas por él —le dijo finalmente al *thon*.

El erudito enrojeció ligeramente.

—Antes de que lo eche, insecto —dijo Gault—, vamos a examinar a fondo esta inquina.

El poeta agitó la cabeza y masticó pensativamente.

—Es bastante profundo, sí —admitió.

«Algún día, Gault se ahogará a sí mismo con esa manía que tiene», pensó dom Paulo.

Pero el sacerdote más joven estaba visiblemente molesto y buscó el medio de apartar el incidente del absurdo para poder encontrar un medio de aplastar al loco.

—Discúlpese por su anfitrión, poeta —ordenó—, y explíquese antes de irse.

—Déjelo, padre, déjelo —dijo Paulo, apresuradamente.

El poeta sonrió graciosamente al abad.

—Está bien, reverendo —dijo—. No me importa disculparme por usted. Usted lo hace por mí y yo lo hago por usted, ¿no es ésta una perfecta maniobra de caridad y buena voluntad? Nadie necesita disculparse por sí mismo… lo cual es siempre tan humillante. Con mi sistema, sin embargo, todo el mundo queda disculpado y nadie tiene que disculparse por sí mismo.

Sólo los oficiales parecieron encontrar divertidas las palabras del poeta. Aparentemente, la perspectiva del humor era suficiente para producir la ilusión de humor y el comediante podía arrancar risas con el gesto y la expresión, sin importar cuáles fuesen sus palabras. *Thon* Taddeo

sonreía secamente, pero era la clase de mirada que un hombre podía dedicar a una torpe exhibición de un animal entrenado.

—Y así —siguió diciendo el poeta—, si me permitiese servirle como humilde ayudante, reverendo, nunca tendría que cantar la palinodia. Como su «abogado de las excusas», por ejemplo, podría delegarme para ofrecer contrición a los huéspedes importantes por la existencia de chinches, y a las chinches, por el abrupto cambio de alimento.

El abad enrojeció y resistió un impulso de pisar los dedos descalzos del poeta con el talón de su sandalia. Le dio un golpe en el tobillo, pero el loco insistió.

—Yo cargaré con toda la culpa, claro está —dijo masticando ruidosamente la carne blanca—. Es un buen sistema, uno que estoy dispuesto a poner también a su disposición, eminente maestro. Estoy seguro de que lo habría encontrado conveniente. He podido comprender que los sistemas de lógica y metodología deben ser planeados y perfeccionados antes de los avances de la ciencia. Y mi sistema de excusas negociables y transferibles le habrían sido a usted de particular valor, *thon* Taddeo.

—¿Habrían sido?

—Sí, es una lástima. Alguien me robó mi cabra de cabeza azul.

—¿Cabra de cabeza azul?

—Tenía una cabeza tan calva como la de Hannegan y azul como la punta de la nariz del hermano Armbruster. Quería regalársela a usted, pero algún vil me la birló, antes de su llegada.

El abad apretó los dientes y dejó su talón apoyado sobre el dedo del poeta. *Thon* Taddeo fruncía ligeramente el ceño, pero pareció decidirse a no desenredar el oscuro significado del poeta.

—¿Necesitamos una cabra de cabeza azul? —le preguntó a su ayudante.

—No veo que nos urja mucho tenerla —dijo éste.

—¡Pero su necesidad es evidente! —dijo el poeta—. Dicen que está usted escribiendo ecuaciones que un día reharán al mundo. Dicen que se gesta un nuevo amanecer. Si es necesario que haya luz, entonces a alguien habrá que culpar de la oscuridad pasada.

—Ah, de ahí la cabra. —*Thon* Taddeo miró al abad—. No tiene gracia. ¿Es lo mejor que sabe hacer?

—Se dará cuenta de que no tiene empleo. Pero hablemos de algo sensa…

—No, no, no, ¡no! —objetó el poeta—. No ha comprendido lo que he querido decir, ilustre señor. ¡La cabra tiene que ser puesta en una capilla y honrada, no hay que maldecirla! Corónela con la corona que san Leibowitz le envió y dele las gracias por la luz que se está alzando. Entonces culpe a Leibowitz y condúzcalo al desierto. De este modo no tendría que llevar la segunda corona. La que tiene espinas. Responsabilidad, la llaman.

La hostilidad del poeta había salido a la luz y ya no se esforzaba en aparecer humorístico. El *thon* lo miró fríamente. El talón del abad fue de nuevo hacia el pie del poeta y de nuevo, de mala gana, sintió piedad.

—Y cuando —dijo el poeta— el ejército de su patrón venga a apoderarse de esta abadía, la cabra puede ser colocada en el patio y enseñársele a balar: «No ha habido nadie aquí sino yo, nadie aquí sino yo», cada vez que aparezca un extraño.

Uno de los oficiales empezó a levantarse de su banquillo con un furioso gruñido, y alargando su mano en busca del sable. Sacó la empuñadura de la vaina y quince centímetros de acero brillaron como un aviso hacia el poeta. El *thon* le asió la muñeca y trató de meter de nuevo la hoja en su

funda, pero era como tirar del brazo de una estatua de mármol.

—¡Ah, espadachín igual que dibujante! —se burló el poeta, aparentemente sin temer a la muerte—. Sus dibujos de las defensas de la abadía muestran una promesa tan artística.

El oficial lanzó un juramento y la hoja salió completamente de su vaina. Sus camaradas lo detuvieron, sin embargo, antes de que pudiese arremeterle. Una exclamación de sorpresa se produjo entre la congregación cuando los sorprendidos monjes se levantaron. El poeta seguía sonriendo suavemente.

—Artísticamente perfecto —siguió diciendo—. Puedo adelantar que algún día sus dibujos de los túneles subterráneos colgarán en algún museo de bellas…

Un apagado *plaf* se dejó oír debajo de la mesa. El poeta se detuvo a medio masticar, se quitó un hueso de la boca y lentamente fue palideciendo. Masticó, tragó y siguió perdiendo color. Miró abstraídamente hacia delante.

—Me lo está arrancando —murmuró por la comisura de los labios.

—¿Ha terminado de hablar? —le preguntó el abad mientras seguía presionando.

—Creo que tengo un hueso en la garganta —admitió el poeta.

—¿Desea retirarse?

—Me temo que debo hacerlo.

—Lástima. Le echaremos de menos. —Paulo le dio al dedo un último pisotón como medida de seguridad—. Puede irse.

El poeta suspiró de alivio, se secó la boca y se levantó. Vació su copa de vino y la dejó boca abajo en el centro de la bandeja. Algo de sus modales obligaba a mirarle. Se levantó el párpado con su dedo, inclinó la cabeza sobre la palma de la mano e hizo presión. El ojo de cristal cayó en su mano,

produciendo un sonido ahogado por parte de los texarkanos, que según parecía no estaban al corriente del ojo artificial del poeta.

—Vigílalos cuidadosamente —le dijo el poeta al ojo artificial, y después lo depositó boca arriba sobre la base de su copa de vino, desde donde contempló malignamente a *thon* Taddeo—. Buenas noches, caballeros —dijo alegremente hacia el grupo y se marchó.

El furioso oficial murmuró una maldición y se debatió para liberarse del dominio de sus camaradas.

—Llevadlo a su cuartel y mantenedlo quieto hasta que se calme —les dijo el *thon*—. Y vigilad que no tenga oportunidad de toparse con ese lunático.

—Me siento mortificado —le dijo al abad cuando el guardián, lívido, fue arrastrado de allí—. No son mis sirvientes y no puedo darles órdenes, pero puedo prometerle que él pagará por esto. Y si se niega a pedir disculpas y a partir de inmediato, tendrá que cruzar su rápida espada con la mía antes de mañana al mediodía.

—¡Que no haya derramamiento de sangre! —rogó el sacerdote—. No ha sucedido nada importante. Olvidémoslo. —Sus manos temblaban y su cara estaba grisácea.

—Pedirá disculpas y se marchará —insistió *thon* Taddeo— o tendré que ofrecer matarle. No se atreverá a luchar conmigo porque, si gana, Hannegan lo hará ejecutar por el piquete público mientras obligan a su mujer a… bueno, olvídelo. Se excusará y se marchará. De todas maneras, estoy terriblemente avergonzado de que tal cosa haya podido suceder.

—Debí expulsar al poeta tan pronto como apareció. Él lo provocó todo y no supe detenerle. La provocación fue muy clara.

—¿Provocación? ¿Por la mentira imaginativa de un loco? —Losar reaccionó como si los cargos del poeta fuesen

verdaderos.

—¿Entonces no está usted al corriente de que preparan un informe referente al valor militar de nuestra abadía como fortaleza?

La mandíbula del intelectual cayó. Miró primero a un sacerdote y después al otro con visible incredulidad.

—¿Es cierto esto? —preguntó después de un prolongado silencio.

El abad asintió.

—Y nos ha permitido que nos quedemos.

—No tenemos secretos. Sus camaradas son libres de hacer tal estudio si así lo desean. Yo no me atrevería a preguntar para qué quieren la información. La conclusión del poeta, claro, fue mera fantasía.

—Claro —dijo el *thon*, débilmente, sin mirar a su anfitrión.

—No creemos que su príncipe tenga ambiciones agresivas sobre esta región, como insinuó el poeta.

—Claro que no.

—Y aunque así fuese, estoy seguro de que tendrá la sensatez o al menos los consejeros sensatos que le hagan comprender que el valor de nuestra abadía como almacén de antigua sabiduría es muchas veces mayor que el que pueda tener como ciudadela.

El *thon* captó la nota de súplica, la corriente oculta de súplica de ayuda, en la voz del sacerdote y pareció pensar en ella, tocando ligeramente su comida y sin decir nada durante un rato.

—Hablaremos de nuevo de este asunto antes de volver al colegio —prometió suavemente.

Un palio había caído sobre el banquete, pero empezó a alzarse durante el canto del grupo en el patio después de la comida y desapareció del todo cuando llegó la hora de la

conferencia del intelectual en el gran vestíbulo. El embarazo parecía haber desaparecido y el grupo mostraba una cordialidad superficial.

Dom Paulo condujo al *thon* al facistol; Gault y el ayudante del *thon* los siguieron, uniéndoseles en la plataforma. Los aplausos sonaron unánimes cuando el abad hizo la presentación del intelectual; la quietud que siguió sugería el silencio de una corte esperando un veredicto. El erudito no tenía el don de la oratoria, pero el veredicto fue satisfactorio para el grupo monástico.

—Lo que hemos encontrado aquí me ha sorprendido —les dijo—. Hace unas semanas no lo habría creído; no suponía que documentos como los que ustedes tienen en su Memorabilia pudiesen sobrevivir después de la caída de la última poderosa civilización. Aún es difícil creerlo, pero la evidencia nos obliga a aceptar la hipótesis de que los documentos son auténticos. Su supervivencia en este lugar es increíble; pero todavía es más fantástico, para mí, el hecho de que en este siglo nadie los haya descubierto, hasta ahora. Últimamente ha habido hombres capaces de apreciar su valor potencial... y no sólo yo. ¡Lo que *thon* Kaschler hubiese hecho con ellos cuando vivió! ¡Apenas hace setenta años!

El mar de caras de monjes estaba animado de sonrisas al oír una reacción tan favorable para la Memorabilia por parte de un hombre tan sabio como el *thon*. Paulo se preguntó cómo era que no se daban cuenta de la débil corriente subterránea de resentimiento..., ¿o era suspicacia?, en el tono del conferenciante.

—De haber conocido esta fuente, hace diez años —decía —, la mayor parte de mis trabajos en óptica habrían sido innecesarios.

«Vaya —se dijo el abad—, conque éste es el motivo, por lo menos en parte. Ha comprobado que algunos de sus

descubrimientos son sólo redescubrimientos, y esto le deja un sabor amargo. Pero, con seguridad, tiene que saber que durante toda su vida no será sino un recopilador de trabajos perdidos; por más brillante que sea, sólo puede hacer lo que otros antes que él han hecho. Y así será, inevitablemente, hasta que el mundo esté tan altamente desarrollado como lo estuvo antes del Diluvio de Fuego».

De todas maneras era evidente que *thon* Taddeo estaba impresionado.

—Mi tiempo aquí es limitado —continuó—. Por lo que he visto, sospecho que se necesitarán veinte especialistas durante varias décadas para acabar de extraer del contenido de la Memorabilia una información comprensible. La ciencia física procede normalmente por razonamiento inductivo probado por el experimento; pero aquí la tarea es deductiva. Por medio de algunos retazos de principios generales, tenemos que intentar obtener los particulares. En algunos casos resulta imposible. Por ejemplo… —hizo una pausa momentánea para sacar una serie de notas entre las que rebuscó brevemente—. Aquí hay una nota que encontré enterrada en el sótano. Pertenece a la cuarta página de un libro que posiblemente era un texto de física avanzada. Quizás algunos de ustedes lo conocen.

»… y si los términos espaciales predominan en la expresión por la distancia entre puntos dados, la distancia se dice que es en el espacio, ya que entonces es posible seleccionar un sistema de coordenadas —perteneciente a un observador con una velocidad admisible— en el que los sucesos aparecen simultáneos y por consiguiente separados sólo espacialmente. Si, por el contrario, la distancia es en el tiempo, los sucesos no pueden ser simultáneos en cualquier sistema de coordenadas, pero existe un sistema de coordenadas en el que los términos espaciales se desvanecerán completamente de tal modo que la

separación entre hechos será puramente temporal, *id est*, ocurriendo en el mismo sitio, pero en tiempos diferentes. Ahora, después de examinar los extremos de la distancia real…

Levantó la vista con una extraña sonrisa.

—¿Alguno de los presentes ha estudiado últimamente esta referencia?

El mar de caras permaneció desconcertado.

—¿Nadie recuerda haberla visto nunca?

Kornhoer y otros dos levantaron precavidamente una mano.

—¿Alguno sabe lo que quiere decir?

Las manos fueron rápidamente bajadas.

El *thon* contuvo una sonrisa.

—Está seguida de una página y media de matemáticas que no trataré de leer, pero trata nuestros conceptos fundamentales como si no fuesen en absoluto básicos, sino apariciones evanescentes que cambian con el punto de vista. Termina con las palabras: «por consiguiente», pero el resto de la página está quemado y con ella la conclusión. Sin embargo, el razonamiento es impecable, y las matemáticas, excelentes, por lo que puedo escribir yo mismo la conclusión. Parece ser la conclusión de un loco. Pero de todas maneras empieza con supuestos igualmente absurdos. ¿Se trata de un engaño? Si no lo es, ¿cuál es su lugar en todo el esquema de la ciencia de los antiguos? ¿Qué le sigue y cómo probarlo? Son preguntas que no sé contestar. Éste es sólo un ejemplo de los muchos enigmas expuestos por estos documentos que han guardado ustedes tanto tiempo. Razonamientos que nunca tocan la experiencia real son asunto de los angelólogos y teólogos, no de los físicos. Y sin embargo, documentos como éste describen sistemas que están fuera de nuestra experiencia real. ¿Estaban al alcance experimental de los antiguos? Ciertas referencias tienden a

indicarlo. Un documento se refiere a la transmutación elemental, a la que hace poco declaramos teóricamente imposible, y después dice: «Ensayos experimentales». Pero ¿cómo?

»Quizá cueste generaciones valorar y comprender algunas de estas cosas. Es una lástima que tengan que permanecer aquí en este lugar inaccesible, porque se necesitará de un esfuerzo concentrado por parte de numerosos estudiosos para entender su significado. Estoy seguro de que comprenderán que su situación presente es inadecuada, por no decir inaccesible, para el resto del mundo.

Sentado en la plataforma, detrás del conferenciante, el abad empezó a agitarse esperando lo peor. *Thon* Taddeo, sin embargo, no hizo ninguna propuesta. Pero sus palabras siguieron dejando clara la opinión de que tales reliquias pertenecían a manos más competentes que las de los monjes de la Orden Albertiana de San Leibowitz, y que la situación, tal como prevalecía, era absurda. Notando quizá que la intranquilidad aumentaba en la sala, pronto llevó el tema hacia sus estudios inmediatos, que aparejaban una investigación más exhaustiva de la naturaleza de la luz de la que se había hecho antes. Varios de los tesoros de la abadía demostraban ser de mucha ayuda y esperaba encontrar pronto los medios experimentales para probar sus teorías. Después de mencionar los fenómenos de la refracción, hizo una pausa y dijo excusándose:

—Espero que nada de todo esto ofenda sus creencias religiosas.

Y miró a su alrededor zumbonamente. Al ver que sus caras todavía expresaban curiosidad, siguió hablando un rato y después invitó a la congregación a hacerle preguntas.

—¿Acepta usted una pregunta de la plataforma? —preguntó el abad.

—Naturalmente —dijo el estudioso, con aspecto ligeramente dubitativo, como pensando: *et tu, Brute*.

—Me preguntaba qué hay en la propiedad refractible de la luz que le haga pensar que pueda ser ofensiva para la religión.

—Pues… —el *thon* hizo una pausa incómoda—. Monseñor Apollo, a quien usted ya conoce, se acaloró bastante con el tema. Dijo que la luz no pudo de ningún modo ser refractible antes del Diluvio, porque se suponía que el arco iris…

La sala se echó a reír con fuerza, ahogando el resto de las palabras. Cuando el abad les hizo una seña ordenándoles silencio, *thon* Taddeo estaba rojo como un pimiento y dom Paulo tenía dificultades para mantener su cara solemne.

—Monseñor Apollo es un buen hombre, un buen sacerdote, pero todos los hombres pueden mostrarse a veces terriblemente ignorantes, especialmente fuera de su campo. Lamento haber hecho la pregunta.

—La respuesta me tranquiliza —dijo el estudioso—; no busco enfrentamientos inútiles.

No se le hicieron más preguntas y el *thon* siguió con su segundo tema: el crecimiento y las actividades actuales de su colegio. El cuadro, tal como lo pintó, parecía alentador. El colegio estaba lleno de solicitantes que querían estudiar en el instituto. El colegio cumplía una función educacional al igual que de investigación. El interés por la filosofía natural y la ciencia aumentaba entre los laicos letrados. Al instituto se le dotaba liberalmente, lo cual era un síntoma de nueva vida y renacimiento.

—Podría mencionar algunas de las investigaciones corrientes y búsquedas hechas por nuestra gente —continuó—. Siguiendo el trabajo de Bret sobre el comportamiento de los gases, *thon* Wiche Mortoin investiga las posibilidades de la producción artificial de hielo. *Thon* Friider Halb busca los

medios prácticos de la transmisión de mensajes por medio de variaciones eléctricas a lo largo de un cable…

La lista era larga y los monjes parecieron impresionarse. Estudios en muchos campos —medicina, astronomía, geología, matemáticas, mecánica— eran emprendidos. Algunos parecían poco prácticos y mal enfocados, pero la mayoría prometía grandes aportaciones al conocimiento y aplicaciones prácticas. De la búsqueda de Jejene del Universal Nostrum al atrevido asalto de Bodalk a las geometrías ortodoxas, las actividades del colegio exhibían un saludable anhelo para abrir los archivos privados de la naturaleza, cerrados desde que la humanidad quemara sus recuerdos institucionales y se condenara a la amnesia cultural hacía más de mil años.

—Además de estos estudios, *thon* Maho Mahh dirige un proyecto que busca una mayor información sobre el origen de la especie humana. Ya que ésta es principalmente una labor arqueológica, me pidió que buscase en su biblioteca cualquier material sugestivo sobre este tema, después que termine aquí mis propios estudios. Aunque quizá no debería seguir discutiendo sobre el tema, ya que es propicio a causar controversia con los teólogos. Pero si hay preguntas…

Un monje joven que estudiaba para el sacerdocio se levantó y fue reconocido por el *thon*.

—Señor, me pregunto si está enterado de las sugerencias de san Agustín sobre este tema.

—No lo estoy.

—Obispo y filósofo del siglo cuarto, sugirió que en un principio Dios creó todas las cosas en un embrión, incluso la fisiología del hombre, y que los embriones fecundaron, por decirlo así, la materia sin forma, que después, gradualmente, evolucionó hacia formas más complejas hasta llegar al hombre. ¿Ha sido considerada esta hipótesis?

La sonrisa del *thon* fue condescendiente, aunque de modo abierto no llamó infantil a la propuesta.

—Me temo que no, pero lo investigaré —dijo en un tono que indicaba que no lo haría.

—Gracias —dijo el monje y se sentó humildemente.

—Quizá la búsqueda más osada, sin embargo —continuó el sabio—, es la que dirige mi amigo *thon* Esser Shon. Es un intento de sintetización de la materia viva. *Thon* Esser espera crear protoplasma vivo sólo con seis ingredientes básicos. Este trabajo podría conducir a… ¿Sí? ¿Quiere hacerme una pregunta?

Un monje de la tercera fila se había levantado y se inclinaba hacia el conferenciante. El abad se inclinó para mirarle y reconoció, con horror, al hermano Armbruster, el bibliotecario.

—Si fuera usted tan amable —chilló el monje, arrastrando monótonamente las palabras—. Ese *thon* Esser Shon, que se limita a únicamente seis ingredientes básicos, es muy interesante. Me pregunto si le permiten emplear las dos manos.

—Pero, yo… —El *thon* se calló y frunció el ceño.

—Y, ¿puedo también preguntar —siguió arrastrándose la voz seca de Armbruster— si este hecho tan sorprendente lo efectúa desde su sitio, de pie o en posición inclinada? ¿O quizá montado en un caballo y tocando dos trompetas?

Los novicios evidenciaron reprimir una sonrisa. El abad se puso rápidamente de pie.

—Hermano Armbruster, se le ha prevenido. Queda usted separado de la mesa común hasta que haya usted dado satisfacciones. Puede esperar en la capilla de la Virgen.

El bibliotecario se inclinó una vez más y salió sin ruido de la sala, sus modales eran humildes, pero sus ojos expresaban satisfacción. El abad murmuró unas excusas al

thon, pero la mirada del estudioso se había convertido súbitamente en hielo.

—En conclusión —dijo—, un breve esbozo de lo que el mundo puede esperar, en mi opinión, de la revolución intelectual que surge. —Con los ojos ardientes, miró a su alrededor y su voz cambió de modo casual a tonalidades fervientes—. La ignorancia ha sido nuestro rey. Desde la muerte del imperio, se sienta, sin ser desafiada, en el trono del hombre. Su dinastía tiene una antigüedad de siglos. Su derecho a gobernar se considera ahora legítimo. Sabios pasados lo han afirmado. No hicieron nada para destronarla.

»Mañana gobernará un nuevo príncipe. Hombres que sabrán comprender, hombres de ciencia se colocarán detrás de su trono y el universo llegará a conocer su poder. Su nombre es Verdad. Su imperio abarcará la Tierra. Y el dominio del hombre sobre la Tierra será renovado. Dentro de un siglo, el hombre volará a través del cielo con pájaros mecánicos. Carruajes metálicos correrán a lo largo de las carreteras de piedra fabricadas por el hombre. Habrá edificios de treinta pisos, barcos que irán por debajo del mar, máquinas para hacer todos los trabajos.

»¿Y cómo ocurrirá esto? —Hizo una pausa y bajó la voz—. Supongo que del mismo modo en que ocurren todos los cambios. Y lamento que así sea. Ocurrirá con violencia y sublevación, por el fuego y la furia, porque en el mundo ningún cambio llega pacíficamente.

Miró a su alrededor porque un suave murmullo se había producido en la comunidad.

—Así será. No lo deseamos así.

—Pero ¿por qué?

—La ignorancia es la reina. A muchos, su abdicación no les hará provecho, pues se han enriquecido por medio de su oscura monarquía. Son sus cortesanos y, en su nombre, defraudan y gobiernan, se enriquecen y perpetúan su poder.

Temen, incluso, a los letrados, porque la palabra escrita es otro canal de comunicación que puede facilitar el que sus enemigos se unan. Sus armas son afiladas y las emplean con destreza. Cuando sus intereses se vean amenazados, forzarán la lucha sobre el mundo, y la violencia que le seguirá durará hasta que la estructura de la sociedad, como ahora existe, sea convertida en escombros y surja una nueva sociedad. Lo siento. Pero es así cómo lo veo.

Las palabras tendieron un nuevo palio sobre la sala. Las esperanzas de dom Paulo se esfumaron, debido a la profecía hecha por la opinión del intelectual. *Thon* Taddeo conocía las ambiciones militares de su monarca. Podía escoger entre aprobarlas, desaprobarlas o considerarlas un fenómeno impersonal más allá de su control como una marejada, el hambre o un remolino de viento.

Evidentemente, entonces, las aceptaba como inevitables… para evitar el tener que hacer un juicio moral. *Que haya sangre, hierro y lágrimas*…

«¿Cómo era posible que un hombre como aquél se evadiese de ese modo de su propia conciencia y negase su responsabilidad? ¡Y tan fácilmente!», se dijo furioso el abad.

Pero entonces las palabras se le ocurrieron. «Porque en aquellos días, Dios había permitido que los hombres sabios conociesen los medios con los cuales el mundo podía ser destruido…».

También les permitió saber cómo podía ser salvado, y, como siempre, les legó escogerlo por sí mismos. Y quizá lo hicieron como *thon* Taddeo lo hace. Lavarse las manos ante la muchedumbre. Encargaos de ello. Para evitar que se crucifiquen ellos mismos.

Pero de todas maneras se crucificaron. Sin dignidad. Siempre para alguien como quiera que sea, es ser clavado en ella, colgado de ella y si se cae ellos golpean…

Se produjo un súbito silencio. El estudioso había dejado de hablar.

El abad escudriñó la sala; la mitad de la comunidad miraba hacia la entrada. Al principio, sus ojos no vieron nada.

—¿Quién es? —le susurró a Gault.

—Un anciano con una barba y manto —murmuró Gault—. Parece… No, él no…

Dom Paulo se levantó y avanzó hacia el frente del estrado para mirar la forma tenuemente definida entre las sombras. Entonces dijo, suavemente:

—¿Benjamín?

La figura se agitó. Se apretó más el manto sobre sus delgados hombros y avanzó cojeando hacia la luz. Se detuvo de nuevo, murmurando para sí mientras miraba a su alrededor en la habitación; entonces su mirada se detuvo en el conferenciante que permanecía en el facistol.

Apoyándose en un báculo maltrecho, la vieja aparición cojeó lentamente hacia el facistol sin apartar su mirada del hombre que estaba detrás. *Thon* Taddeo pareció humorísticamente perplejo al principio, pero cuando nadie se movió o habló, cuando la decrépita aparición se le fue acercando, pareció palidecer. La cara de la barbuda antigüedad brillaba con una feroz esperanza de alguna pasión subyugante que ardía más furiosamente en él que el principio de la vida, que debía haberlo abandonado hacía tiempo.

Se acercó más al facistol, se detuvo. Su mirada se posó en el sorprendido orador. Su boca tembló. Sonrió. Extendió una mano temblorosa hacia el estudioso. El *thon* se echó hacia atrás con una exclamación de repulsión.

El ermitaño era ágil. Dio la vuelta a la tarima, evitó el facistol y asió al estudioso por un brazo.

—¡Qué locura…!

Benjamín apretó el brazo mientras miraba esperanzado los ojos del erudito.

Su cara se nubló, el brillo desapareció y dejó caer el brazo. Un gran suspiro amargo salió de los viejos y secos pulmones cuando la esperanza se desvaneció. La eterna y sabia sonrisa del viejo judío de la montaña volvió a su cara. Miró hacia la comunidad, extendió las manos y se encogió elocuentemente de hombros.

—Todavía no es Él —dijo amargamente y se alejó cojeando.

Después de aquello, se rompió todo convencionalismo.

21

Hacía diez semanas que habían recibido a *thon* Taddeo cuando el mensajero trajo malas noticias. La cabeza de la dinastía reinante de Laredo había pedido que las tropas texarkanas fuesen evacuadas de inmediato del reino. Aquella noche, el rey había muerto envenenado y el estado de guerra se había proclamado entre los reinos de Laredo y Texarkana. La guerra sería corta. Podía afirmarse con seguridad que la guerra había terminado al día siguiente de haber estallado y que ahora Hannegan controlaba todas las tierras y pueblos desde el Red River a Río Grande.

Aquello lo esperaban, pero no las noticias que siguieron.

Hannegan II, por la gracia de Dios alcalde virrey de Texarkana, defensor de la fe y vaquero supremo de las Llanuras, después de encontrar a monseñor Marcus Apollo culpable de «traición» y espionaje, había hecho colgar al nuncio papal, y más tarde, cuando aún estaba vivo, lo había descolgado, destripado, descuartizado y despellejado como ejemplo para cualquiera que tratase de socavar el Estado del gobernador. Cortado en pedazos, el cuerpo del sacerdote fue lanzado a los perros.

Al mensajero casi no le fue necesario añadir que Texarkana estaba bajo absoluto interdicto por un decreto papal que contenía ciertas vagas, pero ominosas alusiones a *Regnans in Excelsis*: una bula del siglo XVI ordenando la deposición de un monarca. Todavía no había noticias de las contramedidas de Hannegan.

En las Llanuras, las fuerzas laredanas tendrían ahora que abrirse paso, luchando con las tribus nómadas, para abandonar las armas en sus propias fronteras, pues su nación y sus allegados eran rehenes.

—¡Es una noticia trágica! —dijo *thon* Taddeo, con un visible grado de sinceridad—. Debido a mi nacionalidad, ofrezco marcharme enseguida.

—¿Por qué? —preguntó dom Paulo—. No aprueba los actos de Hannegan, ¿verdad?

El intelectual dudó y después meneó la cabeza. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchaba.

—Personalmente los condeno. Pero en público… —Se encogió de hombros—. Tengo que pensar en el colegio. Si sólo se tratase de mi propia vida, pues…

—Comprendo.

—¿Puedo aventurar confidencialmente una opinión?

—Claro que sí.

—Creo que alguien debería prevenir a Roma de que no hiciese amenazas ociosas. Hannegan es capaz de crucificar a varias docenas de Marcus Apollo.

—Entonces algunos nuevos mártires alcanzarán el cielo; Roma no hace amenazas ociosas.

El *thon* suspiró.

—Supuse que lo vería de este modo, pero le renuevo mi ofrecimiento de marcharme.

—Tonterías. Pese a su nacionalidad, su categoría de ser humano le hace bienvenido.

Pero se había abierto una grieta. A partir de aquel momento, el erudito se mantuvo aislado y hablaba en muy pocas ocasiones con los monjes. Sus relaciones con el hermano Kornhoer se hicieron notablemente ceremoniosas, aunque el inventor pasaba una hora o dos cada día al servicio e inspección de la dinamo y la lámpara, y se mantenía informado de los progresos de los trabajos del

thon, que avanzaban ahora con velocidad desacostumbrada. Los oficiales rara vez se aventuraban fuera del pabellón de huéspedes.

Había noticias de éxodo en la región. Rumores desalentadores llegaban de las Llanuras. En el pueblo de Sanly Bowitts, la gente empezó a encontrar razones para partir en súbitas peregrinaciones o para visitar otras tierras. Hasta los mendigos y vagabundos abandonaban el pueblo. Como siempre, los mercaderes y artesanos se enfrentaban a la desagradable disyuntiva de abandonar su propiedad a los ladrones y asaltantes o quedarse para verla saqueada.

Un comité de ciudadanos encabezado por el alcalde del pueblo visitó la abadía para pedir asilo para los pueblerinos en caso de invasión.

—Mi oferta final —dijo el abad, después de varias horas de discusiones— es ésta: aceptaremos, sin lugar a dudas, a todas las mujeres, niños, inválidos y ancianos, pero en cuanto a los hombres capaces de empuñar un arma, consideraremos cada caso de modo individual y quizá no aceptemos a algunos.

—¿Por qué? —preguntó el alcalde.

—¡Debería ser evidente incluso para usted! —dijo secamente dom Paulo—. Puede ser que nos ataquen, pero a menos que lo hagan de un modo directo, nos mantendremos al margen. No permitiré que nadie emplee este lugar como guarnición para lanzar un contraataque si el único ataque es sobre el propio pueblo. Por ello, en el caso de los hombres capaces de manejar armas, tendremos que insistir en un juramento: defender la abadía bajo nuestras órdenes. Y decidiremos en cada caso si el juramento es o no digno de confianza.

—¡No es justo! —chilló uno de los miembros del comité—. Discriminarán…

—Sólo a los que no sean dignos de confianza. ¿Cuál es el problema? ¿Planeaban esconder aquí una fuerza de reserva? Pues no les será permitido. No van a estacionar aquí ninguna de las partes de la milicia del pueblo. No hay nada más que hablar.

En aquellas circunstancias, el comité no podía dejar de aceptar cualquier ayuda que le fuese ofrecida. No se habló más de ello. Dom Paulo tenía la intención de, llegado el caso, aceptar a todo el mundo; pero por el momento pensaba anticiparse a los planes del pueblo de implicar a la abadía en cualquier planificación militar. Más tarde llegarían oficiales de Denver con peticiones semejantes; estarían menos interesados en salvar vidas que en salvar su régimen político. Pensaba darles una respuesta similar. La abadía fue construida como una fortaleza de fe y conocimiento, y pensaba conservarla como tal.

El desierto fue invadido por los vagabundos procedentes del este. Comerciantes, tramperos y pastores avanzando hacia el oeste trajeron noticias de las Llanuras. La plaga del ganado aniquilaba rápidamente los rebaños de los nómadas; el hambre parecía inminente. Las fuerzas laredanas sufrieron una escisión subversiva desde la caída de la dinastía laredana. Parte de ellos volvían a su tierra natal como se les ordenaba, mientras que el resto proyectaba bajo un voto implacable marchar hacia Texarkana y no detenerse hasta haber obtenido la cabeza de Hannegan II o morir en el empeño. Debilitados por su división, los laredanos eran aniquilados gradualmente por los asaltos sorpresa de los guerreros de Oso Loco, que estaban sedientos de venganza contra aquellos que habían traído la plaga. Se rumoreaba que Hannegan había prometido generosamente convertir a la gente de Oso Loco en sus súbditos protegidos si juraban fidelidad a la ley «civilizada», aceptaban a sus oficiales en sus consejos y abrazaban la fe cristiana. «Sométanse o

mueran», fue la condición que el destino y Hannegan les ofrecieron a los pueblos pastores. Muchos escogerían la muerte antes que jurar obediencia a un Estado agrario-mercantil. Se dijo que Hongan Os lanzaba su desafío hacia el este, el oeste y el cielo; esto último lo realizó haciendo quemar a un hechicero para castigar a los dioses de la tribu por haberle traicionado. Amenazó con convertirse al cristianismo si los dioses cristianos le ayudaban a eliminar a sus enemigos.

Fue durante la breve visita de un grupo de pastores cuando el poeta desapareció de la abadía. *Thon* Taddeo fue el primero en descubrir la ausencia del poeta del pabellón de los huéspedes y en preguntar por el errático versificador.

La cara de dom Paulo evidenció sorpresa.

—¿Está seguro de que no está? —preguntó—. A veces pasa unos días en el pueblo o va a la meseta a charlar con Benjamín.

—Faltan sus pertenencias —dijo el *thon*—. Todo lo que poseía en su habitación ha desaparecido.

El abad hizo una mueca amarga.

—Cuando el poeta se marcha, mala señal. Por cierto, si es verdad que se ha ido, le aconsejo que haga de inmediato inventario de todas sus cosas.

El *thon* pareció pensativo.

—Entonces mis botas…

—No hay duda de ello.

—Las mandé limpiar y no me fueron devueltas. Fue el mismo día que trató de tirar abajo mi puerta.

—Tirar abajo… ¿Cómo? ¿El poeta?

Thon Taddeo contuvo una sonrisa.

—Me parece que me he estado divirtiendo un poco con él. Tengo su ojo de cristal. ¿Recuerda la noche que lo dejó sobre la mesa del refectorio?

—Sí.

—Yo lo recogí.

El *thon* abrió su bolsa, rebuscó en ella un momento y después dejó el ojo del poeta sobre la mesa del abad.

—Él sabía que yo lo tenía, pero yo lo negaba. Desde entonces nos divertimos con él; hicimos correr rumores de que se trataba, en realidad, del ojo perdido hace tiempo por el ídolo Bayring y debía ser devuelto al museo. Después de un tiempo, se puso bastante frenético. Como es natural, pensaba devolvérselo antes de regresar a mi casa. ¿Supone que volverá después de que nos hayamos marchado?

—Lo dudo —dijo el abad, estremeciéndose ligeramente mientras miraba el globo—. Pero se lo guardaré si quiere. Además, es probable que aparezca en Texarkana. Según dice, es un potente talismán.

—¿Cómo es eso?

Dom Paulo sonrió.

—Dice que cuando lo usa puede ver mucho mejor.

—¡Qué tontería! —El *thon* hizo una pausa; siempre dispuesto, aparentemente, a dar a cualquier clase de premisa extraña, un momento de consideración, añadió—: No, es una tontería… A menos que llenar la cuenca vacía afecte los músculos de ambas cuencas. ¿Es esto lo que dice?

—Jura que sin él no puede ver igual. Dice que lo necesita para la percepción de los «verdaderos significados», aunque cuando lo usa le produce cegadores dolores de cabeza. Pero nunca se sabe cuándo el poeta se atiene a los hechos, a la imaginación o a la alegoría. Si la imaginación es lo suficientemente lista, dudo que el poeta llegue a admitir la diferencia entre imaginación y realidad.

El *thon* sonrió zumbonamente.

—El otro día gritó detrás de mi puerta que yo lo necesitaba más que él. Esto parece sugerir que lo considera como un ser, en sí mismo, su potente fetiche… bueno para cualquiera. Me pregunto por qué…

—¿Dijo que usted lo necesitaba? ¡Jo, jo!

—¿Qué hay de divertido en ello?

—Lo siento. Probablemente lo dijo como un insulto. Es mejor que no trate de explicar el insulto del poeta; podría parecer una parte del mismo.

—Nada de esto, siento curiosidad.

El abad miró la imagen de san Leibowitz en un rincón de la habitación.

—El poeta empleó el ojo como broma corriente —explicó—. Cuando quería tomar una decisión, pensar algo o discutir un punto, se ponía el ojo de vidrio en la cuenca. Se lo quitaba de nuevo cuando veía algo que le desagradaba, cuando pretendía ver más allá de algo o cuando quería parecer estúpido. Cuando lo llevaba, sus modales cambiaban. Los hermanos empezaron a llamarlo «la conciencia del poeta», y él siguió la broma. Daba pequeños discursos, conferencias y demostraciones de las ventajas de una conciencia que podía quitarse. Pretendía que un frenético apremio se posesionaba de él, en general algo trivial, como una compulsión dirigida a una botella de vino.

»Si llevaba su ojo, agitaba la botella de vino, se humedecía los labios, jadeaba, se lamentaba y después apartaba la mano. Finalmente se posesionaba de nuevo de él. Se aferraba a la botella, escanciaba un dedo en un vaso y se recreaba con él un segundo. Pero entonces la conciencia se abría paso de nuevo y tiraba el vaso al otro lado de la habitación. Pronto estaba encandilado ante la botella y empezaba a quejarse y lloriquear, pero luchando con el deseo odioso de mirarla. —El abad no pudo evitar sonreírse—. Finalmente, cuando quedaba rendido, se arrancaba el ojo de vidrio. Después de quitarse el ojo, súbitamente descansaba. La compulsión dejaba de ser compulsiva. Frío y arrogante, cogía la botella, miraba a su alrededor y reía. “De todas maneras lo haré”, decía. Entonces, cuando todo el

mundo esperaba verle beber, sonreía beatíficamente y se vaciaba la botella en la cabeza. Las ventajas de una conciencia que pueda quitarse, ¿ve usted?

—Por esto piensa que yo la necesito más que él.

Dom Paulo se encogió de hombros.

—Es sólo un poetastro.

El erudito resopló divertido. Jugueteó con la esfera vítrea y la hizo rodar por encima de la mesa con su pulgar. De pronto, se echó a reír.

—Me agrada. Creo que sé quién lo necesita más que el poeta. Quizá después de todo me lo quedaré.

Lo cogió, lo echó al aire, lo asió y miró dubitativo al abad. Paulo se encogió nuevamente de hombros.

Thon Taddeo dejó caer el ojo de nuevo en su bolsillo.

—Si viene a reclamarlo lo tendrá. Pero por cierto, quería decirle que mi trabajo casi está terminado. Dentro de unos días nos marcharemos.

—¿No le preocupa la lucha en las Llanuras?

Thon Taddeo miró hacia la pared con el ceño fruncido.

—Acamparemos en una colina a más de una semana de viaje de aquí hacia el este. Un grupo de… nuestra escolta se nos unirá allí.

—Espero —dijo el abad, saboreando la cortés muestra de crueldad— que su grupo escolta no haya cambiado su lealtad política desde que prestó su acuerdo. En estos días es difícil separar a los amigos de los enemigos.

El *thon* enrojeció.

—Especialmente si viene de Texarkana, ¿quiere decir?

—No dije esto.

—Seamos francos el uno con el otro, padre. No puedo luchar con el príncipe, que hace posible mi trabajo…, a pesar de lo que piense de su política o políticos. Hago como que le apoyo, superficialmente, o por lo menos que no le hago caso por el bien del colegio. Si extiende sus tierras,

quizás el colegio pueda sacar provecho de ello, y si el colegio prospera, la humanidad sacará provecho de nuestro trabajo.

—Los que sobrevivan, quizás.

—Es verdad, pero en cualquier caso esto es siempre verdad.

—No, no; hace doce siglos, ni los supervivientes lo aprovecharon. ¿Tenemos que seguir de nuevo la misma ruta?

Thon Taddeo se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, molesto—. El príncipe es Hannegan, no yo.

—Pero prometió empezar a devolverle al hombre el dominio sobre la naturaleza. ¿Quién gobernará el empleo del poder para controlar las fuerzas naturales? ¿Quién lo empleará? ¿Con qué finalidad? ¿Cómo lo mantendrán bajo su dominio? Tales decisiones todavía pueden ser tomadas. Pero si usted y los de su grupo no las toman ahora, otros las tomarán pronto por ustedes. La humanidad se aprovechará, dice. Pero ¿sufriendo a quién? ¿A un príncipe que firma con una X? ¿O en verdad cree que su colegio puede permanecer al margen de sus ambiciones cuando empiece a descubrir que ustedes tienen un valor para él?

Dom Paulo no esperaba convencerle. Pero con dolor en el corazón el abad notó la forzada paciencia con que el *thon* le escuchaba; era la paciencia del hombre que escucha una opinión que hace tiempo ha refutado para su propia satisfacción.

—Lo que en realidad sugiere —dijo el intelectual— es que esperemos un poco. Que disolvamos el colegio o lo traigamos al desierto y que de algún modo, sin tener oro o plata en nuestro poder, demos de nuevo vida a una ciencia experimental y teórica de algún modo lento y laborioso, sin

decírselo a nadie. Que lo conservemos todo para el día en que el hombre sea bueno, puro, santo y sabio.

—Esto no es lo que quería decir…

—Esto no es lo que quería decir, pero es lo que significan sus palabras. Mantener la ciencia enclaustrada, sin tratar de aplicarla, sin tratar de emplearla, hasta que los hombres sean santos. Bueno, no servirá de nada. Lo han venido ustedes haciendo en esta abadía durante siglos.

—No hemos ocultado nada.

—No lo han ocultado, pero se han sentado sobre ello sin decir palabra, nadie sabía que estaba aquí y no hicieron nada al respecto.

Una llamarada de enojo brilló en los ojos del viejo sacerdote.

—Creo que es tiempo de que conozca a nuestro fundador —murmuró, señalando la escultura de madera que había en un rincón—. Era un científico como usted, antes de que el mundo se volviese loco y corriese en busca del santuario. Fundó esta orden para salvar todo lo que pudiese ser salvado de los documentos de la última civilización. ¿Salvado de qué y para qué? Mire dónde está colocado… ¿Ve la hoguera? ¿Los libros? En aquella época, el mundo no quería a su ciencia, y así siguió durante siglos. Él murió por nuestro bien. Cuando lo cubrieron de combustible, cuenta la leyenda que les pidió un vaso. Lo bendijo y algunos dicen que en aquel momento el combustible se convirtió en vino; entonces: *Hic est enim calix Sanguinis Mei*, se lo bebió antes de que le colgasen y le prendiesen fuego. ¿Quiere que le lea una lista de nuestros mártires? ¿Quiere que le mencione todas las batallas en las que hemos participado para mantener intactos estos documentos? ¿Todos los monjes que han perdido la vista en la sala de copias para su bien? Y todavía dice que no hicimos nada con ello, que lo ocultamos en silencio.

—No intencionadamente —dijo el intelectual—, pero en efecto lo hicieron… y por los mismos motivos que según usted deberían ser los míos. Si trata de guardar la sabiduría hasta que el mundo sea sabio, padre, el mundo nunca la tendrá.

—¡Veo que la incomprensión es básica! —dijo el abad, ásperamente—. Servir primero a Dios o servir primero a Hannegan… Tiene que escoger.

—No tengo muchas opciones, pues —contestó el *thon*—. ¿Me aceptaría usted para trabajar para la Iglesia?

El desprecio de su voz no dejaba lugar a dudas.

22

Era jueves en la octava de Todos los Santos. Preparándose para partir, el *thon* y su grupo ordenaron sus notas y documentos en el sótano. Había atraído un pequeño auditorio monástico y el espíritu amistoso prevalecía a medida que el momento de partir se avecinaba. Sobre sus cabezas la luz de arco aún chisporroteaba, brillaba y llenaba la antigua biblioteca de una dureza blancoazulada, mientras el equipo de novicios impelía cansadamente la dinamo movida a mano. La poca experiencia del novicio que se sentaba arriba de la escalera para conservar ajustada la separación del arco hizo que la luz vacilase estática; había reemplazado al anterior operador que era más hábil y que se hallaba confinado en la enfermería con paños húmedos sobre los ojos.

Thon Taddeo había contestado preguntas acerca de su trabajo con menos reticencia de la acostumbrada, sin preocuparse ya, según lo que aparentaba, de los temas tan controvertibles como la propiedad refractible de la luz o las ambiciones de *thon* Esser Shon.

—Ahora, a menos que esa hipótesis no tenga significado —decía—, debe ser posible confirmarlo de algún modo por la observación. Expuse la hipótesis, con la ayuda de algunas formas matemáticas nuevas, o mejor dicho viejas, sugeridas por nuestros estudios de la Memorabilia. La hipótesis parece ofrecer una explicación simple del fenómeno óptico; pero, francamente, al principio no se me ocurría cómo probarla.

Ahí fue donde me ayudó vuestro hermano Kornhoer —indicó al inventor con una sonrisa y desplegó un bosquejo del aparato de prueba propuesto.

—¿Qué es? —preguntó alguien después de un breve intervalo de confusión.

—Bueno, es una batería de placas de vidrio. Un rayo de luz solar, al incidir sobre la batería en este ángulo, quedará parcialmente reflejado y parcialmente transmitido. La parte reflejada será polarizada. Ahora ajustamos la batería para reflejar este rayo a través de este aparato, el cual es idea del hermano Kornhoer, y dejamos que la luz incida en esta segunda batería de placas de vidrio, que está colocada en el ángulo correcto para reflejar casi todo el rayo polarizado y no transmitir casi nada de él. Mirando a través del vidrio, apenas se ve luz. Todo esto ha sido probado. Pero ahora, si mi hipótesis es correcta, cerrando este conmutador sobre la bobina del hermano Kornhoer, debería causar una súbita iluminación de la luz transmitida. Si no lo hace… —se encogió de hombros— entonces olvidaremos la hipótesis.

—En vez de ello, deberían olvidar la bobina —sugirió modestamente el hermano Kornhoer—. No estoy seguro de que produzca un campo suficientemente potente.

—Pero yo sí. Tiene usted instinto para estas cosas. Para mí es más fácil desarrollar una teoría abstracta que construir un modo práctico de ponerla a prueba. Pero usted tiene un don sorprendente para verlo todo en términos de tornillos, cables y lentes, mientras yo todavía estoy pensando en términos de signos abstractos.

—Pero en primer lugar, *thon* Taddeo, a mí nunca se me ocurrirán las abstracciones.

—Formaríamos una buena pareja, hermano. Me gustaría que me acompañase al colegio, aunque sólo fuese por un tiempo. ¿Cree que su abad le daría permiso?

—No me atrevo ni a pensarlo —murmuró el inventor, súbitamente incómodo.

Thon Taddeo se volvió hacia los demás.

—He oído hablar de «hermanos con permiso». ¿No es verdad que a algunos miembros de la congregación se les ocupa temporalmente en otros sitios?

—Sólo excepcionalmente, *thon* Taddeo —dijo un joven sacerdote—. Antes, la orden proporcionaba ayudantes, escribanos y secretarios al clero secular y a las dos cortes eclesiástica y monárquica. Pero aquello fue en momentos de gran penuria y pobreza aquí en la abadía. A veces, los hermanos con permiso evitaban que el resto de nosotros muriese de hambre. Pero esto ya no es necesario y se hace raramente. Como es natural, tenemos a algunos hermanos estudiando en Nueva Roma, ahora, pero…

—¡Esto es! —dijo el *thon*, con súbito entusiasmo—. Una beca para ustedes en el colegio, hermano. Estuve hablando con su abad, y…

—¿Sí? —preguntó el joven sacerdote.

—Bien, aunque estamos en desacuerdo en algunas cosas, puedo comprender su opinión. Pienso que un intercambio de becas podría mejorar las relaciones. Habría un estipendio, claro está, y estoy seguro de que su abad lo destinaría a buen uso.

El hermano Kornhoer inclinó la cabeza, pero no dijo nada.

—¡Vamos! —rió el intelectual—. No parece agradarle la invitación, hermano.

—Me siento honrado, claro, pero estos asuntos no puedo decidirlos yo.

—Bien, lo comprendo, claro. Pero ni soñaría en pedírselo a su abad si la idea no le complaciese a usted.

El hermano Kornhoer dudó.

—Mi vocación está en la religión —dijo finalmente—, esto es… en una vida de oración. Pensamos en nuestro trabajo

como en una especie de plegaria. Pero esto… —hizo un gesto hacia la dinamo— para mí es más bien un juego. Sin embargo, si dom Paulo me enviase…

—Iría de mala gana —dijo secamente el intelectual—. Estoy seguro de que podría hacer que el colegio le enviase a su abad por lo menos cien hannegans de oro al año mientras estuviese con nosotros. Yo… —Hizo una pausa para observar las caras que le rodeaban—. Perdonen, ¿he dicho algo malo?

A medio camino de la escalera, el abad se detuvo para observar al grupo del sótano. Varias caras se volvieron hacia él. Después de unos segundos, *thon* Taddeo descubrió la presencia del abad y le saludó con un gesto amable.

—Hablábamos de usted, padre —dijo—. Si lo ha oído quizá deba explicarle…

Dom Paulo denegó con un gesto.

—No es necesario.

—Pero me agradaría poder hablar de…

—¿Puede esperar? Tengo prisa.

—Ciertamente —dijo el intelectual.

—Volveré enseguida.

Subió de nuevo la escalera. El padre Gault le esperaba en el patio.

—¿Se han enterado de ello, dómine? —preguntó el prior, ceñudamente.

—No lo pregunté, pero estoy seguro de que no —contestó dom Paulo—. Están allá abajo diciendo tonterías. Algo acerca de llevarse con ellos al hermano Kornhoer.

—Entonces no lo saben, es seguro.

—Sí. ¿Dónde está?

—En el pabellón de los huéspedes, dómine. El médico está con él. Delira.

—¿Cuántos hermanos saben que está aquí?

—Sólo cuatro. Estábamos cantando nonas cuando apareció en la entrada.

—Dígales a esos cuatro que no se lo mencionen a nadie. Después reúnase con nuestros huéspedes en el sótano. Sea agradable y evite que se enteren.

—¿No habría que decírselo antes de su partida, dómine?

—Sí, pero primero dejemos que se preparen. Ya sabe que se marcharán de todas maneras. Así que para minimizar la turbación, esperemos hasta el último momento. ¿Lo lleva ahora encima?

—No. Lo dejé con sus cosas en el pabellón de los huéspedes.

—Iré a verle. Prevenga a los hermanos y reúnase con los huéspedes.

—Sí, dómine.

El abad fue cansadamente hacia el pabellón de visitantes. Al entrar encontró al hermano farmacéutico que salía de la habitación del fugitivo.

—¿Vivirá, hermano?

—No lo sé, dómine. Mal trato, hambre, falta de abrigo, fiebre… si Dios quiere. —Se encogió de hombros.

—¿Puedo hablar con él?

—Estoy seguro de que no importa. Pero no coordina.

El abad entró en la habitación y cerró suavemente la puerta tras de sí.

—¿Hermano Claret?

—Ya basta —dijo sin aliento el hombre en la cama—. Por el amor de Dios, ya basta… Le he dicho todo lo que sé. Le traicioné. Ahora déjeme… ser.

Dom Paulo miró con piedad al secretario del difunto Marcus Apollo. Observó las manos del escribano. En lugar de las uñas sólo había dolorosas llagas.

El abad se estremeció y se volvió hacia la mesita que había junto a la cama. Entre la pequeña colección de

papeles y efectos personales, encontró rápidamente el documento fríamente impreso que el fugitivo había traído consigo del este:

> HANNEGAN EL ALCALDE, por la gracia de Dios Padre. Soberano de Texarkana, emperador de Laredo, defensor de la fe, doctor en Leyes. Jefe de los clanes de los nómadas y vaquero supremo de las Llanuras, a todos los OBISPOS, SACERDOTES y PRELADOS de la Iglesia de nuestro REINO LEGAL. Saludos y tomad nota, porque ésta es la LEY. A SABER:
> 1) Considerando que un príncipe extranjero, cierto Benedict XXII, obispo de Nueva Roma, afirma altanero una autoridad que en derecho no es la suya, sobre el clero de esta nación; y se ha atrevido a intentar primero, colocar a la Iglesia texarkana bajo sentencia de interdicción para después suspender esta sentencia, creando así gran confusión y negligencia espiritual en el reino, actuando de acuerdo con un consejo de obispos y clero, por la presente declaramos a nuestro leal pueblo que el arriba mencionado príncipe y obispo Benedict XXII es un herético, simoníaco, asesino, sodomita y ateo, no merecedor del reconocimiento de la santa Iglesia en tierras de nuestro reino, imperio y protectorado. Quien le sirve a él, no nos sirve a Nos.
> 2) Que se sepa, por lo tanto, que el decreto de interdicción como el que lo suspende quedan por ello *anulados, declarados nulos y sin consecuencias*, porque originariamente no tenían ningún valor...

Dom Paulo sólo le echó una breve ojeada al resto. No necesitaba leer más.

El comunicado del alcalde ordenaba el licenciamiento del clero texarkano, convertía la administración de los sacramentos por personas sin licencia en un crimen amparado por la ley y hacía del juramento de suprema obediencia a la alcaldía una condición para el licenciamiento y reconocimiento. Llevaba no sólo el sello del alcalde, sino también la firma de varios obispos, cuyos nombres le eran desconocidos al abad.

Dejó caer el documento al revés sobre la mesa y se sentó al lado de la cama. Los ojos del fugitivo estaban abiertos, pero él sólo miraba el techo y jadeaba.

—Hermano Claret —le dijo suavemente—. Hermano…

En el sótano, los ojos del intelectual se habían iluminado con la impetuosa exuberancia de un especialista invadiendo el terreno de otro especialista con el fin de aclarar toda la región de confusión.

—¡De hecho, sí! —dijo en respuesta a la pregunta de un novicio—. Encontré aquí una noticia que debería, creo, ser de interés para *thon* Maho. Claro que no soy historiador, pero…

—¿*Thon* Maho? ¿No es él quien está… pues, tratando de corregir el Génesis? —preguntó secamente el padre Gault.

—Sí, es decir… —el intelectual se interrumpió mirando sorprendido a Gault.

—Está bien —dijo el sacerdote, con una risita ahogada—. Muchos de nosotros pensamos que el Génesis es más o menos alegórico. ¿Qué ha encontrado?

—Hemos localizado un fragmento prediluviano que sugiere, desde mi punto de vista, un concepto muy revolucionario. Si he interpretado correctamente el

fragmento, el hombre no fue creado sino hasta poco antes de la caída de la última civilización.

—¿Qué? ¿Entonces de dónde provenía la civilización?

—No de la humanidad. Fue desarrollada por una raza anterior que se extinguió durante el *Diluvium Ignis*.

—¡Pero las Sagradas Escrituras se remontan a miles de años antes del *Diluvium*!

Thon Taddeo permaneció significativamente silencioso.

—¿Supone usted —dijo Gault, súbitamente consternado— que no somos los descendientes de Adán? ¿No nos relacionamos con la historia de la humanidad?

—¡Espere! Sólo le ofrezco la conjetura de que la raza del Prediluvio que se llamó a sí misma hombre tuvo éxito al crear la vida. Poco antes de la caída de su civilización, crearon a los ancestros de la actual humanidad, «a su propia imagen», como especies serviles.

—¡Pero aunque rechace totalmente la Revelación, ésta es una complicación absolutamente innecesaria para el simple sentido común! —se quejó Gault.

El abad había bajado silenciosamente la escalera. Se detuvo en el rellano más bajo y escuchó incrédulo.

—Puede parecerlo —discutió *thon* Taddeo—, hasta que se considera cuántas cosas resolvería. Conoce las leyendas de la Simplificación. Todas adquieren un mayor significado, me parece, si se considera a la Simplificación como la rebelión de una especie de sirvientes creados, contra el creador de las especies, como sugiere la referencia fragmentaria. También explicaría por qué la actual humanidad parece ser tan inferior a la antigua, porque nuestros ancestros cayeron en la barbarie cuando sus dueños se extinguieron, porque…

—¡Dios tenga piedad de esta casa! —gritó dom Paulo, entrando en el cubículo—. Perdónanos, Señor, no sabemos lo que hicimos.

—Tenía que haberlo sabido —murmuró el intelectual para todo el mundo.

El anciano sacerdote avanzó vengativo hacia su huésped.

—¿Entonces sólo somos criaturas de criaturas, señor filósofo? Hechos por dioses menores que Dios y, por lo tanto, comprensivamente menos perfectos, sin ser culpa nuestra, claro está.

—Son sólo conjeturas, pero explicarían muchas cosas —dijo el *thon* tercamente, deseando continuar la discusión.

—Y lo perdonaría todo, ¿verdad? La rebelión del hombre contra sus hacedores fue, sin lugar a dudas, un tiranicidio justificable contra el infinitamente malvado hijo de Adán, entonces.

—Yo no he dicho…

—¡*Muéstreme*, señor filósofo, esta sorprendente referencia!

Thon Taddeo rebuscó apresuradamente entre sus notas. La luz no dejaba de parpadear, pues los novicios de la noria se esforzaban en escuchar. El pequeño auditorio del intelectual se mantuvo perplejo hasta que la tempestuosa entrada del abad agitara la consternación envarada del auditorio. Los monjes susurraban entre sí, alguien se atrevió a reír.

—Aquí está —anunció *thon* Taddeo, entregándole diversas notas al abad.

Dom Paulo le miró brevemente y empezó a leer. El silencio era torpe.

—Encontró esto en la sección «no clasificada», supongo —dijo después de unos segundos.

—Sí, pero…

El abad siguió leyendo.

—Bien, supongo que debo ir a terminar mi equipaje —murmuró el intelectual, y empezó a reunir sus papeles.

Los monjes respiraron con alivio, como deseando salir silenciosamente fuera de allí. Kornhoer cavilaba apartado de los demás.

Satisfecho, después de unos minutos de lectura, dom Paulo le tendió abruptamente las notas a su prior.

—*Lege*! —le ordenó bruscamente.

—Pero… ¿qué?

—Parece un fragmento de una obra o de un diálogo. Lo he visto antes. Es algo acerca de unos hombres que crean a unos seres artificiales como esclavos. Y los esclavos se levantan contra sus creadores. Si *thon* Taddeo hubiese leído De Inanibus, del venerable Boedellus, habría encontrado esta nota clasificada como «probable fábula o alegoría». Pero quizás el *thon* prestaría poca atención a las valoraciones del venerable Boedellus, cuando puede hacer las suyas.

—Pero qué clase…

—Lege!

Gault se hizo a un lado con las notas. Paulo se volvió de nuevo hacia el intelectual y habló educadamente, informativamente, enfáticamente:

—«A la imagen de Dios los creó: macho y hembra los creó».

—Mis palabras son simples conjeturas —dijo *thon* Taddeo —. La libertad de especular es necesaria para…

—«Y Dios tomó al hombre y lo puso en el paraíso de placer para cuidarlo y conservarlo. Y…

—… el avance de la ciencia. Si quisiese tenernos enredados por adherencia ciega y dogma no razonado, entonces preferiría usted…

—… Dios lo ordenó diciendo: “Comerás de cada árbol del paraíso, pero del árbol del bien y del mal no…”.

—… dejar el mundo en la misma oscura ignorancia y superstición contra la cual dice que su orden…

—… comerás. Porque en el día sea cual fuese que lo comas, morirás».

—… ha luchado. Ni podríamos nunca vencer el hambre, la enfermedad o la «monstruosidad de nacimiento» o hacer el mundo un poco mejor de lo que ha sido durante…

—… Y la serpiente le dijo a la mujer: «Dios sabe que en el día sea cual fuere que comáis de ello, vuestros ojos se abrirán y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal».

—… doce siglos, si cada dirección de especulación debe ser cerrada y cada pensamiento nuevo denunciado…

—Nunca fue mejor, nunca será mejor. Será sólo más rico o más pobre, más triste, pero no más sensato, hasta el último día.

El estudioso se encogió de hombros, impotente.

—¿Ve usted? Sabía que se ofendería, pero me dijo… ¿Pero de qué sirve? Tiene su historia de ello.

—La historia que yo estaba señalando, señor filósofo, no lo era de un modo de creación, sino la narración del modo cómo la tentación condujo a la caída. ¿No lo comprendió así? «Y la serpiente le dijo a la mujer».

—Sí, sí, pero la libertad de especulación es esencial…

—Nadie ha tratado de privarle de ella ni nadie se ha ofendido. Pero engañar el intelecto por razones de orgullo, vanidad o eludir la responsabilidad, es fruto del mismo árbol.

—¿Duda usted de la honorabilidad de mis motivos? —preguntó el *thon*, sombríamente.

—A veces llego a dudar de la mía. No le acuso de nada. Pero pregúntese esto: ¿Por qué goza tanto saltando a esas conjeturas tan impetuosas desde un trampolín tan frágil? ¿Por qué quiere desacreditar al pasado, llegando hasta a deshumanizar a la última civilización? ¿Para que usted no necesite aprender de sus errores? ¿O se debe a que no se

resigna a ser sólo un redescubridor y necesita también sentirse «creador»?

El *thon* murmuró un juramento.

—Estos documentos deberían estar en manos de gente competente —dijo, furioso—. ¡Vaya una ironía!

La luz chisporroteó y se apagó. El fallo no era mecánico. Los novicios de la noria habían dejado de trabajar.

—Traigan velas —dijo el abad.

Aparecieron las velas.

—Baje —le dijo el abad al novicio que estaba en lo alto de la escalera—, y descuelgue esto. ¿Hermano Kornhoer? ¿Hermano Korn…?

—Hace un momento ha entrado en el almacén, dómine.

—Pues llámelo.

Dom Paulo se volvió de nuevo hacia el intelectual, tendiéndole el documento que había sido encontrado entre los efectos del hermano Claret.

—Lea esto, señor filósofo, aunque sea a la luz de las velas.

—¿Un edicto gubernamental?

—Léalo y alégrese de su apreciada libertad.

El hermano Kornhoer volvió de nuevo a la sala. Llevaba el pesado crucifijo que había sido quitado del arco para dejar sitio a la nueva lámpara. Le tendió la cruz a dom Paulo.

—¿Cómo sabía que la quería?

—Decidí que ya era hora, dómine —dijo, encogiéndose de hombros.

El anciano subió a la escalera y colocó el crucifijo en su gancho de hierro. El cuerpo brilló dorado a la luz de las velas. El abad se volvió y llamó a sus monjes.

—¡De ahora en adelante quien lea en el cubículo que lo haga *ad Lumina Christi*!

Cuando bajó de la escalera, *thon* Taddeo guardaba el último de sus papeles en una gran caja para embalarlo

después. Miró cautelosamente al abad, pero no dijo nada.

—¿Ha leído el edicto?

El intelectual asintió.

—Si por algún motivo improbable desea usted asilo político en este lugar…

El intelectual denegó.

—¿Puedo entonces pedirle que aclare usted sus palabras acerca de colocar nuestros papeles en manos más competentes?

Thon Taddeo bajó la vista.

—Fue dicho en el calor de la discusión, padre. Lo retiro.

—Pero no deja de pensarlo. Lo ha pensado siempre.

El *thon* no lo negó.

—Entonces sería fútil repetir mi petición de que interceda usted en nuestro beneficio… cuando sus oficiales le comuniquen a su primo la perfecta guarnición militar que podría resultar esta abadía. Pero en su propio bien, dígale que cuando nuestros altares o la Memorabilia se han visto amenazados, nuestros predecesores no dudaron en resistir con la espada. —Hizo una pausa—. ¿Se marcha hoy o mañana?

—Será mejor que lo haga hoy —dijo suavemente *thon* Taddeo.

—Ordenaré que le preparen las provisiones. —El abad dio media vuelta para retirarse, pero se detuvo y dijo gentilmente—: Cuando esté de vuelta, trasmítales un mensaje a sus colegas.

—Por supuesto. ¿Lo ha escrito ya?

—No. Dígales tan sólo que el que desee estudiar aquí, será bienvenido, a pesar de la mala iluminación. Especialmente *thon* Maho o *thon* Esser Shon con sus seis ingredientes. Creo que los hombres deben rebuscar entre el error para separarlo de la verdad, siempre y cuando no se apoderen hambrientos del error, porque es agradable.

Dígales también, hijo mío, que cuando llegue el momento, como seguramente llegará, no sólo los sacerdotes, sino también los filósofos necesitan un santuario, dígales que aquí nuestros muros son gruesos.

Hizo un gesto de despedida a los novicios y después fue escalera arriba para estar solo en su despacho. Porque la furia retorcía de nuevo su interior y sabía que la tortura se acercaba.

Nunc dimittis servum tuum, Domine… Quia viderunt oculi mei salutare…

«Quizás esta vez se suelte del todo», pensó casi esperanzado. Pensó en llamar al padre Gault para confesarse, pero decidió que sería mejor esperar a que los huéspedes se hubiesen marchado. Miró de nuevo el edicto.

Una llamada en la puerta interrumpió pronto su agonía.

—¿Puede volver más tarde?

—Me temo que no estaré aquí más tarde —contestó una voz apagada desde el corredor.

—Ah, *thon* Taddeo… pase usted. —Dom Paulo se enderezó; apretó fuertemente su parte dolorida, no con la intención de eliminarla, sino de dominarla, como lo haría con un sirviente díscolo.

El intelectual entró y colocó un pliego de papeles sobre la mesa del abad.

—Pensé que lo apropiado era devolverle esto —dijo.

—¿De qué se trata?

—Los planos de sus fortificaciones, que hicieron los oficiales. Le sugiero que los queme enseguida.

—¿Por qué lo ha hecho? —susurró dom Paulo—. Después de nuestras palabras en el sótano…

—No me interprete mal —le interrumpió *thon* Taddeo—. Se los hubiese devuelto de todas maneras, pues como cuestión de honor no podía permitirles que abusasen de su hospitalidad. Pero es igual, si se los hubiese devuelto antes,

los oficiales habrían tenido el tiempo y la oportunidad de repetirlos.

El abad se levantó lentamente y le tendió una mano al intelectual.

Thon Taddeo dudó.

—No prometo interceder en su beneficio…

—Lo sé.

—Porque pienso que lo que tienen aquí debería estar abierto al mundo.

—Lo está, lo estuvo y lo estará siempre.

Se estrecharon cautelosamente las manos, pero dom Paulo sabía que no era un signo de tregua, sino de mutuo respeto entre adversarios. Quizá fuera el último.

Pero ¿por qué tenía que repetirse?

La respuesta estaba al alcance de la mano; la serpiente seguía susurrando: «Porque Dios sabe que en cualquier momento que comáis de él abriréis los ojos y seréis como dioses». El viejo padre de las mentiras era listo al decirles medias verdades: «¿Cómo podréis conocer el bien y el mal si no lo catáis un poco? Probadlo y seréis como dioses». Pero ni el poder infinito ni la infinita sabiduría podían otorgar la bondad sobre los hombres. Para ello era necesario que igualmente hubiese amor infinito.

Dom Paulo llamó al joven sacerdote. Ya era casi la hora de marcharse. Y pronto se iniciaría un nuevo año.

Aquél fue el año de lluvias torrenciales sin precedentes en el desierto, que hizo que las semillas secas desde hacía tiempo estallasen en flor.

Fue el año en que un vestigio de civilización llegó a los nómadas de las Llanuras y hasta la gente de Laredo empezó a murmurar que todo había sido posiblemente para bien. Nueva Roma no estuvo de acuerdo.

En aquel año, un acuerdo temporal fue formalizado y roto entre los estados de Denver y Texarkana. Fue el año en que el viejo judío volvió a su antigua vocación de médico y vagabundo, el año en que los monjes de la Orden Albertiana de Leibowitz enterraron a un abad y se inclinaron ante otro. Había grandes esperanzas para el mañana.

Fue el año en que un rey llegó a caballo procedente del este para subyugar a la tierra y posesionarse de ella. Fue el año del Hombre.

23

El aire era desagradablemente caliente junto a la soleada senda que rodeaba a la boscosa colina y el calor había agravado la sed del poeta. Después de mucho tiempo levantó mareado la cabeza y trató de mirar a su alrededor. La reyerta había terminado, las cosas estaban bastante tranquilas ahora, a no ser por el oficial de caballería. Los buitres empezaban a planear hacia la tierra.

Había varios refugiados muertos, un caballo también muerto y el oficial de caballería moribundo, que estaba atrapado debajo del caballo. A ratos, el jinete despertaba y gritaba débilmente. Ahora llamaba a su madre y de nuevo pidió un sacerdote. A veces se despertaba y llamaba a su caballo. Sus gritos inquietaban a los buitres y, además, disgustaban al poeta, que de todas maneras se sentía quisquilloso. Era un poeta muy abatido. Nunca esperó que el mundo actuase de un modo cortés, correcto o hasta sensible y el mundo raramente lo hizo; a menudo había tomado en serio la solidez de su rudeza y estupidez. Pero nunca antes el mundo le había disparado en el abdomen con un mosquete. Aquello no lo encontró en absoluto alentador.

Aún peor, esta vez no podía culpar a la estupidez del mundo, sino a la suya propia. El propio poeta había llevado mal las cosas. Estaba preocupado por sus asuntos sin molestar a nadie, cuando vio al grupo de refugiados del este galopando hacia la colina perseguido por tropas de caballería, que casi le daban alcance. Para evitar su

participación en la pelea, se ocultó detrás de unos arbustos que crecían al borde del terraplén que flanqueaba la senda, un punto ventajoso desde el que podía contemplar todo el espectáculo sin ser visto. Aquella lucha no era la suya. Los credos religiosos y políticos de los refugiados o de la tropa no le importaban en absoluto. Si la matanza hubiese sido predestinada, el destino no podía haber encontrado un testigo más desinteresado que el poeta. ¿A qué se debió, pues, el ciego impulso?

El impulso lo envió de un salto desde el terraplén para atacar al oficial de caballería en la silla y apuñalar al hombre tres veces con su propia daga, antes que dos de ellos lo derribasen al suelo. No podía comprender por qué lo hizo. No consiguió nada. Los hombres del oficial le dispararon antes de poder levantarse. La matanza de refugiados había continuado y todos se marcharon, dejando atrás a los muertos.

Podía oír el borboteo de su abdomen. La futilidad, por desgracia, de tratar de digerir una bala de rifle. Hizo aquel acto inútil, decidió finalmente, debido a la parte del sable sin filo. Si el oficial se hubiese limitado a ensartar de un solo golpe a la mujer fuera de la silla de montar y después se hubiese ido, el poeta habría pasado por alto el hecho. Pero seguir macheteando y macheteando de aquel modo…

Se negó a pensar de nuevo en ello. Pensó en el agua.

—Oh, Dios… Oh, Dios… —se quejaba el oficial.

—La próxima vez afila tu cuchillería —jadeó el poeta.

Pero no habría una próxima vez.

El poeta no recordaba haber temido a la muerte, pero a menudo sospechó que la Providencia planeaba lo peor para él, como el modo de morir cuando llegase el momento. Esperaba pudrirse, lenta y no demasiado fragantemente. Su discernimiento poético le había prevenido que probablemente moriría como un lloroso montón de lepra,

cobardemente arrepentido, pero impenitente. Nunca había anticipado algo tan directo y final como una bala en el estómago y sin ni siquiera tener un auditorio que oyese sus agudezas de moribundo. Lo último que le habrían oído decir cuando le dispararon fue «Uf» —su testamento para la posteridad «¡Uf!»—, un *memorabile* para usted, *dominisime*.

—¿Padre? ¿Padre? —lloriqueó el oficial.

Después de un rato, el poeta reunió sus fuerzas y levantó de nuevo la cabeza, se frotó el polvo del ojo y estudió al oficial unos segundos. Estaba seguro de que era el mismo al que había acometido, aunque en aquel momento estaba convertido en una pálida sombra miedosa. Sus quejidos, pidiendo un sacerdote, empezaban a molestar al poeta. Por lo menos tres clérigos yacían entre los refugiados muertos y, sin embargo, el oficial no era ahora tan especial acerca de especificar sus creencias denominativas. «Quizá lo haga», pensó el poeta.

Empezó a arrastrarse hacia el jinete. El oficial le vio y se aferró a su pistola. El poeta se detuvo, no esperaba que lo reconociera. Preparó la manta de viaje. La pistola se agitaba en su dirección. La miró agitarse por un momento y después decidió continuar su avance. El oficial apretó el gatillo. El tiro falló por unos metros. Mala suerte.

El soldado trataba de cargar de nuevo su arma cuando el poeta se la quitó. Parecía delirante y trataba de persignarse.

—Sigue con ello —jadeó el poeta, encontrando su cuchillo.

—Bendígame, padre; he pecado…

—*Ego te absolvo*, hijo —dijo el poeta, hundiéndole el cuchillo en la garganta.

Después, encontró la cantimplora del oficial y bebió un poco. El agua estaba caliente por el sol, pero le pareció deliciosa. Se tendió con la cabeza sobre el caballo y esperó que la sombra de la colina se deslizase sobre la senda.

¡Jesús, cómo dolía! «Esta última parte no será tan fácil de explicar —pensó—, y yo sin mi ojo, además. Si es que hay algo que explicar». Miró al jinete muerto.

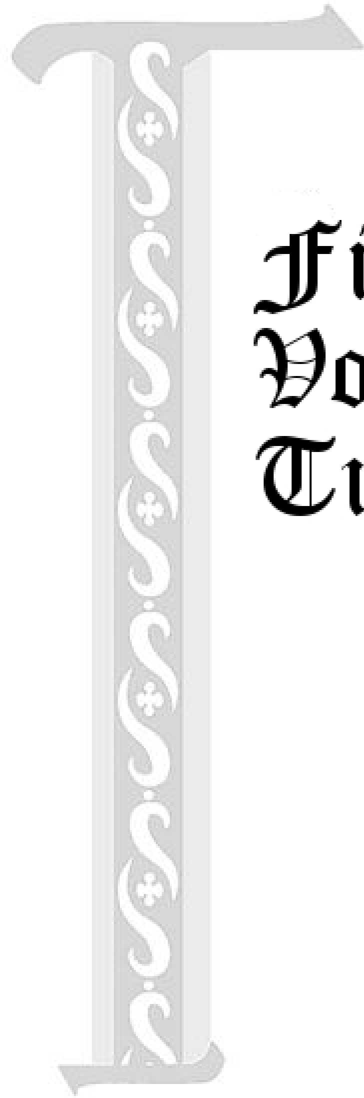
—Ardiente como el infierno, ¿verdad? —murmuró, roncamente.

El jinete no estaba en condiciones de informarle. El poeta bebió otro sorbo de la cantimplora, después otro. De pronto se produjo un doloroso movimiento de intestinos. Se sintió bastante mal durante unos segundos.

Los buitres se pavonearon, compusieron sus plumas y se pelearon sobre la cena; todavía no estaba lo suficientemente curada. Esperaron unos días la llegada de los lobos. Había para todos. Finalmente se comieron al poeta.

Como siempre, los rapaces negros del cielo, llegado el momento, depositaron sus huevos y alimentaron amorosamente a sus crías. Se mecieron en lo alto sobre los prados, montañas y llanuras, buscando el cumplimiento de esa parte del destino de la vida, que era el suyo, de acuerdo con los planes de la naturaleza. Sus filósofos demostraron razonablemente y sin ayuda de nadie que el supremo *Cathartes aura regnans* había creado el mundo especialmente para los buitres. Lo veneraron durante siglos con tremendo apetito.

Entonces, después de las generaciones de oscuridad, llegaron las generaciones de la luz. Y lo llamaron 3781, año de Nuestro Señor… rogando porque fuese el año de su paz.



Fiat Voluntas Tua

24

En aquel siglo había nuevamente naves espaciales, y las naves estaban tripuladas por imposibilidades peludas que caminaban sobre dos piernas y a las que les crecían mechones de cabello en inverosímiles regiones anatómicas. Eran una especie habladora. Pertenecían a una raza muy capaz de admirar su propia imagen en un espejo e igualmente capaz de cortarse su propio cuello ante el altar de cualquier dios tribal, tal como la deidad del Afeitado Diario. Era un espécimen que a menudo se consideraba, básicamente, una raza de fabricantes de herramientas de inspiración divina; cualquier ente inteligente de Arturo instantáneamente se habría dado cuenta de que eran básicamente una especie de apasionados oradores de banquete.

Era inevitable, era su destino manifiesto, presentían —y no por primera vez— que tal especie avanzaba a la conquista de las estrellas. Para conquistarlas varias veces, si era necesario, y para ciertamente hacer discursos sobre las conquistas. Pero también era inevitable que la especie sucumbiese otra vez a la vieja enfermedad en un nuevo mundo como antes había ocurrido en la Tierra, en la letanía de la vida y en la liturgia especial del hombre: versículos por Adán, respuestas del Crucificado.

Somos los siglos.

Somos los charlatanes y los fanfarrones, y pronto hablaremos de cortarte la cabeza. Somos tu coro de desperdicios, señor y señora, y marcamos el paso detrás de ti, cantando tonadas que algunos creen extrañas.

¡Un, dos, tres, cuat!
¡Izquierda!
¡Izquierda!
Te-ní-a-u-na-bue-na-es-po-sa-pe-ro-él.
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Derecha!
¡Izquierda!

Wir, como dicen en la vieja patria, *marschieren weiter wenn alles in Scherben fällt*.

Tenemos tus eolitos y tus mesolitos y tus neolitos. Tenemos tus Babilonias y tus Pompeyas, tus Césares y tus artefactos cromados (impregnados-de-ingrediente-vital).

Tenemos tus sangrientas hachas y tus Hiroshimas. Avanzamos, a pesar del infierno, hacemos…

Atrofia, Entropía y *Proteus vulgaris*.

Contando chistes obscenos acerca de una granjera llamada Eva y un agente de ventas llamado Lucifer.

Enterraremos a tus muertos y sus reputaciones. Te enterraremos a ti. Somos los siglos.

Nace, pues, respira viento, chilla al golpe del cirujano, busca la virilidad, prueba un poco de bondad, siente dolor, da a luz, lucha un poco, sucumbe.

(Al morir sal silenciosamente por la salida de atrás, por favor).

Generación, regeneración, otra vez, otra vez, como en un ritual, con investiduras manchadas de sangre y manos sin uñas, hijos de Merlín persiguiendo un resplandor. Hijos también de Eva construyendo para siempre paraísos… y destrozándolos con furia enloquecida porque no resultan ser lo mismo. (¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, un idiota grita su necia angustia en medio de los desperdicios. ¡Pero aprisa! Que el coro lo apague, cantando aleluyas a noventa decibelios).

Oíd, entonces, el último cántico de los hermanos de la Orden de San Leibowitz, como cantado por el siglo que se tragó su nombre:

V: Lucifer ha caído
R: *Kyrie eleison*
V: Lucifer ha caído
R: *Christe eleison*
V: Lucifer ha caído
R: *Kyrie eleison, eleison imas!*

«LUCIFER HA CAÍDO»; las palabras cifradas, enviadas eléctricamente a través del continente, eran susurradas en salas de conferencias, donde circulaban en forma de memorandos con el título de «*SUPREME SECRETISSIMO*» y eran prudentemente ocultados a la prensa. Las palabras se alzaban como una marea amenazadora detrás de un dique de secreto oficial. Había varios agujeros en el dique, pero quedaban impávidamente obturados por los burocráticos mentores cuyos dedos índices se volvían excesivamente henchidos mientras esquivaban los proyectiles verbales disparados por la prensa.

PRIMER REPORTERO: ¿Qué tiene que decir su señoría sobre las declaraciones de *sir* Rische *thon* Berker de que el índice de radiaciones en la costa noroeste es diez veces superior al nivel normal?

MINISTRO DE DEFENSA: No he leído la declaración.

PRIMER REPORTERO: Aceptando que fuese verdad, ¿cuál podría ser la causa de este aumento?

MINISTRO DE DEFENSA: La pregunta da lugar a conjeturas. Quizá *sir* Rische descubrió un rico depósito de uranio… No, borre esto. No tengo nada que decir.

SEGUNDO REPORTERO: ¿Considera su excelencia a *sir* Rische como un científico competente y responsable?

MINISTRO DE DEFENSA: Nunca ha sido empleado en mi departamento.

SEGUNDO REPORTERO: Esto no contesta a mi pregunta.

MINISTRO DE DEFENSA: La contesta aunque sólo sea en parte. Como nunca ha sido empleado por mi departamento, no tengo modo de conocer su competencia o responsabilidad. Mi campo no es la ciencia.

SEÑORA PERIODISTA: ¿Es cierto que en algún punto del Pacífico se produjo hace poco una explosión?

MINISTRO DE DEFENSA: Como usted sabe, las pruebas con armas atómicas de cualquier clase se consideran criminales y un acto de guerra bajo la presente ley

internacional. No estamos en guerra. ¿Contesta esto a sus preguntas?

SEÑORA PERIODISTA: No, su excelencia, no lo hace. No he preguntado si se había efectuado una prueba. Pregunté si había ocurrido una explosión.

MINISTRO DE DEFENSA: Nosotros no la hemos producido. Si los otros lo hicieron, ¿cree usted que aquel Gobierno nos lo diría?

(Risa educada).

SEÑORA PERIODISTA: Esto no contesta a mi…

PRIMER REPORTERO: Su excelencia, el delegado Jerulian ha culpado en la reunión a la Coalición Asiática de fabricar proyectiles de hidrógeno en el espacio profundo y dice que nuestro Consejo Ejecutivo lo sabe y no hace nada. ¿Es verdad esto?

MINISTRO DE DEFENSA: Creo que es verdad que la portavoz de la oposición hizo estos ridículos cargos, sí.

PRIMER REPORTERO: ¿Por qué es ridículo el cargo? ¿Porque no hacen misiles espacio-tierra en el espacio? ¿O porque se hace algo al respecto?

MINISTRO DE DEFENSA: Ridículo por las dos cosas. Quisiera señalar, sin embargo, que la fabricación de armas nucleares ha estado prohibida por tratado desde que fueron redescubiertas. Prohibida en todas partes, en la tierra y en el espacio.

SEGUNDO REPORTERO: Pero no hay ningún tratado que proscriba la puesta en órbita de materiales fisionables, ¿verdad?

MINISTRO DE DEFENSA: Claro que no. Los vehículos espacio-espacio funcionan con energía atómica. Tienen que ser propulsados.

SEGUNDO REPORTERO: ¿Y no hay ningún tratado que prohíba poner en órbita otros materiales con los que las armas nucleares pueden ser fabricadas?

MINISTRO DE DEFENSA: (irritadamente). Que yo sepa, la existencia de la materia fuera de nuestra atmósfera no ha sido considerada ilegal por ningún tratado o acto parlamentario. Tengo entendido que el espacio está atiborrado de cosas como la Luna y los asteroides, que no están hechos de queso verde.

SEÑORA PERIODISTA: ¿Sugiere, su excelencia, que las armas nucleares pueden ser fabricadas sin materiales extraídos de la tierra?

MINISTRO DE DEFENSA: No sugería eso, no. Aunque, por supuesto, es teóricamente posible. Decía que ningún tratado o ley prohíbe la puesta en órbita de cualquier material especial en estado natural, sólo armas nucleares.

SEÑORA PERIODISTA: Si se hubiese producido un disparo de prueba recientemente en Oriente, qué considera más probable: ¿una explosión subterránea que salió a la superficie o un misil espacio-tierra con una cabeza de torpedo defectuosa?

MINISTRO DE DEFENSA: Señora, su pregunta es una hipótesis tal, que me obliga a decir: «Sin comentarios».

SEÑORA PERIODISTA: Me limitaba a repetir las palabras de *sir* Rische y del delegado Jerulian.

MINISTRO DE DEFENSA: Ellos tienen la libertad de exponer los puntos de vista más extravagantes. Yo, no.

SEGUNDO REPORTERO: A riesgo de desagradarle, ¿qué opina su excelencia del clima?

MINISTRO DE DEFENSA: Bastante caluroso en Texarkana, ¿no le parece? Tengo entendido que tiene algunas fuertes tormentas de polvo en el sudoeste... Quizá nos lleguen aquí algunos resabios.

SEÑORA PERIODISTA: ¿Está a favor de la maternidad, lord Tallege?

MINISTRO DE DEFENSA: Me opongo severamente a ella, señora. Ejerce una influencia maligna sobre la juventud, particularmente sobre los nuevos reclutas. Los servicios militares tendrían soldados superiores si nuestros luchadores no hubiesen sido corrompidos por la maternidad.

SEÑORA PERIODISTA: ¿Podemos citar estas palabras?

MINISTRO DE DEFENSA: Por supuesto, señora... pero sólo en mi obituario, no antes.

SEÑORA PERIODISTA: Gracias, lo tendré preparado.

Como otros abades antes que él, dom Jethrah Zerchi no era por naturaleza un hombre contemplativo, aunque como maestro espiritual de su comunidad estaba comprometido a fomentar el desarrollo de ciertos aspectos de la vida contemplativa entre su rebaño, y, como monje, a intentar cultivar una disposición contemplativa en su propio ánimo. Dom Zerchi no lo hacía demasiado bien. Su naturaleza lo empujaba a la acción aun de pensamiento; su mente se negaba a quedarse tranquila y contemplativa. Había en él

una cualidad de impaciencia que le condujo al mando del rebaño; lo convirtió en un gobernante audaz, en ocasiones un superior de mayor capacidad que algunos de sus antecesores, pero la misma impaciencia podía fácilmente convertirse en un riesgo y hasta en defecto.

La mayoría de las veces, Zerchi vagamente se daba cuenta de su propia inclinación hacia la prisa o la acción impulsiva cuando se enfrentaba a dragones invencibles. En aquel momento, de todas maneras, la conciencia de ello no era vaga sino aguda. Operaba en infausta retrospectiva. El dragón ya había mordido a san Jorge.

El dragón era un abominable autoescriba, y su maligna enormidad, electrónica por disposición, llenaba varias unidades cúbicas del hueco de la pared y un tercio del volumen de la mesa del abad. Como de costumbre, el artefacto estaba oscilando. Quitaba mayúsculas, puntos e intercambiaba las palabras entre sí. Hacía un momento había cometido una *lèse majesté* eléctrica en la persona del soberano abad, quien, después de llamar a un técnico en computadoras y esperar durante tres días a que apareciese, decidió arreglar él mismo la abominación estenográfica. El suelo de su estudio estaba cubierto de hojas de prueba con dictados. Típica entre ellas era la que tenía la información:

> pRobando proBando, ¿probaNdo?, ¿conDenacióN? que sE debe lA locUra de las mayúSCUlas = ahora, ¿ha llegaDo, el MoMENto paRa que toDos lOs buenos memorizADORES se Unan al, DOLOr de lOs conTRabanDIsTas De liBRos?, ¿pueDEs hAcERlo MeJOR en lAtín? = ahOrA traDuce; *nECCesse Est epistULam sacri coLLegio mittendAm esse statim dictem*? ¿Qué le oCurre a esTa malDita cOSA?

Zerchi se sentó en el suelo en medio de los papeles y trató de cortar el temblor involuntario de su antebrazo, que acababa de recibir una sacudida eléctrica al explorar las regiones intestinales del autoescriba. El temblor muscular le recordó la respuesta galvánica de una pata de rana seccionada. Ya que prudentemente se había acordado de desconectar la máquina antes de meter mano en ella, sólo pudo suponer que el malvado que había inventado el artefacto le había proporcionado el modo de electrocutar a los clientes aún sin estar conectada. Mientras torcía y tiraba de las conexiones en busca de cables sueltos, fue asaltado por un filtro de alto voltaje, que se aprovechó de una oportunidad para descargarse a tierra a través de la persona del reverendo padre abad, cuando el codo de éste rozó el chasis. Pero Zerchi no tenía modo de saber si había sido víctima de una ley de la naturaleza para los filtros o de una trampa para incautos, astutamente planeada, colocada para desanimar a los clientes manipuladores. Fuese como fuere había caído en ella. Su postura en el suelo se había producido de modo involuntario. Su única muestra de competencia en el arreglo de aparatos para la traducción polilingüística se basaba en su orgulloso registro de haber extraído una vez un ratón muerto del circuito del almacenamiento de informes, corrigiendo con ello una tendencia misteriosa de la máquina a escribir sílabas dobles (sísilalabasbas dodoblesbles). El haber encontrado aquella rata muerta, le autorizaba ahora a buscar a tientas cables sueltos y esperar que el cielo le hiciese el don del carisma de un curador electrónico. Pero evidentemente no era así.

—¡Hermano Patrick! —llamó hacia la oficina exterior, poniéndose trabajosamente de pie.

—¡Oiga, hermano Pat! —gritó de nuevo.

Esta vez la puerta se abrió y su secretario miró los compartimientos abiertos con su impresionante amasijo del circuito computador, observó de reojo el suelo tapizado y después estudió cautamente la expresión de su director espiritual.

—¿Debo llamar de nuevo al técnico en reparaciones, padre abad?

—¿Por qué molestarse? —gruñó Zerchi—. Los ha llamado tres veces. Han hecho tres promesas. Hemos esperado tres días. Necesito un estenógrafo. ¡Ahora! Preferiblemente que sea cristiano. Esta máquina —hizo un gesto irritado hacia el abominable autoescriba— es una maldita infiel o algo peor. Deshágase de ella. La quiero fuera de aquí.

—¿El Aplac?

—El Aplac. Véndasela a un ateo. No, esto no sería justo. Véndala como chatarra. Estoy cansado de ella. ¿Por qué, por el amor del cielo, el abad Boumous, Dios se apiade de su alma, compró este absurdo aparato?

—Pues, dómine, dicen que su predecesor era un enamorado de los aparatos y es muy conveniente poder escribir cartas en idiomas que uno no domina.

—¿De verdad? Querrá decir que *sería*. Este aparato… Oiga, hermano, aseguran que piensa. Al principio no lo creía. El pensamiento implica una idea racional, implica alma. ¿El principio de una «máquina de pensar» hecha por el hombre puede ser un alma racional? ¡Bah! Al principio me pareció una noción completamente pagana. Pero ¿sabe qué?

—¿Padre?

—¡Nada podría ser tan perverso sin premeditación! ¡Debe pensar! Conoce el bien y el mal, se lo aseguro, y escoge el último. Deje esa sonrisita, ¿quiere? No es divertido. La idea ni siquiera es pagana. El hombre hizo el instrumento, pero no creó su principio. ¿No es verdad que hablan del principio vegetativo como de un alma? ¿Un alma vegetal? ¿Y el alma

animal? Entonces el alma humana racional, y es todo lo que registran en el modo de encarnar principios vivificantes, ángeles con el alma separada del cuerpo. Pero ¿cómo sabemos que este registro es comprensivo? Vegetativo, animador racional, pero después, ¿qué más? Aquí tiene el «qué más». Este aparato. Y siente. Sáquela de aquí. Pero primero tengo que conseguir que salga un radiograma hacia Nueva Roma.

—¿Traigo un bloc, reverendo padre?

—¿Habla alleghiano?

—No.

—Yo tampoco, y el cardenal Hoffstraff no comprende más que este idioma.

—¿Por qué no lo envía en latín?

—¿Qué latín? ¿El vulgar o el moderno? Yo no me fío de mi propio anglo-latín, y si lo hiciese, lo más probable es que él no se fiase del suyo.

Miró ceñudo la mole del robot estenógrafo.

El hermano Patrick frunció el ceño con él, después se adelantó hacia los compartimientos y empezó a escudriñar entre el amasijo de los diminutos elementos del circuito.

—No hay ningún ratón —le aseguró el abad.

—¿Para qué sirven todos estos botones pequeños?

—¡*No los toque*! —gritó el abad Zerchi cuando su secretario tocó con curiosidad una de las varias docenas de la serie de «Controles del subchasis».

Los controles del «subchasis» estaban montados en perfecto orden encuadrados en una caja, la cubierta de la cual el abad había quitado y que llevaba el aviso irresistible: «Sólo para ajustar por la fábrica».

—No lo movió, ¿verdad? —preguntó, yendo al lado de Patrick.

—Quizá lo moví un poco, pero creo que está de nuevo en su sitio.

Zerchi le mostró el aviso sobre la tapa.

—¡Oh! —dijo Pat, y ambos se quedaron mirándolo.

—¿Se trata de la puntuación, reverendo padre?

—Eso y algunas mayúsculas y palabras un poco confusas.

Contemplaron aquella serie de artefactos en un silencio mistificado.

—¿Oyó hablar alguna vez del venerable Francis de Utah? —preguntó por fin el abad.

—No recuerdo el nombre, ¿por qué?

—Espero que en este momento esté en condiciones de rezar por nosotros, aunque no creo que haya sido canonizado. Mire, vamos a tratar de levantar un poco ésos; al azar.

—El hermano Joshua tenía algo que ver con la ingeniería, no recuerdo qué. Pero estaba en el espacio. Tiene que saber mucho sobre computadoras.

—Ya lo he llamado. Teme tocarlo. Mire, quizá se necesite…

Patrick se apartó.

—Si me perdona, reverendo, yo…

Zerchi miró retroceder a su secretario.

—¡Qué poca fe! —dijo moviendo otro «ajuste de fábrica».

—Me parece que he oído a alguien afuera…

—Antes de que el gallo cante tres veces… Además, tocó el primer botón, ¿verdad?

Patrick se acobardó.

—Pero había quitado la cubierta y…

—*Hinc igitur effuge*. Fuera, fuera, antes de que decida que ha sido culpa suya.

Lo intentó una vez más. Zerchi cogió la clavija de la pared, se sentó ante su mesa, y después de rezarle una pequeña oración a san Leibowitz (que en los últimos siglos había alcanzado una mayor popularidad como patrono de los

electricistas que la lograda como fundador de la Orden Albertiana de San Leibowitz), deslizó el conmutador. Oyó unos ruidos chisporroteantes y silbantes, pero no salió nada. Únicamente le llegó el débil chasquido de los relés de detención y el ronroneo familiar de los motores cronometradores cuando tomaban velocidad. Los olisqueó. No pudo detectar ni humo ni ozono. Finalmente abrió los ojos. Hasta las luces indicadoras del cuadro de controles que tenía sobre la mesa estaban encendidas como de costumbre. ¡Vaya con los «sólo para ajustar por la fábrica»!

Algo tranquilizado, insertó el selector de formato en «radiogramas», le dio la vuelta al selector de programa hasta «grabación de dictado», la unidad de traducciones del Sudoeste a Allegheniano, se aseguró de que el interruptor de transcripciones estuviese apagado, giró el botón de su micrófono y empezó a dictar:

> Prioridad urgente: A su reverendísima eminencia, *sir* Eric cardenal Hoffstraff, designado vicario apostólico, vicariato provisional extraterrestre, Sagrada Congregación de Propaganda, Vaticano, Nueva Roma…
>
> Eminentísimo señor: En vista de la reciente renovación de la tensión mundial, de las insinuaciones de una nueva crisis internacional y hasta informes de una carrera clandestina de armamento nuclear, nos honraría en gran manera que su eminencia considerase prudente aconsejarnos con referencia al estado actual de ciertos planes mantenidos en suspenso. Tengo noticias de los que fueron esbozados en el *Motu proprio* del papa Celestino VIII, de feliz memoria, dados en la Festividad de la Divina Protección de la Santísima Virgen, *anno Domini* 3735 —hizo una

pausa y rebuscó unos papeles en su mesa— y que empezaban con las palabras: «*Ab hac planeta nativitatis aliquos filios Ecclesiae usque ad planetas solium alienorum iam abisse et numquam reddituros esse intellegimus*». Referencia también del documento confirmativo del *anno Domini* 3749 *Quo peregrinatur grex, pastor secum*, autorizando la adquisición de una isla, uh… y ciertos vehículos. Finalmente referencia del *Casu belli nunc remoto*, del papa Paul, *anno Domini* 3756 y la correspondencia que siguió entre el padre santo y mi predecesor, culminando con una orden en la que se nos transfería la obligación de mantener el plan *Quo Peregrinatur* en un estado de, uh… animación suspendida pero sólo en tanto su eminencia lo aprobase.

Nuestra preparación absoluta para el *Quo Peregrinatur* ha sido mantenida, y en caso de que fuese necesaria la ejecución del plan, necesitaríamos quizá saberlo con unas seis semanas de anticipación.

Mientras el abad dictaba, el abominable autoescriba no hizo más que grabar su voz y traducirla a un fonema cifrado sobre una cinta. Cuando terminó de hablar, conectó el selector de programas a «análisis», presionó un botón marcado «proceso de textos». La luz indicadora parpadeó apagándose. La máquina empezó su trabajo. Mientras tanto, Zerchi estudió los documentos que tenía ante sí.

Un timbre sonó. La luz indicadora se encendió de nuevo en un parpadeo. La máquina se había detenido. Con sólo una mirada nerviosa al «sólo para ajustar por la fábrica», el abad cerró los ojos y presionó el botón de «escribir».

Claterli-chap-chap-spat-pit poperti cac-jub-clo. La máquina automática de escribir parloteó lo que él esperó fuese el texto del radiograma. Escuchó esperanzado el ritmo de las teclas. El primer claterli-chap-chap-spat-pip le pareció muy seguro. Trató de oír el ritmo de la lengua allegheniana mezclado con el sonido de las teclas, y después de un rato decidió que había verdaderamente un cierto tono allegheniano en el tecleteo. Abrió los ojos. Al otro lado de la habitación, el robot estenográfico trabajaba briosamente. Dejó su mesa y se acercó a observarlo. Con suma claridad, el abominable autoescriba escribía el equivalente allegheniano de:

RADIOGRAMA - PRIORIDAD URGENTE

A: Su Eminencia Reverendísima Cardenal Sir Eric Hoffstraff, designado Vicario Apostólico, Vicariado Provisional Extraterrestre, Sagrada Congregación de Propaganda, Vaticano, Nueva Roma.

DE: Rev. Jethrah Zerchi, AOL, Abad Abadía de San Leibowitz Sanly Bowitts, Territorio del Sudoeste.

ASUNTO: Quo Peregrinatur Grex.

Eminentísimo señor:
En vista de la reciente renovacion de la tension mundial, insinuaciones de una nueva crisis internacional, y hasta de una carrera clandestina de armamentos nucleares, nos honraria…

para ver el texto ir a[3]

—Oiga, hermano Pat.

Apagó molesto la máquina. ¡San Leibowitz! ¿Hemos trabajado para esto? No creía que se hubiese prosperado mucho desde los tiempos de la pluma de ganso perfectamente afilada y el bote de tinta de zarzamora.

—¡Oiga, Pat!

De la otra oficina no le contestaron de inmediato, pero al cabo de unos segundos un monje de barba roja abrió la puerta, y después de mirar los compartimientos abiertos, el suelo cubierto de papeles y la expresión del abad, tuvo el descaro de sonreír.

—¿Qué le ocurre, *magister meus*, no le gusta nuestra tecnología moderna?

—No, en particular, ¡no! —exclamó Zerchi—. ¡Oiga, Pat!

—Ha salido, reverendo.

—Hermano Joshua, ¿no puede arreglar esto? De verdad.

—¿De verdad? No, no puedo.

—Debo enviar un radiograma.

—Lo siento, padre abad. Tampoco puedo hacerlo. Acaban de quitarnos el cristal y clausurarnos la cabaña.

—¿Acaban?

—La zona de Defensa Interior. Todos los transmisores privados han sido precintados.

Zerchi fue hacia su silla y se dejó caer en ella.

—Defensa de alerta. ¿A qué se debe?

Joshua se encogió de hombros.

—Se habla de un ultimátum. Es todo lo que sé, a no ser que se trate de lo que he oído de los contadores de radiaciones.

—¿Siguen subiendo?

—Siguen subiendo.

—Llame a Spokane.

A media tarde, el viento polvoriento había llegado. El viento se presentó sobre la meseta y la pequeña ciudad de Sanly Bowitts. Barrió ruidosamente los alrededores a través de los altos maizales, rasgando banderolas de arena, soplando las cordilleras estériles. Silbó entre los muros de piedra de la

abadía y entre las paredes de vidrio y aluminio de los anexos de la abadía. Mancilló al sol enrojecido con el polvo de la tierra y envió diablos de arena deslizándose a través del asfalto de la carretera de seis pistas que separaba a la antigua abadía de sus modernos anexos.

En la carretera lateral, que en un punto flanqueaba la carretera que iba del monasterio a un suburbio residencial de la ciudad, un viejo pordiosero vestido de arpillera se detuvo para escuchar el viento. Éste le trajo el vibrar de las explosiones de las pruebas de cohetes que se efectuaban en el sur. Los proyectiles interceptores eran disparados hacia blancos orbitales desde un campo de lanzamiento al otro lado del desierto. El anciano observó el débil disco rojo del sol mientras se apoyaba sobre su báculo y murmuraba para sí o para el sol:

—Presagios, presagios, presagios.

Un grupo de niños jugaba en el patio lleno de hierba de un cobertizo al otro lado de la carretera lateral, sus juegos tenían lugar bajo los muros, pero perspicaces auspicios de una encorvada mujer negra, que fumaba una pipa bien repleta en el rellano y daba una palabra ocasional de apoyo o amonestación a uno u otro lloroso jugador que llegaba quejándose ante su corte en el quicio del cobertizo. Uno de los niños descubrió pronto al viejo parado al otro lado de la carretera y se oyó un grito:

—¡Mirad, mirad! ¡Es el viejo Lázaro! ¡Mira, tiíta, ahí está el viejo Lázaro, el mismo a quien el Señor Jesús levantó! ¡Mirad! ¡Lázaro! ¡Lázaro!

Los niños se agolparon junto a la cerca rota. El viejo vagabundo los miró malhumorado y continuó su camino. Un guijarro saltó por la carretera a sus pies.

—¡Oye, Lázaro…!

—¿Verdad, tía, que lo que el Señor Jesús levanta se queda de pie? ¡Miradlo! ¡Ja! Todavía sigue buscando, porque el

Señor sólo lo levantó. Mira, tía…

Otra piedra saltó tras el viejo, pero él no miró hacia atrás. La anciana asintió medio dormida. Los niños volvieron a sus juegos. La tormenta de polvo se hizo más violenta.

A través de la carretera desde la antigua abadía, en la cima de uno de los nuevos edificios de aluminio y vidrio, un monje estaba en el tejado haciendo pruebas con el viento. Lo hacía con un aparato aspirador, que tragaba el aire polvoriento y lo exhalaba filtrado en el dispositivo de un compresor que estaba en el piso inferior. El monje no era un muchacho, aunque no había llegado aún a la mediana edad. Su corta barba roja parecía estar cargada de electricidad, pues acumulaba hilos y corrientes de polvo; de vez en cuando se la rascaba irritado, y una de las veces la metió en el extremo del tubo de succión. El resultado le hizo lanzar un denuesto y persignarse inmediatamente.

El motor del compresor tosió y se apagó. El monje desconectó el aparato de succión y el tubo exhalador y empujó el instrumento por el tejado hacia el ascensor. En todos los rincones había polvo. Cerró la puerta y presionó el botón de bajada.

En el laboratorio que había en el piso más alto, miró el calibrador del compresor —marcaba MAX NORM—, cerró la clavija y guardó el aparato aspirador. Después, dirigiéndose al profundo depósito de lámina de acero que había al final del banco de trabajo del laboratorio, abrió el grifo de agua fría y la dejó caer sobre la señal de 200 JUG. Metió la cabeza debajo del grifo y se limpió el lodo de su cabeza y barba. El efecto fue agradablemente refrescante. Goteando y salpicando miró hacia la puerta. La aparición de algún visitante parecía dudosa. Se quitó la ropa y se metió en el tanque, acomodándose en él y lanzando un suspiro de satisfacción.

La puerta se abrió abruptamente y la hermana Helene entró con una bandeja de utensilios de vidrio recientemente desembalados. Sobresaltado, el monje se levantó de un salto de su bañera.

—¡Hermano Joshua! —gritó la monja, y media docena de vasos de precipitados fueron a dar al suelo.

El monje se sentó con rapidez, salpicando la habitación. La hermana Helene cloqueó, se atragantó, lanzó la bandeja sobre el banco de trabajo y salió corriendo. El hermano Joshua, salió de un salto del depósito y se puso el hábito sin ni tan siquiera preocuparse en secarse o en ponerse la ropa interior. Cuando llegó a la puerta, la hermana Helene había desaparecido del pasillo —probablemente ya había salido del edificio y corrido a la capilla de las monjas en la avenida lateral—. Mortificado, se apresuró a terminar su labor.

Vació el contenido del aparato aspirador y depositó una muestra de polvo en una redoma. La llevó al banco de trabajo y se colocó un par de auriculares. Mantuvo la vasija a una distancia media del elemento detector y se quedó a la escucha consultando su reloj de vez en cuando.

El compresor tenía un contador interior. Presionó un botón marcado «borrar» y el vibrante registro de decimales retrocedió hasta el cero y empezó de nuevo su cuenta. Cuando se detuvo, después de un minuto, el monje escribió el resultado en el reverso de su mano. En su mayor parte era aire puro filtrado y comprimido; pero había un ligero rastro de algo más.

Cerró el laboratorio por la tarde y bajó a la oficina que estaba en el piso inferior, escribió la cifra en un tablero mural, observó su curioso aumento y después se sentó ante su mesa y descolgó el fonovisor. Marcó el número de memoria, sin apartar la vista del tablero. La pantalla se iluminó, el teléfono sonó y el visor enfocó el respaldo de una

silla vacía. Después de unos segundos un hombre se sentó en la silla y miró hacia la cámara.

—El abad Zerchi al habla —gritó el hombre—. Ah, hermano Joshua, iba a llamarle. ¿Se ha bañado?

—Sí, padre abad.

—¡Por lo menos podría sonrojarse!

—Lo estoy.

—Pues no lo aparenta. Escuche, en este lado de la carretera y justo en nuestra entrada, hay un letrero. ¿Lo ha notado? Dice: «Atención mujeres. No entréis para que no…» y demás. ¿Lo ha visto?

—Claro que sí, reverendo.

—Tome sus baños en este lado del letrero.

—Muy bien.

—Mortifíquese por haber ofendido la modestia de las hermanas. Me doy cuenta de que usted no tiene conciencia de este problema. Tengo entendido, además, que le es muy difícil pasar junto a los depósitos de agua sin echarse a nadar tal como Dios lo trajo al mundo.

—¿Quién se lo ha dicho, reverendo? Quiero decir… Yo sólo he vadeado.

—¿Ah, sí? Bueno, olvídelo. ¿Por qué me llamó?

—Usted quería que me comunicase con Spokane.

—Sí, ¿lo ha hecho?

—Sí. —El monje se arrancó un trocito de papel de la comisura de los labios resecos por el viento e hizo una pausa incómoda—. He hablado con el padre Leone. También lo han notado.

—¿El aumento en las radiaciones?

—Y no sólo eso… —El monje dudó de nuevo, no le agradaba tener que decirlo. Comunicar un hecho parecía otorgarle siempre una existencia total.

—¿Y bien?

—Tiene que ver con el mismo incidente sísmico de hace unos días. Los vientos altos lo traen hacia esta dirección. Considerados todos los datos, parece un Fallout a baja altura de una explosión de varios megatones.

—¡Oh! —Zerchi suspiró y se cubrió los ojos con una mano —. *Luciferum ruisse mihi dicis*?

—Sí, dómine, me temo que se trate de un arma.

—¿No puede haber sido un accidente industrial?

—No.

—Pero de haber una guerra, lo sabríamos. ¿Una prueba ilícita? Tampoco puede ser, podrían haberla hecho en la otra cara de la Luna o mejor en Marte y nadie se habría enterado.

Joshua asintió.

—¿Adónde nos lleva esto? —continuó el abad—. ¿Una demostración? ¿Una amenaza? ¿Un tiro de aviso lanzado sobre el arco?

—Es lo único que se me ha ocurrido.

—Esto explicaría la alerta de la defensa. De todas maneras, los periódicos no hablan sino de rumores y negativas a hacer comentarios. Y Asia mantiene un silencio de muerte.

—Pero el disparo tiene que haber sido detectado por alguno de los satélites de observación. A menos… no me agrada sugerir esto, pero…, a menos que alguien haya descubierto un sistema para disparar un misil espacio-tierra y capaz de pasar los satélites sin ser detectado hasta dar en el blanco.

—¿Es posible esto?

—Se ha hablado un poco de ello, padre abad.

—El Gobierno sabe lo que ocurre, tiene que saberlo. Varios de ellos lo saben y sin embargo no oímos nada. Se nos protege de la histeria. ¿No es así cómo lo llaman? ¿Maníacos? En los últimos cincuenta años el mundo ha vivido en un estado permanente de crisis. ¿Cincuenta? ¿Qué

es lo que digo? Ha estado así desde el principio… pero desde hace medio siglo es casi insoportable. Por el amor de Dios, ¿cuál es la causa de ello? ¿Cuál es la base de la irritación, la esencia de la tensión? ¿Filosofías políticas? ¿Economía? ¿Presión de la población? ¿Disparidad de culturas y credos? Pregunte esto a una docena de técnicos y obtendrá una docena de respuestas. Ahora, de nuevo Lucifer. ¿Está la especie humana congénitamente insana, hermano? Si hemos nacido locos, ¿dónde queda la esperanza del cielo? ¿Sólo a través del cielo? ¿O es que ya no existe? Que Dios me perdone, no quise decir esto. Escuche, Joshua…

—¿Padre?

—Tan pronto como termine venga aquí… Este radiograma… Tengo que enviar al hermano Pat a la ciudad para que lo traduzcan y lo envíen por cable regular. Quiero tenerlo a usted aquí cuando llegue la respuesta. ¿Sabe de qué se trata?

El hermano Joshua denegó con un gesto.

—Quo Peregrinatur *Grex.*

El monje fue palideciendo lentamente.

—¿Para ser cumplido, dómine?

—Quiero enterarme de las condiciones del plan. No se lo mencione a nadie. Como es natural le afectará a usted. En cuanto acabe, venga a verme.

—De acuerdo.

—Chris'tecum.

—Cum spiri'tuo.

El circuito se abrió y la imagen se desvaneció. La habitación estaba caldeada, pero Joshua se estremeció. Miró por la ventana hacia un prematuro atardecer oscurecido por el polvo. No podía ver más allá de la valla protectora cercana a la carretera, donde una procesión de faros producía una serie de halos en movimiento en el aire polvoriento. Pasado

un rato se dio cuenta de que había alguien de pie cerca del puente, donde la carretera se unía a la autopista. La silueta era apenas visible cuando la aureola de los faros la iluminaba al pasar.

Joshua se estremeció de nuevo.

No había duda de que se trataba de la señora Grales. Sólo ella podía ser reconocida con tan poca luz: la forma del bulto encapuchado en su hombro izquierdo y el modo de inclinar la cabeza hacia la derecha convertían las líneas de su cuerpo en algo inconfundible. La anciana señora Grales. El monje corrió las cortinas y encendió la luz. La deformidad de la anciana no le repelía, el mundo estaba ya cansado de ver tales abortos genéticos y reacciones de genes. Su propia mano izquierda lucía aún una tenue cicatriz, donde un sexto dedo le había sido amputado en su infancia. Pero la herencia del Diluvium Ignis era algo que en aquel momento prefería olvidar y la señora Grales era una de sus más conspicuas herederas.

Pasó las manos por un globo terráqueo que había sobre su mesa. Lo hizo girar hasta llegar al océano Pacífico y al este de Asia. ¿Dónde? ¿En qué punto preciso? Hizo que el globo girase más aprisa, empujándolo ligeramente de vez en cuando, hasta que el mundo giró como una ruleta, más aprisa y más aprisa, hasta que los continentes y los océanos se convirtieron en una masa borrosa. «Hagan juego, señoras y señores, ¿dónde?». Detuvo abruptamente el globo con el pulgar. «Banco, la India paga. Cobre, señora». El resultado era descabellado. Hizo girar de nuevo el globo hasta que su armazón empezó a vibrar. Los días se deslizaron como breves instantes. De pronto, se dio cuenta de que lo hacía girar en sentido contrario. Si la madre Gaia hacía piruetas en el mismo sentido, el Sol y otros paisajes en tránsito saldrían por el oeste y se pondrían por el este. ¿Retrocedería así el tiempo? Dijo el homónimo de mi homónimo: «No te muevas,

oh Sol, hacia Gabaón, ni tú, Luna, hacia el valle...», un buen truco, pensándolo bien, y además conveniente en esta época. «Levántame de nuevo, oh Sol, *et tu, Luna, recedite in orbitas reversas*...». Siguió haciendo girar el globo al revés, como si esperase que el simulacro de tierra poseyese el poder de remontar el tiempo. Un tercio de un millón de vueltas podían ser suficiente para hacerlos volver al Diluvium Ignis.

Sería mejor colocarle un motor y hacerlo retroceder hasta el principio del hombre.

Lo detuvo de nuevo con el pulgar, y el resultado fue otra vez absurdo.

Sin embargo, se entretuvo en el despacho, pues temía el momento de volver a casa. La «Casa» estaba únicamente al otro lado de la carretera, en los embrujados vestíbulos de aquellos antiguos edificios, cuyas paredes contenían aún piedras que habían sido los restos de hormigón de una civilización desaparecida hacía ya dieciocho siglos. Cruzar la carretera hacia la vieja abadía era como cruzar un eón. Allí, en los nuevos edificios de vidrio y aluminio, él era un técnico en su mesa de trabajo, en la que los acontecimientos eran sólo fenómenos, para ser observados atendiendo a su *cómo* sin preguntarse su *por qué*. En este lado de la carretera la caída de Lucifer era sólo una inferencia derivada por fría matemática del decir de los contadores de radiaciones o de la súbita oscilación de la pluma del sismógrafo. Pero en la vieja abadía, dejaba de ser un técnico para convertirse en un monje de Cristo, un contrabandista de libros y un memorizador de la comunidad de Leibowitz. Allí, la pregunta sería: «¿Por qué, Señor, por qué?». La pregunta había llegado y el abad había dicho: «Venga a verme».

Joshua asió su zurrón y fue a obedecer la llamada de su superior. Para evitar encontrar a la señora Grales, salió por el paso inferior de peatones. No era un momento para

conversaciones agradables con la bicéfala vendedora de tomates.

25

El dique del secreto se había roto. Varios periodistas intrépidos fueron barridos por la marea enfurecida que los había expulsado de Texarkana hacia sus países de origen, donde se mostraron reacios a los comentarios. Otros permanecieron en sus puestos y trataron lealmente de obturar nuevas filtraciones, pero la caída de ciertos isótopos traídos por el viento creó una contraseña universal, murmurada por las esquinas y gritada por los titulares: «Lucifer ha caído».

El ministro de Defensa, con su uniforme inmaculado, su maquillaje perfecto y su serena ecuanimidad, se enfrentó de nuevo con la hermandad periodística. Esta vez la entrevista de prensa fue televisada a través de la Coalición Cristiana.

SEÑORA PERIODISTA — Su excelencia parece tomar con mucha calma los acontecimientos. Dos violaciones de la Ley Internacional, ambas definidas por tratado como actos de guerra, han ocurrido recientemente. ¿No preocupa esto en absoluto al Ministerio de la Guerra?

MINISTRO DE DEFENSA — Señora, como usted sabe muy bien, aquí no tenemos un Ministerio de la Guerra; tenemos un Ministerio de Defensa. De acuerdo con la información

que poseo, sólo ha ocurrido una violación de la Ley Internacional. ¿Le molestaría informarme cuál es la otra?

SEÑORA PERIODISTA ¿De cuál de las dos no está al corriente? ¿Del desastre de Itu-Wan o del disparo de aviso en el lejano Pacífico del Sur?

MINISTRO DE DEFENSA (*con súbita sequedad*) ¡Con seguridad, señora, no intenta usted nada sedicioso, pero su pregunta parece dar apoyo, si no crédito, a los cargos totalmente falsos de Asia de que el llamado desastre de Itu-Wan fue provocado por un arma probada por nosotros y no por ellos!

SEÑORA PERIODISTA Si es así, le invito a encarcelarme. La pregunta se basa en una noticia facilitada por un país neutral del Cercano Oriente, que informó del desastre de Itu-Wan como resultado de una prueba subterránea asiática que se descontroló. La misma información dijo que la prueba de Itu-Wan fue captada por nuestros satélites e inmediatamente contestada por un disparo de aviso espacio-tierra al sudeste de Nueva Zelanda. Pero, ahora que lo sugiere, ¿fue el desastre de Itu-Wan también resultado de una prueba nuestra?

MINISTRO DE DEFENSA (*con forzada paciencia*) Reconozco el derecho de los periodistas a la objetividad, pero sugerir que el Gobierno de su supremacía violaría deliberadamente…

SEÑORA PERIODISTA	Su supremacía es un muchacho de once años… Hablar de su Gobierno no es únicamente arcaico sino muy poco honorable… ¡Es despreciable! Tratar de echar sobre sus hombros la responsabilidad por una completa negación de su propia…
MODERADOR	Haga el favor de restringir el tono de sus…
MINISTRO DE DEFENSA	¡Olvídelo! ¡Olvídelo! Señora, si necesita dignificar los fantásticos cargos, tiene mi completa negativa. El llamado desastre de Itu-Wan no fue resultado de un arma probada por nosotros ni tengo noticia de otra explosión nuclear reciente.
SEÑORA PERIODISTA	Gracias.
PRESENTADOR	Creo que el editor del *Texarkana Star-Insight* ha pedido la palabra.
EDITOR	Gracias… Quisiera preguntarle, excelencia, ¿qué ocurrió en Itu-Wan?
MINISTRO DE DEFENSA	En aquella área no tenemos nacionales; no hemos tenido observadores allí desde que se rompieron las relaciones diplomáticas durante la última crisis mundial. Puedo, de todas maneras, hablar basándome únicamente en la evidencia directa y en las narraciones, en cierto modo contradictorias, de los neutrales.
EDITOR	Lo tendremos en cuenta.
MINISTRO DE DEFENSA	Muy bien, tengo entendido que hubo una explosión nuclear subterránea de varios megatones y se les escapó… Sin

duda se trataba de una prueba de algún tipo. Si se trataba de un arma o, como claman algunos «neutrales» de la frontera asiática, de un intento de cambiar de rumbo un río subterráneo, fue claramente ilegal y los países vecinos están dispuestos a protestar ante la Corte Mundial.

EDITOR ¿Hay peligro de guerra?

MINISTRO DE DEFENSA Yo no lo veo… Pero, como sabe, tenemos a ciertos destacamentos de nuestras fuerzas armadas que están sujetos a reclutamiento por la Corte Mundial para reforzar sus decisiones si es necesario. Yo no preveo tal necesidad, pero no puedo hablar por la Corte.

PRIMER REPORTERO Pero la coalición asiática ha amenazado con un inmediato ataque total contra nuestras instalaciones espaciales si la Corte no actúa en *contra nuestra*. ¿Qué ocurrirá si la Corte tarda en decidirse?

MINISTRO DE DEFENSA No se ha dado ningún ultimátum. La amenaza fue dada únicamente en bien del interior de su país; para cubrir su error en Itu-Wan.

SEÑORA PERIODISTA ¿Cómo está hoy su fe permanente en la maternidad, lord Tallege?

MINISTRO DE DEFENSA Espero que la maternidad tenga por lo menos tanta fe permanente en mí como yo la tengo en ella.

SEÑORA PERIODISTA Estoy segura de que, por lo menos, merece esto.

La conferencia de prensa, radiada a través del satélite retransmisor a treinta y cinco mil kilómetros de la Tierra, cubrió la mayor parte del hemisferio occidental con la vacilante señal del VHF, que transmitía informaciones a las grandes pantallas murales de las multitudes. Uno entre las multitudes, el abad dom Zerchi, apagó el televisor.

Dio unas cuantas vueltas por la habitación esperando a Joshua, mientras trataba de no pensar. Pero le resultó imposible.

Escucha, ¿somos impotentes? ¿Estamos predestinados a hacerlo otra vez, otra vez y otra vez? ¿No nos queda más remedio que hacer de ave fénix en una interminable secuencia de alzamientos y caídas? Asiria, Babilonia, Egipto, Grecia, Cartago, Roma, los imperios de Carlomagno y los turcos. Caer en el polvo y cubrirlo de sal. España, Francia, Inglaterra, América… quemadas en el olvido de los siglos. Y otra vez, y otra vez, y otra vez.

¿Estamos predestinados a ello, Señor, encadenados al péndulo de nuestro propio reloj enloquecido e incapaces de detener su vaivén?

«Ésta vez —se dijo— nos enviará directamente al olvido».

El sentimiento de desesperación desapareció abruptamente cuando el hermano Pat le trajo el segundo telegrama. El abad lo abrió, lo leyó sin interrupción, y esbozó una sonrisa.

—¿El hermano Joshua no ha llegado aún, hermano?

—Espera fuera, reverendo padre.

—Que entre.

—Bien, hermano, cierre la puerta y conecte el silenciador. Después lea esto.

Joshua miró el primer telegrama.

—¿Una respuesta de Nueva Roma?

—Llegó esta mañana. Pero primero conecte el silenciador. Tenemos cosas que discutir.

Joshua cerró la puerta y conectó un interruptor. Los altavoces ocultos protestaron levemente. Cuando la protesta terminó, las propiedades acústicas de la habitación parecieron haber cambiado de modo súbito.

Dom Zerchi le indicó que se sentase. Joshua leyó para sí parte del telegrama y terminó haciéndolo en voz alta:

—«... No debe tomar ninguna decisión en lo que se refiere al *Quo Peregrinatur Grex*».

—Tendrá que hablar más fuerte con esto en funcionamiento —dijo el abad indicándole el silenciador—. ¿Qué ha dicho?

—Leía. ¿El plan ha sido cancelado?

—No se sienta tan seguro. Esto llegó esta mañana, pero *éste* ha llegado esta tarde. —El abad le tendió el segundo telegrama.

> IGNORE EL MENSAJE ANTERIOR DE ESTA MISMA FECHA. *QUO PEREGRINATUR* DEBE REACTIVARSE DE INMEDIATO POR PETICIÓN SANTO PADRE. PREPARE AL PERSONAL PARA PARTIR EN TRES DÍAS. ESPERE CABLE CONFIRMANDO ANTES DE LA PARTIDA. INFORME DE CUALQUIER PLAZA SOBRANTE EN LA ELECCIÓN DEL PERSONAL. EMPIECE EJECUCIÓN CONDICIONAL DEL PLAN. ERIC, CARDENAL HOFFSTRAFF, VICARIO APOST. EXTRATERR. PROVINCIAE.

La cara del monje perdió su color. Dejó el telegrama sobre la mesa y se sentó de nuevo con los labios muy apretados.

—¿Sabe lo que es el *Quo Peregrinatur*?

—Sé de qué se trata, dómine, pero no conozco los detalles.

—Bueno, se proyectó como un plan para enviar a algunos sacerdotes con un grupo de colonizadores a Alfa Centauro.

Pero no dio resultado porque se necesitaban obispos para ordenar sacerdotes, y después de la primera generación de colonizadores habría que enviar más sacerdotes y así sucesivamente. La cuestión se complicó con discusiones acerca de si las colonias se mantendrían y, de ser así, había que hacer arreglos para asegurar la sucesión apostólica en los planetas colonizados sin necesidad de recurrir a la Tierra. ¿Sabe lo que esto significa?

—Supongo que enviar a por lo menos tres obispos.

—Sí, y esto parecería un poco absurdo. Los grupos colonizadores han sido siempre muy reducidos. Pero durante la última crisis mundial, el *Quo Peregrinatur* se convirtió en un plan de emergencia para la perpetuación de la Iglesia en los planetas colonizados si lo peor llegase a ocurrir en la Tierra. Tenemos una nave.

—¿Una nave interestelar?

—Exactamente. Y tenemos una tripulación capaz de manejarla.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¿En la abadía? ¿Pero quién…? —Joshua se calló. Su cara tomó una tonalidad grisácea—. Pero, dómine, mi experiencia en el espacio ha sido únicamente en vehículos orbitales, no en naves interestelares. Antes de que Nancy muriese y yo entrase en el Císter…

—Lo sé. Hay otros con experiencia en naves interestelares. Ya les conoce. Hasta se hacen bromas acerca del número de exespaciales que parecen sentir la vocación por nuestra orden. No es accidental, claro. Y recuerde cuando usted era postulante cómo se le embromaba acerca de su experiencia en el espacio.

Joshua asintió.

—También debe recordar que se le preguntó si aceptaría ir al espacio si la orden se lo pedía.

—Sí.

—¿Entonces no ignoraba totalmente que se le había asignado condicionalmente al *Quo Peregrinatur* si llegaba a suceder?

—Creo… creo que me lo temía, reverendo.

—¿Temía?

—Mejor dicho, sospechaba. Pero temer también, un poco, porque tenía la esperanza de poder terminar mis días en la orden.

—¿Cómo sacerdote?

—Esto… pues no lo había decidido aún.

—El *Quo Peregrinatur* no significa que se libere de sus votos o deba abandonar la orden.

—¿La orden también va?

Zerchi sonrió.

—Y la Memorabilia con ella.

—Todos los… ah, se refiere a los microfilms. ¿A qué lugar?

—La colonia Centauro.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera, dómine?

—Si se van, será para no volver.

El monje respiró profundamente y miró sin verlo el segundo telegrama. Se rascó absorto la barba.

—Tres preguntas —dijo el abad—. No las conteste ahora, pero empiece a pensar en ellas y hágalo seriamente. Primera, ¿quiere ir? Segunda, ¿tiene vocación para el sacerdocio? Tercera, ¿acepta conducir al grupo? Y al decir quiere no me refiero a la obediencia sino al entusiasmo o la voluntad de entusiasmarse. Piénselo, tiene tres días para hacerlo… quizá menos.

Los cambios modernos habían hecho pocas variaciones en los edificios y terrenos del antiguo monasterio. Para proteger a los edificios antiguos de la intrusión de una arquitectura

más impaciente, se habían hecho nuevas adiciones extramuros y también al otro lado de la carretera… a veces a expensas de la conveniencia. El viejo refectorio fue desechado debido a un techo pandeado, y para llegar al nuevo era necesario cruzar la carretera. La inconveniencia se veía algo mitigada por el paso subterráneo, a través del cual los hermanos se dirigían diariamente a efectuar sus comidas.

Con siglos de antigüedad, pero recientemente ampliada, la carretera era la misma empleada por los ejércitos paganos, peregrinos, campesinos, carros de mulas, nómadas, jinetes salvajes del este, artillería, tanques y camiones de diez toneladas. Su tráfico había fluido, escurrido, goteado según la época y la estación. Una vez, hacía mucho tiempo, tuvo seis pistas y tráfico computarizado. Este tráfico desapareció, el suelo se cubrió de grietas y la hierba se había abierto paso entre ellas después de alguna lluvia ocasional. El polvo lo cubría todo. Los moradores del desierto excavaron su destrozado hormigón para construirse chozas y barricadas. La erosión lo convirtió en una senda en el desierto, que cruzaba terrenos salvajes. Pero ahora había seis pistas y un robot dirigiendo el tráfico, como antes.

—Esta noche hay poco movimiento —dijo el abad cuando salía por la antigua entrada—. Vamos a cruzar por arriba. Este túnel puede resultar sofocante después de una tormenta de polvo. ¿No tiene ganas de pasar entre los coches?

—Vamos —aceptó el hermano Joshua.

Camiones de suspensión baja con las luces cortas —útiles sólo como aviso— pasaban raudos por su lado, con las ruedas chirriantes y las turbinas ruidosas. Con sus antenas cóncavas vigilaban la carretera y sus calibradores magnéticos medían las bandas —guías de acero colocadas

en la base de la carretera—. Así se les guiaba cuando pasaban presurosos a lo largo del rojizo y fluorescente río de grasiento hormigón. Corpúsculos económicos en una arteria de la humanidad, los monstruos cargaron descuidadamente hacia los monjes, que los evitaron de una pista a la otra. Ser derribado por uno de ellos era ser aplastado por un vehículo tras otro, hasta que la patrulla de seguridad encontraba la huella de un hombre estampada en el piso de la carretera y se detenía para limpiarla. Los sensibles mecanismos de los autopilotos eran mejores detectando masas de metal que masas de carne y hueso.

—Fue un error —dijo Joshua cuando llegaron al islote central y se detuvieron para descansar—. Mire quién está ahí.

El abad hizo un esfuerzo para distinguirla y después se dio un golpe en la frente.

—¡La señora Grales! Lo olvidé. Es su noche para acecharme. Ha vendido sus tomates al refectorio de las monjas y ahora viene de nuevo a por mí.

—¿A por usted? Estaba aquí anoche y anteanoche también. Creí que esperaba que alguien la llevase. ¿Qué quiere?

—En realidad no es nada. Estafó a las hermanas en el precio de los tomates y ahora me dará la ganancia extra para mis pobres. Es un pequeño ritual. Esto no tiene importancia, lo malo es lo que sigue después. Ya lo verás.

—¿Nos volvemos atrás?

—¿Y herir sus sentimientos? Tonterías. Ya nos ha visto. Vamos.

Se hundieron de nuevo en la tenue corriente de coches.

La mujer de las dos cabezas y su perro de seis patas esperaban junto a la puerta nueva, al lado de una canasta vacía de verduras. La anciana le cantaba suavemente al perro. Cuatro de las patas del animal eran perfectas, pero un

par extra colgaban inútiles a los lados. En cuanto a la mujer, una cabeza era tan inútil como las patas extras del perro. Era una cabeza pequeña, una cabeza querubínica, que nunca abría los ojos. No daba señales de compartir el aliento o la comprensión. Se balanceaba inútil sobre un hombro, ciega, muda, sorda y sólo vegetativamente viva. Quizá carecía de cerebro, pues no mostraba ningún signo de conciencia independiente o de personalidad. Su otra cara había envejecido, se había arrugado, pero la cabeza superflua retenía las facciones de la infancia, aunque endurecidas por el viento arenoso y oscurecidas por el sol del desierto.

La anciana se inclinó al verles acercarse y su perro se echó hacia atrás dando un bufido.

—Buenas, padre Zerchi —dijo arrastrando las palabras—, buenas noches para usted… y para usted, hermano.

—Buenas noches, señora Grales.

El perro ladró, se erizó y empezó una danza frenética, saltando hacia los tobillos del abad con los colmillos dispuestos a clavarlos.

La señora Grales golpeó inmediatamente al perro con su canasta y el animal la aferró con sus dientes volviéndose contra su ama. Ella lo mantuvo lejos con la cesta. Después de recibir algunos golpes resonantes, el perro se retiró para sentarse gruñendo junto a la entrada.

—Vaya un humor tiene hoy *Priscilla* —dijo Zerchi, animadamente—. ¿Va a tener perritos?

—Perdonen, excelencias —dijo la señora Grales—, pero no es su condición de madre lo que la vuelve de este modo. ¡Se irrita como un demonio! Es culpa de mi hombre. Ha embrujado al pobre animal, lo ha hecho… sólo para divertirse. Hace que todos la teman.

—Les pido perdón a sus excelencias por su maldad.

—Está bien. Vaya, buenas noches, señora Grales.

Pero escapar no era tan fácil. La mujer asió al abad por la manga y sonrió con su irresistible sonrisa desdentada.

—Un minuto, padre, sólo un minuto para la vieja vendedora de tomates, si pudiese dedicármelo.

—¡Claro que sí! Estaré encantado…

Joshua le hizo una ligera mueca al abad y fue a negociar con el perro el permiso de entrada. *Priscilla* lo observó con sencillo desprecio.

—Tenga, padre, tenga —decía la señora Grales—. Tenga algo para sus pobres. Mire… —Las monedas sonaron mientras Zerchi protestaba—. No, tenga, lléveselas —insistió ella—. Ya sé lo que siempre dice, pero yo no soy tan pobre como parezco. Y usted hace un buen trabajo. Si no las acepta, el vago de mi hombre se las quedará y las gastará con el demonio. Vea… vendí mis tomates a buen precio, ya he comprado comida para la semana y hasta un adorno para Rachel. Quiero que usted se lo quede. Tenga.

—Es muy amable…

De la entrada les llegó un ladrido imperativo, seguido por una larga secuencia de ladridos y quejidos de *Priscilla* que aullaba en plena retirada.

Joshua se volvió lentamente, con las manos metidas en las mangas.

—¿Está usted herido?

El monje contestó con un gruñido.

—¿Qué le hizo a la perra?

El hermano Joshua lanzó un par de gruñidos más y después explicó:

—*Priscilla* cree en el hombre lobo. Los ladridos eran suyos. Ahora podremos pasar con toda tranquilidad.

El perro había desaparecido, pero la señora Grales se aferró de nuevo a la manga del abad.

—Sólo un minuto, padre, no lo molestaré más. Quería verle acerca de la pequeña Rachel. Debo pensar en el

bautismo y la comunión y quería pedirle que me hiciese el honor…

—Señora Grales —dijo él suavemente—, vaya a ver al cura de su parroquia. Es él quien debe arreglar estos asuntos, no yo. No tengo parroquia, sólo la abadía. Hable con el padre Selo en San Miguel, nuestra iglesia no tiene siquiera pila bautismal. Las mujeres no pueden penetrar en ella, excepto en la tribuna…

—La capilla de las monjas tiene una pila y las mujeres pueden…

—Esto tiene que resolverlo el padre Selo, no yo. Tiene que quedar registrado en su parroquia. Sólo en un caso de emergencia puedo…

—Ya lo sé, ya lo sé, pero vi al padre Selo. Llevé a Rachel a su iglesia y el viejo loco no quiso ni tocarla.

—¿Se negó a bautizar a Rachel?

—Eso hizo el viejo loco.

—Está hablando de un sacerdote, señora Grales, y no es ningún loco, lo conozco bien. Debe tener sus razones para negarse. Si usted no está de acuerdo con ellas, entonces vea a alguien más, pero no a un sacerdote monástico. Hable con el pastor de Santa Maisie, tal vez…

—Ya lo he hecho…

Se lanzó en lo que prometía ser una prolongada narración de sus escaramuzas en beneficio de la no bautizada Rachel.

Los monjes la escucharon pacientemente al principio. Mientras hablaba, Joshua se quedó mirándola y asió el brazo del abad por encima del codo; sus dedos se fueron clavando lentamente en él, hasta que el abad dio un respingo de dolor y se los apartó con su mano libre.

—¿Qué le pasa? —susurró.

Pero entonces notó la expresión del hermano Joshua. Mantenía su mirada fija en la vieja mujer como si se tratase de un basilisco. Zerchi siguió su mirada, pero no vio nada

que fuese más extraño de lo habitual: la cabeza extra quedaba oculta por una especie de velo, pero el hermano Joshua ya la había visto otras veces.

—Lo siento, señora Grales —la interrumpió Zerchi tan pronto ella hizo una pausa para tomar aliento—. Ahora debo irme. Le diré lo que haremos, llamaré al padre Selo en su nombre. Es todo lo que puedo hacer. Ya nos veremos de nuevo, estoy seguro.

—Muchas gracias y discúlpeme por haberle entretenido.

—Buenas noches, señora Grales.

Cruzaron la entrada y fueron hacia el refectorio. Joshua se golpeó varias veces las sienes con la palma de la mano, como si tratase de hacer volver algo a su sitio.

—¿Por qué la miraba de aquel modo? —le preguntó el abad—. Fue muy poco amable por su parte.

—¿No se dio cuenta?

—¿De qué?

—Entonces no lo notó… Bien, olvidémoslo. Pero… ¿quién es Rachel? ¿Por qué no la bautizan? ¿Es la hija de esa mujer?

El abad sonrió sin humor.

—Esto es lo que la señora Grales pretende, pero existen dudas entre si se trata de su hija, su hermana o simplemente una excrecencia que le ha crecido en un hombro.

—¡Rachel! ¿*Su otra cabeza*?

—No grite tanto, que todavía puede oírle.

—¿Y quiere que la bauticen?

—Y con mucha urgencia, ¿no le parece? Es como una obsesión.

Joshua agitó los brazos.

—¿Cómo se resuelven esa clase de asuntos?

—No lo sé ni quiero saberlo. Le doy las gracias al cielo por no ser yo quien deba pensarlo. Si fuese un caso simple de

gemelos siameses sería fácil. Pero no lo es. Los viejos dicen que cuando la señora Grales nació, Rachel no estaba.

—¡Un cuento de campesinos!

—Quizá, pero algunos están dispuestos a decirlo bajo juramento. ¿Cuántas almas tiene una anciana con una cabeza extra? Una cabeza que se limitó a crecer. Estas cosas producen úlceras en las altas esferas, hijo mío. Ahora, ¿qué fue lo que vio? ¿Por qué la miró de aquel modo y trató de arrancarme el brazo?

El monje no contestó de inmediato, pero finalmente dijo:

—Me sonrió.

—¿Qué fue lo que sonrió?

—Su cabeza... uh... Rachel. Sonrió. Me dio la impresión de que iba a despertar.

El abad lo detuvo en la entrada del refectorio y lo estudió con curiosidad.

—Sonrió —repitió ansiosamente el monje.

—Lo imaginó usted.

—Sí, padre.

—Entonces ponga cara de haberlo imaginado.

El hermano Joshua trató de hacerlo, pero terminó por confesar:

—No puedo.

El abad dejó caer las monedas de la anciana en la hucha de los pobres.

—Entremos —dijo.

El nuevo refectorio era funcional, de muebles cromados, estaba acústicamente confeccionado y germicidamente iluminado. Las piedras oscurecidas por el humo habían desaparecido, al igual que las lámparas de sebo, los tazones de madera y el queso curado en la alacena. Excepto por la disposición cruciforme de las mesas y una hilera de

imágenes a lo largo de una de las paredes, el lugar parecía un comedor industrial. El ambiente había cambiado al igual que el de toda la abadía… Después de siglos de esforzarse en preservar los restos culturales de una civilización desaparecida hacía mucho, los monjes vigilaron el crecimiento de una nueva y más poderosa civilización. Las viejas tareas fueron completadas. Nuevas labores encomendadas. El pasado era venerado y exhibido en vitrinas de cristal, pero ya no era el presente. La orden estaba a tono con la época, con la era del uranio, el acero y los cohetes rutilantes, en medio del retumbar de la industria pesada y el alto y agudo plañido de los transformadores de las naves interestelares. La orden se adaptaba, por lo menos aparentemente.

—*Accedite ad eum* —entonó el lector.

Durante la lectura, la legión de monjes descansaba en su lugar. La comida todavía no había hecho su aparición. Las mesas estaban limpias de platos, pues la cena había sido retrasada. El organismo, la comunidad, cuyas células eran hombres, cuya vida fluyó a través de setenta generaciones, parecía estar tenso aquella noche; daba la sensación de sentir que algo iba mal; captaba, a través de la connaturalidad de sus miembros, lo que había sido confiado a unos pocos. El organismo vivía como un cuerpo, oraba y trabajaba como un cuerpo, y a veces parecía ser oscuramente consciente como una mente que inculcaba a sus miembros y murmuraba para sí y para otro en *lingua prima*, el idioma infantil de las especies. Quizá la tensión se veía aumentada tanto por el débil ronroneo de las prácticas de cohetes en el distante campo de tiro de misiles antimisiles, como por la inesperada tardanza de la cena.

El abad pidió silencio, e hizo un gesto a su prior, el padre Lehy, indicándole el facistol. Antes de hablar, el prior se mostró apenado.

—Todos lamentamos la necesidad —dijo finalmente— de tener que interrumpir a veces la tranquilidad de la vida contemplativa con noticias del mundo exterior. Pero también tenemos que recordar que estamos aquí para rogar por el mundo y su salvación al igual que por la nuestra. Especialmente ahora el mundo necesita de las oraciones —se calló y miró a Zerchi.

El abad asintió.

—Lucifer ha caído —dijo el sacerdote y permaneció en silencio. Miraba el facistol como si súbitamente hubiese perdido el habla.

Zerchi se levantó.

—Se trata de una conclusión del hermano Joshua —intercaló—. El Consejo de Regencia de la Confederación Atlántica no ha sido nada. La dinastía no ha hecho declaraciones. Sabemos poco más de lo que sabíamos ayer, a no ser que la Corte Mundial se halla reunida en una sesión de emergencia y que los encargados de la Defensa del Interior se mueven aprisa. Hay una alerta de defensa y nos afectará, pero no debéis preocuparos. ¿Padre…?

—Gracias, dómine —dijo el prior, que parecía haber recobrado la voz, cuando dom Zerchi se sentó de nuevo—. El reverendo padre abad me ha pedido que os diga lo siguiente: «Primero: durante los tres próximos días cantaremos el oficio menor de Nuestra Señora antes de maitines, pidiéndole interceda por la paz. Segundo: las instrucciones generales para la defensa civil en caso de ataque espacial o una alerta de ataque por misiles están preparadas en la mesa de entrada. Que todo el mundo tenga una. El que ya la haya leído que la lea de nuevo. Tercero: en caso de que suenen las sirenas de ataque, los siguientes hermanos deben presentarse inmediatamente en el patio de la vieja abadía para recibir instrucciones. Si no hay aviso de ataque, los mismos hermanos se presentarán igualmente

pasado mañana por la mañana enseguida después de maitines y laudes. Nombres: hermanos Joshua, Christopher, Augustin, James, Samuel…».

Los monjes escucharon con silenciosa tensión, sin mostrar emoción alguna. Se dieron en total veintisiete nombres, pero entre ellos no había ningún novicio. Algunos eran sabios eminentes; también figuraban un portero y un cocinero. Al oírlos por primera vez se podía suponer que los nombres habían sido echados a suertes. Cuando el padre Lehy hubo terminado la lista, algunos de los hermanos se miraban entre sí con curiosidad.

—El mismo grupo se presentará mañana después de primas en el dispensario para hacerles un reconocimiento médico completo —dijo el prior para terminar. Se volvió para mirar interrogador a dom Zerchi—. ¿Dómine…?

—Sí, sólo una cosa más —dijo el abad acercándose al facistol—. Hermanos, no demos por sentado que habrá guerra. Recordemos que Lucifer ha estado con nosotros, esta vez, por casi dos siglos. Y sólo ha sido lanzado dos veces, con potencia inferior al megatón. Todos sabemos lo que podría suceder si hubiese guerra. La ulceración genética todavía está entre nosotros desde la última vez que el hombre trató de erradicarse a sí mismo. Quizás en tiempo de san Leibowitz no sabían lo que ocurriría o tal vez lo sabían, pero no podían creerlo hasta probarlo… como un niño que sabe lo que puede hacer una pistola cargada aunque nunca antes haya apretado el gatillo. Todavía no habían visto un billón de cadáveres. No habían visto a los abortos de la naturaleza, los monstruos, los deshumanizados, los ciegos. Tampoco habían visto la locura, el crimen y el embotamiento de la razón. Entonces lo hicieron y entonces lo vieron.

»Ahora… *ahora* los príncipes, los presidentes, los presidiums lo saben… lo saben más allá de toda duda. Pueden saberlo con los hijos a los que dan vida y envían a

asilos para deformes. Lo saben y han mantenido la paz. No la paz de Cristo, ciertamente, pero la paz, hasta hace poco; con sólo dos incidentes casi bélicos en dos siglos. Ahora tienen la amarga certidumbre. Hijos míos, no pueden hacerlo de nuevo. Sólo una especie de locos podría repetirlo.

Dejó de hablar. Alguien sonreía. Era sólo una pequeña sonrisa, pero sobresalía como una mosca muerta en un tazón de crema. Dom Zerchi frunció el ceño, pero el anciano siguió sonriendo torcidamente. Se sentaba en «la mesa de los pordioseros», junto a otros tres vagabundos. Era un viejo de barba hirsuta manchada de amarillo en la barbilla. Por chaqueta llevaba un saco de arpillera con agujeros para los brazos. Siguió sonriendo a Zerchi. Parecía tan viejo como un risco erosionado por la lluvia y un buen candidato para un lavatorio de pies. Zerchi se preguntó si pensaba levantarse y anunciarles algo a sus anfitriones o quizá lanzarles una maldición; pero fue sólo una ilusión generada por la sonrisa. Desechó rápidamente la idea de que había visto al hombre en alguna otra ocasión y dio fin a sus palabras.

Al volver a su sitio, se detuvo. El pordiosero lo saludó amablemente. Zerchi se le acercó.

—¿Puedo saber quién es usted? ¿Le he visto antes en algún sitio?

ראצאי שמי

—¿Qué?

—*Latzar shemi* —repitió el pordiosero.

—No acabo de…

—Entonces llámeme Lázaro —dijo el anciano. Y sonrió.

Dom Zerchi agitó la cabeza y se alejó. ¿Lázaro? Corría en la región un viejo cuento que decía que… pero, vaya, era una impostura. Resucitado por Cristo y, sin embargo, no era cristiano, decían. A pesar de todo no pudo abandonar la idea de que había visto al hombre en algún otro sitio.

—Que traigan el pan para la bendición —dijo, y el retraso de la cena terminó.

Después de las oraciones, el abad miró de nuevo hacia la mesa de los pordioseros. El anciano se limitaba a abanicar su sopa con un viejo sombrero de paja. Zerchi lo apartó de su mente encogiéndose de hombros, y la cena comenzó en un solemne silencio.

Las completas, la plegaria nocturna de la Iglesia, parecía aquella noche especialmente profunda.

Pero más tarde, Joshua durmió mal y en sus sueños encontró de nuevo a la señora Grales. Un cirujano afilaba su bisturí diciendo:

—Esta deformidad debe ser extirpada antes de que se haga maligna.

La cara de Rachel abría los ojos y trataba de hablar a Joshua, pero sólo podía oírla débilmente y no la comprendía en absoluto.

—Perfecta soy la excepción —parecía decir—. Yo conmesuro el engaño. Yo.

No lo comprendió, pero trató de adelantarse y salvarla. En su camino parecía haber un muro de cristal elástico. Hizo una pausa y trató de interpretar el movimiento de sus labios.

—Soy la… soy la… Soy la Inmaculada Concepción —le llegó el susurro del sueño.

Trató de abrirse paso a través del vidrio elástico para salvarla del bisturí, pero era demasiado tarde. Despertó de la pesadilla, blasfemó con un estremecimiento y se quedó un

rato rezando; pero tan pronto se quedó dormido, allí estuvo de nuevo la señora Grales.

Fue una noche agitada, una noche que pertenecía a Lucifer. Fue la noche del asalto Atlántico contra las instalaciones espaciales asiáticas.

En un ágil contraataque. Una antigua ciudad murió.

26

Ésta es su red de Aviso de Emergencia —decía el locutor cuando Joshua entró en el despacho del abad después de maitines al día siguiente—, emitiendo para ustedes el último boletín sobre el Fallout del asalto enemigo con misiles sobre Texarkana…».

—¿Me ha mandado llamar, dómine?

Zerchi le hizo un gesto indicándole silencio y un asiento. La cara del sacerdote parecía seca y sin sangre, una máscara acerada y grisácea del helado autocontrol. A Joshua le dio la impresión de haber disminuido de tamaño, de haber envejecido desde la caída de la noche. Escucharon sombríos la voz, que aumentaba y disminuía a intervalos de cuatro segundos cuando las estaciones transmisoras eran conectadas y desconectadas para impedir que el enemigo detectase el lugar donde estaba situado el equipo.

«… pero en primer lugar, una noticia proporcionada hace unos instantes por el Mando Supremo. La familia real está a salvo. Repito: se sabe que la familia real está a salvo. Se dice que el Consejo de Regencia estaba ausente de la ciudad cuando el enemigo atacó. Fuera de la zona de desastre no se han producido desórdenes civiles y no se espera ninguno.

»Una orden de cese el fuego ha sido dada por la Corte Mundial de Naciones, con orden de sentencia de muerte contra los jefes del Gobierno de ambas naciones. La sentencia se hace aplicable sólo en caso de que el decreto sea desobedecido. Ambos gobiernos cablegrafiaron a la

Corte su inmediato reconocimiento de la orden y hay, además, una probabilidad de que el conflicto haya terminado unas horas después de haber empezado como descarga preventiva contra ciertas instalaciones espaciales ilegales.

Dando un golpe por sorpresa, las fuerzas especiales de la Confederación atacaron anoche tres puntos ocultos de misiles asiáticos localizados en el lado oculto de la Luna y destruyeron totalmente una estación espacial enemiga que se dedicaba a conducir un sistema de misiles espacio-tierra. Se esperaba que el enemigo se vengaría en nuestras fuerzas en el espacio, pero el bárbaro asalto de nuestra capital fue un acto de desesperación que nadie anticipó.

»Boletín especial: Nuestro Gobierno acaba de anunciar su intención de hacer honor al alto el fuego durante diez días si el enemigo acepta una inmediata reunión de ministros de Relaciones Exteriores y comandantes militares en Guam. Se espera que el enemigo acepte».

—Diez días —dijo roncamente el abad—. No nos dan demasiado tiempo.

«La radio asiática, sin embargo, sigue insistiendo en que el reciente desastre termonuclear de Itu-Wan, que ha causado unas ochenta mil víctimas, se debió a un proyectil atlántico fuera de control. Y que la destrucción de la ciudad de Texarkana fue, por lo tanto, una especie de represalia…».

El abad apagó de un golpe el receptor.

—¿Cuál será la verdad? —preguntó en voz baja—. ¿Qué hay que creer? ¿Tiene importancia? Cuando al asesinato en masa se contesta con el asesinato en masa, violación por violación, odio con odio, no sirve de mucho preguntar qué hacha es la más ensangrentada. Mal en el mal y sobre el mal. ¿Cómo justificar nuestra «acción policíaca» en el espacio? ¿Cómo podemos saberlo? Ciertamente no hay justificación para lo que han hecho… ¿o la hay? Sólo

sabemos lo que esa cosa dice y esa cosa es un prisionero. La radio asiática tiene que decir lo que desagradará menos a su Gobierno y la nuestra tiene que decir lo que desagradará menos a nuestro buen y patriótico pueblo obstinado. Lo cual es por coincidencia lo que el Gobierno quiere que sea dicho. Así que, ¿dónde está la diferencia? Dios mío, debe de haber medio millón de muertos, si le dieron a Texarkana con una de las grandes. Tengo ganas de decir palabras que ni siquiera había oído antes. Estercolero de sapos, pus asquerosa. Gangrena del alma, podrido cerebro inmortal. ¿Me comprende, hermano? Y Cristo respiró con nosotros el mismo aire de carroña. ¡Qué sumisa la majestad de nuestro Dios Todopoderoso! ¡Qué infinito sentido del humor! ¡Que Él se convirtiese en uno de nosotros! Rey del Universo, clavado en una cruz como un Yiddish Schlemiel por alguien como nosotros. Dicen que Lucifer fue expulsado por negarse a adorar al Verbo Encarnado. ¡Al loco debía faltarle el sentido del humor! ¡Dios de Jacob e incluso Dios de Caín! ¿Por qué lo hacen de nuevo?

»Perdóneme, deliro —añadió, dirigiéndose, no tanto a Joshua como a la talla de madera de san Leibowitz que estaba en un rincón de su despacho.

Se había detenido en la mitad de su paseo para observar la cara de la imagen… Era una talla vieja, muy vieja. Algún superior anterior de la abadía la había enviado al sótano para que se quedase entre el polvo y la oscuridad mientras una ávida podredumbre corroía la madera, comiéndose el grano de primavera y dejando el de verano de tal modo que la cara parecía estar profundamente marcada. El santo sonreía de modo ligeramente satírico. Zerchi la rescató del olvido debido a aquella sonrisa.

—¿Vio anoche al pordiosero del refectorio? —preguntó de pronto sin dejar de mirar con curiosidad la sonrisa de la estatua.

—No, dómine, ¿por qué?

—No tiene importancia, deben de ser imaginaciones mías.

Pasó los dedos por los haces de leña sobre los que estaba colocado el santo.

«*Aquí es donde nos hallamos todos ahora* —pensó—. En la gran fogata de los pecados pasados. Y algunos de ellos son míos. Míos, de Adán, de Herodes y Judas, de Hannegan y míos. De todos. Siempre se culmina en el coloso del Estado, tendiendo sobre sí el manto de la bondad, siendo abatidos por la ira del cielo. ¿Por qué? Lo dijimos lo suficientemente alto… Dios debe ser obedecido tanto por las naciones como por los hombres. César debe ser el policía de Dios, no su sucesor plenipotenciario, no su heredero. En todas las épocas, todos los pueblos. "Quien exalte a una raza o un Estado de credo particular, a los depositarios del poder… quien eleve estas nociones sobre su valor común y las divinice hasta el nivel idólatra, distorsiona y pervierte un orden del mundo planeado y creado por Dios…". ¿De dónde había salido esto? De Pío XI —se dijo aunque no estaba seguro—, hacía dieciocho siglos. Pero cuando César obtuvo los medios para destruir el mundo, ¿no estaba ya divinizado? Sólo con el consentimiento del pueblo, la misma chusma que gritó: "*Non habemus regem nisi caesarem*", cuando enfrentándose con Él, el Dios Encarnado, se burlaron de él y le escupieron. La misma chusma que martirizó a Leibowitz…».

—La divinidad de César aparece de nuevo.

—¿Dómine…?

—No me hagas caso. ¿Están los hermanos todavía en el patio?

—Cuando pasé había más de la mitad. ¿Quiere que vaya a verlo?

—Vaya y vuelva. Antes de que nos unamos a ellos quiero decirle algo.

Antes de que Joshua volviese, el abad sacó los documentos del *Quo Peregrinatur* de la caja de seguridad.

—Lea la compilación —le dijo al monje—. Vea la tabla de organización y lea las bases del procedimiento. Más tarde tendrá que estudiar detalladamente el resto.

El interfono sonó con fuerza mientras Joshua leía.

—Por favor, con el reverendo padre Jethra Zerchi, abad —zumbó la voz del operador robot.

—Al habla.

—Cable de prioridad urgente de *sir* Eric, cardenal Hoffstraff, Nueva Roma. No hay servicio de correo a esta hora, ¿se lo leo?

—Sí, lea el texto. Más tarde enviaré a alguien a buscar una copia.

—El texto es como sigue: «*Grex peregrinus erit. Quam primum est factum suscipiendum vobis, iussu Sanctae Sedis. Suscipite ergo operis partem ordini vestro propriam…*».

—¿Puede leerlo de nuevo traducido al idioma del sudoeste? —preguntó el abad.

El operador consintió, pero en ningún caso pareció el mensaje contener nada inesperado. Era una confirmación del plan y una petición de urgencia.

—Enterado —dijo finalmente.

—¿Hay respuesta?

—La respuesta es como sigue: «*Eminentissimo Domino Eric Cardinali Hoffstraff obsequitur Jethra Zerchius A. O. L. Abbas. Ad has res disputandas iam coegi discessuros fratres ut hodie parati dimitti Romam prima aerisnave possint*». Fin del texto.

—Se lo leeré de nuevo: «*Eminentissimo…*».

—Está bien, esto es todo, retírese.

Joshua había terminado el compendio. Cerró la carpeta y levantó lentamente la mirada.

—¿Está preparado para ser clavado en ello? —preguntó Zerchi.

—No estoy seguro de comprender —dijo el monje palideciendo.

—Ayer le hice tres preguntas. Necesito las respuestas ahora.

—Estoy dispuesto a ir.

—Pero aún quedan dos para ser contestadas.

—No estoy seguro acerca del sacerdocio, dómine.

—Mire, tendrá que decidirse. Usted tiene menos experiencia con naves interestelares que cualquiera de los otros. Ninguno de ellos ha sido ordenado. Alguien tiene que ser parcialmente liberado de los deberes técnicos para cumplir con los deberes pastorales y administrativos. Le dije que esto no significa abandonar la orden. No es así, pero su grupo se convertirá en una parcial dependiente de la orden, bajo una regla modificada. El superior será elegido por votación secreta de los profesos, claro, y usted será el candidato más evidente si además tiene vocación para el sacerdocio. ¿La tiene o no la tiene? Ha llegado su inquisición y su momento. Un momento muy breve, además.

—Pero, reverendo padre, no he terminado de estudiar…

—No importa. Además de la tripulación de veintisiete hombres, toda nuestra gente, irán otros: seis monjas y veinte niños de la escuela de San José, un par de científicos y tres obispos, dos de ellos recientemente consagrados. Pueden ordenar y, ya que uno de ellos es delegado del santo padre, tendrán hasta el poder de consagrar obispos. Ellos podrán ordenarle cuando consideren que está preparado. Pasarán años en el espacio, ¿sabe? Pero necesitamos saber si tiene vocación y necesitamos saberlo ahora.

El hermano Joshua permaneció un momento pensativo y finalmente dijo:

—No lo sé.

—¿Quiere media hora? ¿Desea un vaso de agua? Está muy pálido. Le diré algo, hijo mío, si debe dirigir al grupo tiene que ser capaz de decidir las cosas al instante. Ahora tiene que hacerlo. Bueno, ¿puede hablar?

—Dómine… no estoy seguro…

—De todas maneras puede chillar, ¿no es así? ¿Se someterá al yugo? ¿No se rinde aún? Se le pedirá que sea el asno en el que Él entró en Jerusalén, es una carga pesada y le romperá la espalda porque Él lleva los pecados del mundo.

—No me creo capaz.

—Chille y jadee, también puede gruñir, y esto está bien para el jefe del grupo. Escuche, ninguno de nosotros ha sido realmente capaz, sin embargo lo hemos intentado y hemos sido probados. Se le escoge para la destrucción, pero es por esto por lo que está aquí. Esta orden ha tenido superiores de oro, superiores de duro y frío acero, superiores de cuero corroído, y ninguno de ellos ha sido capaz, aunque algunos lo han sido más que otros y hemos tenido hasta santos. El oro fue batido, el acero se hizo quebradizo y se partió y el cuero corroído fue convertido en cenizas por el cielo. Yo he tenido la suerte de ser mercurio, avanzo a trompicones, y me rompo, pero siempre me recompongo. Siento que se avecina otra avanzada, y esta vez, hermano, creo que será la última. ¿De qué está hecho, hijo? ¿Qué será lo probado?

—Colas de perro faldero. Soy carne y tengo miedo, reverendo padre.

—El acero grita cuando se le forja, jadea cuando es templado y rechina cuando debe soportar una carga. Creo que incluso el acero tiene miedo, hijo mío. ¿Necesita media hora para pensarlo? ¿Un poco de agua? ¿Aire? Se tambalea

un poco. Si se marea, sea prudente y vomite. Si se siente atemorizado, grite. Si le produce cualquier cosa, *rece*. Pero vaya a la iglesia antes de la misa y díganos de lo que está hecho un monje. La orden se divide y la parte que se va al espacio lo hace para siempre. ¿Se siente o no llamado a ser pastor? Vaya y decídase.

—Supongo que no hay salida.

—Claro que la hay. Tiene tan sólo que decir: «No me siento llamado a ello», y elegiremos a otro, es todo. Pero vaya, cálmese y después reúnase con nosotros en la iglesia con un sí o un no. Yo voy allí ahora. —El abad se levantó y se despidió con un gesto.

La oscuridad en el patio era casi total. Sólo una delgada línea de luz se filtraba por debajo de la puerta de la iglesia. La débil luminosidad de las estrellas aparecía borrosa debido a la neblina de polvo. En el este no había aún rastro de la aurora. El hermano Joshua vagaba silencioso. Finalmente se sentó en el bordillo que cerraba un parterre de rosales. Apoyó la barbilla en la mano y empezó a mover un guijarro con un pie. Los edificios de la abadía se mostraban como sombras oscuras y dormidas. Una pequeña rebanada de Luna colgaba baja en el sur.

De la iglesia le llegaba el eco de los cantos: *Excita, Domine, potentiam tuam, et venit, ut salvos*, poneos en movimiento, Señor, y venid a salvarnos. El aliento de esta oración seguirá adelante y adelante, mientras haya aliento con que susurrarla. Aunque la hermandad lo considere fútil…

Pero no podían saber que era fútil. ¿O podían? Si Nueva Roma tenía alguna esperanza, ¿por qué enviar la nave? ¿Por qué si creían que las oraciones por la paz en la Tierra serían siempre contestadas? ¿No era la nave espacial un acto de

desesperación? «¡*Retrahe me, Satanas, et discende*!», pensó. La nave es un acto de esperanza. Esperanza para la humanidad en otro sitio, paz en otro sitio, dado que ahora y aquí no era posible: quizá los planetas de Alfa Centauro, Beta Hidra o una de esas débiles colonias desparramadas en aquel planeta, como se llamase, de Escorpión. La esperanza y no la futilidad envía la nave, loco seductor. Tal vez se trate de una esperanza cansada y rendida, una esperanza que dice: «Sacúdeles el polvo de tus sandalias y ve a predicar a Sodoma y a Gomorra». Pero hay esperanza o no darían la orden de salida. No hay esperanza para la Tierra, pero sí para el alma y la sustancia de la humanidad en otro sitio. Con Lucifer amenazando, no enviar la nave sería un acto de presunción, «como el tuyo, el más sucio de todos, tentando a Nuestro Señor: si eres Hijo de Dios, arrójate de la cima para que los ángeles te protejan». Demasiada esperanza para la Tierra había conducido al hombre a tratar de convertirla en un paraíso y era mejor que perdiese toda esperanza de ello en el momento que iba hacia la consunción del mundo…

Alguien había abierto la puerta de la abadía. Los monjes se dirigieron en silencio hacia sus celdas. Un débil reflejo de la puerta de entrada se diluía hacia el patio. La luz era opaca en la iglesia. Joshua sólo podía distinguir unas velas y el tenue ojo rojizo de la lámpara del altar. Los veintiséis miembros de su grey ocupaban arrodillados el campo de su visión. Alguien cerró de nuevo la puerta, pero no tanto para que a través de una rendija no pudiese ver la mancha roja de la lámpara del altar. El fuego ardía con veneración, orgullo, quemaba suavemente en adoración allí en su receptáculo rojo. El fuego, el más hermoso de los cuatro elementos y sin embargo un elemento del infierno. Mientras ardía en adoración en el centro del templo, también había abrasado aquella noche la vida de una ciudad y había trasladado su veneno a la Tierra. Qué extraño era que Dios

hablase desde los arbustos en llamas y que el hombre convirtiese un símbolo del cielo en un símbolo del infierno.

Levantó de nuevo la vista hacia las polvorientas estrellas de la mañana. Bien, allí no encontrarían paraísos. Sin embargo, allí había hombres ahora, hombres que miraban a soles extraños en cielos extraños, respiraban un aire extraño y trabajaban una tierra extraña. En mundos de helada tundra ecuatorial, mundos de humeante jungla ártica, un poco parecida a la Tierra, tal vez; lo suficientemente parecida a la Tierra para que, de algún modo, el hombre pudiese seguir trabajando con el sudor de su frente. Pero aquellos colonizadores celestiales del *Homo loquax nonnumquam sapiens* eran sólo un puñado de colonias de humanos que hasta el momento había obtenido poca ayuda de la Tierra y ahora ya no tendría por qué esperarla, allí en sus nuevos no-paraísos, todavía menos parecidos al paraíso a como la Tierra lo había sido. Tal vez afortunadamente para ellos. Cuanto más se acercaba el hombre a perfeccionar un paraíso, más impaciente parecía por destrozarlo y acabar igualmente con él mismo. Crearon un jardín de placer y progresivamente fueron en él más miserables, cuanto más aumentaba su riqueza, poder y belleza; porque entonces, quizás, era más fácil para ellos ver que en el jardín faltaba algo, algún árbol o arbusto que ya no crecería. Cuando el mundo estaba en la oscuridad y desdicha, podría creer en la perfección y desearla. Pero cuando el mundo brilló por la razón y la riqueza empezó a notar la estrechez del ojo de la aguja y esto, enconado por un mundo que ya no deseaba creer o desear. Bueno, lo destruirían de nuevo, ese jardín de la Tierra, civilizado, y que sabía iba a ser destrozado una vez más par una miserable oscuridad que el hombre nuevamente esperase en

¡Pero la Memorabilia iría en la nave! ¿Era una maldición? *Discede, Seductor informis*! Aquel conocimiento no era una

maldición a no ser que fuese pervertido por el hombre, como el fuego lo había sido aquella noche…

«¿Por qué debo irme, Señor? —se preguntó—. ¿Tengo que hacerlo? ¿Qué es lo que trato de decidir? Ir o negarme a ir. Pero esto ya está decidido, hace mucho se hicieron llamadas para ello. *Egrediamur tellure*, entonces, porque fui ordenado por un voto que yo empeñé. Así es que debo ir. ¿Pero apoyar las manos en mí y llamarme sacerdote? ¿Llegar incluso a llamarme abbas y hacer que vigile las almas de mis hermanos? ¿Debe insistir en ello el reverendo padre? Pero él no insiste, sólo quiere saber si Dios insiste en ello. Aunque tiene demasiada prisa. ¿Está en realidad tan seguro de mí? Para hacer esto tiene que estar más seguro de mí de lo que lo estoy yo mismo.

»¡Habla, destino, habla! El destino parece estar siempre unas décadas más lejos; pero de pronto no está una década más lejos sino que es *ahora*. Pero tal vez el destino sea siempre ahora, aquí, en este mismo instante, quizá.

»¿No es suficiente que él esté seguro de mí? Pero no, no del todo. Sea como fuere, debo estar seguro yo mismo. En media hora, menos de medía, ya. *Audi me, Domine* —por favor, Señor—. Es sólo uno de tus gusanos de esta generación que te pide algo, una señal, un signo, un portento, un amén. No tengo tiempo para decidirme».

Se sobresaltó nervioso. ¿Había algo arrastrándose?

Le pareció oír como un suave susurro entre las hojas secas, bajo los rosales que había a su espalda. Aquello se detuvo, susurró y se arrastró de nuevo. ¿Una señal del cielo podía arrastrarse? Un omen o un portento podían hacerlo. El salmista *negotium perambulans in tenebris* podía. Una serpiente podía hacerlo.

Tal vez se trataba de un grillo. Sólo susurraba. Pero el hermano Hegan había matado una serpiente en el patio, una vez… ¡Ahora se arrastraba de nuevo! Un suave deslizarse

entre las hojas. ¿Sería un signo adecuado que se arrastrase fuera de las hojas y le mordiese la nuca?

El sonido de las oraciones le llegó de nuevo procedente de la iglesia: *Reminiscentur et convertentur ad Dominum universi fines terrae. Et adorabunt in conspectu universae familiae gentium. Quoniam Domini est regnum; et ipse dominabitur*…

Extrañas palabras para aquella noche: Todos los extremos de la Tierra deberían recordar y volverse hacía el Señor…

El susurro se detuvo súbitamente. ¿Estaba tras él? «Verdaderamente, Señor, una señal es realmente necesaria. En realidad yo…». Algo rozó su muñeca y él se apartó de un salto de los rosales. Se apoderó de una piedra y la lanzó contra los arbustos. El ruido fue más fuerte de lo que había supuesto. Avergonzado, se rascó la barba. Esperó. No salió nada de entre los arbustos. Nada se deslizó. Lanzó una nueva piedra, que también sonó con fuerza en la oscuridad. Siguió esperando, pero nada se movió. «Pide una señal y cuando llegue, lánzale una piedra… *de essentia hominum*».

La lengua sonrosada de la aurora empezó a lamer las estrellas. Pronto tendría que ir a contestar al abad. ¿Contestar qué?

El hermano Joshua apartó los mosquitos de su barba y fue hacia la iglesia, pues alguien había salido a la puerta y había mirado hacia el exterior. ¿Le buscaban a él?

«*Unus panis, et unum corpus multi sumus*, llegó el murmullo de la nave, *omnes qui de uno*. Un pan y un cuerpo, aunque muchos, somos nosotros, y hemos compartido un pan y un cáliz…».

Se detuvo en la entrada para mirar hacia los rosales. «Era una trampa, ¿verdad? La enviaste sabiendo que tiraría piedras, ¿no es así?».

Penetró en el interior y se arrodilló junto a los demás, uniendo su voz a la de sus compañeros para la petición.

Durante un rato dejó de pensar, en compañía de los viajeros del espacio allí reunidos. «*Annuntiatibur Domino generatio ventura*... Y le será mostrada al Señor una generación a venir y los cielos mostrarán su justicia. Para un pueblo que nacerá, el cual el Señor ha creado...».

Cuando tuvo de nuevo noción de las cosas, vio que el abad le llamaba con un gesto. El hermano Joshua fue a arrodillarse a su lado.

—*Hoc officium, fili... tibine imponemus oneri*? —susurró.

—Si me quieren —contestó suavemente el monje—, *honorem accipiam*.

El abad sonrió.

—Me ha oído mal, he dicho carga, no honor. *Crucis autem onus si audisti ut honorem, nihilo errasti auribus*.

—*Accipiam* —repitió el monje.

—¿Está seguro?

—Si me escogieron, lo estaré.

—Es suficiente.

Así quedó decidido. Mientras el sol se alzaba, un pastor era escogido para conducir el rebaño.

Después, la misa conventual fue dedicada a peregrinos y viajeros.

No había sido fácil fletar un avión para Nueva Roma y aún más difícil fue obtener el permiso de vuelo, una vez conseguido el avión. Durante la emergencia, todos los vuelos civiles pasaron a la jurisdicción de los militares, y se necesitaba un permiso especial. La ZDI local lo había negado. Si el abad Zerchi no hubiese sabido que cierto mariscal del aire y cierto cardenal arzobispo eran amigos, la ostensible peregrinación a Nueva Roma por parte de veintisiete contrabandistas de libros con su zurrón habría podido muy bien esfumarse, debido a la falta de permiso

para emplear un transporte rápido. A media tarde, sin embargo, el permiso fue otorgado. El abad Zerchi subió al avión, poco antes del despegue, para despedirse.

—Sois la continuación de la orden —les dijo—, con vosotros va la Memorabilia. También con vosotros va la sucesión apostólica y quizá la Silla de Pedro.

»No, no —añadió en respuesta a los murmullos de sorpresa de los monjes—. No su santidad. No os había dicho esto antes, pero si en la Tierra ocurre lo peor, el Colegio de Cardenales o lo que quede de él, se reunirá. Puede que entonces la colonia Centauro sea declarada un patriarcado separado, con jurisdicción patriarcal absoluta que recaerá sobre el cardenal que os acompañará. Si el azote cae sobre nosotros, el patrimonio de Pedro pasará a él. Porque aunque la vida en la Tierra sea destruida, Dios no lo quiera, mientras el hombre viva en otro sitio, el oficio de Pedro no puede ser destruido. Hay muchos que piensan que si la maldición cae sobre la Tierra, el papado recaerá sobre él por el principio de *Epikeia* si aquí no hubiese supervivientes. Pero, hermanos, esto no os atañe directamente, aunque estaréis sujetos a vuestro patriarca bajo votos especiales como los que atan a los jesuitas al Papa.

»Pasaréis años en el espacio, por lo tanto la nave será vuestro monasterio. Cuando la sede patriarcal se haya establecido en la colonia Centauro, crearéis un convento de religiosas de la Visitación de San Leibowitz de Tycho. Pero la nave permanecerá en vuestras manos al igual que la Memorabilia. Si la civilización, o un vestigio de ella, puede mantenerse en Centauro, enviaréis misiones a los demás mundos colonizados y quizás, eventualmente, a las colonias de sus colonias. Donde quiera que el hombre vaya, vosotros y vuestros sucesores le acompañaréis. Y con vosotros, los restos y recuerdos de más de cuatro mil años. Algunos de los que estáis aquí o de los que os sucederán serán mendigos y

vagabundos que enseñarán las crónicas de la Tierra y los cánticos del Crucificado a los pueblos y culturas que puedan crecer fuera de los grupos de colonizadores. Porque algunos pueden olvidar. Pueden apartarse de la fe. Enseñadles y recibid en la orden a los que se sientan llamados. Cededles la continuidad. Sed para el hombre el recuerdo de la Tierra y el origen. Recordad esta Tierra, no la olvidéis nunca, pero… *no volváis nunca a ella* —la voz de Zerchi se hizo débil y ronca—. Si alguna vez lo hacéis, tal vez os encontréis con el arcángel en el extremo este de la Tierra, guardando su entrada con una espada de fuego. Lo presiento. A partir de ahora, el espacio es vuestro hogar. Es un desierto más solitario que el nuestro. Dios os bendiga y rogad por nosotros.

Avanzó lentamente por el pasillo, deteniéndose ante cada asiento para bendecir y abrazar a su ocupante, antes de abandonar el avión.

La nave rodó hasta tomar pista y se elevó rugiendo. La observó hasta que se perdió de vista en el cielo del atardecer. Después, regresó a la abadía y al resto de su rebaño.

En el avión habló como si el destino del hermano Joshua y su grupo fuese tan claro como las oraciones de la misa del día siguiente; pero todos, por supuesto, sabían, que sólo presentaba un plan, describió una esperanza y no una seguridad. Porque el grupo del hermano Joshua sólo había dado el pequeño primer paso de un largo viaje dudoso, un nuevo éxodo de Egipto bajo los auspicios de Dios que, con seguridad, estaba ya muy cansado de la estirpe del hombre.

Los que quedaban tenían la parte más fácil: esperar el final y rezar para que no llegase.

27

La zona afectada por el “Fallout” local permanece relativamente estacionaria —dijo el locutor—, y el peligro de una mayor contaminación atmosférica casi ha desaparecido…».

—Bien, por lo menos no ha sucedido nada *peor* —recalcó el huésped del abad—. Hasta ahora, aquí nos hemos visto libres de ello. Si la conferencia no se divide, parece que estamos a salvo.

—¿Lo estaremos? —dijo Zerchi con un gruñido—, pero escuche un momento.

«La última lista estimada de muertos —continuaba el locutor—, en este noveno día después de la destrucción de la capital, da dos millones ochocientos mil muertos. Más de la mitad de las víctimas pertenecen a la población de la ciudad, el resto es sólo un cálculo basado en el porcentaje de población en el borde y áreas del Fallout, que se sabe han recibido dosis críticas de radiación. Los expertos predicen que la cantidad aumentará a medida que se produzcan más casos de radiación».

«La ley obliga a esta emisora a emitir el siguiente comunicado dos veces al día durante la emergencia: “Las previsiones de la Ley Pública 10-WR-3E no dan, bajo ningún concepto, poder a los ciudadanos privados para practicar la eutanasia a las víctimas de envenenamiento por radiación. Las víctimas que hayan sido expuestas o que crean haberlo estado en mayor margen que la dosis crítica, deben

presentarse a la estación de ayuda de la Estrella Verde más cercana, donde un magistrado tiene poder para otorgar un mandamiento de *Mori Vult* a cualquiera que certifique adecuadamente ser un caso sin esperanza, si la víctima desea la eutanasia. Cualquier persona afectada por las radiaciones que se quite la vida en cualquier circunstancia que no sea la prevista por la ley será considerada suicida y comprometerá los derechos de sus herederos y dependientes para reclamar los seguros y otros beneficios legales debidos a la radiación. Lo que es más, cualquier ciudadano que ayude a tales suicidios puede ser acusado de criminal. El Acta de Desastre Radiactivo autoriza la eutanasia sólo después del debido proceso legal. Los casos serios de enfermedad por radiactividad deben presentarse inmediatamente a la Estación de Ayuda de la Estrella Verde"».

Abruptamente, y con tal fuerza que arrancó el botón de su perno, Zerchi apagó el aparato de radio, se levantó dando un salto de su sillón y fue hacia la ventana para mirar el patio, donde una multitud de refugiados daba vueltas alrededor de unas mesas de madera rápidamente colocadas. La abadía, la vieja y la nueva, estaba llena de gente de todas las edades y procedencias, cuyos hogares se encontraban en las regiones afectadas. El abad hizo un reajuste temporal de las zonas de claustro de la abadía para dar a los refugiados acceso a todos los sitios, excepto a los dormitorios de los monjes. Retiraron el letrero de la puerta, pues había mujeres y niños que debían ser alimentados, vestidos y cobijados.

Vio a dos novicios sacando un caldero humeante de la cocina de emergencia. Lo colocaron sobre una de las mesas y empezaron a repartir la sopa.

El visitante se aclaró la garganta y se removió inquieto en su sillón. El abad se volvió.

—Dicen «después del debido proceso» —gruñó—. El debido proceso de suicidio en masa bajo el apoyo del Estado y con las bendiciones de la sociedad.

—Bien —dijo el huésped—, es evidentemente mejor que dejarles morir poco a poco, de modo tan horrible.

—¿Lo es? ¿Mejor para quién? ¿Para los que limpian las calles? ¿Mejor para que sus cuerpos vivos vayan por sí mismos a una estación central cuando todavía pueden caminar? ¿Para evitar espectáculos públicos? ¿Para no verse rodeados de tanto horror? Unos millones de cuerpos tirados por ahí podrían dar lugar a una rebelión contra los responsables. Esto es lo que usted y el Gobierno consideran mejor, ¿verdad?

—No sé lo que piensa el Gobierno —dijo el visitante, con un ligero rastro de dureza en la voz—, lo que quise decir es más piadoso. No tengo intención de discutir de filosofía moral con usted. Si cree tener un alma a la que Dios enviará al infierno si escoge morir sin dolor en vez de horriblemente, adelante, créalo. Pero ya sabe que forma parte de una minoría. No estoy de acuerdo con usted, pero no tengo por qué discutirlo.

—Perdone —dijo el abad Zerchi—, no tenía intención de hablar con usted de teología moral. Hablaba únicamente del espectáculo de la eutanasia en masa en términos de motivación humana. La simple existencia del Acta del Desastre de Radiación y las leyes parecidas en otros países es la evidencia más palpable de que los Gobiernos estaban perfectamente al tanto de las consecuencias de otra guerra, pero en vez de tratar de hacer imposible el crimen, trataron de prevenir por adelantado las consecuencias del mismo. ¿Las implicaciones de este hecho no tienen ningún significado para usted, doctor?

—Claro que lo tienen, padre. En lo personal soy un pacifista, pero por el momento nos encontramos atascados

en el mundo tal como es, y si no pudieron ponerse de acuerdo en el modo de convertir el acto de la guerra en algo imposible, es mejor hacer algunas previsiones para luchar con las consecuencias, que no prevenir nada.

—Sí y no. Sí, si se trata de anticiparse al crimen de otro. No, si se trata de la anticipación del crimen propio. Y especialmente no si las previsiones para suavizar las consecuencias son también criminales.

El visitante se encogió de hombros.

—¿Como la eutanasia? Lo siento, padre, me parece que las leyes de la sociedad son las que dicen si algo es o no criminal. Sé que usted no está de acuerdo. Es verdad que puede haber leyes mal concebidas, pero en este caso, creo que es una buena ley. Si creyese que tengo una cosa como el alma y que en el cielo hay un Dios furioso, quizás estuviese de acuerdo con usted.

El abad Zerchi sonrió débilmente.

—No tiene un alma, doctor, usted es un alma y lo que tiene temporalmente es un cuerpo.

El visitante rió cortésmente.

—Una confusión semántica.

—Es verdad. Pero ¿cuál de los dos está más confundido? ¿Está seguro?

—No discutamos, padre. No estoy en el campo de Misericordia. Trabajo en el equipo de Vigilancia y Protección. Nosotros no matamos a nadie.

El abad Zerchi lo miró por un momento en silencio. El visitante era un hombre bajo y musculoso con una cara redonda y agradable y una cabeza calva curtida por el sol y cubierta de pecas. Llevaba un uniforme de sarga verde y tenía sobre las rodillas una gorra con la insignia de la Estrella Verde.

Era cierto, no tenía por qué discutir. El hombre era un médico, no un verdugo. Parte del trabajo de ayuda de la

Estrella Verde era admirable. A veces llegaba a ser heroico. Que en ocasiones trajese consigo el mal, de acuerdo con las creencias de Zerchi, no era razón para que sus buenas obras se viesen disminuidas. La mayor parte de la sociedad los favorecía y trabajaban de buena fe. El doctor había tratado de ser amistoso. Su petición era simple. No había sido ni autoritario ni oficioso. Sin embargo, el abad dudó antes de aceptar.

—¿El trabajo que quiere hacer aquí le llevará mucho tiempo?

El doctor movió la cabeza.

—Creo que a lo sumo dos días. Tenemos dos unidades móviles, podemos trasladarlas a su patio, unir los dos remolques y empezar a trabajar enseguida. Tomaremos a los casos evidentes de radiación y a los heridos. Trataremos únicamente a los más urgentes. Nuestro trabajo es sólo de diagnóstico. Los enfermos obtendrán tratamiento en un campo de emergencia.

—¿Y los más enfermos pueden obtener alguna otra cosa en el campo de misericordia?

El trabajador social frunció el ceño.

—Sólo si quieren ir, nadie les obliga.

—Pero usted firma el papel que les permite ir.

—Es verdad que he dado algunas tarjetas rojas y quizá tenga que darlas de nuevo. Aquí está… —Se rebuscó un bolsillo y sacó una cartulina roja parecida a una tarjeta de embarque con un pedazo de alambre para colgarla de un ojal o de una presilla del cinturón. La dejó sobre la mesa—. Es la tarjeta de dosis crítica. Tenga, léala. Dice que la persona está enferma, muy enferma. Y aquí tiene una etiqueta verde, dice que está bien y que no tiene por qué preocuparse. ¡Mire cuidadosamente la roja! «Cálculo estimativo de la exposición de unidades radiactivas», «Análisis sanguíneo», «Análisis de orina». Por una cara dice

lo mismo que la verde; por la otra, la verde está en blanco, pero mire detrás de la roja. Las letras pequeñas… están directamente tomadas de la Ley Pública 10-WR-3E. Tiene que estar aquí, es obligatorio. Tenemos que leérselo, decirles cuáles son sus derechos. Lo que haga con ellos es cosa suya. Ahora, si prefiere que coloquemos las unidades móviles en la carretera, podemos…

—Dice que se limitan a leérselo, ¿no es así? ¿Nada más?

El doctor permaneció un momento en silencio.

—Si no lo entienden, tenemos que explicarlo. —Volvió a callarse, acumulando irritación—. Buen Dios, padre, cuando se le dice a un hombre que es un caso sin esperanza, ¿qué va a hacer? ¿Leerle algunos párrafos de la ley, acompañarlo a la puerta y decir: «¡El siguiente, por favor!»? Claro que no les leemos esto y nada más, no si se tienen sentimientos humanos de alguna clase.

—Comprendo esto, lo que quiero saber es algo más… Ustedes, como médicos, ¿les aconsejan a los casos sin esperanza que vayan a un campo de misericordia?

—Yo… —el médico calló y cerró los ojos; apoyó la cabeza en una mano y se estremeció ligeramente—, claro que lo hago… Si usted viese lo que yo he visto haría lo mismo… Por supuesto que lo hago.

—No lo hará aquí.

—Vaya… —El médico contuvo una exclamación de furia. Se levantó y empezó a ponerse la gorra, pero se detuvo, la dejó sobre un sillón y se acercó a la ventana. Miró ceñudo hacia el patio y después hacia la carretera. Señaló—: Allí hay un aparcamiento. Podremos instalar allí nuestras tiendas, pero son más de tres kilómetros. La mayoría de ellos tendrá que caminar. —Estudió al abad y después miró de nuevo el patio con el ceño fruncido—. Mírelos… Están enfermos, heridos, destrozados y asustados. Los niños también se sienten cansados, estropeados y desdichados. ¿Dejará usted

que los llevemos por la carretera, que se sienten en el polvo, el sol y…?

—No quiero que sea de este modo —dijo el abad—. Mire… acaba de decirme que una ley hecha por el hombre hace obligatorio que les lean y expliquen esto a los casos de radiación crítica. No tengo nada que objetar a eso en sí mismo. Ya que la ley se lo pide, ríndase hasta este extremo al César. ¿No puede entonces comprender que yo me vea sujeto a otra ley y que ésta me prohíbe permitirle a usted y a cualquiera en esta propiedad y bajo mi gobierno aconsejarle a nadie que haga lo que la Iglesia considera pecado?

—Oh, lo comprendo muy bien.

—Bien. Tiene tan sólo que hacerme una promesa y podrá hacer uso del patio.

—¿Qué promesa?

—Que no le aconsejará a nadie ir a un campo de misericordia. Que se limitará al diagnóstico. Si encuentra algún caso de radiación sin esperanza, dígale únicamente lo que la ley le obliga a decir, sea tan consolador como quiera, pero no les diga que vayan a matarse.

El doctor dudó.

—Creo que podría prometerle esto para los pacientes que pertenecen a su credo.

El abad Zerchi bajó los ojos.

—Lo siento —dijo finalmente—, pero no es suficiente.

—¿Por qué? Hay muchos que no se rigen por sus principios. Si un hombre no pertenece a su religión, ¿por qué se niega a permitir…? —calló, furioso.

—¿Quiere que se lo explique?

—Sí.

—Porque si un hombre ignora el hecho de que algo está mal y actúa en esta ignorancia, no es culpable, ya que la razón natural no fue suficiente para mostrarle que aquello estaba mal. Pero si la ignorancia puede excusar al hombre,

no excusa el acto que es equivocado en sí mismo. Si yo permitiese el acto tan sólo porque el hombre ignora que aquello está mal, entonces yo incurriría en la culpa porque yo sé que lo está. Es así de dolorosamente simple.

—Escuche, padre. Se sientan allí y lo miran. Algunos lloran, otros gritan, otros se quedan simplemente allí sentados; pero todos dicen: «¿Qué puedo hacer, doctor?». ¿Qué es lo que debo contestar? ¿Debo callar? Puedo decir: «Puede morir, esto es todo». ¿Qué les diría usted?

—Que rezaran.

—Sí, claro que sí. Escuche, el dolor es el único mal que yo conozco. Es el único con que puedo luchar.

—Entonces que Dios le ayude.

—Los antibióticos me ayudan más.

El abad Zerchi buscó una respuesta contundente, encontró una, pero decidió tragársela. Buscó una hoja en blanco y después una pluma y se las tendió al hombre.

—Escriba: «Mientras esté en la abadía, no recomendaré la eutanasia a ningún paciente». Fírmelo, y entonces podrá hacer uso del patio.

—¿Y si me niego?

—Tendrán que arrastrarse tres kilómetros por la carretera.

—De todos los crueles…

—Al contrario, le he dado una oportunidad de cumplir con su trabajo del modo requerido por la ley que usted reconoce, sin pisotear la que reconozco yo. Que vayan o no por la carretera, está en sus manos.

El doctor miró la hoja en blanco.

—¿Qué hay de mágico en ponerlo por escrito?

—Lo prefiero así.

Se inclinó silenciosamente sobre la mesa y escribió. Leyó lo que había escrito y después estampó su firma al pie de la nota. Se enderezó.

—Está bien, aquí la tiene. ¿Cree que tiene más valor que mi palabra verbal?

—No, claro que no. —El abad dobló la nota y se la metió en un bolsillo—. Pero está aquí en mi bolsillo, usted lo sabe, y yo de vez en cuando puedo leerla. Esto es todo. Por cierto, doctor Cors, ¿acostumbra a mantener sus promesas?

El médico se quedó mirándolo.

—La mantendré —contestó con un bufido.

Se volvió sobre sus talones y salió de la habitación.

—¡Hermano Pat! —llamó débilmente el abad—. Hermano Pat, ¿está ahí?

Su secretario apareció en la puerta.

—Diga, reverendo padre.

—¿Lo oyó usted?

—Sólo en parte. La puerta estaba abierta y no pude evitar oírlo. No había conectado usted el silenciador…

—¿Le oyó decirlo? «El dolor es el único mal que conozco». ¿Lo oyó?

El monje asintió solemnemente.

—¿Y que la sociedad es la única que determina si un acto es o no correcto? ¿Esto también?

—Sí.

—Dios del cielo, ¿cómo es posible que esas dos herejías vuelvan al mundo después de tanto tiempo? El infierno tiene poca imaginación. «La serpiente me engañó y comí». Hermano Pat, es mejor que se vaya usted o empezaré a desvariar.

—Dómine, yo…

—¿Qué le detiene? ¿Qué es esto, una carta? Está bien, démela.

El monje se la tendió y salió. Zerchi la dejó sin abrir y leyó de nuevo el escrito del doctor. Quizá no valía nada, pero el hombre era sincero y dedicado a su labor. Tenía que serlo por la clase de paga que daba la Estrella Verde. Parecía

falto de sueño y rendido. Era probable que estuviese viviendo a base de bencedrina y galletas desde el momento en que el disparo había destruido a la ciudad. Viendo la miseria en todas partes y detestándola, fue sincero al querer hacer algo al respecto. Sincero… aquél era el problema. De lejos, los propios adversarios parecían espíritus malos, pero al verlos de cerca se descubría su sinceridad que era tan grande como la propia. Quizá Satanás era el más sincero de todos. Abrió la carta y la leyó. Se le informaba que el hermano Joshua y su grupo habían salido de Nueva Roma hacia un punto no especificado del oeste. La carta también le prevenía que los informes acerca del *Quo Peregrinatur* se habían filtrado hasta el ZDI, que había enviado investigadores al Vaticano para hacer preguntas acerca de los rumores del lanzamiento de una nave interestelar no autorizada… Era evidente que la nave no estaba todavía en el espacio.

Se habían enterado pronto de ello, pero con la ayuda del cielo, la encontrarían tarde. ¿Qué ocurriría entonces?

La situación legal era confusa. La ley prohibía la salida de naves espaciales sin la aprobación de las comisiones, y esta aprobación era difícil de obtener y se demoraba mucho tiempo. Zerchi estaba convencido de que la ZDI y las comisiones considerarían que la Iglesia transgredía la ley. Pero hacía un siglo y medio que existía un concordato con el Estado por el que se eximía a la Iglesia de todos los procedimientos de licencia y se le garantizaba el derecho a enviar misiones a cualquier «instalación espacial y/o bases planetarias que no hubiesen sido consideradas por la antes mencionada comisión como ecológicamente críticas o cerradas para las empresas no reguladas». Todas las instalaciones del sistema solar eran «ecológicamente críticas» y «cerradas» en la época del Concordato, pero éste sostuvo más adelante el derecho de la Iglesia de poseer

naves espaciales y viajar sin restricción a las instalaciones abiertas o a las bases. El Concordato era muy antiguo, había sido firmado en los días en que el motor espacial Berkstrun era sólo un sueño en la gran imaginación de algunos que pensaron que los viajes interestelares abrirían el universo a una corriente no restringida de gente.

Las cosas habían resultado de otro modo. Cuando la primera nave estelar surgió como un modelo de ingeniería, quedó en claro que ninguna institución, a excepción del Gobierno, tenía los medios o fondos necesarios para construirla y que no se ganaría nada transportando colonias a planetas extrasolares con propósitos de «intercambio mercantil interestelar». Sin embargo, los gobernantes asiáticos enviaron su primera nave colonial. Entonces en el Oeste se dejó oír el grito: «¿Vamos a dejar que las razas inferiores hereden las estrellas?». Hubo una breve fiebre de lanzamiento de naves espaciales como colonias de negros, morenos, blancos y amarillos, que eran enviados hacia el cielo, rumbo a Centauro, en nombre del racismo. Después, los genetistas habían demostrado fríamente que cada grupo racial era tan pequeño que a menos que sus descendientes se casasen entre sí, cada uno experimentaría deterioraciones genéticas debidas a la endogamia de las colonias planetarias… Los racistas habían hecho necesaria la unión interracial para poder sobrevivir.

El único interés que la Iglesia había tomado en el espacio fue preocuparse por los colonizadores, que eran hijos de la Iglesia y que estaban separados del rebaño por las distancias interestelares. Y sin embargo, no había sacado provecho de la previsión del Concordato que le permitía enviar misiones. Había ciertas contradicciones entre el Concordato y las leyes del Estado, que le daban poder a la comisión, en la medida en que esas leyes podían afectar el envío de misiones. La contradicción no había sido nunca

fallada por las Cortes, pues nunca fue causa de litigio. Pero ahora, si la ZDI interceptaba al grupo del hermano Joshua en el momento del lanzamiento de una nave interestelar sin el permiso de la comisión o sin plan de vuelo, habría causa. Zerchi oró para que el grupo pudiese salir sin necesidad de ser probados en la Corte, lo cual suponía perder semanas y hasta meses. Claro que después habría un escándalo. Muchos los acusarían de que no sólo la Iglesia había violado las reglas de la comisión, sino también las de la caridad, enviando dignatarios eclesiásticos y un puñado de monjes truhanes cuando habría podido emplear la nave como refugio para colonos pobres ansiosos de un pedazo de tierra. El conflicto de Marta y María siempre se repetía.

El abad Zerchi se dio súbitamente cuenta de que el tono de sus pensamientos había cambiado durante las últimas cuarenta y ocho horas. Hacía unos días, todo el mundo aguardaba que el cielo estallase sobre sus cabezas, pero habían transcurrido nueve días desde que Lucifer prevaleció en el espacio y arrancó a una ciudad de la existencia. A pesar de los muertos, los mutilados y los moribundos, transcurrieron nueve días de silencio. Si la furia pudo ser contenida hasta aquel momento, quizá lo peor pudiese ser evitado. Pensaba en cosas que podían ocurrir al cabo de una semana o un mes, como si después de todo pudiese haber realmente una semana siguiente o un mes siguiente. ¿Y por qué no? Haciendo examen de conciencia, encontró que no había abandonado para siempre la virtud de la esperanza.

Aquella tarde, un monje volvió de cumplir un encargo en la ciudad e informó que estaban instalando un campo para refugiados en el parque, a tres kilómetros carretera abajo.

—Creo que lo avala la Estrella Verde, padre.

—Bien —dijo el abad—. Aquí estamos superpoblados y tengo que despedir a tres camiones cargados de ellos.

Los refugiados hacían ruido en el patio y aquel rumor alteraba los nervios en tensión. La perpetua quietud de la abadía se veía quebrantada por extraños sonidos: la risa ruidosa de los hombres contando historias jocosas, el llorar de los niños, el batir de ollas y cazuelas, los quejidos histéricos, un médico de la Estrella Verde, gritando:

—¡Oye, Ralph, tráeme un tubo de lavativa!

Varias veces el abad tuvo que contenerse para no asomarse a la ventana y ordenarles que callasen.

Después de soportarlo el máximo de tiempo posible, asió un par de binoculares, un viejo libro, un rosario y subió a una de las antiguas torres de vigía donde una gruesa pared de piedra evitaba la mayoría de sonidos del patio. El libro era un pequeño volumen de poesías, realmente anónimo, pero que la leyenda atribuía a un santo mítico, cuya «canonización» tenía lugar únicamente en la fábula y la tradición de las Llanuras y no por la Santa Sede. Nadie, ciertamente, había encontrado evidencia de que el Santo Poeta del Milagroso Ojo de Cristal hubiese existido: la fábula nació probablemente de la historia de que a uno de los primeros Hannegan le fue entregado un ojo de cristal por un brillante físico teórico que era su protegido. Zerchi no podía recordar si el físico había sido Esser Shon o Pfardentrott, el cual contó al príncipe que el ojo pertenecía a un poeta que había muerto por la fe. No especificaba por qué fe murió el poeta, la de Pedro o la de los cismáticos de Texarkana, pero era evidente que aquel Hannegan le dio valor, pues lo hizo engarzar en la palma de una pequeña mano de oro, que todavía era empleada en ciertas ocasiones por los príncipes de la dinastía Harq-Hannegan. Se le llamaba de varios modos, el *Orbis Judicans Conscientias* o el *Oculus Poetae Judicis*, y los restos del cisma texarkano todavía lo

veneraban como una reliquia. Alguien, hacía unos años, había expuesto la hipótesis bastante absurda de que el santo poeta era la misma persona que el «insolente versificador» mencionado en el diario del venerable abad Jerome; pero la única evidencia sustancial para esta idea era que Pfardentrott —¿o fue Esser Shon?— visitó la abadía durante el gobierno de Jerome, aproximadamente en la misma fecha en que el «insolente versificador» aparecía en el diario y que el regalo del ojo de cristal a Hannegan ocurriera poco después de su visita a la abadía. Zerchi sospechaba que el pequeño volumen de poesías fue escrito por alguno de los científicos seglares que acudieron a la abadía para estudiar la Memorabilia en aquella época, y que uno de ellos podría ser con seguridad identificado como el «insolente versificador» y posiblemente con el santo poeta de la tradición y la fábula. Los versos anónimos eran demasiado atrevidos, se dijo Zerchi, para haber sido escritos por un monje de la orden.

El libro trataba de un diálogo satírico en verso entre dos agnósticos que intentaban establecer solamente por medio de la razón que la existencia de Dios no podía ser establecida únicamente por medio de la razón. Se las arreglaban tan sólo para demostrar que el límite matemático de una secuencia infinita de dudar de la certidumbre con la que algo dudado se conoce como desconocido cuando «el algo dudado» es aún una afirmación anterior de «desconocimiento» de lo dudado, que el límite de este proceso tan sólo puede ser equivalente a una afirmación de *absoluta certidumbre*, aun cuando mencionada como una infinita serie de negaciones de certidumbre. El texto mostraba la influencia del cálculo teológico de san Leslie y hasta como un diálogo poético entre un agnóstico llamado «poeta» y otro llamado *thon* parecía sugerir una prueba de la existencia de Dios por un método epistemológico. Pero el

versificador había sido satírico, y ni el poeta ni el *thon* abandonaban sus premisas agnósticas después de llegar a la conclusión de absoluta certidumbre. En vez de ello, llegaban a la conclusión que: *Non cogitamus, ergo nihil sumus*.

El abad Zerchi se cansó pronto del intento por determinar si el libro era una comedia altamente intelectual o una bufonada epigramática. Desde la torre podía ver la carretera y la ciudad con la meseta tras ella. Enfocó sus binoculares sobre la meseta y observó las instalaciones de radar durante un rato, pero allí parecía que no sucedía nada fuera de lo común. Bajó ligeramente los lentes para observar el nuevo campamento Estrella Verde en el parque, al borde de la carretera. Aquella zona había sido vallada y se estaban montando las tiendas. Equipos utilitarios colocaban conducciones de las líneas de gas y electricidad. Varios hombres se afanaban en colocar un letrero en la entrada del estacionamiento, pero lo sostenían de lado y no podía leerlo. En cierto modo, la agitada actividad le recordaba un «carnaval nómada» acercándose al pueblo. Había una enorme máquina roja que parecía tener una caldera y algo parecido a un quemador, pero al principio no pudo comprender su utilidad. Un grupo de hombres con los uniformes de la Estrella Verde parecían instalar algo parecido a un tiovivo. Se veían estacionados allí por lo menos una docena de camiones. Unos estaban cargados de combustible, otros con tiendas y catres plegables. Uno parecía cargado de ladrillos refractarios y otro lo estaba de cerámica y paja.

¿Cerámica?

Estudió cuidadosamente la carga del último camión. Una ligera arruga se formó en su frente. Era una carga de urnas o vasos, todos semejantes, y envueltos con paja, que actuaba como amortiguador. En algún sitio los había visto parecidos, pero no recordaba dónde.

Otro de los camiones no llevaba sino una gran estatua de «piedra» —probablemente hecha de plástico reforzado— y una loseta cuadrada sobre la cual, sin duda, debía ser montada la estatua. La figura estaba apoyada sobre la espalda soportada por un marco de madera y un lecho de material de embalaje. Podía ver únicamente sus piernas y una mano extendida, que asomaban a través de la paja del embalaje. La estatua era más grande que el fondo del camión, y sus pies, desnudos, se proyectaban más allá de la puerta trasera. Alguien había atado una bandera roja de uno de sus enormes dedos. Zerchi la estudió con curiosidad. ¿Por qué desperdiciaban un camión con una estatua cuando probablemente era más necesario llevarlo cargado de comida?

Observó a los hombres que colocaban el letrero. Al final uno de ellos apoyó en el suelo su extremo del tablero y subió a una escalera para efectuar un ajuste de los soportes más altos. Con sólo un extremo apoyado en el suelo, el letrero se inclinó y Zerchi, con un esfuerzo, pudo leerlo.

CAMPO DE MISERICORDIA NÚMERO 18
ESTRELLA VERDE
PROYECTO DESASTRE

Miró de nuevo a los camiones. ¡Los recipientes! Los reconoció. Una vez había pasado con su coche frente a un crematorio y vio a un hombre descargar la misma clase de urnas de un camión que llevaba la misma marca de fábrica. Levantó de nuevo los binoculares buscando el camión cargado con los ladrillos refractarios. Éste se había desplazado. Por fin lo localizó estacionado detrás de la zona. Descargaban los ladrillos cerca de la gran máquina roja. La inspeccionó de nuevo. Lo que a primera vista le había parecido una caldera, ahora le parecía un horno.

—*Evenit diabolus*! —gruñó el abad, y empezó a bajar la escalera del muro.

Encontró al doctor Cors en la unidad móvil del patio. El hombre estaba colgando una etiqueta amarilla en la solapa de la chaqueta de un hombre de edad mientras le decía que debía ir una temporada a un campo de descanso y seguir las indicaciones de las enfermeras; si se cuidaba un poco, mejoraría.

Zerchi se quedó allí de pie con los brazos cruzados, murmurando y mirando fríamente al médico. Cuando el anciano se hubo marchado, Cors levantó cansadamente la cabeza.

—¿Si? —Fijó su mirada en los binoculares y en la cara de Zerchi—. Oh, no tengo nada que ver con ello, nada en absoluto.

El abad lo miró fijamente unos segundos, después dio media vuelta y salió. Fue a su despacho e hizo que el hermano Patrick llamase al oficial de mayor graduación de la Estrella Verde.

—Quiero que lo quiten de nuestro vecindario.

—Me temo que la respuesta es un categórico no.

—Hermano Pat, llame al taller y haga que el hermano Lufter venga aquí enseguida.

—No está aquí, dómine.

—Entonces que me envíen a un carpintero y a un pintor. Inmediatamente, que venga cualquiera.

Unos minutos más tarde entraron dos monjes.

—Quiero que hagan enseguida cinco letreros de poco peso —les dijo—, los quiero con empuñaduras largas. Tienen que ser lo suficientemente grandes para poder ser leídos a una manzana de distancia, pero lo suficientemente ligeros para que un hombre pueda cargarlos durante varias horas sin quedar derrengado. ¿Pueden hacerlo?

—Claro que sí, padre. ¿Qué quiere que digan?

El abad Zerchi lo escribió.

—Que sean grandes y brillantes —les dijo— para que llamen la atención. Esto es todo.

Cuando hubieron salido, llamó de nuevo al hermano Patrick.

—Hermano Pat, vaya y encuentre a cinco novicios buenos, jóvenes y sanos, preferentemente con complejo de mártires. Dígales que quizás obtengan lo que obtuvo san Esteban.

«Y quizá yo salga peor parado cuando Nueva Roma se entere», se dijo.

28

A pesar de haber cantado ya las completas, el abad permanecía en la iglesia, arrodillado en el tenebroso anochecer.

Domine, mundorum Omnium Factor, parsurus esto imprimis eis filiis aviantibus ad sideria caeli quorum victus dificilior…

Oró por el grupo del hermano Joshua, por los hombres que habían ido a abordar una nave interestelar para subir al cielo hacia una mayor incertidumbre que la que el hombre vivía en la Tierra. Necesitaban mucho de la oración. Nadie es más susceptible que el vagabundo a los males que afligen al espíritu para torturar la fe y atizar una creencia asediando a la mente con las dudas. En casa, en la Tierra, la conciencia tiene sus capataces y sus patronos exteriores, pero estando lejos, la conciencia estaba sola, rasgada entre señor y enemigo. Rezó para que fuesen incorruptibles y mantuviesen la verdad como la entendía la orden.

El doctor Cors lo encontró en la iglesia a medianoche y le pidió con un gesto que saliese un momento. El médico parecía macilento y totalmente enervado.

—¡Acabo de romper mi promesa! —declaró, retador.

El abad permaneció un momento en silencio.

—¿Se siente orgulloso de ello?

—No especialmente.

Fueron hacia la unidad móvil y se detuvieron en el baño de luz azulada que iluminaba la entrada. La bata del médico

estaba empapada de sudor y se secó la frente con la manga. Zerchi lo miró con la piedad que puede sentirse por los descarriados.

—Nos iremos ahora mismo, claro está —dijo Cors—. Pensé que debía decírselo. —Se volvió para entrar en la unidad móvil.

—Espere un momento —dijo el abad—. Quiero que me diga el resto.

—¿Lo haré? —dijo de nuevo retador—. ¿Por qué? ¿Para que vaya a amenazarlas con el fuego del infierno? Ya está enferma ella al igual que la niña, no le diré nada.

—Ya lo ha hecho, sé a quién se refiere. ¿La niña también?

Cors dudó.

—Enfermedad por radiación, quemaduras, la madre tiene una cadera rota. El padre murió. Los empastes de los dientes de la mujer son radiactivos. La niña casi brilla en la oscuridad. Empezó con vómitos poco después de la explosión. Náuseas, anemia, folículos en descomposición. Ceguera en un ojo. La pequeña llora constantemente debido a las quemaduras. Es difícil comprender cómo han podido sobrevivir a la onda de choque. No se puede hacer nada por ella, excepto el equipo Eucrem.

—Las he visto.

—Entonces sabe por qué he roto mi promesa... ¡Después tengo que seguir viviendo conmigo mismo! Y no quiero hacerlo con la carga de la tortura de esa mujer y su hija.

—¿Soportará mejor vivir como su asesino?

—No se puede razonar con usted.

—¿Qué le dijo?

—Que si ama a su hija le evite la agonía. Que vaya a dormir el sueño de la misericordia lo más pronto posible. Esto es todo. Nos iremos inmediatamente. Ya hemos terminado con los casos de radiación y los peores de los

demás. A los que faltan no les hará ningún daño caminar dos o tres kilómetros. Ya no hay más casos de dosis críticas.

Zerchi se alejó después, y, deteniéndose, dijo:

—Terminen —graznó—. Terminen y váyanse. Si le veo de nuevo, tengo miedo de lo que puedo hacer.

Cors dio un respingo.

—Me gusta tanto estar aquí como a usted le gusta soportarme. Nos iremos ahora, gracias.

Encontró a la mujer y a la niña tendidas en un camastro en el pasillo del superpoblado pabellón de los huéspedes. Se acurrucaban juntas bajo una manta y ambas lloraban. El edificio olía a muerte y antisépticos. Ella levantó la vista para observar su silueta que se recortaba a contraluz.

—¿Padre? —Su voz parecía aterrorizada.

—Sí.

—Estamos listas. Mire lo que me han dado.

Él no pudo ver nada, pero oyó que sus dedos frotaban un pedazo de papel. La tarjeta roja. No tuvo la fuerza necesaria para hablarle. Se acercó al camastro, se rebuscó el bolsillo y encontró el rosario. Ella oyó el sonido de las cuentas y tendió la mano.

—¿Sabe lo que es?

—Ciertamente, padre.

—Entonces, consérvelo y úselo.

—Gracias.

—Sopórtelo y rece.

—Ya sé lo que tengo que hacer.

—No se convierta en cómplice. Por el amor de Dios, criatura, no…

—El doctor ha dicho…

Se calló. Esperó que ella terminase, pero no dijo nada.

—No sea cómplice.

Siguió callada. Las bendijo y salió de allí lo más aprisa que pudo. La mujer había tocado las cuentas con manos conocedoras. No podía decirle nada que ella no supiese ya.

«La Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en Guam acaba de terminar. Todavía no se ha hecho ninguna declaración conjunta de la política a seguir, los ministros regresan a sus capitales. La importancia de esta conferencia y la ansiedad con que el mundo espera su resultado hacen que este locutor considere que la conferencia no ha terminado todavía, sino que ha entrado en un compás de espera durante unos días para que los ministros puedan hablar con sus gobiernos. Un informe anterior que alegaba que la conferencia se desmoronaba en medio de amargas invectivas ha sido desmentido por los ministros. El primer ministro Rekol ha hecho una única declaración para la prensa: "Voy a hablar con el Consejo de Regencia. El clima ha sido muy agradable aquí; puede que regrese más adelante para pescar"».

»El período de espera de diez días termina hoy, pero en general se espera que el acuerdo de cese el fuego seguirá siendo observado. La alternativa es la mutua aniquilación. Dos ciudades han desaparecido, pero hay que recordar que ninguna de las dos partes contestó con un ataque de saturación. Los gobernantes asiáticos aseguran que se atuvieron al derecho de represalia. Nuestro Gobierno insiste en que la explosión de Itu-Wan no la provocó un misil atlántico. Pero en general hay un silencio sobrenatural y malhumorado por parte de ambas capitales. Se ha enseñado poco la camisa ensangrentada y ha habido pocos gritos de venganza total. Prevalece una especie de furia callada, porque el asesinato ha tenido lugar, porque reina la locura, pero ninguno de ambos bandos quiere la guerra total. La

Defensa permanece en estado de alerta de batalla. El cuartel general ha lanzado un aviso, casi una llamada, a efecto de que no emplearemos lo peor, si del mismo modo Asia se refrena. Pero el anuncio dice más adelante: “Si emplean el sucio ‘fallout’ nosotros haremos lo mismo y con tal fuerza que ninguna criatura podrá vivir en Asia en los próximos mil años”.

»Curiosamente, la nota menos esperanzadora de todas no viene de Guam sino de Nueva Roma. Cuando la conferencia de Guam hubo terminado, se informó de que el papa Gregorio había dejado de orar por la paz en el mundo. En la basílica fueron cantadas dos misas especiales: la *Exsurge quare obdormis*, misa contra los paganos, y la *Reminiscere*, misa en tiempo de guerra; después, el informe dice que su santidad se retiró a las montañas para meditar y rogar por la justicia.

»Y ahora una palabra de…».

—¡Apáguelo! —exclamó Zerchi.

El joven sacerdote que estaba con él obedeció y miró al abad con los ojos muy abiertos.

—¡No lo creo!

—¿Qué es lo que no cree? ¿Lo del Papa? Yo tampoco, pero lo he oído antes y Nueva Roma ha tenido tiempo para negarlo y no ha dicho una palabra.

—¿Qué significa?

—¿No es evidente? El servicio diplomático del Vaticano está trabajando. Con seguridad envió un informe de la conferencia de Guam, y sin duda ésta horrorizó al santo padre.

—¡Qué aviso! ¡Qué gesto!

—Fue más que un gesto, padre. Su santidad no canta misas de batalla por simple efecto dramático. Además, la mayor parte de la gente creerá que se refiere a «contra los paganos del otro lado del océano» y la «justicia» por nuestro

lado. O si saben algo más, seguirán pensándolo por su cuenta. —Hundió la cara entre sus manos y se la frotó—. El sueño. ¿Qué es el sueño, padre Lehy? ¿Lo recuerda? Hace diez días que no veo una cara que no tenga círculos negros bajo los ojos. Anoche casi no pude ni dormitar debido a los gritos que alguien lanzaba en la casa de huéspedes.

—La verdad es que Lucifer no es ningún somnífero.

—¿Qué mira por esta ventana? —preguntó Zerchi, secamente—. Éste es otro asunto, nadie deja de mirar al cielo, mirarlo interrogadoramente. Si viene, no tendrá tiempo de verlo hasta que explote, y entonces será mejor que no mire. Déjelo, no es saludable.

El padre Lehy se apartó de la ventana.

—Sí, reverendo padre, pero no miraba eso; vigilaba los buitres.

—¿Buitres?

—Todo el día han estado rondando. Docenas de ellos volando en círculos.

—¿En dónde?

—Sobre el campamento de la Estrella Verde en la carretera.

—Entonces no se trata de ningún aviso, sino de simple apetito de los buitres. Voy a salir a despejarme.

En el patio encontró a la señora Grales. Llevaba una canasta de tomates, que dejó en el suelo al verle acercarse.

—Le he traído alguna cosilla, padre Zerchi —le dijo—. Vi que su letrero ya no estaba, y a una pobre muchacha al otro lado de la verja; así que supuse que no le importaría una visita de la vieja vendedora de tomates. Le he traído algunos, ¿ve usted?

—Gracias, señora Grales. Lo del letrero se debe a los refugiados, pero está bien. Para lo de los tomates tendrá que ver al hermano Elton. Él es quien está a cargo de las compras para nuestra cocina.

—Oh, no tiene que comprarlos, padre; se los he traído de regalo. Tiene que alimentar a todos los pobrecitos a quienes recoge. Así que se los doy. ¿Dónde quiere que los ponga?

—La cocina de emergencia está en el… Pero no, déjelos aquí. Haré que alguien los lleve al pabellón de los huéspedes.

—Si los he traído hasta aquí, yo misma puedo llevarlos. —Levantó de nuevo la canasta.

—Gracias, señora Grales —dijo él, volviéndose.

—¡Espere, padre! —llamó la mujer—. Sólo un minuto, su señoría, sólo un minuto de su tiempo.

El abad contuvo una exclamación.

—Lo siento, señora Grales, pero es como le dije. —Se calló y miró la cara de Rachel. Por un momento le había parecido… ¿Habría tenido razón el hermano Joshua? No, no podía ser—. Es un asunto… un caso para su parroquia y diócesis, y no hay nada que yo pueda…

—No, padre, no se trata de esto; quiero hablarle de otra cosa.

Vaya, había sonreído, estaba seguro de ello.

—¿Puede oír mi confesión, padre? Le pido perdón por molestarle, pero estoy triste por mis pecados y me agradaría que fuese usted quien me los perdonase.

Zerchi dudó.

—¿Por qué no va con el padre Selo?

—Le diré la verdad, señoría, es que el hombre es una ocasión de pecado para mí. Cuando me acerco lo hago con buena intención, pero al ver su cara me olvido de mí misma. Que Dios le ame, pero yo no puedo.

—Si la ha ofendido tendrá que perdonarlo.

—Lo perdono, lo perdono, pero a distancia. Le digo que es para mí como una ocasión de pecado, sólo de verle ya no puedo dominarme.

Zerchi contuvo una sonrisa.

—Está bien, señora Grales, oiré su confesión; pero antes hay algo que debo hacer. Nos encontraremos en la capilla de Nuestra Señora dentro de media hora. En el primer confesionario, ¿le parece bien?

—¡Dios le bendiga, padre! —se inclinó profusamente.

El abad Zerchi habría podido jurar que Rachel había apoyado ligeramente las inclinaciones.

Apartó de sí aquella idea y fue hacia el garaje. Un postulante le sacó el coche. Subió en él, marcó su destino y se dejó caer pesadamente en el asiento mientras los controles automáticos ponían las marchas en funcionamiento y dirigían el coche hacia la entrada. Al cruzarla, el abad vio a la mujer de pie al lado de la puerta. La niña estaba con ella. Zerchi presionó el botón de «cancelar», el coche se detuvo y el robot de control dijo: «Espero».

La muchacha estaba enyesada desde la cintura hasta la rodilla izquierda, se apoyaba en un par de muletas y respiraba ahogadamente mirando al suelo. Había podido arreglárselas para salir del pabellón de los huéspedes y llegar hasta la entrada, pero era evidente que era incapaz de seguir adelante. La niña se cogía de una de sus muletas y miraba el tráfico de la carretera.

Zerchi abrió la portezuela y bajó del coche, ella lo miró y apartó rápidamente la vista.

—¿Qué hace fuera de la cama, criatura? —dijo en un susurro—. Se supone que no tiene que levantarse, teniendo así su cadera. ¿Adónde quiere ir?

Ella se enderezó e hizo una mueca de dolor.

—Voy a la ciudad —contestó—. Tengo que hacerlo, es urgente.

—No tanto como para que alguien no pueda ir en su lugar. Llamaré al hermano…

—¡No, padre, no! Nadie puede ir en mi lugar. Tengo que ir a la ciudad.

Mentía, estaba seguro de ello.

—Está bien —dijo—. Yo la llevaré, ahora mismo me dirigía hacia allí.

—¡No! ¡Iré a pie! Yo…

Dio un paso y respiró con fuerza. Él la sostuvo antes de que cayese.

—Ni con san Cristóbal sosteniéndole las muletas podría llegar caminando a la ciudad, muchacha. Vamos, vamos, deje que la lleve de nuevo a la cama.

—¡Le digo que tengo que ir a la ciudad! —gritó, furiosa.

La niña, asustada por la furia de su madre, empezó a llorar monótonamente. Ella trató de calmar su miedo, y de pronto se amansó.

—Está bien, padre. ¿Me llevará a la ciudad?

—No debería ir.

—¡Le digo que tengo que hacerlo!

—Está bien, voy a ayudarla a entrar… Primero la niña, ahora usted…

La niña gritó histéricamente cuando el sacerdote la colocó en el coche al lado de su madre. Se aferró a la mujer y reanudó su monótono lloriqueo. Debido a lo suelto de su vestido y al pelo corto, era difícil determinar su sexo a primera vista.

Marcó de nuevo y el coche esperó un claro en el tráfico, se deslizó sobre la pista y pasó a la vía de velocidad media. Cuando dos minutos más tarde se acercaron al campamento de la Estrella Verde, presionó el botón de la pista de velocidad mínima.

Cinco monjes desfilaban frente a la entrada del estacionamiento en una solemne línea encapuchada. Marchaban de dos en dos, bajo el letrero del Campo de

Misericordia, pero tenían cuidado de no apartarse del sitio permitido al público. Sus letreros, recién pintados, decían:

«VOSOTROS,
QUE ENTRÁIS AQUÍ
ABANDONAD TODA ESPERANZA»

Zerchi había tenido la intención de detenerse para hablar con ellos, pero con la muchacha en el coche, se contentó con mirarlos al pasar. Con su hábito, sus capuchas y su lenta procesión de funeral, los novicios daban, en realidad, el efecto deseado. La posibilidad de que la Estrella Verde se sintiese lo suficientemente molesta para alejar su campamento del monasterio era dudosa, especialmente desde que un pequeño grupo de hombres, según se había informado a la abadía, apareciera a primera hora del día para insultar y tirarles piedras a los signos llevados por los piquetes. Había dos coches de la policía parados a un lado de la carretera y varios oficiales estaban vigilando desde allí con caras inexpresivas. Debido a que el grupo atacante apareció de súbito y que los coches de la policía lo habían hecho inmediatamente después, justo a tiempo para ver a uno de los hombres tratar de quitarles a los monjes uno de los letreros, y ya que un oficial de la Estrella Verde marchó inmediatamente y furioso a solicitar una orden de la Corte, el abad sospechó que el grupo de interruptores había sido tan cuidadosamente preparado como el piquete de monjes para permitirle al oficial de la Estrella Verde conseguir su mandamiento. Con seguridad se lo darían, pero hasta que le fuese presentado, el abad Zerchi tenía la intención de mantener a los monjes donde estaban.

Miró la estatua que los trabajadores del campo habían erigido junto a la entrada y dio un respingo. La reconoció como una de las imágenes humanas compuestas, derivadas

de las pruebas psicológicas en masa en las que a los sujetos se les daban esbozos y fotografías de gente desconocida y se les hacían preguntas del tipo: «¿A cuál le agradaría conocer? ¿Cuál le parece que sería un mejor padre?», o bien: «¿A cuál le agradaría evitar? ¿Quién le parece que es el criminal?». De las fotografías seleccionadas como las «más» o las «menos», según las preguntas, series de «caras comunes», cada una capaz de evocar una personalidad distinta, habían sido construidas por ordenador basándose en los resultados de las pruebas en masa.

Aquella estatua, notó Zerchi desazonadamente, era marcadamente similar a algunas de las imágenes más afeminadas con las que los artistas mediocres, o peor que mediocres, habían tradicionalmente mal representado la personalidad de Cristo. La cara dulce y enfermiza, ojos en blanco, labios sonriendo tontamente y brazos abiertos en un gesto de abrazo. Las caderas eran amplias como las de una mujer y el pecho insinuaba senos a menos que fuesen los dobleces del manto.

«Querido Señor del Gólgota —suspiró el abad Zerchi—, ¿es esto lo que la chusma imagina que eres?». Se le hacía difícil imaginar a la estatua diciendo: «Dejad que los niños vengan a mí»; pero no podía imaginarla de ningún modo, diciendo: «Apartaos de mí y caed en el fuego eterno, vosotros los perversos», o echar del templo a latigazos a los mercaderes. Se preguntó cuál debía ser la pregunta formulada para conjugar aquella cara. Se trataba tan sólo de un *christus* anónimo. En el pedestal habían escrito «ALIVIO». Con seguridad, la Estrella Verde tenía que haber visto el parecido con los tradicionales bellos *christus* de los malos artistas. Pero la habían metido en la parte de atrás de un camión, con una bandera roja atada en su dedo gordo, y el parecido intencional será difícil de probar.

La mujer tenía una mano en la manivela de la portezuela y miraba los controles del coche. Zerchi marcó rápidamente «vía rápida» y el coche se lanzó de nuevo a toda velocidad. Ella apartó la mano de la puerta.

—Hay muchos buitres —dijo él suavemente, mirando al cielo a través de la ventanilla.

La cara de la muchacha permanecía inexpresiva. Él la estudió un momento.

—¿Le duele, hija?

—No importa.

—Ofrézcaselo al cielo, criatura.

Ella lo miró fríamente.

—¿Cree que le agradaría a Dios?

—Si usted se lo ofrece, sí.

—¡No puedo comprender a un Dios que se complace en el dolor de mi niña!

El sacerdote respingó.

—¡No, no! No es el dolor lo que le place a Dios, criatura. Es la fortaleza del alma en la fe, la esperanza y el amor, a pesar de las aflicciones del cuerpo, lo que le place al cielo. El dolor es como la tentación negativa. A Dios no le placen las tentaciones que afligen a la carne, se complace cuando el alma se eleva sobre la tentación y dice: «Vete, Satanás». Con el dolor sucede lo mismo; a menudo es una tentación a desesperarse, enfurecerse y perder la fe…

—No hable en vano, padre, yo no me quejo; es la niña quien lo hace. Pero ella no comprende su sermón. Puede sufrir. Puede sufrir, pero no puede comprender.

«¿*Qué puedo responder a eso*? —se preguntó paralizado el sacerdote—. ¿Decirle de nuevo que al hombre le fue dada una vez la impasibilidad preternatural, pero que la apartó de sí en el Paraíso? ¿Que su hija es una célula de Adán y además…? Era cierto, pero tenía una niña enferma y ella también lo estaba; no escucharía».

—No lo haga, hija, no lo haga.

—Lo pensaré —dijo ella, fríamente.

—Cuando era niño, tuve un gato —murmuró lentamente el abad—, era un enorme gato gris, con unas patas como las de un pequeño *bulldog* y una cabeza y un cuello en consonancia. Tenía esa especie de insolencia oculta que hace que algunos de ellos se parezcan al propio diablo. Era un verdadero gato. ¿Conoce a los gatos?

—Un poco.

—Los que aman a los gatos no los conocen. No se puede amar a todos los gatos si se les conoce, y a los que uno puede amar si los conoce son aquellos que no agradan ni a los que aman a los gatos. *Zeke* era un gato de éstos.

—Esto tiene una moraleja, claro está —dijo ella, mirándolo suspicaz.

—Sólo que lo maté.

—No siga, sea lo que fuere lo que quiera decir, no lo haga.

—Un camión lo atropelló y le rompió las patas traseras. Se metió a rastras debajo de la casa. De vez en cuando hacía un ruido parecido al de una pelea de gatos y se agitaba por allí un rato, pero la mayor parte del tiempo se quedaba muy quieto, esperando. «Hay que matarlo», no dejaban de decirme. Después de unas horas se arrastró de debajo de la casa pidiendo ayuda. «Hay que matarlo», dijeron. No les permití hacerlo. Alegaban que era cruel dejarlo vivir, así que finalmente dije que si había que matarle, lo haría yo. Conseguí una escopeta y una pala y lo llevé a la orilla del bosque. Lo tendí en el suelo mientras cavaba un agujero. Después le disparé un tiro en la cabeza. Era una escopeta de poco calibre. *Zeke* se removió un par de veces, se levantó y empezó a arrastrarse hacia unos arbustos. Disparé de nuevo. Lo dejé tendido suponiendo que estaba muerto, lo metí en el agujero, después de echarle un

par de paletadas de tierra, *Zeke* se levantó, salió del agujero y fue de nuevo hacia los arbustos. Yo gritaba más fuerte que el gato. Tuve que matarlo con la pala y meterlo de nuevo en el agujero empleando la hoja del apero como hacha y mientras yo cortaba, *Zeke* seguía revolviéndose. Después me dijeron que sólo se trataba de un reflejo vertebral, pero no les creí. Conocía al gato. Quería llegar a los arbustos y tenderse a esperar. Deseé que Dios me hubiese permitido dejarle llegar hasta allí para morir del modo en que lo hace un gato si se le deja solo… con dignidad. Nunca pude olvidarme de ello. *Zeke* sólo era un gato, pero…

—¡Cállese! —susurró ella.

—… Pero si hasta los antiguos paganos descubrieron que la naturaleza no te impone nada que la misma naturaleza no te haya preparado a soportar. Si esto es cierto, incluso para un gato, entonces, ¿no es absolutamente cierto en una criatura con un intelecto racional y una voluntad…, sea lo que piense del cielo?

—¡Cállese, maldita sea, cállese! —dijo ella en un susurro.

—Si soy un poco brutal —dijo el sacerdote—, es con usted, no con la niña. Ella, como usted dice, no puede comprender, y usted, como también ha dicho, no se queja… Además…

—Además, me está pidiendo que la deje morir lentamente y…

—¡No! No se lo pido. Como sacerdote de Cristo, le *ordeno* por la autoridad de Dios Todopoderoso no poner las manos sobre su criatura, ni ofrecer su vida en sacrificio a un falso dios de misericordia expeditiva. No se lo aconsejo, se lo ordeno y conjuro en nombre de Cristo Rey. ¿Está claro?

Dom Zerchi nunca antes había hablado con aquella voz, y la facilidad con que las palabras acudieron a sus labios sorprendió al propio sacerdote. Se quedó mirándola y ella bajó la vista. Por un instante había temido que la muchacha

se echase a reír en su cara. Cuando en aquella época la santa Iglesia dejaba ocasionalmente entrever que todavía consideraba suprema su autoridad sobre las naciones y los estados, los hombres reían burlonamente. Sin embargo, la autenticidad de la orden podía aún ser captada por una muchacha amargada con una hija moribunda. Tratar de razonar con ella había sido brutal y lo lamentó. Una simple orden directa podía obtener lo que la persuasión no lograba. En aquel momento necesitaba más la voz de la autoridad que la de la persuasión. Podía verlo en el modo que había tenido de rendirse, aunque él había dado la orden en el tono de voz más suave que había podido.

Fueron a la ciudad. Zerchi se detuvo para echar una carta al correo, y en San Miguel, para hablar con el padre Selo acerca del problema de los refugiados. Se detuvo de nuevo con el ZDI para pedir una copia de las últimas directivas de la Defensa Civil. Cada vez que volvía al coche había supuesto a medias que la muchacha no estaría allí, pero la encontraba sentada muy quieta con la niña entre los brazos y mirando ausente hacia el infinito.

—¿Va a decirme dónde piensa ir? —preguntó él, finalmente.

—A ningún sitio, he cambiado de idea.

Él sonrió.

—Pero tenía tanta prisa en llegar a la ciudad…

—Olvídelo, padre, he cambiado de idea.

—Bien, entonces volveremos a casa. ¿Por qué no deja que las monjas cuiden a su niña durante unos días?

—Lo pensaré.

El coche tomó velozmente la carretera de la abadía. Cuando se acercaban al campamento de la Estrella Verde, pudo ver que algo iba mal. Los piquetes ya no desfilaban. Se habían reunido en un grupo y hablaban o escuchaban a los oficiales y a un tercer hombre que Zerchi no podía

identificar. Hizo pasar el coche a la pista lenta. Uno de los novicios lo vio, y al reconocerlo empezó a agitar su letrero. Dom Zerchi no tenía intención de detenerse llevando a la muchacha en el coche, pero uno de los oficiales avanzó hacia la pista lenta frente a ellos y levantó su porra frente al detector de obstrucción de vehículos; el autopiloto reaccionó de inmediato y el coche se detuvo. El oficial lo hizo salir de la carretera. Zerchi no podía desobedecer. Los dos oficiales se acercaron, examinaron el número de la placa y le pidieron sus documentos. Uno de ellos miró con curiosidad a la muchacha y a la niña y se fijó en las tarjetas rojas. Los otros fueron hacia el grupo de monjes que ahora permanecían quietos.

—¿Así que usted es el responsable de todo esto? —le gruñeron al abad—. Bien, el caballero del uniforme marrón que está allí tiene algo que decirle. Creo que será mejor que lo escuche. —Hizo un gesto con la cabeza indicándole a un rechoncho secretario del juzgado, que avanzó pomposamente hacia ellos.

La niña empezó de nuevo a llorar y su madre se agitó nerviosa.

—Oficiales, esta mujer y esta niña no están bien. Aceptaré el proceso, pero por favor, déjenos volver ahora a la abadía. Después regresaré solo.

El oficial miró de nuevo a la muchacha.

—¿Señora?

Ella miró el campamento y la estatua que adornaba la entrada.

—Voy a bajar aquí —dijo átonamente.

—Será mejor que lo haga —dijo el oficial, mirando las etiquetas.

—¡No! —Dom Zerchi la asió por el brazo—. Le prohíbo…

El oficial se aferró a la muñeca de Zerchi.

—¡Suéltela! —gritó para después añadir suavemente—: Señora, ¿está usted bajo su custodia o algo así?

—No.

—¿Cómo se atreve a prohibirle a la señora que baje? —preguntó el oficial—. Estamos un poco cansados de usted, señor, y será mejor que…

Zerchi le ignoró y habló rápidamente con la muchacha. Ella denegó con un gesto.

—La niña, entonces. Deje que les lleve la niña a las monjas. Insisto…

—Señora, ¿esta niña es suya? —preguntó el oficial.

La mujer ya había bajado del coche, pero Zerchi retenía a la niña. Ella asintió.

—Es mía.

—¿Las ha tenido prisioneras?

—No.

—¿Qué quiere hacer, señora?

Ella calló.

—Vuelva al coche —dijo Zerchi.

—¡*Será mejor que adopte otro tono*! —exclamó el oficial—. Señora, ¿qué decide hacer con la niña?

—Las dos nos bajamos aquí —dijo ella.

Zerchi cerró la puerta y trató de poner el coche en marcha, pero la mano del oficial presionó velozmente el botón de «cancelar» y quitó la llave.

—¿Trató de raptarla? —le preguntó uno de los oficiales al otro.

—Tal vez —dijo éste, abriendo la puerta—. Ahora, ¡deje a la hija de la señora!

—¿Para que la asesinen aquí? —preguntó el abad—. Tendrán que emplear la fuerza.

—Ve al otro lado del coche, Fal.

—¡No!

—Ahora, sólo un ligero golpe en los sobacos. Esto es, tira de ella. Muy bien, señora, aquí está la niña… No, me imagino que no puede, no con esas muletas. ¿Cors? ¿Dónde está Cors? ¡Oiga, doctor!

El abad Zerchi pudo ver al conocido rostro avanzando entre el grupo.

—Llévese a la niña mientras aguantamos a este loco, ¿quiere?

El doctor y el sacerdote se miraron en silencio y la niña fue sacada del coche. Los oficiales soltaron las muñecas del abad. Uno de ellos dio la vuelta y se encontró rodeado por los novicios con sus letreros alzados. Los consideró como armas en potencia y su mano se aferró a su pistola.

—¡Atrás! —gritó.

Sorprendidos, los novicios obedecieron.

—Baje.

El abad bajó del coche. Se encontró frente al rechoncho secretario del juzgado, que le dio unos golpecitos en un brazo con un pliego de papeles.

—Se ha extendido una orden en contra suya que, a requerimiento de la Corte, debo leerle y explicarle. Aquí está su copia. Los oficiales son testigos de que le ha sido entregada, así que no puede oponer resistencia…

—Está bien, démela.

—Ésta es la actitud correcta. Ahora la Corte se dirige a usted en los siguientes términos: «En vista de que la parte demandante alega que una gran molestia pública ha sido…».

—Tirad los letreros a ese barril de cenizas que hay allí —les dijo Zerchi a los novicios—, a no ser que alguien tenga algo que objetar. Después meteos en el coche y esperad.

No prestó atención a la lectura de la orden, sino que se dirigió a los oficiales mientras el alguacil le seguía leyendo en monótono *staccato*.

—¿Estoy arrestado?

—Lo estamos pensando.

—«… y aparecer en esta Corte en la fecha arriba mencionada para demostrar el motivo…».

—¿Algún cargo en particular?

—Si así lo prefiere, podemos hacerle cinco o seis cargos.

Cors volvió a la entrada. La mujer y su hija fueron acompañadas al centro del campo. La expresión del doctor era grave y hasta culpable.

—Escuche, padre —dijo—, ya sé lo que piensa de todo esto, pero…

El puño del abad Zerchi se dirigió en un golpe directo a la cara del doctor. Cors quedó sentado en la acera mirándolo sorprendido. Resopló un par de veces y de pronto empezó a salirle sangre por la nariz. El policía mantuvo el abad con el brazo doblado en la espalda.

—«… y no debe faltar —siguió farfullando el secretario del juzgado—, no sea que un decreto *pro confesso*…».

—Llévenselo al coche —dijo uno de los oficiales.

El coche hacia el cual el abad fue conducido no era el suyo sino el de la policía.

—El juez se llevará una desilusión con usted —dijo burlonamente el oficial—. Ahora, quédese aquí quieto. Un movimiento y lo encierro.

El abad y el oficial esperaron junto al coche mientras el secretario del juzgado, el doctor y el segundo oficial conferenciaban junto al camino. Cors mantenía un pañuelo apretado contra la nariz.

Hablaron durante cinco minutos. Terriblemente avergonzado, Zerchi apoyó la frente contra el metal del coche y trató de rezar. No le importaba lo que pudiesen decidir. Sólo podía pensar en la muchacha y su hija. Estaba seguro de que había estado a punto de cambiar de idea, sólo había necesitado la orden, *yo un sacerdote de Dios te*

conmino, y la gracia de oírlo si…, si sólo ellos no le hubiesen obligado a detenerse donde ella pudo ver al «sacerdote de Dios» sumariamente vencido por la «policía de tráfico del César». Nunca para él había quedado tan distante la majestad de Cristo.

—Muy bien, señor, es un hombre con suerte, ésta es la verdad.

Zerchi se quedó mirándolo.

—¿Qué?

—El doctor se niega a presentar cargos. Dice que se lo merecía. ¿Por qué le pegó?

—Pregúnteselo a él.

—Ya lo hemos hecho. Estoy tratando de decidir si nos lo llevamos o nos limitamos a citarle. El oficial de la Corte dice que es usted muy conocido. ¿A qué se dedica?

Zerchi enrojeció.

—¿Esto no le dice nada? —dijo tocándose la cruz pectoral.

—No cuando el hombre que la usa le pega a otro en la nariz. ¿A qué se dedica?

Zerchi se tragó el último rastro de su orgullo.

—Soy el abad de los hermanos de San Leibowitz, de la abadía que ve allí, en la carretera.

—¿Y esto le da permiso para asaltar a la gente?

—Lo siento, si el doctor Cors quiere oírme, le pediré perdón. Si me cita usted, le prometo que acudiré.

—¿Fal?

—La cárcel está repleta de D. P.

—Mire, si nos olvidamos de todo, ¿se mantendrá lejos de aquí y alejará a su grupo llevándolo adonde pertenece?

—Sí.

—Está bien, váyanse, pero si algún día pasa por aquí y escupe, podrá considerarse hombre perdido.

—Gracias.

Cuando se alejaron, Zerchi miró hacia atrás y vio que el tiovivo giraba. Un oficial se secaba el sudor de la cara, le daba un golpecito a la espalda del secretario del juzgado y todos se dirigían a sus coches y se alejaban.

A pesar de los cinco novicios, Zerchi se sintió solo con su vergüenza.

29

Creo que no es la primera vez que se le previene contra su mal genio —le dijo el padre Lehy al penitente.

—Sí, padre.

—¿Se da cuenta de que el intento fue casi criminal?

—No había intención de matar.

—¿Trata de excusarse? —le preguntó el confesor.

—No, padre. La intención era herir. Me acuso de violar el espíritu del quinto mandamiento de pensamiento y obra, y de pecar contra la caridad y la justicia, trayendo la desgracia y el escándalo sobre mi cargo.

—¿Se da cuenta de que ha roto la promesa de no recurrir nunca a la violencia?

—Sí, padre, y lo lamento profundamente.

—Y la única circunstancia mitigante es que lo vio todo rojo y pegó. ¿Deja a menudo que la razón le abandone de este modo?

Continuó el interrogatorio con el superior de la abadía arrodillado y el prior sentado como un juez por encima de su maestro.

—Está bien —dijo finalmente el padre Lehy—. Ahora para su penitencia, prometa decir…

Zerchi llegó con una hora y media de retraso a la capilla, pero la señora Grales seguía esperándolo. Estaba arrodillada en un banco cerca del confesionario y parecía estar medio dormida.

Molesto consigo mismo, el abad había esperado que la mujer se hubiese marchado. Antes de escucharla tenía que cumplir con su propia penitencia. Se arrodilló cerca del altar y pasó veinte minutos rezando las oraciones que el padre Lehy le había asignado como penitencia para aquel día, pero cuando se dirigió al confesionario, la señora Grales seguía allí. La llamó dos veces antes de que ella contestase, y cuando se levantó, se tambaleó ligeramente. Se detuvo para tocar la cara de Rachel explorando sus párpados y labios con dedos marchitos.

—¿Ocurre algo malo, hija mía? —preguntó él.

Ella miró hacia los altos ventanales y dejó vagar su mirada por el techo abovedado.

—Ay, padre —susurró—. Presiento el mal, de verdad. El mal está cerca, muy cerca de nosotras. Siento la necesidad de perdón, padre, y de algo más.

—¿Algo más, señora Grales?

Se acercó para susurrar detrás de su mano.

—Necesito también perdonarle a Él.

El sacerdote se echó ligeramente atrás.

—¿A quién? No la comprendo.

—Perdonarle… por haberme hecho como soy. —Comenzó a lloriquear. Pero después, una lenta sonrisa afloró en sus labios—. Nunca se lo perdoné.

—¿Perdonar a Dios? ¿Cómo puede…? Él es justo, es la justicia y el amor. ¿Cómo puede decir…?

Sus ojos le rogaron.

—¿No puede una vieja vendedora de tomates perdonarle un poco por su justicia? ¿Antes de pedirle su perdón para mí?

Dom Zerchi trató de tragar saliva. Miró al suelo, hacia su sombra bicéfala. Sugería una terrible justicia… la forma de aquella sombra. No podía culparla por emplear la palabra perdón. En su mundo simple era tan concebible perdonar a

la justicia como a la injusticia, y que el hombre perdonase a Dios al igual que Dios al hombre. «Que así sea, entonces, y compártelo con ella, Señor», pensó, ajustándose la estola.

Antes de entrar en el confesionario, ella hizo una genuflexión ante el altar y el sacerdote vio que, al persignarse, su mano tocó la frente de Rachel al igual que la suya. Él corrió la pesada cortina, se introdujo en su mitad del cubículo y susurró a través de la rejilla:

—¿Qué es lo que buscas, hija?

—Bendiciones, padre, porque he pecado…

Ella habló de modo vacilante. No podía verla a través de la malla que cubría la rejilla. Le llegaba únicamente el bajo y rítmico plañido de una voz de Eva. Lo mismo, lo mismo, siempre lo mismo, y ni siquiera una mujer con dos cabezas era capaz de inventar nuevos medios de cortejar al mal, sino que sólo podía seguir una imitación no intencionada del original. Sintiendo todavía la vergüenza de su propio comportamiento con la mujer, los oficiales y Cors, se le hacía difícil concentrarse. Sin embargo, sus manos temblaban al oírla. El ritmo de las palabras le llegaba monótono y apagado a través de la rejilla, como el ritmo de martillazos distantes. Clavos pesados de madera taladrante a través de las palmas. Como *alter christus* captó el peso de cada carga durante un instante antes de pasársela al que las llevaba todas.

Estaba el asunto de su hombre, estaban las cosas oscuras y secretas; cosas para ser envueltas con periódicos sucios y enterradas de noche. El que sólo pudiese comprender muy poco de ello parecía hacer del horror algo peor.

—Si trata de decir que es culpable de aborto —susurró—, debo decirle que la absolución está reservada al obispo y yo no puedo…

Hizo una pausa. Se oyó un fragor distante y el débil y corto rugido de los misiles al ser disparados desde las

rampas de lanzamiento.

—¡El mal! ¡El mal! —gimió la anciana.

El cuero cabelludo del abad se erizó en un súbito estallido de alarma desquiciada.

—¡Rápido! ¡Un acto de contrición! —exclamó—. Diez avemarías y diez padrenuestros de penitencia. Más tarde repetirá la confesión, pero ahora un acto de contrición.

La oyó murmurar al otro lado de la rejilla y rápidamente le dio la absolución: «*Te absolvat Dominus Jesus Christus; ego enim eius auctoritate te absolvo ab omni vinculo… Denique, si absolvi potes, ex peccatis tuis ego te absolvo in Nomine Patris*…».

Antes de poder terminar, una luz brilló a través de la espesa cortina de la puerta del confesionario. Fue cada vez más potente, hasta que la cabina relumbró con la luminosidad del mediodía y la cortina empezó a humear.

—¡Espere, que…! —susurró—. Espere a que se desvanezca.

—Espere, espere, espere a que se desvanezca —repitió una voz extraña y suave al otro lado de la rejilla. No era la voz de la señora Grales.

—¿Señora Grales? ¿Señora Grales?

Ella le confesó en un susurro lento y adormilado.

—Nunca quise… nunca quise… nunca amar… Amor… —desapareció.

No era la misma voz que un poco antes le había contestado.

—¡Ahora, rápido, corra!

Sin esperar a ver si lo seguía, salió de un salto del confesionario y corrió por el pasillo hacia el altar. La luminosidad se había atenuado, pero todavía quemaba la piel con el reflejo del mediodía. ¿*Cuántos minutos quedaban*? La iglesia estaba llena de humo.

Dio un salto hacia el altar, tropezó con el primer escalón, lo consideró como una genuflexión y siguió adelante. Con manos frenéticas quitó el copón lleno del Cuerpo de Cristo del sagrario, dobló de nuevo la rodilla ante la Presencia, levantó el Cuerpo de Dios y echó a correr.

El edificio se le derrumbó encima.

Cuando volvió en sí, no había nada sino polvo. Estaba atrapado en el suelo hasta la cintura. Su pecho estaba contra el polvo, trató de moverse con su brazo libre, pero el otro había quedado apresado bajo el peso que lo mantenía en tierra. Su mano libre se aferraba todavía al copón, pero al caer lo había volcado, la tapa se había soltado, desperdigándose algunas de las pequeñas hostias.

Supuso que la explosión lo había lanzado fuera de la iglesia, estaba tendido en la arena y vio los restos de un rosal atrapado bajo un alud de piedras. En una de sus ramas había quedado prendida una rosa, vio que era una de las salmón armenias con sus pétalos requemados.

Se produjo un fuerte rugido de motores en el cielo y unas luces azules parpadeaban continuamente a través del polvo. Al principio no sintió dolor. Trató de torcer el cuello para poder ver el montón de ruinas que tenía encima y todo empezó a dolerle. Sus ojos se nublaron y se quejó en voz alta. No volvería a mirar hacia atrás. Lo habían apresado cinco toneladas de roca, reteniendo lo que quedaba de él de cintura para abajo.

Empezó a recoger las pequeñas hostias, podía mover con facilidad su brazo libre, y con cuidado las fue levantando de la arena. El viento amenazaba con llevarse los pequeños copos de Cristo.

«De todas maneras, Señor, traté de hacerlo. ¿Alguien necesita los últimos sacramentos? ¿El viático? Si es así, tendrán que arrastrarse hasta mí. ¿No queda nadie?».

Por encima del terrible rugido, no le llegaba ninguna voz.

Un hilillo de sangre seguía penetrándole en los ojos. Se lo limpió con el antebrazo para evitar manchar las hostias con los dedos ensangrentados.

«La sangre equivocada, Señor, la mía, no la tuya *dealba me*».

Devolvió la mayor parte de las formas desperdigadas al copón, pero algunas fugitivas eludieron su alcance. Se estiró para recogerlas, pero se desmayó de nuevo.

—¡Jesús, María y José! ¡Ayuda!

Débilmente le llegó una respuesta distante y apenas audible bajo el cielo aullante. Era la voz suave y extraña que había oído en el confesionario, y de nuevo repitió sus palabras.

—¡Jesús, María y José! ¡Ayuda!

—¿Qué? —gritó.

Gritó varias veces, pero ya no obtuvo respuesta. El polvo había empezado a depositarse. Colocó de nuevo la tapa del copón para evitar que la arenisca se mezclase con las hostias. Se quedó un momento tendido con los ojos cerrados.

El problema de ser sacerdote es que eventualmente había que tomar el consejo que se daba a los demás. «*La naturaleza no impone nada que no haya preparado a soportar*. Esto es lo que consigo por decir lo que dijeron los estoicos antes de decir lo que dijo Dios», pensó.

Tenía poco dolor, sólo sentía un escozor feroz procedente de su parte cautiva. Trató de rascarse, y sus dedos encontraron únicamente la piedra desnuda. Se aferró a ella un momento, se estremeció y apartó la mano. El ardor era enloquecedor. Los nervios destrozados se encendían en dementes peticiones de que se rascase. Se sintió muy indigno.

«Bien, doctor Cors, ¿cómo sabe que el escozor no es un mal más básico que el dolor?».

Rió ligeramente con la idea y la risa le provocó un súbito desvanecimiento. Se abrió paso a través de la oscuridad hacia la compañía de alguien que gritaba. Y de pronto se dio cuenta de que los gritos eran suyos. Zerchi tuvo miedo. El escozor se convirtió en agonía, pero los gritos habían sido de miedo a la oscuridad, no de dolor. Ahora sentía agonía hasta en el acto de respirar. La agonía persistió, pero podía soportarse. El terror se había alzado de la última prueba de líquida oscuridad y ésta parecía planear sobre él, desearlo, esperarlo hambrienta… un gran apetito negro con una predilección por las almas. Podía soportar el dolor, pero no la Terrible Oscuridad. O bien había algo en ella que no tenía que estar allí o había algo aquí que tenía que ser hecho. Una vez se rindiese a aquella oscuridad no habría nada que pudiese hacer o deshacer.

Avergonzado de su temor, trató de rezar, pero las oraciones parecían ser impracticables… como disculpas; pero no como peticiones… como si la oración ya hubiese sido dicha y el último cántico entonado. El miedo persistía. ¿Por qué? Trató de razonar con ello.

«Has visto morir a la gente, Jeth, has visto morir a mucha gente. Parece fácil. Se apagan como un cirio y entonces se produce un *aham y Asti*… la más negra Estigiax, el abismo entre el Señor y el hombre. Escucha, Jeth, tú crees que en el otro lado existe algo, ¿verdad? Entonces, ¿por qué tiemblas tanto?».

Un verso de la *Dies Irae* le vino a la mente y se aferró a él.

Quid sum miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus,
Cum vix justus sit securus?

—¿Qué debo decir, desdichado de mí? ¿A quién le pediré que me proteja, ya que hasta el hombre justo está escasamente protegido? *Vix securus*? ¿Por qué escasamente protegido? Él no condenaría al justo. Entonces, ¿por qué tiemblas de este modo?

»En realidad, doctor Cors, el mal al que incluso tú debiste referirte no es el sufrimiento sino el temor irrazonable al sufrimiento. *Metus doloris*. Tómalo todo junto a su equivalente positivo, el ansia por la seguridad mundana, por el Paraíso, y podrás tener tu raíz del mal, doctor Cors. Minimizar el sufrimiento y máxima seguridad eran los fines naturales y adecuados de la sociedad y el César. Pero entonces se convirtieron en las únicas finalidades y la única base para la ley… una perversión. Inevitablemente, entonces, al buscarlas sólo a ellas nos encontramos únicamente con sus opuestos: máximo sufrimiento y mínima seguridad.

»El problema con el mundo soy yo. Pruébalo en ti mismo, mi querido Cors. Tú, yo, Adán, hombre, nosotros. No el “mal del mundo” a no ser el que es introducido en el mundo por el hombre —yo, tú, Adan, nosotros— con un poco de ayuda por parte del padre de las mentiras. Culpa a lo que sea, culpa hasta a Dios, pero no me culpes a mí. ¿Doctor Cors? El único mal que aún sobrevive en el mundo, doctor, es el hecho de que el mundo ya no es. ¿Qué dolor ha forjado?».

Rió de nuevo suavemente y la oscuridad volvió.

—Yo, nosotros, Adán, sino Cristo, hombre, yo; yo, nosotros, Adán, sino Cristo, hombre, yo —dijo en voz alta—. ¿Sabes una cosa, Pat? Ellos estarán… juntos… más bien clavados en ella, pero no solos… cuando sangran… quieren compañía. Porque… Porque por esto Satanás quiere al hombre lleno de infierno. Quiere decir lo mismo que Satanás quiere al infierno lleno de hombres. Porque Adán… Y, sin embargo, Cristo. Pero aun yo… Escucha, Pat…

Esta vez le tomó más tiempo alejar de sí la negra oscuridad, pero antes de penetrar totalmente en ella tenía que explicárselo claramente a Pat.

—Escucha, Pat, porque… por esto le dije a ella que la niña tenía que… es por esto. Quiero decir que Jesús nunca le pidió al hombre que hiciese algo que él no pudiese hacer. Por esto yo… ¿Por qué no puedo irme, Pat?

Parpadeó varias veces y Pat se desvaneció. El mundo se heló de nuevo y la oscuridad desapareció.

Había descubierto por qué tenía miedo. Todavía había algo que debía cumplir antes de que la oscuridad lo envolviese para siempre. «*Dios mío, déjame vivir el tiempo suficiente para poder cumplirlo*». Tenía miedo de morir antes de haber aceptado tanto sufrimiento como el que sufrió la niña que no podía comprenderlo, la criatura a la que trató de salvar de un futuro sufrimiento… no, no por ello, sino a pesar de ello. Había dado una orden a la madre, en nombre de Cristo. No se había equivocado, pero ahora tenía miedo de dejarse ir en aquella oscuridad antes de haber soportado tanto como Dios le ayudase a soportarlo.

Quem patronum rogaturus,
Cum vix justus sit securus?

«Que sea por la madre y su niña, entonces. Lo que impongo debo aceptarlo. *Fast est*».

La decisión pareció amortiguar su dolor. Durante un rato se quedó quieto; después, con cuidado, miró hacia la montaña de piedras que se hallaba a su espalda. Había allí más de cinco toneladas. Dieciocho siglos. La explosión había abierto las criptas, pues vio algunos huesos prendidos entre las rocas. Extendió su mano libre, encontró algo liso y lo liberó, dejándolo caer en la arena junto al ciborio. Faltaba la mandíbula, pero el cráneo estaba intacto, excepto por un

agujero en la frente por el que asomaba un pedazo de madera seca y medio podrida. Parecían los restos de una flecha. El cráneo parecía muy antiguo.

—Hermano —susurró, porque nadie sino un monje de la orden podía haber sido enterrado en aquellas criptas.

»¿Qué hiciste para ellos, Cráneo? ¿Les enseñaste a leer y escribir? Les ayudaste a reconstruir, les diste a Cristo, ¿ayudaste a restaurar la cultura? ¿Te acordaste de prevenirles que el Paraíso ya no podría ser? Claro que lo hiciste. Dios te bendiga, Cráneo —se dijo, haciéndole la señal de la cruz con el pulgar sobre la frente—. Por todos tus trabajos te pagaron con una flecha entre los ojos. Por que a mi espalda hay más de cinco toneladas y dieciocho siglos de roca. Supongo que a mi espalda hay unos dos millones de años… desde el primer *Homo inspiratus*.

Oyó de nuevo la voz… el suave eco que hacía un rato le había contestado. Esta vez le llegó con una especie de sonsonete infantil: «La, la, la, la-la-la…».

Aunque parecía ser la misma voz que oyera en el confesionario, con seguridad, no podía ser la de la señora Grales. Ella habría perdonado a Dios y corrido a casa si pudo salir a tiempo de la capilla… «Y, por favor, Señor, perdona la inversión». Pero ni tan sólo estaba seguro de que fuese una inversión.

—Escucha, viejo Cráneo, ¿tenía que haberle dicho esto a Cors? Escucha, mi querido Cors, ¿por qué no le perdonas a Dios que permita el sufrimiento? Si no lo hiciese así, la valentía humana, la bravura, nobleza y el sacrificio de uno mismo no tendrían ningún significado. Además, Cors, te quedarías sin trabajo.

»Quizá sea esto lo que olvidamos mencionar, Cráneo. Bombas y rabietas, cuando el mundo está cada vez más amargado porque se siente falto del a medias recordado Paraíso. La amargura era esencialmente en contra de Dios.

Escucha, hombre, tienes que olvidar la amargura… asegúrale el perdón a Dios como ella dijo… antes que nada, antes de amar.

Pero bombas y rabietas. No perdonaron.

Durmió un poco. Fue un sueño natural y no esa fea oscuridad que se posesionaba de la mente. Empezó a llover aclarando el polvo. Cuando despertó no estaba solo. Levantó su mejilla del lodo y los miró ceñudo. Tres de ellos se hallaban sobre el montón de escombros y le observaron con solemnidad de funeral. Se movió, extendieron sus negras alas y se agitaron nerviosos. Les tiró una piedra y dos de ellos se elevaron volando en círculos, pero el tercero se quedó allí removiéndose y observándolo gravemente. Un pájaro oscuro y feo, pero no como la otra Oscuridad. Ésta sólo ambicionaba su cuerpo.

—La comida aún no está lista, hermano pájaro —le dijo irritadamente—. Tendrás que esperar.

No tendría que preocuparse por muchas comidas, pensó, antes de convertirse él mismo en comida para otro. Sus plumas estaban chamuscadas por la explosión de luz y mantenía un ojo cerrado. El pájaro estaba empapado por la lluvia y el abad se dijo que la propia lluvia estaba llena de muerte.

—La, la, la, la-la-la, espera hasta que muera…

La voz se escuchó una vez más. Zerchi temió que fuese una alucinación, pero el pájaro también la había oído y no dejaba de mirar a algo que estaba fuera del campo de visión de Zerchi. Finalmente, silbó roncamente y alzó el vuelo.

—¡Socorro! —gritó débilmente el abad.

—Socorro —imitó como un loro la extraña voz.

Y la mujer de dos cabezas apareció al lado del montón de piedras. Se detuvo y miró a Zerchi.

—Gracias a Dios, señora Grales. Vea si puede encontrar al padre Lehy…

—Gracias a dios, señora Grales, vea si puede…

Con un parpadeo alejó la sangre que le cubría los ojos y la observó atentamente.

—Rachel —susurró.

—Rachel —contestó la criatura.

Se arrodilló frente a él y se sentó sobre los talones. Lo miró con fríos ojos verdes y sonrió inocentemente. Sus ojos estaban alertas con la duda, la curiosidad y quizás algo más, pero aparentemente no podía darse cuenta de que él sufría. Había algo en sus ojos que hizo que, durante un rato, él no pudiese notar nada más. Pero entonces se dio cuenta de que la cabeza de la señora Grales dormía profundamente sobre el otro hombro, mientras Rachel sonreía. Parecía una sonrisa joven y tímida que esperase amistad. Él habló de nuevo.

—Escuche, ¿alguien más ha quedado con vida? Vaya a…

Melodiosa y solemne, le llegó la respuesta:

—Escuche, alguien más ha quedado con vida…

Saboreaba las palabras, pronunciándolas con claridad, sonriendo sobre ellas. Sus labios las enmarcaban cuando ya habían sido pronunciadas. Aquello era más que una imitación reflexiva, se dijo él. Trataba de comunicar algo. Trataba de hacer comprender la idea por medio de la repetición: *Soy alguien parecido a ti*.

Pero acababa de nacer ahora.

«*Y también eres en cierto modo diferente*», descubrió Zerchi, con ligero temor. Recordaba que la señora Grales sufría artritis en ambas rodillas, pero el cuerpo que le había pertenecido estaba ahora arrodillado y sentado sobre sus talones en la flexible postura de la juventud. Lo que era más, la piel arrugada de la anciana parecía más tersa que de costumbre y brillaba un poco, como si los viejos y resecos tejidos fuesen reanimados. De pronto, le miró el brazo…

—¡Está herida!

—Está herida.

Zerchi le señaló el brazo, pero en vez de mirar hacia donde se le indicaba, ella imitó su gesto mirando el dedo del abad y extendiendo el suyo, empleando el brazo herido. Había poca sangre, pero tenía por lo menos una docena de cortes y uno de ellos parecía muy profundo. Él la cogió por el dedo para acercar su brazo y le arrancó cinco pedazos de vidrio roto. O bien había sacado el brazo por una ventana o, lo que era más probable, en el momento de la explosión había pasado junto a uno de los ventanales. Sólo cuando le arrancó unas astillas de vidrio de unos tres centímetros de largo, manó un poco de sangre. Las demás que le arrancó dejaron pequeñas manchas azules sin sangre. El efecto le recordó una demostración de hipnosis a la que asistió una vez, algo que había olvidado considerándolo un truco. Cuando le miró de nuevo a la cara, su temor aumentó. Ella seguía sonriendo como si al arrancarle las astillas de vidrio no le hubiese hecho daño.

Miró la cara de la señora Grales. Ahora tenía la máscara grisácea e impersonal del estado de coma. Los labios parecían no tener sangre y tuvo la seguridad de que la mujer estaba muriéndose. Pudo imaginarla palideciendo y soltándose como una costra o un cordón umbilical. ¿Quién, entonces, era Rachel? ¿Qué era?

Las rocas seguían ligeramente húmedas por la lluvia. Se humedeció un dedo y le hizo un gesto para que se acercase. Fuese lo que fuere, lo más probable era que hubiese recibido tantas radiaciones que no viviría mucho. Empezó a trazar una cruz en su frente con el dedo húmedo.

—*Nisi baptizata es et nisi baptizari nonquis, te baptizo…*

No pudo seguir. Ella se apartó velozmente de su lado y su sonrisa se heló y desvaneció. ¡No! Parecía gritar su aspecto. Se alejó de él, se secó el rastro de humedad de la frente, cerró los ojos y dejó que sus manos reposasen tranquilamente sobre su regazo. Una expresión de completa

pasividad apareció en su rostro. Con la cabeza inclinada de aquel modo, toda su actitud parecía sugerir la plegaria. Gradualmente, la sonrisa fue resurgiendo de aquella pasividad. Fue en aumento, y cuando ella abrió los ojos y lo miró de nuevo fue con la misma franca tibieza con que lo había hecho antes. Miró a su alrededor como si buscase algo.

Sus ojos se posaron sobre el copón, y antes de que él pudiese detenerla lo levantó.

—¡No! —jadeó él, roncamente, tratando de cogerlo.

Pero ella era mucho más rápida que él y el esfuerzo le hizo perder el sentido. Cuando volvió en sí, levantó la cabeza y lo vio todo borroso. Ella seguía arrodillada a su lado. Finalmente pudo darse cuenta de que tenía la copa de oro en la mano izquierda y que en la derecha sostenía delicadamente una hostia entre el pulgar y el índice. ¿Se la ofrecía o eran fantasías suyas, como había imaginado hacía un rato haber estado hablando con el hermano Pat?

Esperó que su visión se aclarase. Esta vez no estaba demasiado claro, no del todo.

—*Domine, non sum dignus* —susurró— *sed tantum dic verbo*.

Recibió la comunión de su mano. Ella tapó de nuevo el ciborio y lo colocó en un lugar más protegido bajo una roca que sobresalía. No hizo ninguno de los gestos convencionales, pero la reverencia con que lo había tocado le convenció a él de una cosa: *había notado la Presencia bajo los velos*.

Ella, que todavía no podía emplear palabras ni comprenderlas, había hecho aquello como siguiendo una instrucción directa en respuesta a su intento de bautismo condicional.

Trató de fijar la vista y contemplar de nuevo la cara de aquel ser, que con gestos simples le había dicho: no

necesito tu primer sacramento, hombre, pero soy digna de otorgarte este sacramento de vida. Ahora sabía lo que era y sollozó débilmente cuando ya no pudo obligar a sus ojos a fijarse en aquellos ojos fríos, verdes y tranquilos de una nacida libre.

—*Magnificat anima mea Dominum* —susurró—. Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador; porque ha puesto su mirada en la humildad de su obra… —Quería enseñarle esas palabras como su último acto, porque estaba seguro de que compartía algo con la Doncella que las había pronunciado por primera vez—. *Magnificat anima mea, Dominum et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo, quia respexit humilitatem*…

Se quedó sin aliento antes de poder terminarlas. Su visión se nubló, ya no podía distinguirla; pero unos dedos fríos le tocaron la frente y le oyó decir una palabra:

—Vive.

Se había ido; escuchó su voz alejándose entre las nuevas ruinas.

—La, la, la, la-la-la…

La imagen de aquellos ojos verdes y fríos permaneció con él el mismo tiempo que la vida. No preguntó la causa de que Dios escogiese el hacer crecer una criatura de inocencia tan primaria del hombro de la señora Grales o por qué Dios le había dado los dones preternaturales del Edén… aquellos dones del cielo que el hombre había intentado obtener de nuevo por la fuerza desde que los perdiera por primera vez. Vio la inocencia primaria en aquellos ojos y una promesa de resurrección. Una mirada que había sido un don y que le hizo llorar la gratitud. Después se tendió con la cara contra el polvo y esperó.

No llegó nada más, nada que él pudiese ver, sentir u oír.

30

Cantaban haciendo entrar a los niños en la nave. Cantaban viejos cantos espaciales y ayudaban a los niños a subir la escalera, uno a uno, hasta las manos de las monjas. Cantaban con fuerza para alejar el temor de la mente de los pequeños. Cuando el horizonte estalló, sus cantos se detuvieron. Metieron al último niño en la nave. El horizonte pareció cobrar vida cuando los monjes subieron la escalera. La lejanía se convirtió en un reflejo rojo. Donde poco antes estaba despejado, acababa de nacer un lejano banco de nubes. Los monjes de la escala apartaron la vista del resplandor. Cuando hubo desaparecido, miraron de nuevo.

La cara de Lucifer se convertía en un horrendo hongo sobre el banco de nubes, alzándose lentamente como un titán que se despereza después de siglos de encarcelamiento en la Tierra.

Alguien gritó una orden y los monjes continuaron su ascensión. Pronto estuvieron todos en el interior de la nave.

El último monje se detuvo en la entrada, se quedó ante la abierta compuerta y se quitó las sandalias.

—*Sic transit mundus* —murmuró mirando el resplandor.

Golpeó contra sí las suelas de las sandalias para quitarles el polvo. El resplandor cubría un tercio de los cielos. Se rascó la barba, le dio una última mirada al océano, dio un paso atrás y cerró la compuerta.

Se produjo un zumbido, una explosión de luz, un fuerte chirrido y la nave espacial se elevó hacia el cielo.

Las olas, al romper, batían monótonamente la costa, arrastrando pedazos de madera. Un hidroavión abandonado flotaba detrás de los rompientes. Después de un rato, éstos se apoderaron de él y lo lanzaron hacia la costa, junto a las maderas. Se inclinó y se le partió un ala. Había cangrejos divirtiéndose en los rompientes, merluzas que se alimentaban de cangrejos y el tiburón que se comía a la merluza y la encontraba admirable con la deportiva brutalidad del mar.

El viento llegó a través del océano trayendo consigo un palio de fina ceniza blanca. La ceniza cayó en el mar y en los rompientes. Los rompientes dejaron cangrejos muertos y madera en las playas. El tiburón se hundió en sus profundas aguas y meditó su resentimiento en las corrientes límpidas y frías. Aquella estación tuvo mucho apetito.

FIN



WALTER MICHAEL MILLER, Jr. Nació en New Smyrna Beach, Florida y estudió en la Universidad de Tennessee durante dos años. Durante la Segunda Guerra Mundial, tomó parte en el ejército como artillero de cola y técnico de radio, a bordo de bombarderos B-25, y participó en los bombardeos de Italia y los Balcanes, incluida la abadía benedictina de Monte Cassino. Esta experiencia fue traumática para él y tiene una gran relevancia en su obra. Se casó con Anna Louise Becker y tuvo cuatro hijos. Después de estudiar en la Universidad de Texas, trabajó como ingeniero para las líneas ferroviarias. Se mudó a Florida con su familia en 1950 y allí vivió hasta su muerte alejado de la vida pública. Se suicidó el 9 de enero de 1996 en Daytona Beach, Florida después de sufrir de depresión durante décadas.

Su obra cumbre y más conocida, en la que trabajó gran parte de su vida, es *Cántico por Leibowitz* (1960), una de las obras más valoradas del género y que recibió en 1961 el Premio Hugo. Su segunda novela, *San Leibowitz y la mujer caballo salvaje* apareció póstumamente en 1997 y fue terminada por Terry Bisson. Ambas reflejan una visión pesimista de la humanidad en el que las culturas pasan por

un ciclo de vida de nacimiento y decadencia. También fue un prolífico escritor de cuentos.

Notas

[1] «Fallout» sustancias radioactivas depositadas sobre la superficie de la tierra desde la atmósfera. *(N. del T.)*. **<<**

[2] Profesor de ciertas universidades. *(N. del T.)*. **<<**

[3] El texto reflejado es el siguiente: *(N. del maquetador)*.

RADIOGRAMA - PRIORIDAD URGENTE

A: Su Eminencia Reverendísima cardenal Sir Eric Hoffstraff, designado vicario apostólico, Vicariado Provisional Extraterrestre, Sagrada Congregación de Propaganda, Vaticano, Nueva Roma.

DE: Rev. Jethrah Zerchi, AOL, Abad
Abadía de San Leibowitz
Sanly Bowitts, Territorio del Sudoeste.

ASUNTO: Quo Peregrinatur Grex.

Eminentísimo señor:
En vista de la reciente renovación de la tensión mundial, insinuaciones de una nueva crisis internacional, y hasta de una carrera clandestina de armamentos nucleares, nos honraría... **<<**